



EUNED
EDITORIAL
UNIVERSIDAD
ESTATAL
A DISTANCIA




Un mensaje de
Rosa

Quince Duncan



UN MENSAJE DE ROSA es una novela narrada en relatos de la diáspora. Haga suya la experiencia de los guerreros africanos que defienden su pueblo. Viaje en el barco esclavista con mujeres cautivas. Sienta la tensión creciente de Yanga mientras conduce a sus cimarrones afroamericanos contra las tropas del Imperio Español. Viva un momento vibrante en la lucha afrocolombiana por la libertad. Comparta con José Martí su conversación con Mariana Grajales, la madre de Antonio Maceo. Sea testigo en un campamento cimarrón de Jamaica. Intégrese a los guerreros libertarios afrobrasileños de Palmares. Actualice la resistencia de mujeres afroalemanas durante la época nazi. Comparta el dilema del joven Martin Luther King mientras camina en la parte equivocada de la ciudad. Imagínese sentado en el bus presenciando el momento glorioso en que Rosa Parks decidió que nunca más se sentaría en la parte trasera...



QUINCE DUNCAN, escritor costarricense. Premio Nacional de Literatura Aquileo J. Echeverría. Autor de más de 30 libros que incluyen novelas, cuentos, ensayos y textos educativos. En la EUNED hemos publicado la novela *FINAL DE CALLE* y los ensayos *CONTRA EL SILENCIO* sobre afrodescendientes y racismo en el Caribe continental hispánico.

UN MENSAJE
DE ROSA

Quince Duncan

UN MENSAJE DE ROSA

UNA NOVELA EN RELATOS




EDITORIAL UNIVERSIDAD ESTATAL A DISTANCIA

CR061.44
D913a Duncan Moodie, Quince, 1940:
Un mensaje de Rosa. - San José, C. R. :
EUNED, 2006.
394 p.
ISBN 978-9968-31-487-9
I. Novela costarricense. I. Título.
II. Serie

ISBN: 978-9968-31-487-9

PRIMERA EDICIÓN

Editorial Universidad Estatal a Distancia
San José, Costa Rica, 2007.

- © Quince Duncan
- © Sobre la presente edición
Editorial Universidad Estatal a Distancia, EUNED 

Diseño de cubierta:
Daniel Villalobos Gamboa

Impreso en Costa Rica
Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción no autorizada
por cualquier medio, mecánico o electrónico
del contenido total o parcial de esta publicación
Hecho el depósito que dicta la ley.

Esta colección de relatos constituye una obra de ficción, pero está basada en historias verdaderas. Historias contadas por muchas personas, a lo largo de cientos de años. Juntas forman la saga del pueblo "yayab".

En la investigación realizada, las siguientes fuentes fueron de gran valor: mi abuelo, James Duncan, quien reafirmó nuestra herencia asbanti; Richard Hart: Esclavos que abolieron la esclavitud. Cbeikh Anta Diop: Civilization or Barbarism. Martin Luther King Jr.: Stride Towards Freedom, Joel Rufino Dos Santos: Zumbi, María Lourdes Siqueira: Os Orixás, Margaret Shinnie: Ancient African Kingdoms, May Opitz, Katharina Oguntoye, Dagmar Schultz: Showing our Colors, Miguel Barnet, Biografía de un cimarrón, Susan Feldmann: African Myths and Tales, Nina S. de Friedemann: La Saga del Negro, Rhoda L Goldstein: Black Culture and Life in the United States, Rupert Lewis: Marcus Garvey, Anti-Colonial Champion, Musée du Nouveau Monde: Visitor's Guide (France), W.O. Blake: Slavery and the Slave Trade, João Medina y Isabel Castro Henriques: A rota dos escravos, Théophile Obenga y Simão Soindoula: Racines Bantu, Mazisi Kunene: Emperor Shaka the Great, Nicolás Ngou-Mve: El cimarronaje como forma de expresión del Africa bantú en la América colonial, Unesco: The Slave Route. Project Nina S. de Friedemann: Ma Ngombe en un palenque de la diáspora en Colombia, Rogelio Martínez Furé: Poesía anónima africana, Ivor Morrisb, Obeah: Christ and Rastaman, Manuel Lucena Salmoral: Los códigos negros de la América española.

Un agradecimiento muy especial al Programme to Combat Racism del Consejo Mundial de Iglesias (Geneva); a Ruth Hamilton (In Memoriam) y a su African Diaspora Program de Michigan State University, Estados Unidos; a Luis A. Beltrán y su Programa de Estudios de Africanía en la Universidad de Alcalá de Henares, España; y a Luz María Martínez Montiel exdirectora del Programa Nuestra Tercera Raíz, de México.

Y eterna gratitud a Ileana, Sbara y Denise. Sin su apoyo decidido nunca hubiera sido posible realizar este proyecto. Mi gratitud también para Sebastián Mello, Rafael Sáenz y Sbara Duncan, por sus ideas y materiales aportados.

Afrorrealismo

*Una declaración en honor a Richard Jackson,
nuestro moderno Orisha de la Visibilidad
y a Manuel Zapata Olivella, el Orisha de la Convocatoria.*

Múltiples voces

Relatos que surgen de una etnicidad africana común, basada en la espiritualidad y la reverencia por la tradición ancestral, una experiencia común con el secuestro, los desplazamientos y el racismo.

Y mientras el viaje continuaba, historias contadas y recontadas por infinitas voces, recreadas, nunca iguales y sin embargo, siempre iguales. Voces ancestrales siempre presentes, siempre vivas en nuestras vidas cotidianas. Mil lecturas de la misma experiencia.

Nos ayudan a resistir, a atesorar, a sobrevivir. Y perseveran. Regresan a nosotros. Nos ayudan en la construcción del presente.

Afrorrealismo

Consciencia fragmentada que se reinventa. La construcción de una identidad afrouniversal. Una nueva integridad, un proceso sanador. Un llamado a la diversidad. Todo lo incluye. Todo lo dignifica. Reconoce a la totalidad.

Y desde esa perspectiva afrorrealista al mundo, este impulso a la sobrevivencia de todos los seres humanos, con energía, espacio y tiempo para cada expresión humana. Esa es sobrevivencia. Sobrevivencia en plenitud.

UN MENSAJE DE ROSA

Sofar

Es la hora una corona nacida en tu rostro. Hay algo que yo no
te conozco. Gota extraña, dicho así de puro, puesto que la
mirada ese mismo instante cuando siempre de tres años. Puesto
comienza una y dibuja su cara, incluyendo los poros.

Se levanta de su asiento, camina hacia la ventana y apoya sus
manos en el marco. Se mira en el espejo y se mira en la mano
de la otra. Sigue mirando y sigue mirando, que mira con ella
hacia la ventana. Allí se mira de cerca.

PRIMERA PARTE

Raíces

—Mi padre lo trae... se levanta al volver
con car... de cómo se llama... Tar... era. Tar... de...
alguna el estilo.

Conoce la historia. Es una de esas historias típicas, que se cuentan
y recuerdan. Siempre, pasado de boca en boca, y de
de una vez venía viniendo colar aquí y allá, un poco más de
nostalgia, una mejor percepción de la historia.

—Pero que los otros siempre... ahora. No, no, no es la
palabra. No es así.

La suma, buscando el nuevo detalle. Me es imposible explicar
el detenimiento inesperado de su rostro, aquello que yo sé que está allí
pero que no alcanzo a ver. No le diré por hacer su rutina.

—No, no son antropólogos. Sí, sí... ¿por qué? ¿por qué? Así
les dicen ahora.

—Habían y dicen sus cosas... siempre... de cómo se llama...
siempre.

Soñar

Ella tiene una extraña mirada en su rostro. Hay algo que yo no he visto antes. Cosa extraña, dicho sea de paso, puesto que he mirado ese rostro durante mucho tiempo día tras día. Puedo cerrar mis ojos y dibujar su cara, incluyendo los poros.

Se levanta de su asiento, camina hacia la ventana y apoya sus manos en el marco. Sus ojos buscan el Árbol. Así es como lo llamamos: el Árbol. Tomo mi cayado y levantándome, me reúno con ella junto a la ventana. Allí está, erguida después de tantos años.

—Mi padre lo trajo de Timbuctú¹. En ese entonces él trabajaba con este... oh, cómo se llama... 'Yair... am, 'Yair Al Soleiman...' o algo por el estilo.

Conozco la historia. Es una de esas historias típicas, que se cuentan y recuentan. Renovadas siempre, pasando de boca en boca, y cada nueva versión sumando color aquí y allá, un poco más de nostalgia, una mejor percepción de la materia.

—Creo que les dicen antropólogos... ahora. No, no, esa no es la palabra. No es así...

La miro, buscando el nuevo detalle. Me es indispensable esclarecer el elemento inesperado de su rostro, aquello que yo sé que está allí pero que no alcanzo a ver. No tendré paz hasta lograr mi objetivo.

—No, no son antropólogos. Son... ¡son arqueólogos! Eso es. Así les dicen ahora.

1. Timbuctú y Djene son centros universitarios de Africa durante la Edad Media europea.

Hace una pausa, como queriendo dar lugar a un tercer pensamiento y luego comenta con total convicción: bueno, bueno, más o menos... En realidad los llamaban 'sabios', hombres de letras. Se sabían la historia. El comienzo y el final.

Entonces sonrío.

—Mi padre me trajo este arbolito y me dijo que lo sembrara. Mi madre no podía entender por qué. Según su parecer, no era lo apropiado. En todo caso, una semana después sembré el árbol. Mi padre se sentó en su banqueta a mirarme, sus ojos llenos de admiración por una hija a la cual amaba profundamente. Aunque, dicho sea en defensa de mi padre, si bien mostraba cierta preferencia por mí, de ninguna manera dejaba de dispensar amor a todos y cumplir fielmente con sus deberes de rotación, dando mucha atención a cada una de sus esposas. Pero su preferencia enfermaba a mi madre y hacía a mi hermano mayor rabiarse de celos. Simplemente no podían entenderlo. "Es como si esa muchacha fuera tu hijo mayor. La tratas como a un muchacho y eso no está bien. Déjala crecer como mujer, como la mujer que es". Pero mi padre ignoraba su palabra, levantaba su mano, acariciaba mi cabeza y sonreía. "Hermosa Madre del Mundo, mi adorable niña de Asase Yaa², ese árbol será guardián de tu espíritu. Mantén tu vigilia hasta que el árbol florezca. Mantén tu vigilia hasta el amanecer de mejores días. Los ancestros te lo harán saber y sabrás valorarlo".

Pero el árbol nunca floreció. Así que a lo mejor era el ntoro³ de su padre, lo que la mantenía en vigilia. Después de todos estos años, retando a la sobrevivencia, sin conformarse jamás ni por un momento. No se trataba de mantenerse con vida. Era mucho más que eso. Pero tampoco era vida en plenitud. No había plenitud porque diariamente ella bostezaba con nostalgia, esperando ver cumplirse las palabras de su padre, esperando ver si ellos habían recobrado la dignidad suprema del Samamfo⁴, si habían mantenido vivo el Espíritu Ancestral creando nuevos

2. Asase Yaa: Principio femenino de la Deidad. Diosa de la tierra.

3. Ntoro: Principio masculino, herencia paternal.

4. Samamfo: Espíritu y herencia ancestral, las tradiciones que otorgan identidad, la matriz de los que están por venir. Porque en realidad, nadie muere.

clanes en nuestra nación, si escogieron construir sus chozas como las nuestras y si escogiesen volver, si estaban vivos como las personas deben estar vivas, o simplemente con una máscara hueca de vitalidad.

—Estoy cansada

Nunca había oído esas palabras fluyendo desde sus labios. Realmente este es un día muy atípico. El sol no está en su mejor postura. El día no es oscuro. No es un día caliente. No es un día frío. Es tibio. No es un día brillante. No es un día gris. Solo está allí. Solo es un día.

—Creo que simplemente voy a acostarme a dormir. Lo he pensado mucho en estos días, y ¿ves?, es fácil: uno pone la cabeza y duerme. Eso es todo.

Es más de lo que puedo soportar. Recuerdo el día en que la Cruz Roja llegó a nuestro pueblo. Había un joven con algún tipo de enfermedad desconocida para nosotros. Así que fueron a buscar a la Cruz Roja. Ya para entonces yo tenía mis años auestas, pero nunca había visto una jeringa. El médico, o misionero o qué sé yo lo que era, hundió la aguja sin misericordia en el niño y se necesitaron dos hombres fuertes para sostenerlo. Luego dijo que sintió el aguijón de veinte abejas.

Yo me siento ahora como ese niño, con el aguijón de veinte abejas moléndome el alma. Así es como me hacen sentir sus palabras. Veinte abejas, directo, aquí en la región cardíaca.

—No puedes.

—No hay tal cosa. Todo se puede.

Sus ojos de pronto brillan con cierta malicia. No existe la frase “no se puede”, es uno de sus comentarios favoritos.

—Estoy cansada

—Pero...

“Cansada”. Yo jamás le hubiera atribuido esas palabras a Aba⁵.

5. Aba. Jueves. Uno de los nombres dados a todos los niños o niñas Akan. Corresponde al día en que nacen.

—No es hora de cansarse. Fíjate bien que han sido muchos, muchos años de espera. Has aguardado, y yo he estado aquí a tu lado, esperando. Nunca me he apartado de ti. He estado aquí esperando, porque tú esperas. Y no puede ser que después de tanta espera, simplemente vas a echarlo todo a la zanja y acostarte a dormir, para que la risa de la hiena se apodere de nuestra nación y no quede ningún recuerdo; ni una pista siquiera del último de nosotros.

—No queda ya pista alguna del último de nosotros. ¿Quién sino nosotros tenemos memoria del pueblo *yayah*?⁶ La verdad sea dicha, Kwame⁷, creo que he esperado demasiado tiempo y es hora de dormir.

De pronto tomo consciencia de la pequeña arruga sobre su frente. ¡Eso es! Solo una arruga y sin embargo ese pequeño detalle está haciendo un mundo de diferencia.

—No debes dormirte ahora —digo con la firmeza de quien da una orden, como si para Aba tal cosa pudiera tener efecto.

Mira de nuevo al árbol.

—Mi padre tuvo las mejores intenciones, pero el árbol nunca floreció.

No me gusta oírle hablar en pretérito, como si la vida se hubiese acabado, porque está de pie frente a trescientos años de esperanza. He esperado con paciencia. He vivido con esperanza, esperanza y esperanza. Me he nutrido de relatos, de leyendas, de los sueños ancestrales; de la sabiduría de los mayores. Y he vivido.

—Gracias —se podría decir que espetó de pronto.

—¿Qué?, preguntó, un poco asombrado.

—Gracias. Antes de que descienda al Valle del Olvido, deja que te diga que te estoy muy agradecida. Gracias, Kwame. Has sido más que un marido para mí.

—Bien, entonces es mi oportunidad. Es cuestión de hallar las palabras correctas.

—Pues, Aba; si eso es así, merezco un último favor.

6. *Yayah*: Nombre ficticio para una nación africana.

7. Kwame: Sábado.

—¡Sin trampas!

—Dame un mes para averiguar sobre ellos.

—Ah, vamos Kwame. No puedo creer lo que estoy oyendo. Hemos estado esperando durante... no sé... no puedo recordar si el Rey de Inglaterra era Enrique o era Jorge. De todos modos no importa. Es solo que hemos estado aquí, quiero decir, deseando ver alguna señal, algún mensaje que nos pudiera indicar que la maldición ha terminado. Y nada. Ahora estoy demasiado cansada para aceptar este cuento tuyo.

—Un mes.

¹ Suspira. Y de nuevo puedo ver la pequeña arruga sobre su frente y la sonrisa triste. Otro cumpleaños. Otro año completo y la historia habrá acabado.

—El árbol florecerá, lo prometo.

—¡Por Dios, Kwame!; ¿Cómo te atreves a prometer semejante cosa?

El viejo, su tío abuelo, el fundador de su familia, los amaba entrañablemente y estaba muy orgulloso de sus hijos. Había sido vendido como esclavo cuando era un niño por razones que él no supo nunca explicar. Fue vendido a un árabe, un hombre de letras, con quien tuvo la oportunidad de viajar a Timbuctu. Allí aprendió a leer y escribir, y se convirtió eventualmente en la mano derecha de su amo, que en realidad fue más que un padre para él. A los treinta años recobró su libertad, comprada a base de trabajo y lealtad. Su amo se fue al norte y él regresó al sur, con el propósito de reubicarse entre los yayah.

Afortunadamente recordaba los detalles de su linaje y pudo preguntarlo en el pueblo en presencia del Guardián de la Tradición. La gente celebró el regreso de este héroe que se había ido de entre nosotros y había regresado a nosotros. Benditos sean los ancestros que lo cuidaron y lo hicieron volver.

El Viejo fue tomando su lugar en el pueblo, fue ascendiendo por los ritos de iniciación sin contratiempos hasta que llegó a ser el Rey. Reformó la ley y la tradición, para asombro y enojo de muchos ancianos. Cada cierto tiempo, iba tejiendo una estrategia de sobornos civilizatorios, al escoger un hijo de cada una de las familias principales para enviarlos a Timbuctu, para que se hicieran conocedores de la ley.

Pero respetó siempre la tradición. Entre los yayah no hubo discriminación religiosa alguna. Por lo contrario, según las ordenanzas del Viejo, todos los grupos debían estar representados en su corte. Así que tomó siervos de entre cada clan, entre cada grupo religioso y sus esposas eran representativas de los diferentes grupos de familias, en busca siempre de un equilibrio perfecto.

El padre de Aba tenía doce hijos e hijas cuando el rey lo envió de jefe de la escolta que llevó a Timbuctu a los últimos yayah que tuvieron esa oportunidad. Ella no recordaba la partida, pero nunca había olvidado el regreso.

Era un día soleado. Los habitantes del pueblo y el rey se congregaron en la plaza para recibir a los viajeros que regresaban luego de dejar en el centro de estudios a los cinco candidatos. Los regresos de viajeros yayah al pueblo siempre eran momentos importantes, por los fascinantes relatos. Ella estaba allí, aferrada a su madre, tensa, pero con el manifiesto orgullo de ser la hija del jefe de la escolta, un hombre de quien todos hablaban bien en el pueblo, descendiente directo del Viejo, nuestro rey, el más sabio de todos los ancianos del pueblo —dijo una de las viejas—; de los más sabios ancianos que jamás hubo, el depositario de los conocimientos ancestrales, y el dueño del poder en los dos mundos —dijo un viejo.

No olvidará jamás cuando su padre, luego de darle sus respetos al rey, su tío, y a los ancianos, se dirigió a su casa, saludando a sus esposas una por una, hasta que sus ojos se fijaron en Aba, y preguntó: ¿Esta es la niña que alegró mi vida mientras? La madrastra de Aba dijo: Sí es la misma, la hija mayor de tu primera esposa; pero aquí esta el varón, “el que vino de mi vientre, del vientre de tu favorita”.

Entonces Aba recuerda que su padre, ignorando el inoportuno comentario, se dirigió a ella y le dio un arbolito, cuyas raíces estaban envueltas en una hoja y le dijo sonriendo: “Vamos a sembrarlo”. La invitación caló hondo en la madrastra y despertó una callada y vengativa alegría en la madre, aunque de boca dijo desaprobar la conducta de su marido. Pero el padre simplemente continuó ignorándolos. Después de todo, él era hijo del hombre que había cambiado al pueblo yayah para siempre.

Una semana después ella sembró el árbol. Su padre dijo que a partir de ese momento sería símbolo del espíritu de su familia. Y desde entonces el árbol y Aba han sido parientes. Pero ella dio frutos, el árbol nunca. Ella dio hijos, dieciocho hijos y aunque vio morir a algunos, su preocupación estaba con los 16 desaparecidos. Dicen que la madrastra de Aba maldijo al árbol, cosa que siempre negó. No había dado frutos simplemente porque los mejores días aún no habían llegado. No obstante, ya avanzada en años; comenzó a hablar de la maldición de manera ambigua.

Aba apenas tenía ocho años de edad cuando su padre trajo el árbol de Timbuctu y le dijo que lo sembrara. Ahora el espacio y el tiempo parecían mezclarse. El tiempo parecía haberse detenido en nuestro pueblo. El espacio se había mantenido incólume, salvo, claro, por nuestras lámparas de kerosén, y esos inmensos pájaros de hierro que los hombres construyeron y que de cuando en cuando volaban ruidosamente sobre la región. Y aunque es doloroso admitirlo, la belleza de la vida se ha ido.

Hemos vivido demasiado tiempo. Hemos vivido para ver esta terrible guerra de nunca acabar, que se nos ha declarado sin compasión. Nunca en la historia humana se le ha hecho a pueblo alguno una guerra tan cruel, tan implacable y tan sin sentido. Todos estos años. Ni un solo momento de paz. Ni un solo día sin algún tipo de recordatorio de nuestra subordinación, de nuestro cautiverio. Nuestro orgullo no nos deja admitirlo, pero nuestros reyes son reyes del monte. Nuestra historia, no importa cuán gloriosa, no ha sido registrada en sus libros, y el vigor de nuestros tambores y el sonido claro de nuestros poetas navegan en la frontera de la muerte. Somos un pueblo invisible. Así que no me jorobés más la paciencia; es la hora del descanso, la hora de cerrar el ciclo abierto.

—Pero, Aba, si una bestia ha estado rondando nuestra casa, es temerario dormir con la puerta abierta. Déjame depositar esta carga antes de dormir.

—Bien, que sea un mes —dijo, con lágrimas en los ojos—: no seré la asesina de tu última esperanza.

La Batalla

Durante muchos años habíamos estado en guerra con los Fulahghi⁸. En los días de mi bisabuelo, hubo paz en la región. Pero, como luego descubrimos, una gente poco común, con piel muy blanca y ojos azules, había llegado a lo que luego supe era “la costa”.

Tanto la costa como los recién llegados apenas habían formado parte de nuestras leyendas. Sabíamos de los blancos. Mas aunque se contaban historias sobre ellos, nunca las tomamos en serio. Incluso, según nuestros poetas; en los días de la antigüedad habían llegado para comerciar con nosotros. Pero todo aquello era leyenda, cuentos de cuna.

Lamentablemente eran más que mito. Venían de una tierra muy lejana, lo cual llegué a comprobar de manera dolorosa. Estos blancos de ojos azules buscaban desesperadamente esclavos. Tal como he entendido el asunto, habían conquistado una isla muy grande, bien diferente a su propia tierra. Una isla, según parece, con forma de serpiente que se está desenroscando. Pero si me atengo a los indicios que tenemos, prácticamente mataron a todos los habitantes nativos de la isla, de modo que acudieron a nuestra región para reponer a los que mataron. Es más, según he podido escuchar, querían crear una nueva raza en la isla. Una raza dócil, dispuesta a trabajar para ellos.

8. Fulahghi: Nombre ficticio para un pueblo bandolero africano, traficante de esclavos.

Muchachos de piel oscura que cargasen sobre sus hombros la muerte de muchachos blancos. Y así dio comienzo.

Estaban dispuestos a comprar todos los esclavos disponibles. Pero cuando se agotaron los esclavos, ofrecieron comprar hombres libres. Y fue así como lograron que las naciones de mi región, que luego supe que llamaban África, entraran en grandes guerras, para capturar personas, esclavizarlas y venderlas a los forasteros.

Según recuerdo, mi abuelo Kwame era él mismo dueño de esclavos. Según la tradición de mi familia, los primeros esclavos que alguna vez tuvimos fueron capturados en guerra, luego de que nuestro pueblo resistió con éxito un ataque. Los presos tuvieron la opción de no ser ejecutados. Salvamos sus vidas a cambio de sus servicios. El esclavo de mi abuelo aceptó el trato con la condición de que se le permitiese conservar sus propios esclavos, que también habían sido capturados en la batalla. De modo que había tres esclavos en casa. Pero la esclavitud en mi pueblo era bien diferente de lo que he visto en estas tierras. Yo no sé si más bien era servidumbre. No trabajaba más de lo que lo hacíamos el resto de nosotros. No podía comer con los libres, porque únicamente los que compartíamos el espíritu común podíamos comer juntos. Y claro que no debían tener contactos sexuales con nuestros jóvenes. Pero no practicábamos palizas salvajes ni mutilaciones. No se les marcaba con el hierro caliente. No hubo violaciones de las mujeres y ya en la segunda generación eran parte del pueblo.

Aquella mañana, cuando la banda de los Fulahghi atacó nuestro pueblo, estábamos dispersos en nuestras casas, preparando el desayuno, mientras disfrutábamos de los brillantes rayos del sol matutino. Por más de cinco años, habíamos logrado con éxito rechazar a esta temible banda. Era una gran hazaña si se considera que estaba integrada por unos veinte mil hombres. La mayoría de ellos eran Fulahghi; pero había una buena cantidad de esclavos que se habían liberado de su cautiverio y por no tener ya la menor idea del lugar en que se encontraban, preferían unirse a la banda.

Desafortunadamente, esa mañana los centinelas se durmieron. No se oyeron los tambores de advertencia hasta que ya era demasiado

tarde. Todos nuestros varones reaccionaron con valentía. Tomaron sus armas y corrieron hacia las puertas de la aldea. Nuestras mujeres hicieron otro tanto, blandiendo con hidalguía sus espadas y coreando sus gritos de guerra.

Tal es la vida. Por cinco años habíamos resistido con éxito. Habíamos sobrevivido. Observadores fieles de la enseñanza de nuestros ancestros, nuestro pueblo iba al campo con sus armas. Mantuvimos control sobre nuestro territorio, y no permitimos jamás el tráfico de esclavizados⁹ en ella. Como lo dije antes, los únicos esclavos permitidos eran los prisioneros de guerra, a quienes se les perdonaba la vida a cambio de que trabajaran para nosotros. Sobrevivencia. Los niños y las mujeres que perdimos en la guerra. Los brillantes hijos e hijas que murieron en combate, para que la muerte se nos viniera encima por un único descuido de quienes de otra manera habían sido leales guardianes,

Ya cuando nuestros guerreros lograron tomar las armas y dirigirse a sus puestos, el enemigo había tomado ventaja de nuestro error y rodeado la villa. A pesar de la valentía de nuestra gente, se hizo difícil defender los cinco o seis kilómetros cuadrados de nuestra aldea. Nuestra gente, unos doce mil en total, defendieron su territorio con bravura. Era un asunto de sobrevivencia y todos lo sabíamos. Pero al cabo de unas tres horas de lucha, rompieron nuestra empalizada y penetraron.

Mi padre vino corriendo a nuestra casa, y nos dijo que nos dispersáramos en el bosque. Mi tía había muerto, dijo, luchando con valentía. Mi madre tomó unas cuantas cosas de la casa y con mi hermano menor en sus brazos, llorando, mi hermana en sus espaldas y yo corriendo detrás de ella, nos dirigimos a los bosques.

Es una cosa terrible eso de cruzar el bosque. Quiero decir, con la maleza. Con las espinas. La habíamos sembrado como una defensa adicional y en ese sentido era una bendición. Pero ahora era una maldición. No podíamos cruzarla. Nuestros pies sangraban copiosamente cuando fuimos capturados por los bandidos.

9. Esclavizados: En realidad los africanos no eran esclavos, fueron esclavizados.

Mi madre y mis hermanos fueron apresados por un individuo de aspecto salvaje. Le pusieron una cuerda en torno a su garganta, y se la amarró a otros cautivos vigilados por guardas. Otro bandido, obviamente un rufián, me apresó a mí, a pesar de mi fiera resistencia de muchacho.

Mi madre gritaba y lloraba en vano. Ella quería que al menos nos dejaran juntos. Pero no hubo forma. Nada de conmiseración, ningún lugar para el sentimiento humano. Para los nuestros la sobrevivencia en abundancia había terminado. La muerte había entrado a nuestra aldea.

Conforme me sacaban del pueblo junto con mi familia, alcancé a ver a la abuela Aba parada al filo del bosque, escondida detrás de un árbol que ella amaba mucho. Estaba demasiado lejos para verla llorar, pero sé que lloraba. Miré en otra dirección, en parte porque no podía resistir verla en su impotencia y en parte por instinto de protección. Tal vez la abuela pudiera sobrevivir.

Cerré los ojos solo un momento. Solo un momento para postular su sobrevivencia. Allí estaba. Allí estará, hasta que el círculo se cierre y sus hijos regresen.

Inesperadamente algo me golpeó en la espalda. Como el piquete de cien avispas. ¡Ayyy... como avispas! ¡Uy... el primer latigazo del cautiverio! Abrí los ojos todo lo que pude y sostuve mi respiración frente al dolor. Un balde de llanto luchando por salir me ahogaba. Pero no lloré. Simplemente miré al enorme Fulahghi que ahora se consideraba mi amo. Y tomando fuerzas de los ancestros, del viejo rey, de los abuelos Kwame y Aba, de mi madre y de mi padre, hice lo que sé que ellos esperaban de mí: solté la risa y le escupí en su fea cara, y me preparé para no llorar cuando el látigo volviera a morder.

Última línea

¿Cuál es la manera más apropiada de contar esta historia?

Luego de devolverse a su casa para avisarle a su esposa que se escondiera con los niños entre el bosque, el guerrero se dirigió de nuevo hacia el campo de batalla. Corrió vigorosamente, más bien con desesperación, junto a la casa de sus padres. Casi había pasado la propiedad cuando de pronto tomó consciencia de que una columna Fulahghi había penetrado en el pueblo y aparentemente había sido aniquilada por la gente mayor que constituía la última línea de defensa. Sintió un golpe mordaz en su corazón cuando vio a uno de los invasores dirigiéndose directamente a la casa de sus progenitores.

La lealtad lo paralizó por un momento. La responsabilidad de regresar a su puesto, y continuar la lucha por el pueblo. La sensación del deber. El llamado del amor filial, que lo impelía a defender lo propio. Pero solo fue necesario un momento de dubitación, pues alcanzó a ver al invasor doblarse, gritar como una hiena herida y caer sobre su rostro, sangrando, su pecho roto por una lanza certera; le tomó un parpadeo para alcanzar a ver a una figura casi fantasmal recuperando el arma para luego desaparecer entre la seguridad de los árboles. Y sintió crecer en su pecho una vez más el orgullo de familia. Los ojos de su padre, sonrientes sin duda al defender la vida. Así la ironía humana de vivir y morir, de dar a luz y de matar. Todos en el camino sin fin de la sobrevivencia.

Y entonces vio el rostro de su madre por última vez. Ella estaba allí, de pie junto a su árbol favorito, el mismo viejo árbol con sus incontables leyendas. Un regalo de su padre. Un árbol insigne entre los yayah, porque desafió a la tradición, renovándola.

Y sintió por ella un inenarrable amor que lo impulsó briosamente hacia la batalla. Pero era la tarde ya, aunque el sol estaba apenas a la mitad de su jornada. Era la tarde ya, a pesar de la hazaña valiente de su padre. Hazaña sí, porque es una hazaña eliminar a un salvaje de esos a su edad, con un uso tan diestro de la lanza. Era la tarde ya, aunque no lo pareciera.

Entró con rabia en la batalla, apenas para caer emboscado en cautiverio. Mientras realizaba sus últimos esfuerzos por causarles daño a sus enemigos, sintió caer sobre sus espaldas el primer golpe de la humillación. Rápidamente, con enorme habilidad, le amarraron las manos. Resistió con gran valor y se necesitaron tres hombres para ponerle las horquetas alrededor de su cuello, y emparejarlo con otro esclavo. Aún entonces trató de seguir la resistencia, hasta que la voz de su compañero de horqueta lo hizo detenerse.

—Te vas a romper el cuello y me vas a ahorcar a mí —fue entonces cuando levantó la vista para ubicarse en la escena.

Era el fin. Ya era la tarde. Adelante vio una mujer de su aldea con su infante envuelto en colores brillantes, el niño amarrado firmemente a las caderas de su madre. Ella mantenía el paso. Junto a ella, su hijo mayor, llorando, sus manos amarradas, moviéndose, como conducidas por una mano invisible, siguiendo el paso. Más adelante, dos valientes soldados de su aldea, también emparejados por horqueta, aquel pedazo de madera sujetando al primero por la nuca y al segundo por la garganta, las manos amarradas por delante o detrás de sus cuerpos, dependiendo de su posición en la fila.

Y el camino, blancuzco camino, camino de polvo, y hasta donde sus ojos podían ver una columna perfecta, dos hombres, mujer y niños, luego dos hombres, mujer y niños, luego dos hombres, mujer y niños, luego dos hombres, mujer y niños...

“Malditas bestias” –alcanzó a murmurar al pasar por el árbol de bambara. Hizo un gran esfuerzo por mirar a sus captores. Quería recordarlos bien. Quería sostener en su memoria la amargura del momento tanto como fuese posible. Sin duda sería de esperar que los sobrevivientes del pueblo intentaran rescatarlos. A lo mejor su familia podía pagar el rescate.

Había oído las historias sobre la raza pálida de la costa. Hasta donde él sabía, ellos compraban esclavos, pero al mismo tiempo padecían de lo que uno de los ancianos llamó mal de oro. Así que tal vez el rescate era posible. O quizás antes. Si no han podido organizarse a tiempo, a lo mejor sí podrían todavía alcanzar a los Fulahghi antes de llegar a la costa y negociar con ellos, pues según la tradición eran necesarios muchos días para llegar al mar.

“Malditas bestias” –alcanzó a murmurar cuando pasaron junto a la roca sagrada donde vivían los tete abosoms¹⁰ y que marca el límite del territorio yayah. Hacía mucho tiempo habían negociado con sus vecinos el respeto de esa roca y nadie osaba pasar frente a ella sin el permiso de su rey. Su nuca herida ya, conforme él y su pareja marchaban de manera descoordinada. El sol quemaba su piel, y penetraba en la carne. Hostigados por las “malditas bestias”, a paso forzado. A merced de las flechas y de las lanzas y las espadas. La fuerza. La fuerza en el camino.

Al fin, gritó con rabia: “¡Malditas bestias salvajes!”.

—Cállate –dijo una voz que vino de la nada y tras ella un fiero latigazo en su espalda—. Cállate y camina.

La noche vino y captores y cautivos se detuvieron cerca del río. Entonces las moscas. Entonces los mosquitos. Las horquetas fueron sustituidas por mecates alrededor de los cuellos. Las heridas, la garganta en carne viva. El olor, el insoportable olor, pues los cautivos tuvieron que dar del cuerpo en el mismo sitio en que se encontraban. La

10. Tete abosoms: Entidades o “deidades” menores, de carácter comunal, hijos de Dios, guardianas de la naturaleza. Su posición es un tanto semejante a la de los ángeles de la guarda en la cultura occidental.

náusea. La repugnancia de comida servida en presencia de mierda. Eso no era humano. Comida insípida. ¿Qué les pasó a los ñames? Comida amarga. Nada del sabor nutritivo de la olla de tu madre, no, comida amarga, sin el olor a aceite de palma, el dulce olor de la olla de tu madre. Pero sobre todo, sobre todas las cosas la rabia, la humillación que sientes al recordar las palabras del rey victorioso que dijo que nosotros somos un pueblo libre, que nunca ha sido y nunca será reducido a la esclavitud. El sentido del deber grabado en tu mente, la obligación de defender al pueblo hasta que corriese por el suelo la última gota de sangre; sí, la obligación de cada hombre y de cada mujer y de cada niño de escoger la muerte heroica y nunca la humillación del cautiverio.

¿Dónde está el rey ahora? ¿Dónde están los ancianos? ¿Dónde los ancestros? ¿Nos obligarán a congregarnos en torno al Árbol del Olvido? ¿No habrá nadie que recorra el contorno del Árbol del Recuerdo por nosotros? ¿Tendremos que escuchar por siempre el cotorreo salvaje de los Fulahghi, quienes con tanta ligereza se llaman a sí mismos "el pueblo?" Pueblo sin clanes. Gente malvada, sin Dios. ¡Que sus vasijas estén siempre vacías! ¡Que les sean servidas en abundancia nueces de palma del mercado de la muerte! ¡Que mueran juntos y padezcan por siempre en el Valle de la Muerte! ¡Que nunca encuentren el camino de regreso a la tierra de los vivos!

Rescate

Vamos a ver si logramos poner esto en claro. Después de avisarle a su esposa que se escondiera en el bosque con la familia, él se enrumbo hacia el campo de batalla. Corrió briosamente. Había ya pasado la casa de sus padres cuando se dio cuenta de que una columna Fulahghi había logrado penetrar al corazón mismo del pueblo y había sido atacada y eliminada por la gente mayor que constituían la última línea de defensa. Pero de pronto vio a uno de ellos dirigirse a casa de sus padres.

Por un momento no supo qué hacer. Su deber como guerrero era cuidar su puesto junto a la empalizada de la aldea, pero también sentía el impulso interior de defender a su progenitor. Y estaba en duda cuando vio a su padre caerse al suelo y la espada del enemigo levantarse por un momento para comenzar su caída hacia aquel ser que tanto había admirado en la vida, con el anuncio de la muerte. Gritó, aunque era tarde.

Pero de la nada una lanza abrió paso en el aire para alojarse en el pecho del Fulahghi. Vio al enemigo doblarse, gritar y caer sobre su rostro convulsionando. No vio al verdugo, pero lo escuchó reírse. Era la misma voz que al nacer, le dio la bienvenida a la vida. La misma voz que, jugando, muchas veces dijo “te tengo, te atrapé”. Esa misma voz murmuraba ahora triunfante, “te tengo, te vencí”. Era la misma voz que tantas veces le susurraba a los oídos cuentos de la araña, o tonalidades ancestrales que lo hacían dormir. Esa misma voz que unos días antes le dijo con orgullo, “de veras eres hijo de tu padre. Y me haces vivir”.

Su padre se puso de pie con una agilidad que no guardaba relación con sus años, para rematar al Fulahghi. Y viéndolo, sintió crecer en su pecho una vez más el orgullo de familia. La risa de su madre al defender la vida. Así la ironía humana de vivir y morir, de dar a luz y de matar. Todos en el camino sin fin de la sobrevivencia.

Cuando llegué a la salida de la aldea, me encontré con un pariente. Era el hijo mayor del rey, con un grupo de seguidores.

—Detente —dijo.

—Tienen a mi hermana —le dije— ¿cómo quieren que los deje irse?

—Los vamos a seguir —dijo— a su debido tiempo.

—¡Ahora! —grité desesperado— ¡Tienen a mi hermana!

—¡Waw key!¹¹ —dijo— y lo odié por eso.

—No, no está bien, tengo que detenerlos.

—¡Tranquilízate! —ordenó— Eres el hijo de un anciano, compórtate como tal. Vamos a vencerlos por la astucia. En poco tiempo vamos a estar haciendo jam¹² ¿Waw key?

Solo alcancé a derrumbarme en el suelo golpeando a puños mi desesperación. De pronto caí en la cuenta de que era imposible rescatar a mi hermana yo solo.

Era tarde cuando emprendimos la persecución. Mi pariente Kwame era como una lechuza que veía de noche. La luna nos favorecía. Francamente, yo estaba asustado por la risa de las hienas. Esas fieras mirándonos al amparo de la noche. Estaba asustado, por el rugido distante del león. Podía sentir en mi corazón el trepidar de cien elefantes en estampida. Sí, estaba asustado. Mantuvimos el paso toda la noche. De madrugada los vimos preparando el desayuno. Los vimos continuar luego su camino, con nuestro pueblo en cautiverio. Los vimos cruzar el río, los niños presos de pánico, las mujeres preocupadas por la muerte, los hombres humillados, impotentes ante sus heridas, horqueta y mecate en torno a sus gargantas. Los vimos enfrentar el violento sol del medio día, el polvo al atardecer. Los vimos acampar. Llovió durante un tiempo, dejando a los niños temblorosos en el aire frío de la noche.

11. Waw key. Del Wolof. Significa todo está bien. No hay problema.

12. Jam: Haciendo fiesta.

Y entonces entramos sigilosamente. Cada quien sabía exactamente qué hacer, porque todo había sido planeado por Kwame. Kwame puede ver en la noche, como ven las lechuzas.

Por la madrugada, cortamos cuerdas cuidadosamente. Enviamos a los guardas Fulahghi a dormir en el seno de sus ancestros y rogamos fervientemente por que nunca encontrasen el camino de regreso a la tierra de los vivos. Y al amanecer concluyó la batalla.

Entre los liberados había unos cincuenta que no eran de nuestro pueblo. Los trajimos a nuestra aldea. El rey los alineó frente a su casa y les explicó que podían escoger irse o convertirse en nuestros esclavos. Teníamos derecho a esclavizarlos porque eran nuestros cautivos, pero el rey les dio la opción de irse. No dudaron en optar por quedarse entre nosotros, porque eran una colección de personas de pueblos vecinos que habían sido arrasados por los Fulahghi.

Entonces las mujeres les dieron de comer y de beber y aceite de palma para que frotaran sus heridas. El rey fue muy enfático en la necesidad de que fuesen leales a sus amos. Tenían también la responsabilidad de defender a la aldea si los Fulahghi o algún otro grupo de bandidos atacasen de nuevo. También les explicó que no podían comer en nuestras mesas, ni debían pretender a nuestras hijas ni a nuestros hijos, sin el consentimiento expreso del rey mismo.

Cuando terminaron de comer, el rey escogió a cinco de ellos para ser sus propios esclavos, y dividió el resto entre los cuarenta valientes que habían logrado el rescate de nuestra gente.

Mi familia fue afortunada: uno de los esclavos que nos dieron tenía a su vez un esclavo, de modo que nos tocaron dos. Se los presenté a mi esposa y a mis hijos.

El cautivo dijo ser un hombre importante de su pueblo, dueño de mucha riqueza. Y habló con tal cultura y respeto nuestra lengua, que le prometí que si trabajaba duro en el campo y defendía al pueblo con hidalguía yo intercedería con el rey por su libertad. Me ofreció un saco de conchas de carey por su libertad, con solo que dejara ir a su esclavo a buscar sus tesoros que tenía escondidos en las afueras de su

pueblo. Sonreí. No estábamos listos aún para otra batalla, dije, y lo mandé a trabajar.

Mi hermana me vino a ver. Lloraba desconsoladamente. El temor de perdernos nos hizo conscientes del verdadero alcance del amor filial.

Donde muere el cielo

Esa noche escuchamos unos extraños ruidos. Era como si bramaran las profundidades de la tierra. Escuchábamos asombrados sin acertar a explicarnos su origen, cuando fuimos asaltados violentamente por el viento. Los Fulahghi estaban inquietos.

Por la mañana nos ordenaron temprano. Parecía que se había roto la rutina diaria a la que por días y días estábamos acostumbrados. Y nos llevaban a marcha forzada, a latigazos y gestos salvajes, como si hubiese algún peligro. Teníamos esperanza. Nos parecía escuchar a cada tanto gritos de batalla, y veíamos a nuestra gente venir a nuestro rescate.

Y de pronto, de entre la densa maleza lo impredecible se nos presentó frente a la cara. Asombro. Primero, cautivos de aquella indescriptible belleza como ningún ojo yayah había contemplado antes. Era el final del cielo, el sitio en que se encontraban cielo y tierra. El radiante brillo del sol matutino, en pleno color, cayendo sobre lo que parecía ser agua. Agua en abundancia total. Y el rugido. El suave pero imponente bramido que venía de allí, precisamente de ninguna parte, o a lo mejor de todas partes.

Vinieron a mi memoria los cantos del griot. ¿Era esto lo que aquel esclavo bambara, el hombre más sabio que jamás he conocido, llamaba "Fu gundo, el secreto de la nada"? No puede ser, me dije, porque esto estaba manifiesto y por tanto era posible verlo. Era la belleza total. Pero ante aquel imponente paisaje que nos enmudeció a los cautivos, los Fulahghi incrementaron su violencia. Nos bajaron por la cuesta a

latigazos, camino a la angustia. Pero desesperados al ver la parálisis que impedía a la comitiva avanzar al ritmo deseado, uno de ellos comenzó a gritar en todos los idiomas que conocía “grandísimos idiotas, si solo es mar, no más que mar”.

Había escuchado historias sobre el mar. Sabía que se tragaba a la gente. Y es del mar, se me dijo, que vienen los hombres blancos, los que llegaban a comerciar. Según mi abuelo, durante los grandiosos días del Reino de Songhai¹³, se nombró un Korei-Farma, ministro encargado de las minorías blancas que entonces vivían entre nosotros. Esos días se han ido ahora, y no hay lugar para el recuerdo de Tombuctu, ni sitio para contar la gloria de Jenné, nuestros centros de estudio.

Ahora, nos forzaban hacia el pánico, mientras se extendía el grito entre las mujeres. Era el grito desesperado entre las mujeres, ante la creencia generalizada de que los hombres blancos comen niños. Estábamos al borde de la rebelión total. Luego de dos intentos desesperados de fuga y un intento de ahorcarse, los Fulahghi detuvieron la comitiva, y por primera vez pusieron horquetas en los cuellos de algunas madres.

Cuando finalmente salimos al claro y fuimos obligados a entrar en lo que ellos llamaban “el cuadrante”, algunos de los hombres comenzaron a maldecir a los Fulahghi, rogando por su erradicación de la faz de la tierra y que en los años venideros no haya memoria de ellos. Rogamos que sus hijos fueran estériles. Y sí, que Alá los maldiga, y los arroje a la muerte eterna.

El cuadrante era un patio grande con chozas de palma en su interior. No eran chozas redondas, como debían ser, sino cuadradas. Me imagino que de allí venía el nombre del lugar. Todo el sitio estaba resguardado por paredes altas, hechas de excelente madera, custodiado de manera permanente por todos sus costados por bandidos Fulahghi. Una diminuta quebrada pasaba por el cuadrante.

Nos organizaron en pequeñas bandas, cada una a cargo de un supervisor o de su dueño. Y nos condujeron, banda por banda al agua, nos soltaron las amarras y nos hicieron afeitarnos y bañarnos. Luego

13. Songhai: Reino tributario africano.

nos dieron abundantes porciones de comida, incluyendo una buena ración de carne. Al terminar el almuerzo, repartieron palo de mascar, para que limpiáramos los dientes. Nos amarraron las manos detrás de nuestras cinturas y varias mujeres, que evidentemente eran libres pero sin rasgos Fulahghi, untaron nuestros cuerpos de aceite de palma. Y luego se nos ordenó descansar.

De esa forma pasamos del asombro a la angustia, al pánico, y finalmente al terror, cuando los "mandadores" condujeron al primer grupo de cautivos fuera del campamento. Se dijo que esos eran los esclavos del rey, y yo iba entre ellos. Aunque, como pronto iba a descubrir, el nombre no aplica. Porque los esclavos del rey en mi país son gente privilegiada. Eran los defensores de los príncipes. Era tal su rango, que tenían representantes en el Consejo que elegía al Damel, nuestro rey. Y estaban allí con plenos poderes, como uno de los cuatro sectores que integraban el Consejo. Pero bien, digamos que yo estaba entre los esclavos de este susodicho rey. Cuando nos conducían al mar, lo vi por primera vez. El tal "rey" era un hombre relativamente joven, no muy alto. De hecho sus esclavos éramos más fuertes y de mayor contextura masculina que los bandidos Fulahghi, y su rey era el menos preeminente de todos. Aunque lucía una tela de lujo sobre sus espaldas, amarrado con elegancia al pecho, y tenía una banda en torno a su cabeza, la verdad es que no había en él trazo alguno de nobleza.

Nos inspeccionó como si fuésemos animales, y satisfecho, marcó el camino. Veintiséis de nosotros, quince hombres, cinco niños y seis mujeres. Los hombres, emparejados por el cuello, obligados a caminar a paso forzado detrás del rey.

Cuando nos acercamos a la orilla del agua, la tropilla se detuvo. El "rey" y sus guardas personales continuaron caminando hacia... Así que eso era. ¡Allí estaban!

Avanzábamos ahora con deliberada lentitud mientras el rey hablaba con el hombre blanco. Este hombre blanco con quien conversaba el rey, estaba todo cubierto de ropa. Supongo que era el sol. Me imagino que su tierra era muy fría. Todo su cuerpo, salvo su cara, estaba cubierto de telas y un sombrero protegía su cabeza. Sus manos también estaban

cubiertas, y sus pies dentro de sandalias cerradas. Estaba rodeado por sus guardias, que también eran blancos pero con menos ropa. En el suelo, a la derecha del principal, una extraña colección de artefactos, incluyendo barras de hierro, barras de bronce, vidrio, espejos y muchos otros artefactos algunos de los cuales no había visto antes.

El reyezuelo Fulahghi y el principal de los blancos discutían por un rato y luego de dos en dos nos pasaban detrás del blanco. Uno de los blancos, a quien luego identificamos como el médico, nos examinaba meticulosamente —dientes, brazos, ojos y para nuestra vergüenza y desgracia, ni siquiera respetó los genitales de las mujeres—. Uno de los cautivos no fue aceptado, porque tenía una enfermedad que llamaban yaws¹⁴, del cual yo no tenía noticias. El rey montó en cólera y ordenó su inmediata ejecución.

Luego de examinarnos, los guardas blancos nos ataban de nuevo, esta vez con esposas de hierro. Finalmente nos enfrentamos al mar. A cierta distancia, era posible ver la nave de los blancos, un enorme bote con palos apuntando al cielo, igual que en las pinturas del reino de Mali¹⁵.

Después de hacernos pasar por el Árbol del Olvido¹⁶, nos obligaron a entrar en unos botes pequeños. Éramos ya pueblo de desecho, los desheredados, los impotentes, los inútiles, destinados a ser la carne del hombre blanco.

Y pienso: comerán mi hígado, estos salvajes paganos blancos, sé que lo harán tratando de capturar la esencia de mi ser, con la esperanza de florecer sobre la fuerza de mi herencia. Alá, este terror envolvente moliendo mis huesos. Que los ancestros acudan en mi auxilio. Nunca seré esclavo. Antes de ser esclavo, en cualquier lugar me han de enterrar. Así he de regresar al Padre que está en los cielos y estaré en su gloria.

14. Yaws: Enfermedad venérea.

15. Mali: Reino tributario africano que mantuvo un comercio activo con Europa.

16. Árbol del olvido: Algunos esclavistas sometían a los esclavos a una ceremonia para romper sus lazos psicológicos con la tierra que dejaban, haciéndoles dar vueltas a un árbol. Los africanos contrarrestaban practicando la misma ceremonia en torno al "árbol de recuerdo".

Salté del bote hacia las tibias aguas marinas.

—No lo hagas —me gritó una voz masculina en mi lengua, pero era tarde. El mar era suave, acogedor, cálido. El agua recorrió mi piel como una caricia natural. Oí los gritos de los guardas cuando salté. Mis pulmones acogieron con beneplácito el agua salada, y abrí los ojos para ver por última vez la luminosa dulzura de la vida. Vi la figura de uno de los guardas, tratando de alcanzarme, pero ya estaba yo en las profundidades, fuera de su alcance. Fuera de su alcance para siempre. Fuera de su alcance hacia la libertad, descendiendo hacia la libertad, hacia abajo, hacia abajo, hacia la gloria de Alá.

SEGUNDA PARTE

La travesía

Primera ruta del cuerpo

SEGUNDA PARTE

La travesía

Primera ruta del cuerpo

Tendría que haber amanecido. Debía haber más luz. Pero la cabina estaba oscura y fría. Ella no podía salir de su confusión, porque aunque la cabina se vislumbraba tenebrosa y escalofriante, era notorio el enorme cuerpo, cerca de ella. Empleó ambas manos tratando de alejarlo, pero no lo alcanzaba. Sostuvo su respiración, para evitar el ofensivo mal aliento que salía de la boca del cuerpo. Los ojos del cuerpo eran rojos. De los ojos de ella brotaron copiosamente lágrimas y rodaron por su cara para mezclarse con el extraño flujo que brotaba de su nariz. Por primera vez en su vida, pudo percibir el olor del cerumen.

El cuerpo se acercó. Ahora ya podía tocarlo, pero no se atrevía. Se había vuelto demasiado repulsivo. Solo quería mover su propio cuerpo, alejarlo, pero no había respuesta, salvo por el paralizante efecto del horror. Los cuerpos sudan. Los cuerpos producen gases. Los cuerpos eructan. Los cuerpos expulsan los remanentes de la comida y de la bebida. Y los cuerpos, como el de ella, obedecen al ciclo mensual de la vida.

Aquel líquido tibio corriendo por sus piernas desnudas y que muy pronto se convertiría en una mezcla pegajosa y repugnante, conforme se descomponía en el frío de la mañana. Estaba allí, junto a las otras mujeres, buscando en sus cuerpos el mismo calor que ella quería dar. Ofreciendo la vida aun a aquellos que habían escogido la muerte y rechazaban pan y medicina. Como la joven de la región del Gabón que les anunció a todos "que pronto ya no estaremos en la tierra de los vivos". A los pocos días de estar a bordo, comenzó a perder

peso, se rehusó a comer y a tomar agua. De nada valieron los látigos, pues mantuvo su boca "cerrada" hasta la muerte.

Y ahora, este otro cuerpo inmenso. Levantó su pequeño cuerpo como para mirar hacia la sección de los varones. Podría recordar el repugnante olor que salía desde el fondo, y asaltaban los pasillos y los orificios donde los hombres trataban en vano de respirar. Si tan solo abriesen las portezuelas temprano esta mañana.

Memorias. Los hermosos atardeceres cuando nos juntábamos junto al arroyo para lavar nuestra ropa y bañar nuestros cuerpos. Todas las mujeres vestidas en aquellos trajes simples que nos colgaban elegantemente desde la cintura. Y por supuesto el chismorreos. Llenar las jícaras de agua, hablar, aprender unas de otras. Allí, juntas, para ayudarnos a cargar las jícaras. Y sobre todo los cantos, los cantos lentos que salían de lo más profundo de nuestras entrañas, que se echaban a volar por el vasto territorio, como un recordatorio de que éramos los legítimos herederos de esa tierra y un pueblo feliz.

Este cuerpo no estaba como los demás, recostados sobre la derecha como debía ser para proteger el corazón. No se estibó como era usual, los más altos con los más altos. No estaba como tenía que estar, los más largos en la parte más ancha de la nave, los más cortos en las angosturas. Este cuerpo estaba suspendido encima de ella, con el sudor viejo y la mierda, con el olor que hacía a la gente enfermar. ¿Sería uno de los supervisores queriendo violarla? No, no se atrevería, sería el fin de su vida. Ellos sabían bien que si le hacían eso a cualquiera de las hermanas, sea yayah o no, dictaban en el mismo acto su sentencia de muerte. No podía ser ninguno de los hermanos, porque estaban con sus grilletes puestos y sujetos al piso en parejas. No, no era el cuerpo de ninguno de los cautivos: ni de esclavos ni de supervisores. Ni era el cuerpo de ninguno de los captores, porque ninguno de ellos descendía a la fosa de noche.

Pero las memorias persistían. El algodón y las ruedas de la tejedora. Los hombres trabajando el cuero, fabricando las armas y los utensilios con las barras de hierro. Su madre y su padre, de cuclillas en el patio al atardecer, enfrascados en la lectura del Corán. Y su hermano,

hablando de sus planes para viajar a la Meca algún día, para seguir la senda trazada por el Mansa Musa¹⁷ soñando que algún día sería poeta y arquitecto como lo fue Es-Saheli, e incluso poder viajar y ver Andalucía. Los sueños sobre las glorias de ayer. La esperanza de que resurgiese, en el seno de su pueblo, un rey con la vocación de estadista que tuvo Askía Mohammed y que su pueblo recobrase el poder que tuvieron, antes de que el Mansur enviara a Judar, su comandante español, a que cruzara el desierto con sus cuatro mil cristianos.

Su pueblo se defendió con valentía, y cuando finalmente Judar entró a su ciudad solo quedaban quinientos cristianos en pie. Pero espadas, lanzas y flechas no lograron resistir el poder de la pólvora y de la bala.

Mas su hermano atesoraba sus sueños de grandeza, en una mezcla de nostalgia y esperanza, pasado y futuro fundidos en su cabeza, opacando su presente. Odiaba a los marroquíes por el recuerdo de "el Mansur" y detestaba a los Fulahghi, a quienes consideraba una amenaza seria.

Pero ahora el cuerpo se acercaba. Se acercaba. Se acercaba. No, no se acercaba. Se hacía uno. Ella se estaba convirtiendo en el cuerpo. Este cuerpo con su hedor yayah. ¿Pero realmente era un hedor yayah? Se estaba convirtiendo en un hedor yayah, o un mal olor sumani. No, no era ni sumani ni yayah, era un hedor yayahsumani. No podía alejar su cuerpo. No podía resistir el hedor. Se había hecho demasiado repulsivo su olor. Sentía la agonía del cautiverio, la fuerza de la putrefacción en ese cuerpo, en el cuerpo de ellos, que era su propio cuerpo. Porque sus cuerpos eran el cuerpo profanado. Y los cuerpos sudan. Y los cuerpos producen gases letales. Y los cuerpos expulsan pedos.

El día transcurrió como siempre. Era un día soleado y nos mantuvieron en cubierta por mucho tiempo. Las mujeres en un lado de la cubierta, sentadas o de cuclillas. Los hombres al otro lado, emparejados con grilletes. A media mañana se sirvió el desayuno, que consistía como siempre en la consabida pinta de arroz y media pinta de agua. Había una calma intensa a bordo del barco que parecía

17. Mansa Musa: Un rey africano.

avanzar a paso muy lento. Por la tarde, se sirvieron ñames y habas y otra media pinta de agua.

Después de comer, estaba de cuclillas de manera un tanto descuidada cuando sentí que me miraban. Por curiosidad me volví gradualmente solo para encontrarme con la mirada del Capitán. Me miró en forma muy irrespetuosa, como si fuera de veras un objeto, o talvez animal para carne. ¿O sería sexo? Y no pude evitar que regresara a mi memoria el cuerpo, ¡ay, cuán dura es la agonía del cautiverio! No poder librarse de la fuerza de la podredumbre en ese cuerpo que es de ellos, que es mío, que es nuestro, corrupto ya quizás al grado del no retorno.

Él levantó la vista para mirar al mar. Yo me volví a mirar a mis recién adquiridas "hermanas", algunas de ellas creyentes, otras paganas, algunas de gran cultura, de altos rangos, princesas y esclavas, viejas y jóvenes, todas juntas, sin respeto. Por lo menos mantenían a los niños en cubierta, porque morirían en la fosa. La fosa no es lugar para niñas.

No, no me voy a someter. Me niego a ser el cuerpo. Nunca seré el cuerpo.

Por la tarde los guardas comenzaron la rutina de siempre, de hacernos comer los ñames y beber el agua. Nos obligaban además a hacer ejercicio, es decir, "saltar" y "bailar", como lo llamaban los captores. Los que se rehusaban eran severamente castigados con el látigo en sus pies, hasta que brincarán. Algunas veces, además, el Capitán les pedía que cantaran.

Había una hermana de tierras muy lejanas. ¡Era tan sobria! Se pasaba el tiempo pintando cruces en el piso, cada vez que la traían a cubierta, y murmuraba oraciones a Jesús. Según ella, era la esposa de un comerciante etíope, de una familia muy acaudalada. Según relata, su marido entró en una disputa comercial con un grupo de los beri-beri, quienes asaltaron su caravana, mataron a su esposo y tomándola a ella presa la vendieron como esclava. Exactamente cómo vino a dar tan lejos, era un misterio. Lo cierto es que estaba a bordo. Dijo ser miembro de una "glesia" o algo por el estilo, una "glesia copta", creo que dijo. Espero que algún día ella reciba la verdadera revelación, y entre a la Grey de Muhamed.

Y le daba por cantar sola, pobrecilla. Según ella, eran canciones de esperanza, pero nunca había oído salir de boca de mujer alguna un canto tan hondo. Sin embargo, ese día no fue posible hacerla cantar. Ella también percibía la viciosa calma en el barco. Ausencia de viento, lo cual hacía que el barco avanzara muy lentamente.

Después de los cantos y las danzas, los guardas comenzaron apresuradamente a devolver a las mujeres hacia las cabinas y a los hombres a la fosa. Pero entonces y de manera totalmente inesperada, dos guardas la detuvieron y la condujeron por una vía inusual. Antes de que pudiera reaccionar o darse cuenta de lo que estaba pasando, se encontró metida en lo que luego supo era la cabina del Capitán.

Los dos guardas la acostaron en una litera, para que el médico blanco examinara su vagina sin escrúpulos. Mientras pateaba, gritaba y evocaba el Nombre Santo, la maleta del médico cayó al suelo. Cuando la volvieron boca abajo para que el médico manoseara entre sus nalgas, vio un pequeño puñal, y supo que esa era su defensa y que había llegado allí por la fuerza de Alá. Así que se fue calmando, tanto como pudo, y dejó que le hicieran lo que tenían que hacer.

No se dio cuenta de la presencia del Capitán hasta que lo oyó gritar y vio a los demás echarse atrás. Entonces se dejó caer al suelo para esconder el arma. Los guardas la levantaron y la echaron sobre la litera.

El Capitán les dio la orden de retirarse, pero uno de los guardas, de manera indiscreta, se fue quedando. Cuando el Capitán se percató de su presencia montó en cólera y le lanzó una hacheta. Le dio con una fuerza bestial en pleno pecho y el hombre cayó de bruces. Los otros dos guardas y el médico, oyendo su extraño balbuceo de protesta mientras caía, lo halaron fuera de la cabina, dejando a su paso estrías de sangre que para nada inmutaron al Capitán.

Entonces el Capitán me miró por segunda vez ese día. Esta vez no tuve duda. No era carne para alimentarse. Era sexo. Se acercó con una horrible sonrisa en su rostro. Mi sangre se enfrió. Todo el mundo parecía detenerse. El Capitán se dirigió a la mesa, tomó el pichel, se sirvió un poco de licor en una taza y lo tragó con violencia. Luego sirvió más y se acercó a mí y me ofreció la taza. Desde luego, rehusé. Así que su sonrisa se apagó y yo me preparé para recibir la ferocidad que

se había puesto de manifiesto en el incidente de la hacheta. Pero esta vez usó su mano. Primero la palma y luego los puños. Antes de que yo pudiera reaccionar sentí por primera vez en mi boca y luego en mi garganta la violencia del licor. Así que tomé un poco para aplacar al Capitán. Entonces volvió a sonreír.

Y de repente los gemidos, los salvajes gemidos, la lesión sobre su cuerpo y luego en su cuerpo. El olor, un olor nuevo, un olor que no venía del cuerpo sino de su ropa. El olor a licor en su aliento. Los cuerpos eructan. Esos cuerpos como el suyo que buscan desesperadamente el placer, el mismo placer de romper el corazón de su propio guarda con una hacheta; el mismo placer que sentía ante un plato de comida, el mismo placer de dar una orden. Y luego el bramido y las palabras, probablemente palabras sucias, y el líquido caliente sobre su pierna desnuda, que pronto sería una mezcla viscosa y asquerosa descompuesta por el frío de la noche.

Se levantó y fue en busca de otro trago. Tosió violentamente y bebió de nuevo, una y otra vez, como si tratase de escapar hacia la irrealidad. Luego regresó, y trató de repetir su "acto de hombría", pero ahora estaba borracho, de modo que después de intentarlo varias veces se quedó dormido.

Le costó trabajo a ella librarse del peso de su cuerpo, pero logró ponerlo de espaldas, roncando escandalosamente, y se agachó en busca del puñal.

Memorias. Hacía mucho, mucho tiempo, antes de que los sabios del Islam llegaran a mi pueblo, mi bisabuela se vio obligada a restaurar la dignidad de nuestro clan. Su hermano había sido rey por más de los ocho años permitidos a los reyes. El concilio había decidido hacía meses, y le habían comunicado que su mandato había llegado a su fin. Pero mi bis tío abuelo decidió mantenerse en el poder. Así que, como no quería desaparecer con la dignidad que corresponde a un rey, el Consejo ordenó su ejecución. Solo que no era tan sencillo, pues tenía un ejército de esclavos. Así que una noche, luego de tratar en vano y por enésima vez de convencerlo de que tomara el té, se acostara y durmiera el largo sueño de sus ancestros, mi bisabuela cogió el

puñal, tal como yo tengo este puñal en mis manos ahora, y le cortó la yugular (como lo estoy haciendo ahora), y lo dejó ahogarse en su propia sangre de esta misma manera, y tomó un trapo, y dejó caer gotas de sangre desde su cabina hasta la puerta, tal como lo estoy haciendo ahora, para que hubiese evidencia de que alguien logró burlar la estricta vigilancia de sus leales esclavos.

Tomó un trago directamente del pichel, y que Alá la perdone, y se tiró en el piso en un rincón, y se quedó allí, profundamente dormida.

El día había avanzado mucho cuando al final se despertó. Se descubrió en cubierta, y estaban azotando al otro guarda, a quien culparon de la muerte del Capitán. Más de sesenta azotes. Luego le untaron una salsa picante sobre las heridas. ¿Cuál va a ser su destino?

Ella se puso de pie trabajosamente, pero no pudo mantener su postura por mucho tiempo. Estaba absolutamente cautiva del vértigo. Se sentó, tratando con todas sus fuerzas de recuperar el control de sí. Rogó por siquiera un momento de sobriedad. Miró sus manos, sus pies, para descubrir con sorpresa que estaban libres. Solo hombres blancos y los niños estaban en la cubierta. Ella era la única mujer adulta entre todos ellos. Alguien tenía la responsabilidad de vigilarla, pero la había descuidado debido por una parte a su evidente intoxicación alcohólica y por otra, por el espectáculo del guarda que estaba siendo torturado para que confesara su crimen.

Más tarde los niños contaron la historia. Dicen que vieron a la señora ponerse de pie, respirando como un animal salvaje, tratando a ratos de sostener su respiración. Dicen los niños que fue en eso que alguien gritó "hey tu, eaaa" y que ese grito mas bien le dio fuerza.

Dicen los chicos que ella volvió a ver de donde venía la voz. Simplemente corrió. Corrió por la cubierta y saltó y entonces se dieron cuenta que tenía una cuerda atada a la nuca. Y se levantó en el aire, dicen los niños, y pudieron ver su cuerpo colgando, golpeándose contra el casco del barco. El médico fue corriendo detrás de ella. Por un momento se agachó mirando el vaivén del cuerpo. Luego, tomó la espada de uno de los guardas y cortó la cuerda, dejando al cuerpo libre para ser devorado por los tiburones.

Segunda ruta del cuerpo

Los asuntos del barco continuaron con su rutina usual. Era un día asoleado y nos mantuvieron en cubierta por mucho tiempo. Había una calma viciosa en el barco y toda la vida parecía moverse lentamente. Yo estaba agachada de manera un tanto descuidada cuando sentí que alguien me miraba. Por curiosidad me volví gradualmente solo para hallarme mirando al Capitán. Me miró de manera muy irrespetuosa, como si fuera de veras una cosa, o talvez animal para carne. ¿O sería sexo?

El levantó la vista para mirar al mar. Yo había pasado de cerca cuando abordamos el barco y sé que sus ojos eran azules. Me volví para mirar a mis recién adquiridas hermanas, algunas de ellas creyentes, otras paganas, algunas de gran cultura, de altos rangos, princesas y esclavas, viejas y jóvenes, todas juntas. Y sé que no podría controlarme, cautiva en la podredumbre de este cuerpo que es el cuerpo de ellos, que es nuestro cuerpo.

De modo que esas eran sus hermanas. El término no era suyo. Fue usado por una de las señoras más viejas, para calmar una disputa. “No se peleen entre sí, dijo, no debemos actuar como enemigas. Ahora somos hermanas”. Entre sus hermanas había un grupo de gente muy rebelde. No hablaban su idioma y se llamaban a sí mismas los Banyoro. La anciana les dijo que eran hijas de los guardianes del tambor. Los yayahs nunca habían estado en contacto directo con los banyoro, pero los viajeros habían comentado sobre ellos.

Al final de la tarde los guardas comenzaron la última parte de su rutina, haciéndoles comer arroz y tomar agua. Luego se trataba de enviar a las mujeres a las cabinas y a los hombres a la fosa. Sin embargo, sin que nadie lo esperara, dos guardas la detuvieron, para conducirla en una dirección totalmente inusual hacia lo que luego supo era la cabina del Capitán. El médico blanco vino y por señas le dijo que se acostara para examinarla. Con disgusto hizo caso, pero entonces cuando él se acercó ella percibió de nuevo a su lado el cuerpo, con sus ojos rojos, llorando copiosamente, con un repugnante flujo saliendo de su nariz, con el olor a cerumen y el sabor a mocos.

Quiso resistir, mover su cuerpo fuera del camino, pero el efecto paralizante del horror no la dejó moverse. Y los cuerpos sudan. Y los cuerpos producen gases. Y los cuerpos eructan. Y los cuerpos producen cerumen. Y los cuerpos expulsan el remanente de las bebidas y de las comidas.

El médico se entretuvo acariciándole las nalgas para deleite de los guardas. Luego dijo algo como "talimpio" y el Capitán se hizo cargo. Les dijo que salieran. Fue a la mesa y se sirvió un buen trago. Tomó desesperadamente. Luego, como obedeciendo a un impulso interior se le acercó para ofrecerle a ella. Ella dudó, porque las tradiciones de su pueblo no le permitían tomar. Pero comenzó a percibir de nuevo al cuerpo, con sus ojos rojos, las lágrimas, el flujo, el olor a cerumen, el sudor, el gas, el eructo, con el paralizante efecto del horror. Sintió al cuerpo, pero en conflicto con él, la urgencia de sobrevivir, porque cualquier vida es superior a ninguna vida. Así que bebió y el Capitán le sonrió satisfecho.

Entonces la tiró sobre la litera y comenzó la letanía de gruñidos. Era la primera vez que ella estaba tan cerca de un cristiano. Los gemidos salvajes, la lesión en su cuerpo y luego dentro de su cuerpo. El olor, un nuevo olor que no vino del cuerpo sino de la ropa. El olor a licor en su aliento. Los cuerpos eructan. Los cuerpos como los de él, buscando desesperadamente el placer, el mismo deleite que podía recibir de ver colgar a un mozo que había quebrado un vaso. Sí, el mismo deleite de una buena cena. Y luego el grito, y las palabras —seguramente eran palabras

obscenas y el tibio líquido vertido sobre sus piernas que luego sería una asquerosidad mientras se descomponía en el frío de la noche.

Luego se levantó y fue por otro trago. Tosía y tomaba como si tuviese que alejarse de la realidad. Regresó después a la litera con la intención visible de seguir con su "hombría". Más ya para entonces estaba muy borracho, de modo que se quedó dormido.

Le costó trabajo a ella librarse del peso de su cuerpo, pero logró ponerlo boca arriba roncando escandalosamente. Luego fue a la mesa y tomó directamente del pichel, que Alá la perdone, y se tiró en el piso en un rincón y se quedó dormida.

Al día siguiente fue nombrada la supervisora de las mujeres. Y tenía falda para cubrir su cuerpo. Y tenía frazada para alejar por las noches el frío. Y un poco más de comida.

La primera ruta a la rebelión

— **N**ecesito que traduzca.

— Bueno, este...

— Usted me dijo que habla su lengua

— Sí, eso es cierto.

— Bien, entonces, ¿sí o no?

— Pues, claro, es solo que...

— Tenemos que ponernos de acuerdo con ellos. Estamos listos.

Ayer vi pájaros. Los pájaros no viven solo de agua. Así que estamos cerca de tierra. Además, nos están dando más comida ahora. Están tratando de curar nuestras heridas. Sea lo que sea que vayan a hacer con nosotros, no lo van a hacer en el mar. Lo van a hacer en tierra. Eso está claro.

— Wahkey. A ver, Papah, ¿Duerme?

— ¿Puedes dormir tú?

— No, estoy inquieto esta noche. Mi jefe quiere hablarle. Quiere decirle algo.

— Bueno que hable.

— Dice... que hable usted.

— Mucha gente de nuestra aldea fue capturada. Además, hay como seiscientos yayahs a bordo. Bueno, quiero decir, hay como seiscientos prisioneros a bordo. La mayoría de ellos son de mi pueblo. Hombres y mujeres. Y hay dos ancianos entre nosotros. Ni uno solo de

nosotros ha tratado de matarse desde que pudimos hablar. Son gente admirable. Los ancianos me han elegido para ser el jefe. Soy de familia principal. Si regresamos a nuestra tierra tendré que visitar al rey para que él decida si puedo seguir al mando o no. Si no regresamos, no importa donde estemos vamos a encender el fuego y sobrevivir.

—Dice que lo felicita y que le desea lo mejor. Pero también dice que después de escucharle le ha dado sueño y desea dormir.

—Dile que respeto su deseo de dormir, pero que tengo algo más que decir y que necesito su opinión.

—Le pide que hable pronto, que vaya directo al punto.

—Si podemos librar a los cautivos y llegar a una tierra donde pudiéramos defendernos, ¿contaríamos con él? Sé que hay mucha de su gente sumani en el barco y que aunque hay algunos que no son de su aldea, hablan dialectos del mismo idioma y que los gobierna un mismo rey. Así que si logramos liberarnos y establecernos en un territorio que podamos defender, ¿podemos contar con él?

—Dice que usted está perdiendo el juicio. Un pueblo es un pueblo cuando está en su territorio, en el de sus ancestros. La tierra que contiene sus cementerios. No se puede seguir siendo un pueblo sin las tierras sagradas.

—Pero ¿acaso cree realmente que regresaremos a nuestra tierra?

—No, dice que no, las aguas son demasiado anchas. No tenemos naves capaces de llevarnos a casa. No conocemos el camino. Estamos muriendo. No tenemos armas, y de todos modos, nuestras espadas y lanzas no pueden con sus balas y cañones. Para comenzar, ni siquiera podemos librarnos de estas cadenas. Considera que sus ideas no tienen ni pies ni cabeza.

—Tenemos nuestro plan, un buen plan, lo juro. Lo juro por Odomankoma¹⁸. ¡Excepto Dios!¹⁹ Por Asase Yaa, Nuestra Señora de la Tierra.

18. Odomankoma: Dios Infinito.

19. Gye Nyame. Expresión de los Akan: "Nadie estaba aquí para ver el comienzo y nadie vivirá tanto como para ver el final. ¡Salvo Dios!" De manera coloquial se usa solo la frase exclamativa.

Como ustedes tienen a Changó²⁰ bajo cuya protección salen a la guerra. Como otros hermanos tienen a Alá.

—Dice que esos dioses han sido derrotados por hombres blancos sin dios. Que nuestros cuerpos están destinados a ser carne, comida para ellos y sus perros. Van a comer nuestros hígados. Consumirán nuestra esencia. De esa manera, nunca volveremos a ser pueblos. La única solución digna es la muerte; dejar descansar nuestros huesos aquí mismo en el mar. ¿Percibió la dignidad de mi hermano, el que se tiró al mar ayer? En el momento mismo en que se hundía, levantó la mano sobre el agua y abanicó su victoria. Su triunfo. Se liberó. Podía regresar a sus ancestros, a nuestros ancestros con orgullo. Podía regresar a su tierra en espíritu y nacer de nuevo. Dios mediante.

—Entiendo sus palabras y respeto su pensamiento. Pero déjame agregar que el tigre espera a su presa. Tengo un plan. Podemos liberarnos apenas la tierra esté a la vista. Podemos construir balsas, sobra madera en el barco. Podemos llegar a tierra y establecernos. Podemos tratar.

—Le deseo lo mejor.

—Ayúdenos.

—Considera que eso es una pérdida de tiempo.

—¿Y de qué te ha de servir el tiempo, si no tiene otra cosa que hacer? Es vivir o morir. Si cede, según sus palabras, pasa a ser el alimento del maligno. Así tendrá una muerte humillante. Si se mata puede ser que logre regresar. Pero tal vez no pueda matarse a tiempo. Pero si peleamos... Es una buena forma de usar nuestro tiempo.

—Para convertirnos en tus sirvientes, en sirvientes de los yayah o de los banyoro.

—Vamos a organizar un gobierno común. Tendrá su asiento en el Consejo. Respetaremos a los sumani, si pueden seguir siendo un pueblo. Muchos de nosotros moriremos en batalla, pero al final, vamos a ser un pueblo. No el mismo pueblo que somos. Vamos a ser un nuevo pueblo, con la ayuda de Changó.

20. Changó: En la cultura yoruba, dios de la guerra.

El calor alcanzaba sus máximas de noche. El aire era escaso. Los hombres, de noche, no podían respirar. Ya habían usado demasiado aire para intercambiar palabras. Habían causado excesiva inquietud tratando de hacerse entender, porque estaban tan hacinados que cualquier movimiento, no importa cuán pequeño fuese, incomodaba a los demás. Así que el silencio se impuso en la fosa. Pero muchos habían oído la conversación. El silencio se hizo denso, casi sólido. Por algún motivo, algunos de ellos no se habían convertido aún en una sudorosa masa deforme.

—No soy uno de ustedes —dijo una voz que rompió el silencio—. No soy ni sumani ni banyoro, ni yayah, ni yoruba. Fui uno de los que capturaron los fulahghi cuando era niño. Y estoy casi muerto. Pero si puedo ayudar en algo, cuenten conmigo.

El jefe sonrió.

—Bendita tu alma, viejo. Bendita tu alma.

Al día siguiente vieron maleza en el agua. El jefe cantó entonces su canción:

Gye Nyame²¹ Gye Nyamè
La gloriosa mañana está por venir
El sol brilla se mira sobre la arena batir
Siente el ritmo que viene de la tierra
Siente la tierra que nos da el poder
Gye Nyame
De la tierra nos viene el poder.

Y sobre la cubierta el coro:

Ob sí, ob sí,
Siente el ritmo que viene de la tierra
Siente la tierra que nos da el poder.

Y mientras cantaban y saltaban y le sacaban ritmo al barco con sus dedos y palmas, el Capitán comentó al cirujano con satisfacción

21. Gye Nyame: Salvo Dios. El sentido sería "primero Dios", o "Dios mediante".

que finalmente sus esclavos estaban aceptando su destino, superando su melancolía inútil.

Al anoecer se explicaron los planes con cuidado. El tamborilero tenía el pie hinchado cuando le pusieron los grilletes. Ahora sus pies estaban más que normales, delgados. Le era fácil a él liberarse de sus cadenas. Sin duda su compañero de grillete “morirá” esta noche. Tendrán que hacer venir al herrero y al médico. Luego tendrán que subir al muerto a cubierta. Pero con lo hacinados que estamos, y ya que nadie puede moverse sino con gran esfuerzo, tendrán que cortar la mano del compañero muerto. El puede soltar sus pies. Así que el tamborilero y uno de los supervisores se encargarán del herrero blanco. Lo ocupamos para librarnos del hierro. Tendrá que escoger entre trabajar o morir. Pero si no quiere trabajar, una vez que liberemos al herrero yayah, ya no lo ocupamos. El supervisor debe subir entre los muertos. Y las mujeres se enloquecerán para distraer a los guardas. Entonces el supervisor debe llegar al cañón, librarse del guarda y apuntar al capitán. Pero no lo puede hacer solo. Así que apenas haya suficientes de nosotros libres...

Pudo haber sido el mismo supervisor. Es más, creo que fue él. Porque mi padre lo crió con amor, el mismo amor que manifestaba para todos sus hijos. El hecho de ser el único hijo de la tercera esposa de mi padre, no lo hizo especial, pero tampoco fue degradado. Tuvo el mismo cuidado y amor que tuvimos todos. Incluso, se le admiraba por ser un joven listo, y todos estaban convencidos de que él llegaría a ser el más destacado cazador en la historia de la aldea. Bueno, en todo caso, de nada me sirve todo eso, tengo la soga alrededor de mi cuello, las excoriaciones, las cicatrices, el sudor, la sal, los latigazos sobre mi espalda, uno tras otro, una y otra vez, hasta que mi mente cayó en un sopor, conforme mi cuerpo perdía sangre y como si no bastara, ahora la sal sobre mis heridas y el cañón, el cañón, apuntando directamente hacia mí, puedo sentirlo, puedo oír el tambor de la ira en los pechos de nuestra gente, no por la derrota, no porque el enemigo fuera más inteligente que nosotros, sino porque alguien decidió que era en su ventaja traicionarnos. Derrotados por nosotros mismos. Estamos muriendo.

Las mujeres gritaron cuando oyeron la explosión y vieron al cuerpo desaparecer. Gritaron mientras la sangre se derramaba sobre la cubierta. Gritaron mientras vieron la cabeza caerse de la cuerda y rodar por un rato antes de su detén final. Las mujeres gritaron toda la tarde. Y a pesar de los esfuerzos de los supervisores y de los guardas, las mujeres desafiaron la noche con sus gritos.

La segunda ruta a la rebelión

Amaneció y con el nuevo día vino la esperanza. Era el día anunciado desde tiempo atrás. El día de la rebelión. El supervisor avisó que había un muerto, cuando los guardas abrieron las escotillas. El médico bajó a la fosa tal como se esperaba. No había una explicación fácil para la muerte de un hombre sano. El compañero de grillete del tamborilero era un hombre fuerte, aunque estuvo sufriendo de melancolía en los últimos días. Pero ayer estaba bien de salud. Ahora yacía muerto. En realidad, esto no era extraordinario. Lo inusual era que hubiesen muerto cuatro hombres la misma noche. El médico llamó al herrero blanco, porque no había forma de que los hombres salieran de la fosa si antes no removían a los cadáveres.

El médico estaba ocupado, luchando con otro cautivo que no podía respirar. El herrero, hombre orgulloso de su profesión, ya había liberado a tres hombres y estaba ocupado desatando al cuarto y último cadáver, cuando el tamborilero logró soltar sus amarras. Con rapidez, los supervisores subieron al primer cadáver, sin objeción de parte de los guardas. Era una situación de emergencia, y en un barco en que convivían captores y cautivos, era de interés común el manejo adecuado de la emergencia.

—Muchos muertos. El rey sumani está muerto —gritó uno de los supervisores, mientras corría hacia el área que llamaban “el hospital”. Las mujeres ya estaban en cubierta. Y fue entonces cuando comenzó la confusión. Las mujeres gritaban histéricamente. Algunas de ellas se tiraron al piso, convulsionando, gritando con tal desesperación

que hasta el cocinero detuvo su labor matinal para contemplar el extraño mal que se había apoderado de los africanos. El Capitán mismo estaba paralizado por el asombro. Pero sobre todo, el guarda a cargo del cañón con el fuego listo para mandar a los esclavos en pedazos hacia el olvido, si fuese necesario para garantizar la sobrevivencia de la tripulación, se distrajo lo suficiente para perder su vida. En un santiamén, cuarenta hombres llenos de coraje, gritando con todas las agallas que surgen del recuerdo de sus tierras nativas, lograron subir a la cubierta, armados rápidamente con palos, tinajas rotas y leña que encontraron en las mismas fosas. Moviéndose aprisa, lograron desarmar a un buen número de los captores y acorralar a algunos que luchaban desesperadamente por su vida, lo mejor que podían, con hachetas o con cualquier cosa a su alcance.

El cocinero blanco, logró derramar agua hirviendo sobre los rebeldes negros, algunos de los cuales fueron inutilizados de esa forma. Un grupo de los quemados, en su desesperación saltó al agua. Los guardas se recuperaron de su asombro a tiempo para rescatar el cañón. Pero desde la fosa seguían subiendo, dispersándose cinco, diez, quince más, por toda la cubierta, apoderándose de espadas. Y las mujeres, saliendo ya de su histeria, atacaban con todo cuanto tuviesen a mano.

Todo parecía el desesperado esfuerzo de una causa perdida, cuando las armas de fuego comenzaron a cegar la vida de los esclavos conforme salían de la fosa. La mayoría lograba avanzar uno o dos pasos, para caer heridos o muertos. Solo unos pocos lograron protegerse, pero entonces era todo cuanto podían lograr. Mas la pelea por el cañón continuaba.

Inesperadamente un estruendo frenó la batalla. El jefe pudo ponerse de pie por un momento. Vio los cuerpos de muchas mujeres mutilados, entre ellas a su hermana. Vio las cabezas decapitadas de hombres blancos, y el cuerpo sin cabeza del capitán. El guarda que había disparado estaba allí, confundido, tratando desesperadamente de encontrarle sentido al sin sentido. Petrificado, no podía reaccionar y no lo hizo cuando alguien le lanzó una hacheta. Solo se mantuvo de pie, tanto como pudo, para luego caer de bruces sangrando a muerte.

El jefe vio a cierta distancia la tierra que había esperado ver.

—Capturen a todos los blancos —ordenó—, y construyan balsas. Tenemos que llegar hasta la costa. Lleven comida. Lleven agua. Y lleven las herramientas.

Un bastardo, camino a La Habana

Estaba profundamente dormido en mi cabaña y muy a gusto con mis sueños cuando alguien de pronto pateó la puerta con violencia. Traté de alcanzar mi pistola y mi puñal, pero era demasiado tarde. Antes de que pudiera reaccionar, me redujeron a la impotencia. Dos hombres sostenían mis manos firmemente detrás de mi cuerpo y un tercero puso su puñal en mi garganta.

—No más muévete, pedazo de bastardo inútil —dijo uno de ellos—, y te mandaré al infierno volando.

Me sacaron de la cabina hacia la noche abierta y a la luz de la linterna me hicieron percatarme de que estaba en presencia de Orwald Boxman. Palidecí. No había duda de que estaba en problemas. Le debía dinero por esclavos de un negocio que hicimos en Kamba. No le pagué, en primer lugar, porque estaba totalmente convencido de que él ya había hecho su agosto a mis costillas, y en segundo lugar me había mudado de Kamba con la esperanza de no volver a ver a Boxman de nuevo. Ahora me habían agarrado con una deuda de carne, así que pensé que me iban a secuestrar y vender como esclavo.

—Boxman, Boxman... —dije, como pregonando su nombre desconsoladamente— Boxman, hagamos un trato.

—Cierre la boca.

Me costó calmarme. Me soltaron, pero estaba petrificado, incapaz de moverme. Me agarró un ataque de jadeos frente al momento tan temido, en el que debido a la parte negra de mi cuerpo me mandarían a cautiverio. Había temido ese momento toda mi vida.

Yo era parte de la trata y de hecho me ganaba la vida comprando y vendiendo esclavos y nunca me consideré negro. Y francamente no pude nunca entender por qué, siendo un mulato, me clasificaban siempre como negro. Mi padre era blanco, mi madre medio blanca. ¿Sobre la base de qué lógica debían considerarme negro? De hecho, mi piel es canela. Y puesto que no soy ni blanco ni negro, deberían considerarme “de color”, pero nunca como negro. Y eso era lo único que yo apreciaba de Orwell Boxman: que nunca me había llamado negro.

—Escucha con cuidado, bastardo —dijo— si no quieres irte de retirada del mundo esta misma noche. Piénsalo bien. No tienes adónde ir. No puedes volver con tus ancestros, porque no van a aceptar la parte blanca de tu alma. Y no hay mulatos en el cielo de los blancos. Así que mejor aprovecha bien esta vida. Vas al infierno cuando te mueras. El diablo es el único que acepta gente como tú.

Orwell Boxman y sus hombres se echaron a reír escandalosamente. Los miré con envidia y mi terror se convirtió en odio.

—Hay un barco río arriba, ¿eh?

—Sí. Portugués.

—¿Con carga?

La vida regresó a mi cuerpo. Pude percibir que su interés en mí no era por la deuda de carne. Había algún plan macabro maquinándose en su cabeza blanca. Así que cambié de postura y asumí el rol que sabía jugar.

—Esa es información. ¿Sabías que la información tiene un precio?

—Sí: tu cuello.

Por la forma en que lo dijo, nuevamente sentí el temor cruzando por mi cuerpo. El peligro no había terminado. Mi astucia no lo había vencido. El peligro aún acechaba. Tenía que superarlo. Tenía que utilizar mi parte africana para sobrevivir.

—De acuerdo, es un buen precio. Creo que deben tener unos doscientos esclavos a bordo.

—¡Grandioso! Ahora escúchame bien, bastardo: necesito un piloto. Quiero decir, alguien que conozca muy bien el río. Así que es tu oportunidad.

—Puedo hacerlo —dije con cierto candor—, pero ¿Cómo vas a pedirme que trabaje por nada?

—Primero me olvidaré de tu deuda. Segundo, te doy una recompensa si nos llevas a Kakundy.

Discutimos la recompensa y era más de lo que yo hubiera esperado. Aunque no confiaba en Boxman, me sentía feliz.

La mañana estaba avanzada cuando navegaba río arriba. Era una buena oportunidad para mí, pequeño pez mulato. Podía llevarlo río arriba muy bien, y cobrar mi recompensa, para después regresar a tierra y venderles información a las autoridades portuguesas. La vida parecía sonreírme. Era normal. Siempre me traía suerte la estación lluviosa.

Caía la noche cuando los espías de Boxman regresaron apresuradamente para topar al barco con la noticia. La meta en realidad estaba a pocos cientos de yardas río arriba, anclado para pasar la noche.

Rápidamente maniobramos el barco, y nos armamos con un suministro adecuado de pistolas y linternas. Boxman no confiaba en mí, por lo cual todo el día había estado cerca con su pistola desenfundada apuntándome a la cabeza de cuando en vez.

Al amparo de la noche, Boxman y sus hombres saltaron a bordo de la nave enemiga, como vampiros sobre su presa. Gritaban durante el asalto, disparando al aire. La tripulación que dormía confiadamente despertó en medio del pánico. Acaso por instinto buscó refugio debajo de las escotillas y luego se rindió.

Se me ordenó tomar el timón y al amanecer alineamos ambas naves. Ciento noventa esclavos fueron transferidos de un barco a otro junto con las provisiones.

Boxman dejó al vencido capitán en una isla cerca del río, con seis de sus hombres y provisiones para tres días.

—Les va a tomar algún tiempo llegar a la civilización. Van a tener que nadar mucho, los pobres diablos. Ya para entonces nos habremos ido.

Algunos de los miembros de la nave capturada se nos unieron. A los demás se les dejó en el barco, a la deriva, porque se les incautaron las velas. Ya los rescatarían los portugueses o ellos lograrían llegar río arriba hacia el puesto portugués en la aldea.

Pedí que me dejaran en una de las aldeas de camino, pero Boxman se negó. Dijo que no podía confiar en mí. De todos modos, prometió que tan pronto como llegáramos a la desembocadura del río, me pagaría y tendría la libertad de dejar la nave.

Pero inesperadamente, oscuras nubes cubrieron el cielo de julio, y la lluvia se precipitó furiosamente, manteniendo la goleta fondeada a la costa de Cabo Verde durante diez días. Muy a mi deleite, Boxman me pagó, pero no había forma de llegar a la playa. Llegué a creer que la lluvia hundiría al vehículo.

Los hombres estaban con el ánimo en gris, porque cuanto más tiempo durasen sin poder despegarse de la costa, mayor el peligro de ser capturados.

Los temores estaban bien fundados. En la mañana del día once, cuando la lluvia amainó, estaba preparándome a eso de las nueve, para dejar la nave, cuando vimos a un barco de la armada portuguesa a cierta distancia de nosotros.

Boxman se puso extremadamente nervioso y tenía razones para ello. En muchos casos a los piratas los mataban in situ. ¿Cómo llegó la noticia tan rápido? —se preguntó, mientras me miraba fijamente.

Aprovechando el viento que creció después de la calma, salimos a toda prisa como venado en aire fresco. A los esclavos se les hizo pasar de un lado a otro en la nave para favorecer la velocidad. Echamos al mar todo cuanto no era indispensable. El barco de guerra nos disparó dos veces y por poco dio en el blanco.

Fue entonces cuando Boxman, más por intuición que por pericia o razonamiento, ordenó un ligero cambio de dirección, y para felicidad de todos aumentamos la velocidad en el nuevo curso.

La nave portuguesa continuó disparándonos sin tregua, pero cada vez las balas de cañón caían a mayor distancia. A medio día estábamos ya bastante fuera de su alcance. Al comenzar la tarde apenas era visible en el horizonte.

Bueno, eso estaba bien para Boxman y sus hombres, pero solo parcialmente beneficioso para mí. De seguro hubiera ido a dar con mis huesos al Brasil como esclavo si los portugueses nos hubieran capturado. Pero ahora, ¿qué? Me había librado de ellos solo para ver-

me enrumbando a las Antillas, donde, si mi suerte me fallaba, terminaría como esclavo; y si mi suerte no me fallaba, de todos modos, ¿cómo regresar a Cabo Verde?

Le hablé a Boxman sobre el asunto. Estaba absolutamente desesperado. Había dejado unas barras de hierro escondidas debajo del piso de mi cabina y un pequeño saco de cuero con libras esterlinas en el techo, y un saco de conchas de carey en un falso pozo en el patio.

Había escuchado demasiadas historias sobre la vida de los mulatos. Las buenas y las peores. “Un muchacho como usted puede vivir como un rey en Saint Dominique”. “Podrías llegar a ser un oficial en el ejército brasileño”, decían algunas voces. Pero otras anunciaban desgracias: “Pórtate bien, muchacho. En las Antillas no serías más que un esclavo doméstico. Eso es a lo que podrías aspirar”. De modo que el viaje a las Indias era un riesgo absoluto. Afortunadamente y muy a mi favor, tenía un buen manejo de idiomas. Por tal motivo, conforme pasaban los días fui desarrollando una buena relación con la tripulación. Uno de los marineros, un joven español del barco portugués que se nos unió, me contó sobre la conspiración que había a bordo para librarse del capitán.

Otro de los que se nos había incorporado, que en realidad era un alto oficial, planeaba matar al capitán y reclamar la carga. La llegada a Saint Dominique sería la señal. Tenía el apoyo de dos de los cinco que se nos unieron en Cabo Verde y de cuatro de los hombres de Boxman.

No podía creer en mi buena suerte. Escribí los nombres de los conspiradores con mucho cuidado y les hablé a ocho de los supervisores negros en lengua sosso. Les expliqué que el capitán era en realidad un buen hombre y que algunos de los hombres odiosos que los habían capturado antes estaban a bordo y que planeaban apoderarse del barco y hundirlo con todo y esclavos.

Sin duda fue una buena jugada, para asegurarme el apoyo de los esclavos si fuese necesario. Los supervisores, en efecto, habían notado la presencia del oficial del barco portugués y también estaban conscientes de que el Capitán los había tratado mejor, dándoles más comida y agua. Así que no tomó demasiado esfuerzo convencerlos.

Una vez asegurado el apoyo de los esclavos, que dicho sea de paso era una inversión en mi propia seguridad, le hablé al Capitán. Rápidamente aseguró las armas. Distribuyó un par de pistolas a cada uno de los blancos leales y un puñal y machete a los ocho supervisores negros. Sin pensarlo dos veces apresó a los traidores, los ató a la cubierta y rápidamente les hizo un juicio sumario. Usó la gata²² para obligarlos a incriminarse. La sentencia la pronunció el propio Boxman en nombre del jurado, fue contundente y se ejecutó de inmediato. Al líder de la banda se le arrojó al mar sin contemplación. Se les dieron muchos latigazos a los demás y se ordenó mantenerlos presos en el barco hasta que la nave hubiera atracado y se hubiese dispuesto adecuadamente de la carga de esclavos.

Se les quitaban los grilletes durante el día a los esclavos y se autorizó la interacción de ambos sexos en cubierta. Algunos de los marineros, conforme los días pasaban, llegaron incluso a compartir sus galletas con los supervisores negros. Se distribuyeron pedazos de sábanas y de manteles a las mujeres para que hicieran sus atados a cintura, las cuales podían lucir en la cubierta.

Yo estaba totalmente asombrado por la conducta del Capitán y solo al final entendí su estrategia. La lealtad y el respeto de los negros eran necesarios para colocar su carga ilegal con los menores inconvenientes posibles.

El resto del viaje transcurrió sin ninguna aventura en particular, salvo por nuestro encuentro con la fuerza de la naturaleza. Estábamos navegando en una placentera tarde caribeña cerca de la Isla Tortuga, cuando el Capitán me llamó la atención a un banco de nubes bajas delante de nosotros.

—Peligro —dijo.

En ese momento me pareció bien idiota preocuparse por una nube blanca. Realmente era un día claro y todos nosotros, incluyendo a los esclavos, nos manteníamos en cubierta.

22. Instrumento medieval de tortura.

Acabábamos de comer y estábamos aprovechando el aire fresco y el buen ánimo del Capitán, antes de repetir la interminable ceremonia de enviar a los esclavos de nuevo a la fosa y a las cabinas.

Pero antes de que yo pudiera hallar las palabras adecuadas para distraer al capitán de sus consideraciones, rápidamente la nube avanzó hacia nosotros, tomando una gran velocidad. El Capitán comenzó a gritar: —¡Tornado, tornado!

Hubo un inesperado estallido, como un trueno, directamente sobre nosotros. El mástil mayor de nuestro barco se hizo pedazos, y se soltó de las amarras. De la nada, se inundó la cubierta de agua marina, y tanto los esclavos como la tripulación nos sosteníamos al barco en defensa de nuestras vidas.

La ráfaga se alejó con la misma rapidez con que vino, llevando consigo las vidas de dos niños.

Esa noche, mientras tomábamos gin, el Capitán me confesó que no íbamos hacia Saint Dominique. No tenía papeles, ni manifiesto, ni registro, ni consignatario. Así que se dirigía a Cuba. Debido a la situación legal tan precaria, debía observar un alto grado de circunspección. Eso fue lo que lo motivó a tratar de ganar la confianza de los esclavos, sobre todo de los supervisores, a los cuales había tratado muy bien. Ahora seguía el próximo paso, que era seleccionar un lugar apropiado para desembarcar. Tenía que ser un sitio desde el cual podía comunicarse con las personas adecuadas para colocar la carga de manera discreta y productiva.

El día después de la ráfaga blanca, nuestro galeón estaba navegando con un buen viento por la costa de Cuba cuando, como si fuera una bendición del mismo cielo, encontramos una pequeña ensenada retirada, ideal para atracar justo al este de Santiago.

Luego de atracar sin novedades, el Capitán, otros cuatro hombres y yo nos dirigimos a un rancho. El dueño colaboró con gran entusiasmo. Le alquiló a Boxman una espaciosa bodega para los esclavos y su familia se dio a la tarea de preparar comida para todos.

Una vez dejada a salvo la carga, el Capitán y yo, a lomo de caballos muy bien alimentados y siguiendo un guía, nos dirigimos a La Habana.

Nuestro guía tenía muchas preguntas qué hacer. Tomando ventaja de mi conocimiento del español, respondí con mucha parla dulzona y logré a cambio que soltara todos los chismes sobre Cuba y La Habana.

Fuimos llevados directamente a la casa de un caballero español, de Cataluña. El Capitán dijo que se podía confiar en la gente de Cataluña. Y sin duda confió. Le habló abiertamente, y le pidió que fuera el consignatario.

Poco tiempo después, su excelencia el Capitán General extendió los papeles necesarios. Los esclavizados fueron enlistados, con nombres dados por los mismos oficiales. Según los papeles, los esclavizados habían llegado a Cuba desde hacía seis meses.

Cuando regresamos al rancho, los habían educado debidamente. Estaban todos vestidos por el ranchero y su familia y se les había instruido, por medio de un esclavo de habla sosso²³ que vivía en el rancho, sobre cómo comportarse en su nueva indumentaria.

Para Boxman el negocio fue muy gratificante. El Capitán estaba tan feliz con su éxito, que perdonó a los conspiradores y los liberó con buena paga en La Habana. Y me pagó generosamente a mí.

En cuanto a los esclavos, hasta cierto punto guardó su promesa. No se les mantuvo juntos como pueblo, ciertamente, porque eso no era posible. Pero conforme a la costumbre española, vendió juntos a los miembros de las familias, o por lo menos en fincas cercanas, de modo que pudiesen verse al menos en misa y para las festividades.

Con el dinero que me pagó Boxman podía vivir bien en La Habana por un buen rato o aceptar la invitación del ranchero para trabajar con él en su finca. Una de sus hijas mostró mucho interés en mi extraño acento y ojos verdes. Pero nada sabía del trabajo de campo. Así que tomando ventaja de mi conocimiento sobre África, los portugueses y los piratas, de mi piel clara y mi dominio de varias lenguas europeas y africanas, me fui abriendo camino en La Habana. Pronto entré al servicio del mismo Capitán General y me establecí allí en La Habana con una hermosa parda, para hacerme rico y engordar, mientras soñaba mi regreso al África.

23. Sosso: Etnia africana.

Diáspora

TERCERA PARTE

La Diáspora

Diáspora²⁴

El corazón de Nyamka²⁵ se hundió en la pena. Eduardo, el viejo, la miró con ansiedad. Ella había hecho un gran esfuerzo por sonreír. Entonces el semblante de él cambió. Agregó a la pena una profunda tristeza y ya no le pudo sostener la mirada. No era necesario en realidad que él dijera nada. La palabra no es la única conductora de los sentimientos o de los pensamientos. El espíritu se comunica de diversas maneras, trascendiendo los límites de lo carnal. Ella no pudo siquiera suspirar. Pero se echó sobre el camastro y en silencio dejó que las lágrimas hablaran.

No podía escaparse de cierto grado de remordimiento. Tal vez si hubiese sido capaz de mantener su integridad, ni no se hubiera dejado domeñar por el pánico, si tan solo hubiese podido mantener el control, a lo mejor su hijo estaría con ella. Pero esa tarde, esperando en la fila, con el niño sosteniéndose a su pierna, no pudo resistir la idea de su carne tierna servida en la mesa del blanco. Los dos agarrándose fuertemente y ella no podía pensar con claridad. Era sin duda una situación desesperada y el pobre Nueva Vida no dejaba de llorar.

Nyamka era la primera esposa de Nyaga²⁶, y lo amó intensamente. Era un hombre bien hecho, fuerte, elegante y sobre todo, un hombre amoroso. Y se casaron con mucha esperanza, y se prepararon para tener

24. Diáspora: Dispersión de los pueblos por el mundo.

25. Nyamka: Nombre Ashanti, abreviatura de Nanyamka, o sea, "regalo de Dios".

26. Nyaga: Nombre Ashanti. Significa "la vida es preciosa".

muchos hijos. Pero al cabo de un año no había señales de embarazo. Ella consultó con las ancianas y con las comadronas sobre la materia, sin resultados satisfactorios. Probó todas las hierbas, cumplió con todos los ritos, agotó la esperanza. Su marido les habló a los ancianos de la aldea sobre el arte de hacer el amor. Y probó las más extrañas posturas a las horas más absurdas, con toda clase de té de yerbas. Pero entre ellos se fue endureciendo la vida, con la esterilidad del desierto.

En el pueblo, Nyamka comenzó a ser sujeto de las habladerías. Era estéril. Pero cuando ya estaban empezando a burlarse de su marido, no pudo más y aceptó que él se casara por segunda vez.

La tristeza embargó el corazón de Nyamka cuando poco tiempo después de su matrimonio, su rival quedó embarazada, y por lo mismo, se convirtió en el centro de atracción de Nyaga.

Pero un milagro habría de ocurrir, de modo que antes de que su rival alumbrase, Nyamka finalmente quedó encinta. La tristeza se trocó en alegría. Pudo captar de nuevo, aunque fuera en parte, la atención de su esposo, y el amor regresó gradualmente a su flujo normal entre ellos.

El hijo mayor de Nyaga nació siete meses antes de que ella diera a luz a otro hermoso varón. Se necesitó un gran esfuerzo para convencer a la tía de su marido —a quien le tocaba ponerle nombre—. Argumentó que el niño había logrado restituir las consideraciones de su esposo y su reputación en el pueblo. Ella volvía a ser la señora que siempre fue. Sin duda el niño trajo nueva vida a su matrimonio, dando realce al ntoro²⁷ de su marido. Finalmente lograron pactar por Kwaku Esinam Nueva Vida²⁸.

Al principio el niño era débil y enfermizo, pero conforme pasaron los meses fue ganando en porte. Se hacía cada día más fuerte y valiente, mostrando todo en común con su padre. Es más, no solo parecía el alma gemela de su padre por su físico, sino que el propio niño hacía todo lo que estaba a su alcance para imitarle. Parecían almas

27. Ntoro: Herencia familiar por el lado paterno.

28. Kwaku Esinam Nueva Vida: "Niño de Oro, Nacido en miércoles, Dios me escuchó y me dio Nueva Vida".

gemelas, con las mismas expresiones, los mismos hábitos y la misma actitud extraña con que enfrentaban la vida, como si el mundo fuese a llegar a su fin, y había que hacerlo todo antes.

Nueva Vida no tenía rivalidad con su hermano mayor, pero era claro que la segunda esposa de Nyaga, cuyo nombre ella había decidido no pronunciar, hacía un gran esfuerzo por controlar sus celos. En realidad, tomando en cuenta la admiración de su padre, Nueva Vida no tenía competencia. Había tanta afinidad entre ellos, que la reina madre dijo públicamente que no había ninguna posibilidad de que Nyaga sobreviviera a su hijo, porque si Nueva Vida muriera antes, con él moriría Nyaga, dejando atrás dos viudas y un hijo.

La mañana en que toda la familia fue secuestrada, Nueva Vida estaba jugando en la poza, cuando se recibió la noticia de que habían visto blancos en el área. Nyamka pensó que lo mejor era ir a la poza y hacer a los muchachos regresar a su casa. No era seguro estar entre el monte cuando rondaban hombres blancos. Nadie podía probarlo, pero se sospechaba que la misteriosa desaparición de cierto número de niños y mujeres y dos hombres del pueblo, se debía a que habían sido secuestrados por los blancos.

Cuando llegó a la poza para advertir a los jóvenes del peligro, vio a su hijo Nueva Vida tratando de liberarse del secuestrador. Con rabia corrió hacia él y a diente, uña y la fuerza interior de una madre en lucha por la vida de su hijo, de alguna manera logró liberarlo. Pero cuando huían fueron enlazados por otro hombre y arrastrados a cierta distancia del río.

Lo más humillante fue ver a su marido y su mejor amigo entre los cautivos. Ellos también habían salido a buscar a los niños y fueron emboscados. Y fue doloroso ver a su marido arrastrado en una comitiva distinta a la suya.

Al menos tenía a Nueva Vida. Mas cada cambio la ponía muy nerviosa.

De modo que regresando a la tarde en que estaba parada en la fila con el pobre Nueva Vida agarrándose a ella, no podía más con la carga de percepciones y el dolor. Allí estaba su hijo, su bravura, su confianza

en sí mismo hechas trizas, su cuerpo debilitado por meses de dificultades en el mar; los alimentos añejos, la falta de agua, la melancolía, la ausencia del abrazo cálido y varonil de su padre, su alma gemela.

—¿Y dónde estaba ahora el hombre que tanto amó? Aquel con quien planeaba compartir el amor, los niños, las esperanzas; el hombre junto a quien pensaba envejecer, dándole apoyo mientras fuera madurando para ocupar un asiento en el Consejo de Ancianos de la comunidad, en tanto llegaba a la edad de asumir la grave responsabilidad comunal de ser anciano. ¿Dónde estaba él ahora? ¿Quién les dio la autoridad para romper nuestra familia, para destruir la vida de nuestro pueblo?

Estaba allí en la fila, esa tarde, con su hijo aferrándose a sus pies, ella y él bien alimentados durante los últimos dos días. Su piel brillante con aceite de palma.

Por primera vez se dio cuenta de una realidad que la estaba golpeando sin que hubiese reparado en su significado: todos los que estaban en fila, los que estaban delante de ella, todos eran negros. No había ni un solo cautivo blanco. Estaba allí esa tarde, encarando a como pudiera a la turba de hombres blancos.

Se vestían de manera muy extraña, y aunque fingían prestarle atención al hombre que estaba hablando y que aparentemente era su líder, pasaron todo el rato mirando a los que aguardaban en la fila.

El pánico entró a su corazón y alcanzó la máxima expresión cuando el líder apuntó al aire con su pistola y disparó. Inmediatamente la turba se lanzó sobre ellos, corriendo como bestias salvajes hacia su presa. Las mujeres gritaron desesperadas y muchas se salieron de la fila intentando huir. Fue cuando ella no pudo más y le dijo a Nueva Vida que huyera.

—Corre, Nueva vida, no dejes que te devoren.

Y el niño huyó.

Nyamka levantó la vista para ver a Eduardo dejando la cabaña. Con él se fue toda esperanza de hallar a su hijo. Nadie en la región sabía nada del pequeño fugitivo. Por meses ella vivió de la esperanza. Eduardo le dijo que si alguno de los dueños de las fincas capturaba al muchacho, él se enteraría pronto. Tenía conexiones entre los esclavos

domésticos de las plantaciones aledañas. Por eso fue que, cuando el día anterior se divulgó el rumor de que un finquero había capturado a un niño, la esperanza llegó a la cima. Según Eduardo, el dueño de la plantación podría reclamar a Nueva Vida, alegando que pagó por el niño y su madre. La reunión de madre e hijo parecía probable. Por eso estuvo esperando toda esa noche la llegada de Eduardo en la pálida luz que ella logró mantener encendida.

Pero no era Nueva Vida. No quedaba vida. El candil se apagó con el soplo de la brisa que su amigo produjo al franquear la puerta. No quedaba esperanza para persistir. No quedaba amor para dar.

El dolor de su pecho crecía. Cuando Eduardo salió, Nyamka pudo acomodarse en el camastro. Podía recordar a su esposo con tanta claridad ahora. Podía ver su rostro sonriéndole. Estaba sentado junto a ella, con esa sonrisa adorable que ella atesoraba. Allí estaba, por fin. Nyaga, ¿Dónde has estado, amado mío?

—No han capturado a Kwaku Esinam Nueva Vida. Es fuerte como tú. Él va a sobrevivir. Por medio de él sobreviviremos. Mi mogya²⁹ no perecerá. Nuestros descendientes vivirán en esta nueva tierra. Nuestros ancestros podrán regresar a la tierra de los vivientes. La vida seguirá, querido Nyaga. Y a lo mejor algún día nuestros hijos hallarán la manera de regresar a casa y tus dos hijos verán a la familia reunida. Tus hijos son fuertes, como tú, Nyaga. Fuertes como tú.

Mientras hablaba, Nyamka puso su cabeza en el regazo de Nyaga. ¿Dónde has estado, mi amado? Y vio los rostros de sus seres amados sonriéndole. Y mientras ella devolvía la sonrisa a todos ellos —a la abuela, a su hermana, a la Reina Madre, pudo percibir los sonidos y olores de su pueblo, y antes de dormirse vio a la segunda esposa de Nyaga que también le sonreía—. “Efua”³⁰ —la llamó—, “Efua”. Y pronunciando ese nombre que había odiado por tanto tiempo, ahogó el dolor en el sueño final.

29. Mogya: Sangre, herencia matrilineal.

30. Efua: Nombre de una mujer nacida el viernes.

La Dama Parda

Soy una mujer negra ¿Y qué? Soy la sobrina nieta de Juan de Valladolid³¹. Eso es lo que cuenta. Pero aquí los tienes, sin saber cómo llamarnos. Por mí que me digan parda, que así me habían dicho siempre. O morena. La verdad es que no me importa. Pero que me digan señora, eso sí. Que me digan señora. Soy descendiente directa de don Juan.

Nuestra familia era muy respetada en Algarve. Don Juan fue elevado al rango de Alcalde de los Negros por la misma voluntad de sus majestades los Reyes Católicos. Sus majestades, Fernando e Isabel, personalmente le otorgaron tal dignidad al Conde Negro. Así era como lo llamaban, en Algarve: el Conde Negro. Era un hombre acaudalado. Un hombre talentoso y valiente y bien intencionado. Aplicaba la justicia de la corona entre los negros.

Por el otro lado, por el lado de mi padre, somos moros. De hecho, mi tatarabuelo era de Mali, un país bien distante. Era soldado en el ejército de un gran rey llamado Mansa Musa. De la realeza mandinga.

Mansa Musa era musulmán y así mi tatarabuelo. Nosotros ya no lo somos, por gracia de la Virgen Santísima. Y fue por eso, por musulmán, que el rey decidió ir en peregrinación a la Meca. Montaba caballo fino, con monturas lujosas. Y cruzó la tierra que llaman África rodeado con un gran número de seguidores, cincuenta camellos cargados de oro y regalos. Cruzó un lugar llamado... Déjame ver, hija, que

31. Nombrado alcalde de los negros por Isabel la Católica en España.

a mí la memoria me comienza a fallar, oye. Ah! Ya... creo que el nombre era Walata o... o era Tuat... no estoy segura. Quinientos esclavos iban delante de Mansa Musa, con sus posesiones. Llevaba tanto oro con él, que el precio del metal cayó en Egipto por muchos años.

Mansa Musa, al igual que tu tata-tatarabuelo, era un hombre santo. Musulmán, pero santo, oye. Observaban la hora de la oración y él y sus ancianos estudiaban los libros de la ley y memorizaban textos del Corán. Era generoso con los pobres. Un hombre muy educado, y sus seguidores dejaron una buena impresión en El Cairo, donde se le recordó por muchos años.

Según la tradición de nuestra familia, los mandingo eran musulmanes, pero nunca renunciaron a sus propias costumbres. La comida favorita del rey era mijo molido con leche y miel. Las mujeres mandingo tenían una posición privilegiada y la herencia de la propiedad era por el lado de la madre.

Y a eso quería llegar. Porque tu padre tuvo suficiente para darte dote. Y pudiste casarte con dignidad. Y el extranjero ese, el africano con quien te casaste y que sigue sin gustarme para nada, no es del todo un mal tipo. Por lo menos tiene un buen trabajo a la sombra del gobernador, con todas esas lenguas que dice que habla. Pero el gobernador no es un buen hombre, y por tanto, si tu marido está tan bien con él, no es tan buen hombre tampoco.

Tú vienes de una familia distinguida. No tenías por qué casarte con un pirata. Y no voy a perdonar a tu padre por haber consentido este casorio que no es más que un capricho infantil tuyo. Siempre fue así contigo, te consintió a más no poder, y te malcrió.

Bueno, pero volviendo al caso, mi tatarabuelo conoció a Es-Saheli, el famoso arquitecto y pintor español. Y fueron los relatos de Es-Saheli los que despertaron la imaginación de nuestro antepasado y le inspiraron el deseo de viajar. De modo que cuando retornaban de la Meca, pudo convencer al rey Musa que lo dejara en Egipto para estudiar. Pero una vez solo, enrumbó a Granada. Después de la conquista de Castilla y Aragón, se casó con mujer española y fundó familia en La Puebla y se hizo cristiano.

De allí viene el color, y ¡olé tu garbo, morena! Ven aquí, ven que te quiero ver bien, que eres linda, hija. Como tu abuela, mi querida Amachi³², hija de un esclavo que vino de un lugar llamado Sahara. Fue aquel que denunció la traición de Diego de Andurria a la Corona española. No sé exactamente lo que sucedió. Todo lo que sé es que era esclavo de Diego de Andurria y denunció la traición de su amo. Debido a esto, tuvo autorización de casarse con mujer española, y por eso mi madre nació libre.

Así que esa es la historia de nuestra familia. Hemos sido parientes y servidores de reyes y reinas. Hemos sido leales a España. Así que no me imaginé a mi hija casada con un pirata africano, con esos ojos de gato del infierno, portugués para más señas, y cómplice de un gobernador que merece la hoguera, que no la merecen las supuestas brujas que mandó a quemar.

Ahora, quiero volver a mi país, a mi región. Vine a Santo Domingo con el bueno de tu padre, orgullosa de ser la mujer de Juan de Alcinno, pardo pero también orgulloso de su herencia. Vinimos a trabajar la tierra. Nos dijo el cura en casa que había peligro de que nos esclavizaran, pero no me importó. Estaba completamente convencida que si hubiésemos de ser esclavos, siendo gente de trabajo como lo somos, habríamos podido en pocos años comprar nuestra libertad. Somos gente honesta y trabajamos duro, tu padre y yo. Teníamos la esperanza de enriquecer, que nuestros hijos fuesen distinguidos, como lo fueron sus ancestros. De modo que si fuese a pasar, es decir, si nos esclavizaran, sería un inconveniente pasajero.

No pasó. Y por la Virgen Santísima que tenemos suerte. Porque la esclavitud en este país es algo cruel y humillante. Es casi imposible creer que aquí los dueños de una plantación matan a sus esclavos y nada les pasa, oye. Y de nada sirven las Siete Partidas.³³ Ellos pueden dejar que sus esclavos mueran de hambre. Aquí el esclavo no tiene ningún derecho, no puede llevar a su amo a la justicia, y no importa

32. Amachi: Nombre Ibo que significa "impredecible".

33. Siete Partidas: Leyes que en España precolonial normaban la esclavitud.

cuánto trabaje, no hay forma de que llegue a comprar su libertad, o la de su mujer e hijos. No se respeta al esclavo, esto no es de cristianos. Es más, no lo tratan como ser humano.

Ahora tu padre está muy viejo. Puede morir en cualquier momento, lo sé, lo sé, para qué hemos de disimular, vamos. No quiero que mis hijos terminen aquí en Santo Domingo. Quiero que volvamos a España, que se hagan españoles. Tengo el dinero para llevarlos a todos. Todo lo que necesito es el permiso del Gobernador para dejar la isla, y el consentimiento de tu marido. Allá en España él puede entrar al servicio de alguna familia principal, con todos esos idiomas que dice que sabe. Mi marido, tu padre, ya está muy viejo. Todo lo que necesito es el permiso, para que nuestros huesos puedan descansar en Granada. Tal vez en La Puebla.

Dile a tu marido que convenza al Gobernador. Las cosas se ponen desesperantes aquí, sobre todo desde que los negros bozales se alzaron y mataron al anterior gobernador. Ha habido penas de muerte aun por tratar de escapar. Los pardos ya no podemos portar armas. A todos nos consideran cimarrones ahora. Esto me resiente, hija. Como he explicado, mi familia es una familia distinguida por todos lados. Somos pardos, pardos españoles. ¿Por qué nos tratan como paganos... como bozales?

Hasta la Iglesia se ha vuelto en contra de nosotros. Y que la Santísima Virgen me perdone y que Santiago deje pasar por alto mis palabras, si se dicen con maledicencia, pero aquí el principal responsable es el mismísimo Cardenal Cisneros. Según el cura, nos considera una amenaza. Debería venir y ver por sí mismo. Somos pardos o morenos, como quieran. Pero somos cristianos. Somos gente española que trabajamos duro. No somos cimarrones. No vivimos en cumbes o manilas. El gobernador o el mismísimo cardenal pueden venir a esta casa. Pagamos los impuestos de la Corona. Pagamos nuestros diezmos a la Iglesia. No atacamos rancho ni haciendas.

Desde luego, lo sabes hija, nosotros no aprobamos la forma de ser de los cimarrones. Pero la verdad sea dicha, y esto no es herejía, porque la verdad aunque incómoda no peca: los que aquí se dicen españoles

no son como los de casa. Creo que el aire de Santo Domingo corrompe sus mentes y los vuelve salvajes. Porque muchos de los tales señores de aquí son para vergüenza de España.

¿Qué te parece ese tal señor Vázquez de la Mancha? Es decir, es cierto que Lucas ayudó a los rebeldes a entrar a la casa del gobernador, pero él no tenía idea de que iban a matarlo. Su único error fue haberse dejado convencer por ese desgraciado jovencito alborotero, Juan Bautista, ese que los esclavos llaman Primo de Kwami, para convencerlo de que les abriera la puerta. Y este maldito de Vázquez de la Mancha ató al pobre hombre de manos y de pies, cada extremidad a un caballo diferente, y lo reventó a vista y paciencia de toda la ciudad. Y ya ve, Primo de Kwami anda suelto, pero el bueno de Lucas está muerto. Lucas no era un bozal. Era un cristiano, y su padre, un español de Sevilla.

Y después de todo ese horror, Vázquez de la Mancha se ufana de ser uno de los amigos fieles del Cardenal Cisneros. Pero su barba es negra, gris y blanca. Y las barbas de tres colores solo se ven en la cara de los traidores. Y que no sea verdad que el peor chanco se lleve la mejor mazorca. Que si Cisneros y Vázquez de la Mancha son amigos tan cercanos, la puta y el villano se juntan.

Y no tienes por qué escandalizarte, hija, y no pienso bajar la voz. Estaría de Dios que mi hija me haya de mandar. Juan de Alcino, está viejo y cansado. Dile a tu marido que nos ayude a volver a casa. Si no quieres venir no vengas, pero ayúdanos a regresar. Dios te ha de bendecir, hija. Sé que el Gobernador y tu marido no son santos, pero no son viles como Cisneros y Vázquez de la Mancha, el Inquisidor. Tu marido a lo mejor es una persona honesta y yo lo estoy juzgando mal. Así que me valgan estas lágrimas mías, que te ruego no me reproches, y que me valga María, por supuesto, María, bendita entre todas las mujeres, y bendito el fruto de su vientre Jesús. Amén. Que ella interceda por nosotros. Que Lucas, que toda la vida fue un hombre de paz y de bien, descanse en paz. Y que Dios me perdone esta parla de loca. Que Santiago pase por alto mis malos pensamientos. Y que se me otorgue esta humilde petición.

Santos del Congo

En la oscura selva de noche, la fogata arde. El jefe los había convocado, para oír las canciones del griot³⁴, el poseedor de la poesía y el depositario de las crónicas que se extienden más allá del tiempo. Evocó la memoria de aquello que no tuvo comienzo. Cantos del griot sin final.

—¿Y qué tal una respuesta directa?

—Pues, antes del comienzo solo Nyame estaba.

El Viejo estaba recurriendo a un vocabulario extraño, cual si perdiera el juicio. Una señora que los escuchaba desde el lado opuesto de aquella improvisada plazoleta, comentó para que todos oyeran: —“El que piensa mucho termina tocado del techo —decía mi madre”.

Según su propia historia, el viejo fue capturado y esclavizado en Arabia. Pero tomando ventaja de la confianza que su primer “amo” le tenía, escapó, solo para ser recapturado en Lagos y enviado al Papa como un regalo.

El problema es que nadie en el campamento sabía nada sobre Lagos, ni sobre el Papa, ni podían explicarse cómo, siendo esclavo del señor Papa que se suponía tan importante, había terminado en los barcos esclavistas. Y lo hubiesen ignorado y despachado por loco si no es por la cura milagrosa que realizó a la esposa del líder.

—Exactamente, ¿Cuál es el punto? —indagó el líder, un tanto ansioso.

34. Cantor, Poeta.

—Bueno, hay que tomar en cuenta que Nyame es indestructible. Nyame Odomankoma, Dios Infinito.

El líder bostezó.

—He tenido toda la paciencia del mundo con usted, pero mi paciencia tiene límite. Así que, vaya al grano...

—Voy... voy. Es que, es... es... Él quien permitió la concreción del kra³⁵ para desarrollar nuestra potencialidad.

El líder volvió a bostezar mientras su esposa le murmuraba al oído. El Viejo estaba pasándose de la raya al continuar con aquel discurso mediante el cual los declaraba herederos de los constructores de pirámides gigantescas sobre los que nadie había escuchado hablar.

—Esas fueron las grandes obras de Kemet³⁶ al otro lado del Sahara.

—Estoy tratando de seguirle, pero no puedo entender la relación entre Nyame, Kemet, el problema que le he presentado y sus canciones. A mi parecer, tenemos que tomar una decisión, porque hay una gran confusión entre nosotros y eso no nos conviene.

—Bien, amado líder —siguió el Viejo con gran deferencia—, el problema es nuestro sunsum.³⁷

—¿Nuestro qué? ¿De qué está hablando?

—De Nyame, El Que No Fue Creado. No tuvo padre ni madre.

La gente se echó a reír, lo cual calmó un poco la tensión.

Ya asomaba en el rostro del líder una expresión de desesperación. La gente —a quien se le podía ya denominar “congregación”, porque realmente lo era— miraba al griot tratando en vano de entender sus canciones.

La concurrencia esa noche era mayor que la esperada, si se toma en cuenta que no era un jam. No era una fiesta, sino una reunión para tratar cuestiones fundamentales del espíritu y de mil tradiciones de los cuales ahora eran los herederos.

—De modo que tenemos a Ra, y a Nyame, y a Olodumare...

35. La fuerza vital única otorgada a cada persona, el Aliento Divino otorgado antes de nacer.

36. Kemet: Antiguo Egipto.

37. Sumsum: El alma colectiva del pueblo.

Otro viejo, de pie en la parte trasera de la congregación gritó: —“Cerráale la boca, a ver si seguimos con la condenada reunión”.

—Pueden hacerme callar —respondió el griot—, pero vamos a tener que enfrentarnos a la cuestión del sunsum tarde o temprano. Porque en todas las comunidades vamos a tener a Anansi³⁸ metiendo intriga y malicia. Y siempre habrá un traidor. Así que ocupamos un sunsum común para mantenernos juntos.

El griot guardó silencio por un momento. Entonces la hermana del Líder procuró permiso para hablar.

—Ah —dijo—, fue eso, exactamente eso es lo que está pasando aquí. Mi tío, el hermano de Kwami Segundo, murió en la rebelión en el barco esclavista, no por manos del blanco que a lo idiota los voló en pedazos, sino a manos de su propio primo. Ahora sé quién es responsable de esta herida que tengo en la pierna. Ahora sé realmente quién mató a tantas mujeres y hombres valientes. ¡Así que fue Anansi! Ahora sé que fue Anansi.

—Vamos, tía —fue un grito juvenil que salió del fondo—, dígase-lo a todos. Que nunca olviden que fuimos los yayahs los que organizamos la rebelión.

—Pero no tiene que preocuparse —acotó el Viejo, ignorando el comentario del joven, para proclamar en tono triunfante que Dios puso al Hermano Camaleón en su lugar.

Luego el griot se quedó dormido, ya consumida toda la energía que les había robado a los años, y dejó el espacio abierto a la juventud.

—Me tuvieron cautivo por diez años y me bautizaron en la Iglesia Católica. En estas tierras no se permite ninguna otra religión. La historia del Viejo griot es la misma que he escuchado en la prédica de los sacerdotes blancos. Es la misma historia, solo que a Dios no le dicen Nyame sino que le dicen Padre, y creo que Agwenka viene siendo como Jesucristo. Y bueno, está el Espíritu Santo... no sé si eso es el Aliento de Dios o la Fuerza Vital... o qué. Pero la cosa no anda lejos.

38. Anansi, la Araña: Una expresión de Dios que cayó de la Gracia, convirtiéndose en un tramposo. Figura popular de la tradición oral del Africa Occidental y del Caribe.

Ahora todos estaban atentos a la nueva voz.

—Y en esa tierra a las mujeres que practican nuestra religión se les condena como brujas. Y las queman. Y las asesinan a punta de latigazos.

—Así que, ¿Cuál es el punto, jovencito?

El líder enfatizó lo de “jovencito” debido a la audacia del muchacho de atreverse a hablar frente a los ancianos sin haber sido autorizado.

—Soy devoto de San Juan Bautista —y el murmullo crecía en la plazoleta—. Mi familia es del Congo. Así que, para mí, San Juan Bautista es Changó.³⁹

Una de las mujeres mayores no pudo contener la risa y pronto las carcajadas llenaron de alegría todo el bosque.

—Bueno, Jefe —dijo otra de las mujeres—, a ver si me queda claro esto. Usted es un sabio yayah, se le facilita a usted la cosa. Este joven es del Congo. No es Yoruba. Pero es seguidor de Changó.

—Sí, señora —interpuso el joven—, verá usted: soy negro. Un negro africano. San Juan Bautista del Congo es también negro. Así que es nuestro Santo.

—¿Un negro qué?

—Un negro africano. . .

—Un negro africano. ¿Y qué cosa es eso, papito? ¿Y cómo tú metiste a Changó en esto?

El líder se puso de pie y con señales los hizo callar.

—¿Cómo sabe todo eso de Juan Bautista Congo?

—Me pusieron ese nombre a mí.

—¿Entonces te llamas San Juan Bautista?

—No, no, me llamo Juan Bautista.

—Ya veo. Ya veo. Pues este joven ha hablado con sabiduría. Soy un africano negro. Todos somos africanos negros.

La concurrencia guardó silencio y, por un momento, casi que contuvo la respiración de asombro. Les sorprendía el inusitado apoyo.

39. Dios Yoruba de la Guerra y del Trueno.

—Tenemos que aceptar que todos somos africanos. Y debemos enseñarles eso a los niños. Debemos hablarles de Juan Bautista Congo.

Era un grupo diverso. Sus rostros lustrados con aceite de palma brillaban a la luz de la fogata. Todos juntos. Cada quien con su acento, con su particular forma de hablar.

—A ver, Jefe, aclárame esta cosa. ¿Qué es esto de que somos africanos negros?

—Bueno, ¿Qué éramos hace... digamos, hace dos veces mis dedos? Quiero decir, ese número de meses.

—Cómo, ¿Qué éramos?

—Seres humanos —dijo uno de los viejos que se estaba haciendo el gracioso.

—¡Ah! —el Jefe no daba cuartel— “seres humanos”. ¿Qué seres humanos?

Se volvieron a ver unos a otros sin comprender el punto.

—Ahora ya se parece al Viejo griot.

—¡No me diga! Bueno, entonces el Viejo tenía razón. A algunos de nosotros nos obligaron a darle vueltas al Árbol del Olvido ¿No es cierto?

—Sí...

—Y cuando desembarcamos en estas tierras, algunos lograron ofrecer libación bajo el Árbol de la Fundación, ¿No es cierto?

—Sí...

—Y le dieron gracias a los Orishas⁴⁰, a los Guardianes del Samanfo⁴¹, ¿No es cierto?

—En el nombre de Olorún —dijo el primer viejo.

—Sí...

—En el nombre de Yahvé, Dios de Abraham —dijo el etíope.

—Sí...

—En el nombre de Alá —dijo el que llamaban maestro de la ley.

—Sí...

40. Orishas: Los ancestros, según la tradición Yoruba

41. Samanfo: La herencia común del pueblo, incluyendo los ancestros, los vivos y los que están por venir, su cultura, sus tradiciones. Según la tradición Ashanti, una persona en realidad nunca muere.

—En el nombre de Nyame el Todopoderoso...
—Sí...
—En el nombre de Mulungu, el que pone orden en el caos.
—Sí...
—En el nombre de Yavé Dios de Abraham —dijo el etíope.
—En el nombre de Jesús —gritó Juan Bautista.
—Así que... eran gente... Yayah, Sumani, Banyoro... eran gente, ¿No es cierto?
—Sí...
—Bueno, ¿y se han fijado que no hay nadie de piel blanca entre nosotros?

Regresó el silencio. Poco a poco fueron levantando la vista para mirarse los unos a los otros. Los mandinga eran negros. Los ebo eran negros. Los wolof eran negros. Los yayah eran negros. Los fulahghi eran negros. Los ashanti eran negros. Los brongs eran negros. Todos los bantúes eran negros. Los sumani, los banyoro, tan negros como los iwe y los fanti. Todos negros, negros, negros.

—El joven tiene razón —el Jefe hizo un comentario que a esas alturas resultaba redundante, pero lo hizo, en todo caso—, somos negros —y lo dijo con el poder de la convicción—. Déjame que declare en nombre de mis ancestros, en nombre de Kwami mi abuelo, déjenme que declare que Juan Bautista Congo es nuestro santo. Nuestro santo africano.

Los tambores rompieron en rítmico aplauso y las risas avanzaron hacia la danza. Y ciertamente las estrellas habían partido desde hacía mucho tiempo. Pero como dijo el poeta, “nunca está más oscuro que cuando va a amanecer”⁴².

42. Viejo adagio tradicional, inmortalizado por el poeta costarricense Isaac Felipe Azofeifa.

Yangá

Yangá⁴³ estaba sentado debajo del árbol grande, frente a lo que ahora llamaba su casa. El árbol y una enorme roca presidían sobre el solar, donde se reunía su gente cuando eran convocados, para discutir los asuntos militares o comunales, a celebrar o a chismorrear.

Apartó con brusquedad a la primera mosca que insistía en compartir el trozo de caña de azúcar que estaba a punto de masticar. Una inesperada ventisca vespertina se hizo cargo del resto y la mosca desistió. Levantó su cabeza para echarle una buena mirada a su fortaleza, que en la terminología española era un palenque. Su propio rancho cerca del árbol, y luego, dispersas por el campo, unas ochenta chozas más.

Y más allá, más adentro en la selva del Río Blanco, había más y más palenques, repletos de habitantes rebeldes, cada uno autosuficiente, prestos a defender aquella libertad autodeclarada, dispuestos al contra ataque y al pillaje.

“NI KU TÚ”⁴⁴

La ráfaga dejó sonidos familiares que llamaron su atención brevemente. Eran los tambores distantes que llevaban un mensaje. Un mensaje preciso, según el código adoptado y cuidadosamente enseñado

43. Yangá: Héroe afromexicano que encabezó una rebelión exitosa contra los españoles a comienzos del siglo XVII.

44. NU KU TÚ: Sonido de un tambor en lenguaje codificado.

por el tamborilero maestro, Martín Fang. Todos los oficiales tenían que aprenderse el código, y cada uno de los capitanes tenía su código personal, de modo que el mensaje podía ser dirigido a todos o a un oficial en particular. Escuchó durante un tiempo, pero los sonidos se fueron con el viento. O acaso era su imaginación, su ansiedad. La lucha estaba en un momento crucial. Habían atacado en los alrededores de Veracruz. Camino Real, vía principal que conducía desde el puerto hasta México, había sido bloqueado por varias horas y hostigado por una semana, hasta que llegaron las tropas de México para reforzar el sistema defensivo de Veracruz. Yangá y sus hombres entonces dejaron el área, perseguidos por las tropas españolas.

Indujeron al enemigo a adentrarse en su propio territorio según los planes. Escaramuza a escaramuza, en un juego exasperante de pega y corre, disperse y reagrupe, ataque y retiro. Al principio los españoles estaban fascinados con sus fáciles victorias, pero conforme pasaban los días comenzaron a darse cuenta de que la huida de los cimarrones no era señal de derrota, porque conforme trataban de llegar a los palenques se encontraban una y otra vez en caminos sin salida, zanjas que eran trampas mortales, enormes rocas que caían solas colina abajo directamente sobre las tropas y el molesto retumbar de los tambores.

Ahora ya habían podido elevar sus condiciones a la Corona Española. Sus demandas eran simples: un sitio al cual pudiesen llamar "nuestro". Un lugar para afincar, trabajar la tierra, comprar, vender, enseñarles a sus hijos el arte y el oficio de vivir.

Según el mensajero, el robusto y pedante Fray Juan Pérez, el Rey español deseaba un arreglo. Le parecía a Yangá que había algún peligro latente sobre Veracruz, porque en el momento de la negociación, Fray Juan Pérez insistió en tres puntos: primero, que no debería haber más asaltos en los caminos y fincas; segundo, que los esclavos que se les uniesen fuesen devueltos a la finca de sus legítimos amos, y tercero, que deberían comprometerse a defender Veracruz en caso de un ataque por parte de un tercero.

La esposa de Yangá, cuyo nombre él no podía pronunciar, y que debido a eso la renombró Huajaquita, interrumpió sus cavilaciones y lo

devolvió a la realidad. Le trajo comida: plátanos sancochados, unas gruesas tortillas de maíz y carne.

Como siempre, ella no pudo resistir la tentación de acariciarle el pelo. El le dio una nalgada. Entonces se rió, con esa risa tonta que él adoraba, y se fue alejando lentamente. El no pudo dejar de seguirla con su vista. Su pelo largo negro-azul, su color zambo, su cuerpo, construido como el de las mujeres africanas, con la misma dignidad que él recuerda haber visto en la tierra que, según dijeron, bien pudo ser la tierra de los Brongs⁴⁵. Pero él no recordaba el nombre de la tierra. Eran el rostro angustiado de su madre y la voz de su padre, los que venían a su memoria una y otra vez, especialmente cuando Huajaquita lo llamaba por su nombre secreto que solo le reveló a ella.

Huajaquita se sentó en otra piedra a cierta distancia. Nunca había podido lograr que se sentara junto a él; es más: ni siquiera comía con él. Ella prefería mirarlo comer con la profunda reverencia y silencio que se debe al líder.

El la amaba y no podía quitarle las manos de encima. Desde el primer día hubo contacto. Martín Fang le dijo que las personas tienen almas gemelas y que posiblemente esa sea la explicación de su incontrolable pasión por Huajaquita.

La primera vez que la vio estaba de huida, perseguido de cerca por un grupo de perros de cacería y un batallón de soldados españoles. Estaba confundido. Su responsabilidad era distraer al enemigo, para darles tiempo a sus hombres a que se refugiaron en la selva. No fue difícil lograr que los soldados lo siguieran, y había seguido el procedimiento de siempre. Había cruzado el río varias veces, pero por razones que él no lograba entender, el recurso no estaba funcionando, y los perros recuperaban el rastro.

Estaba cansado, muy cansado, con su autoestima en muy mala condición, cuando finalmente se enfiló al río grande. Había solo un sitio en que era posible cruzarlo, y detestaba conducir a los españoles

45. Brongs: Nación de Ghana. Los documentos españoles consignan que Yangá era de la tierra de los "brams".

hacia él. Pero ya no tenía alternativa de escape. El riesgo era grande. Pero corrió hacia el río y se lanzó al torrente.

Pero como dice Kojo, los perros son perros. No son más listos que el ser humano. Así que alcanzó la otra orilla y avanzó tierra adentro. Después de una caminata considerable, se sintió suficientemente seguro para sentarse, y masticar alguna hierba. Era una costumbre local, tomada de los nativos de la zona. Necesitaba el descanso. Con el cansancio encima y la esperanza de que sus hombres ya estarían a buen recaudo, se quedó dormido.

Y pudo haber dormido por mucho tiempo, si no es por los perros. Estaban de nuevo tras sus huellas, ladrando. Se puso de pie, casi con un ataque de histeria, gritando que no podía ser. No podía ser. Pero era.

Su cuerpo, como poseído por un leopardo, comenzó a avanzar a salto entre el monte. Trataba de alcanzar la máxima velocidad posible. Velocidad, ese era el remedio. Los perros podrían seguirlo, pero no los españoles, ataviados con sus armaduras.

Tenía que mantenerse adelante, lejos del alcance de sus arcabuces y pistolas. Sus lanzas no eran eficaces frente a las armaduras. Tenía que ser a sorpresa, en lucha cuerpo a cuerpo. En esos predios él y sus hombres tenían superioridad, podrían vencer a todo un batallón, aunque estuviesen guiados por furiosos canes.

Mientras se internaba en la selva junto al Río Blanco, la densa vegetación de pronto dio paso a un claro, al final del cual había unas cuantas chozas.

Se detuvo brevemente, agachándose, abriendo su boca para inhalar el aire fresco. Dentro de su cuerpo, su corazón latía en furiosa taquicardia. Afuera, el ladrido de los perros.

Instintivamente tomó otro rumbo solo para encontrarse frente a un acantilado. Parecía no haber lugar para huir. Se sintió como un gato salvaje acorralado. No había salida. La tierra del Brongs estaba distante. Este era el Río Blanco.

Ahora, su opción era muy clara. Podía enfrentar a los perros y al batallón español. El tenía sus lanzas. Tenía una espada corta. Podía matar a los perros, ya los había enfrentado antes. Pero los perros

tenían dueños. Podía rendirse, pero había escuchado la voz de su madre y jurado, conforme a tantos otros africanos que, era preferible la muerte a la esclavitud. Preferible la tumba al cautiverio. Preferible regresar a la tierra de los Ancestros.

Podía saltar al acantilado, ciertamente. Pero estaba la profunda sabiduría del viejo cimarrón que le enseñó las artes de la sobrevivencia. Era uno de los que lucharon en la banda de Francisco de la Matosa, en la rebelión de Guatulco. Uno de los alzados se colgó para que los españoles no lo tomaran preso. El viejo se indignó. “Escúcheme, Yangá, escúcheme con cuidado. Este hombre no es un héroe. Es un idiota. Hombre muerto no corta garganta de tigre”. No, no podía saltar.

En el momento más desesperado, cuando los perros se oían muy cercanos, una mujer pasó corriendo directo al acantilado. Le hizo señas de que la siguiera, a lo cual accedió instintivamente. La vio bajar por el borde del acantilado y la siguió. Cayó en una cueva y antes de que pudiera reaccionar había como seis lanzas apuntando a su cuello. La mujer dijo algo y lo condujeron rápidamente por las cuevas hacia un claro. Ahora encaraba a quien parecía ser el jefe.

Se preguntó si éste era uno de los temidos aztecas de los que había oído hablar, en cuyo caso, era carne muerta, prisionero de guerra, destinado a ser sacrificado a los dioses. Así que había huido del valle de la muerte, para caer en la fosa de la muerte. Al menos sería una muerte más dignificada, por una causa noble.

La joven que lo indujo a seguirla, parecía tener autoridad, porque le hablaba directamente al jefe, explicando la situación. Sea lo que haya dicho, aparentemente satisfizo al jefe, porque ordenó que lo soltaran. Y le dieron por primera vez lo que ahora es su bebida favorita: chocolate con chile picante.

El jefe parecía darle la bienvenida. Los dos hombres se miraron con firmeza. Era una gente extraña. Algunos parecían amerindios puros. Otros eran africanos. Otros, como la mujer que le salvó la vida, eran evidentemente zambos. Y había muchos niños zambos.

46. Zambos: Mestizo afro-indígena en la terminología colonial.

Antes de que pudiera esclarecer para sí la situación en que se encontraba, uno de los hombres que lo había estado observando con insistencia, comenzó a gritar como loco: "Es Yangá, es Yangá, se los dije, es él", y la alegría no cabía en su pecho. Estaba hablando en una lengua africana, una lengua que Yangá había aprendido a hablar de niño tan fluidamente como la suya. Los compañeros de campamento se echaron a reír hasta que pudo darse a entender.

—Este hombre es Yangá.

Y sin poder contenerse, se echó a los pies del recién venido, y le dijo en un español muy africanizado: "Yo ser tu esclavo".

Un silencio profundo se difundió por el campo. El jefe se acercó al aludido con una gran interrogación en su rostro.

—¿Yangá? —pareció preguntar.

—Sí, soy Yangá —dijo con cortesía, y volviéndose hacia el agregó: —levántese, yo no tomo esclavos.

El jefe dio varios pasos atrás en abierta admiración. Y todos los que lo acompañaban, como cumpliendo un ritual preestablecido, hicieron otro tanto. Entonces el jefe se quitó uno de los collares de jade que decoraban su cuello, y acercándose a Yangá se lo puso.

—Hemos esperado mucho para conocer a nuestro señor, dijo.

NU KU TÚ. Ya, ya, yan... yangá... Ya, ya, yan... yangá... Ya, ya, yan... yangá... Los tambores ahora eran muy claros. Era un mensaje para él. Miró a su esposa, pero esta vez no estaba viendo a la mujer. Esta vez miró a la guerrera. Ella se acercó y quiso decir algo, pero por la forma en que él acomodaba sus oídos al viento, cayó: un mensaje importante para él llegaba por los tambores. Sin dudar, él tomó el tambor y respondió. Al momento estaba rodeado de sus principales oficiales.

—Un prisionero... No, no es un prisionero. Ah, a ver, un mensajero. Eso es, un mensajero fue localizado. Es... es español.

Al principio Yangá no había entendido la situación.

—Elimínalo —ordenó, a golpe de tambor.

La orden penetró la selva pero la respuesta del capitán fue explícita.

—Importante mensaje del Rey. ¿Lo matamos después?

Yangá le dio tiempo al sonido del tambor para que penetrara en las profundidades de su mente.

—Está bien, tráigalo. Viaje de noche.

NU KU TÚ...

Regresó a sus meditaciones, mientras caían las sombras. Vino a su mente aquel distante día.

Fue en un día resplandeciente en que el guarda se quedó dormido. El batallón español se acercó demasiado y tuvieron que huir desordenadamente para salvar sus vidas. Desde la copa del árbol donde buscó refugio, los vio dirigirse directamente a su palenque. Supo por experiencia lo que significaba; que habían capturado el palenque de Francisco de la Matosa. Los españoles quemaron los sesenta ranchos y se apoderaron de la cosecha y destruyeron todo lo que no pudieron llevarse. Así que bajó del árbol y corrió desesperadamente hacia el enemigo. Apenas estuvo cerca procuró que lo vieran y comenzó a gritarles, en un español un tanto infantil, que debían rendirse.

—Soy yo Yangá, quien les dice a ustedes castellanos rendirse.

El oficial español ordenó su captura. Los encaró por un momento, y luego huyó entre el monte, gritando a toda voz insultos en su mejor castellano.

Por algún motivo que Yangá no supo entender, el oficial lo tomó a pecho y lo estuvo persiguiendo todo el día, y lo hubiera agarrado si no es porque se topó accidentalmente con el escondite del pueblo de Huajaquita. Porque fue adoptado instantáneamente, se convirtió en el señor que ellos esperaban.

La noche recién se había posado sobre San Lorenzo cuando sintió la urgencia usual de entregarse a la calidez de la piel de Huajaquita. La condujo hacia la oscuridad de la choza.

—La luna no está en la posición adecuada —dijo ella, fiel a las tradiciones de un pueblo que dictaba que la procreación y el sexo se hacían con la luna en la posición correcta—. El día era el adecuado —dijo—, pero no era la mejor hora para tener niños fuertes.

—¡Al carajo con la luna! —dijo él, y ella se rió.

—Esini —advirtió—, los espíritus podrían maldecir mi vientre si sigues hablando de esa manera.

Pero nada podía detener a Yangá. Esperaba que la madrugada fuera el albor de un nuevo día para ellos. Nueva Vida. Su palenque, su palenque africano, se convertiría en un palenque afromexicano.

La pareja se encontró con la furia de dos ríos concurrentes. Bramidos, rugidos, suspiros llenaron la choza conforme frotaban y pegaban sus cuerpos, tratando con todas sus fuerzas de ocupar el mismo espacio. Porque ocupar el mismo espacio es el sueño más caro de los amantes.

Sí, aquel otro día estaba ya distante. Después de que los españoles quemaron y destruyeron los ranchos (los indios se comunicaban con señales orales) salieron de sus escondites. Habían destruido las chozas y dañado un poco los bananos. Pero no era mucho el daño. De por sí, mientras quedaran las raíces las matas volverían a crecer. Yangá descubrió que de todos modos esa no era su casa, sino un despiste del enemigo. El verdadero palenque estaba a medio día de camino, desde las cuevas.

Ahora que era el señor, logró que el jefe le asignara algunos hombres, incluido Caminante Verde, el experto que lo condujo por en medio de la densa selva al punto único en que los españoles podían cruzar el río grande. Sus hombres lo estaban buscando y cuando lo hallaron se alegraron de ver sus fuerzas, como siempre, aumentadas con una nueva alianza.

Yangá les ordenó que enterraran los cuerpos de los soldados españoles. El quería que desaparecieran por completo. Ya en su palenque, reunió a sus hombres.

—Deberíamos establecer nuestra propia aldea —les dijo—, dejar de tanto andar y convertirnos en un pueblo.

Los hombres respondieron que estaba loco. Afincarse en un sitio era exactamente lo mismo que rendirse. Los capturarían y los devolverían a las fincas y minas, los retornarían a la esclavitud. Pero Yangá insistió. Les pidió que se sumaran al pueblo de Huajaquita.

Al final, la mayoría estuvo de acuerdo, más por lealtad al líder que por convicción. Y logró movilizar hacia las cuevas, al día siguiente, unos ochenta hombres, cincuenta mujeres y unos veinte niños.

El amor, como siempre, estuvo regio. Pero, contrario a lo que era habitual, no pudo dormir bien. Se encontraba en estado de tensión mental. Antes del amanecer, se enrolló con un huipil que Huajaquita le había hecho, y salió al frío para pararse bajo el árbol, solo para pensar.

El guarda saludó a Yangá con el respeto de todas las mañanas, pero él no pudo darle una respuesta adecuada. Se limitó a una especie de gruñido, y se fue a mojar los arbustos.

Luego, estuvo bajo el árbol por un rato, tratando de seguir sus cavilaciones. Pero la urgencia de estar con Huajaquita regresó. Se dirigió de nuevo a la choza, al rincón en que su esposa dormía, y sin freno trató de nuevo de compartir el mismo espacio.

—Condenado africano, frío y loco —protestó, e hizo lo que siempre hacía: hundir sus dedos profundamente entre sus cabellos.

—Creo que el mensajero nos traerá buenas nuevas mañana —murmuró, mientras su masculinidad se anclaba con firmeza en la feminidad de ella.

—Vamos a tener un lugar para nuestros niños. Y nuestro pueblo podrá enseñarle el arte de tejer y cocer ollas de barro a la siguiente generación.

—Y viviremos en Yangalandia —jadeó ella, mientras que los fluidos energéticos rompían por sus cuerpos, forzándolos a exhalar los eternos y universales gruñidos de la vida.

—Te amo, Esini Nueví —dijo, mientras se acomodaba para descansar, y se dejó seducir suavemente por el sueño. Y él se quedó a su lado, amándola así como era. Tímida a ratos. Valiente siempre. Una gran guerrera, dispuesta a tomar su lugar en la batalla. Podía enviar al enemigo español a la Tierra de su Señor en un abrir y cerrar de ojos y disfrutarlo. Sus profundos ojos negros, su suave piel zamba, su cuerpo, que le hacía recordar vagamente a las mujeres en cubierta. Su manera taimada de seducir, que con tanta facilidad lo arrojaba al éxtasis. Su sueño de construir una nueva nación, donde pudiesen enseñar las artes

y oficios a la próxima generación. Su devoción. Ya no podía imaginar la vida sin ella. Ella había llegado a ser parte de su misma existencia.

Volvió a tomar su lugar bajo el árbol, el huipil sobre su espalda, y vio al cielo cambiar de negro a gris. El sol poco a poco fue blanqueando el firmamento, hasta que las nubes se llenaron de tonos de amarillos. Los guardas cambiaron y Fang, el maestro tamborilero, vino a sentarse cerca de él, por si acaso.

—Llame a los oficiales, —le ordenó, y regresó a su rancho.

Huajaquita ya estaba en pie.

—Necesito tu ayuda —le dijo—, los oficiales van a llegar pronto. Deberíamos ofrecer comida.

—No te preocupes, pediré ayuda a las otras mujeres.

El primero en llegar fue el jefe, que ahora era el primer oficial. Yangá lo saludó como a un hermano, y fueron a la poza a lavarse y hablar libremente. Era su cuñado, el hermano menor de Huajaquita. Hacían un gran equipo. Fue junto a ellos cuando pensó que era posible convertirse en un pueblo, obligar a los españoles a negociar. Ahora aguardaba noticias.

Cuando regresaron al árbol, las mujeres habían alistado calabazas de chocolate con chile y gruesas tortillas de maíz. Los hombres y mujeres fueron llegando poco a poco, comían y tomaban su lugar, todos ansiosos de oír la palabra de Yangá.

Los tambores anunciaron que el mensajero llegaría temprano por la mañana. Así que Yangá explicó que venía la respuesta del rey.

—Si la respuesta es positiva, nos convertiremos en un pueblo pacífico. Aquí mismo, en San Lorenzo.

Había, pues, mucha tensión cuando el mensajero finalmente entró al solar, escoltado por el Jefe de Guardas. Era Fray Juan Pérez.

—Vaya, vaya... Allí está el poderoso capitán negro, fuerte como siempre, ¿eh?

Uno de los hombres de Yangá vino con un pequeño banco muy elaborado en sus manos. En la otra mano, tenía una especie de toga y un cayado. Era Kojo⁴⁷. Pocos pasos detrás de él, su mujer Ekua le

47. Kojo y Ekua: nombres africanos.

mantenía el paso. Tenía un segundo banquillo en su mano, mucho menos elaborado que el que portaba Kojo.

Era el líder espiritual de la comunidad. Puso el banquillo debajo del árbol y su mujer colocó el otro a unos pasos de distancia.

—Las cosas deben hacerse bien —dijo, casi reprochando a Yangá, quien sonrió con respeto y se inclinó ante el anciano. Entonces se acomodó en el asiento, aceptó que se le pusiera la toga en su espalda y tomó el cayado en su mano derecha.

Kojo invitó a Juan Pérez a sentarse en el otro asiento, y recitó un poema:

*Képera⁴⁸, que baya vida y salud
Que baya sabiduría y bondad en el Jefe
Y a todo el pueblo, a las mujeres, a los nativos /
que conviven con nosotros
Que las mujeres den a luz
Y que los hombres acumulen riqueza para sus familias
Y al que ose desear que el mal nos caiga
Recoja su propio pan y se atragante*

Fray Pérez se puso de pie como poseído por un espíritu extraño y comenzó a gritar que solo había un Dios, Dios Todopoderoso, a quien sea el honor y la gloria amén.

Nadie pudo comprender el motivo de su inesperado arrebató. Todos se le quedaron mirando, inmutables, hasta que se sentó.

—¿La noticia es buena?

—Sí, Señor, Luis de Velasco está dispuesto a firmar un pacto con vosotros. Según dice, aquí podéis estableceros en San Lorenzo. La historia hablará de San Lorenzo de los Negros. Creo. Se espera que seáis súbditos libres del Rey y buenos hijos de la Santa Madre Iglesia. Así que si estáis dispuestos a firmar...

—Dale los papeles a Gonzalino —dijo Yangá, señalando al traductor oficial.

48. Képera: Buena suerte, prosperidad, sea lo que ha de ser.

Gonzalino, que hablaba varios idiomas africanos y nativos era, además, ducho en latín y castellano. Era un pardo que estuvo preparándose para cura, bajo la guía de un tal Fray Antonio, un monje idealista. Y hubiera llegado a serlo por vocación, de no ser porque “los hijos de mujeres solteras son bastardos”, le explicó el párroco, “y por tanto no pueden ser sacerdotes”. Por eso Gonzalino se unió a los cimarrones para destruir a todos los castellanos y a su “iglesia hipócrita y mentirosa que predica el amor pero practica el rencor”.

Gonzalino leyó en voz alta:

—El Concejo entiende que en la tierra conocida como orillas del Río Blanco hay una gran cantidad de negros alzados en armas que han perdido todo respeto por las autoridades establecidas...

Yangá se acomodó, preparándose para la acostumbrada andanada de insultos del tal Concejo. Pero no estaba dispuesto a tolerar más trivialidades. Si luego del acostumbrado circunloquio que tanto gustaba a los españoles no había una propuesta aceptable, ese sería el último día de Fray Juan Pérez entre los mortales.

Gonzalino continuó:

—Así que haga lo que esté a vuestro alcance para hacer la paz. Os conmino a convenir las condiciones que sean aceptables para la Corona, con tal de que se establezcan pacíficamente y sin armas en San Lorenzo. Y mando y ordeno que una vez firmada la paz, todos los que se hallen en armas han de quedar libres, y pueden establecerse y vivir como personas libres, que se les ha de dar la tierra para que produzcan el alimento para sí y para sus hijos y que se empleen en otras ocupaciones útiles, con la advertencia de que a partir de esta firma, han de devolver todo esclavo fugitivo a sus legítimos dueños, que han de permitir a los sacerdotes celebrar los Santos Sacramentos y que en caso de ataque han de defender a los españoles.

—Dale al hombre una buena calabaza de chocolate y tabaco. En la noche haremos una gran fiesta. Y mañana por la mañana firmaremos y devolveremos al fraile.

Los tambores tomaron por asalto el aire de la Nueva España, anunciando la leyenda: se ha abolido la esclavitud en San Lorenzo. San Lorenzo es Yangalandia, territorio libre.

La historia de Juan Bautista

No olvidaré esa soleada mañana. Había llovido la noche anterior, y mientras el sol iluminaba la hierba mojada, una podía sentir la fragancia de la vida surgiendo.

Venía subiendo por la ribera del río con la tinaja de agua sobre mi cabeza, y estaba tarareando la melodía de una canción que mi padre siempre cantaba, insertando aquí y allá algunas de las palabras sin realmente entender su significado. Lucía una manta de colores atada firmemente alrededor de mi cintura. Estaba descalza, y una blusa delgada apenas me tapaba los senos.

Conforme me acercaba al altillo, sentí que había ojos mirándome. Me di vuelta sin ver a nadie. Pero no sé por qué sentí una especie de temor que me hizo apresurar el paso.

Ya cerca de mi casa, le grité a mi madre:

—¡Ya volví! —y era lo propio en estos casos, tal como era el acuerdo de la familia. Mi madre salió al corredor con su fusil en mano, dispuesta a volarle la cabeza a cualquier intruso, y no se trataba de una pose, porque mi madre era de armas tomar.

Levantó sus ojos por encima de mi cabeza.

¿Quién es? —preguntó.

Fue en ese momento, cuando me atreví a mirar hacia atrás, cuando lo vi. Mi corazón saltó primero y luego comenzó a latir totalmente fuera de control. Puse la tinaja en el suelo y me situé junto a mi madre. Las dos vimos acercarse al extraño. Nunca había visto un hombre así. Su piel era como de cobre oscuro, su pecho desnudo reluciente

en el sol, decorado con la cantidad exacta de pelo que un hombre debe tener en el pecho. Su pelo crespo estaba bien atendido. Lucía pantalones, como los que usan los españoles.

Se llamaba Juan Bautista. Vino directamente hacia nosotros, ignorando el fusil, y preguntó si era posible comprar el desayuno. Mi madre, sin titubeo, y contrario a lo que cabía esperar de ella, dijo que sí, siempre que estuviese dispuesto a aceptar lo que se le ofrecía.

Al poco rato Juan Bautista estaba comiendo. Se reía mucho, mostrando sus blancos dientes, colocados en forma pareja debajo de sus encías de púrpura oscura. No podía quitar mis ojos de sus labios gruesos, carnosos, bien alineados, frescos como una tajada de naranja recién abierta.

Mi madre me sorprendió mirándole y me dio una nalgada. Me ruboricé y dejé de mirarlo por un momento, pero cuando ella le preguntó de dónde era, me resultó imposible no fijarle la vista mientras comenzaba a contar su historia.

Dijo haber nacido en una hacienda cerca de Coro. Su padre, Primo de Kwami, había sido trabajador de las minas en Buria y Nigua.⁴⁹ Un día el jefe de cuadrilla se enojó por cualquier cosa sin importancia, algo que tenía que ver con una herramienta rota, y acusó a su padre, lo mandó a castigar a latigazos y lo amarró bajo el sol sin agua todo el día.

Su padre era muy querido por sus compañeros, por lo cual cinco de ellos lograron liberarlo antes del anochecer, y luego decidieron huir. Uno de los esclavos, llamado Miguel, fue identificado como el autor intelectual del motín por el jefe de la cuadrilla y lo castigaron con cincuenta azotes. El jefe de la cuadrilla prometió, además, castrar a Miguel al amanecer. Esto provocó la rebelión de los esclavos, quienes, conducidos por Miguel y mi padre, se libraron de los guardas y jefes, y huyeron al campo con sus familias. La palabra corrió muy rápidamente y por la tarde Miguel huyó del campamento con un grupo de ochocientos hombres, mujeres y niños.

Avanzaron a territorio de los jirafara y negociaron un acuerdo con ellos. Allí fundaron el Cumbe original, y fortificaron al pueblo

49. Buria y Nigua: sitios históricos de los cimarrones colombianos.

adecuadamente. A Miguel se le nombró Rey por parte del Consejo, y a su esposa Huida la proclamaron Reina.

Durante dos años, Cumbe resistió, pero los españoles estaban tan furiosos, que no desistieron hasta que tomaron Cumbe y la destruyeron. E hicieron creer que el rey Miguel había sido apresado y ejecutado junto con su esposa. Pero el blanco no puede matar espíritus. Así que cuando los trabajadores de la perla de la isla de Marga se alzaron en rebelión, adivine qué, señora, adivine, su merced, quién los conducía. Pues los condujo a la lucha la mismísima Reina, con todos sus poderes. Y aunque las autoridades capturaron y castigaron a los esclavos año con año, los cimarrones establecieron más y más cumbes bajo la gloriosa conducción espiritual de Miguel y de Huida. Mi padre se fue con ellos, con el rey Miguel y su Reina por todo el territorio. Los españoles anunciaron la muerte de los reyes una y otra vez, pero nunca pudieron matarlos, y por eso surgían más y más cumbes cada año.

Finalmente Miguel dejó su cuerpo, reencarnó, y se le puso el nombre de Domingo. Era un niño rebelde. Ya en el seno de su madre daba problemas. Su abuela era cocinera en la hacienda, y fue de esa forma en que Domingo Biyojo llegó a ser el ahijado de Pedro de la Granda, el dueño de la Hacienda Grande.

De hecho, su abuela tenía una relación muy cercana al hacendado.

Una noche agarraron a Domingo en la parte española de la ciudad y se le acusó de intento de robo de un saco de harina de maíz. Fue castigado severamente con cuarenta azotes por parte del Concejo, el cual, además, multó a don Pedro con un peso por no tener su esclavo a buen recaudo.

Lo del peso hizo montar en furia al señor, y a partir de ese momento trató muy mal a Domingo. De hecho le dijo que tendría que compensar el peso con trabajo extra.

El tío del joven, Juan de Dios Ekué Yayá, era un buen carpintero y trabajaba en la ciudad. Tenía un arreglo con su amo para compartir el fruto de su trabajo y dejarse él una parte. Propuso pagarle el peso a don Pedro, a cambio de que permitiera al joven trabajar con él. Pero el amo fue muy tajante: le aceptó el dinero pero no concedió el permiso de trabajo.

—No voy a hacer lo mismo que muchos otros hacendados que incumplen la ley. No se le olvide que su oficio no es de negros. Está haciendo trabajo de blancos, según la ley, y se le ha tolerado porque trabaja bien y porque ya era carpintero antes del decreto de su majestad.

Domingo escuchó la conversación. Él sabía la historia de un país levantado a las espaldas de gente como Tata Marco Antonio Luango Yayá, cuyas habilidades y conocimientos de agricultura eran bien conocidas. Pensó en las canciones de cuna, los poemas y los relatos con que las nanas y nodrizas criaban a los niños criollos. Se acordó de Mateo Jesús Bambara y sus habilidades excepcionales con los números, y sabía que don Pedro de la Granda dependía casi totalmente de su talento para el comercio. Sabía que una buena parte de los muebles de la casa y de las joyas de la esposa de don Pedro, salieron de las manos de Diego Banyoro Asante. Y ¡Qué decir de la pericia de Pedro Benin Sumani en el telar, conocido por los africanos como Popo, y su hermana la Nana María Ayobi. Domingo estaba convencido de que para los blancos, la vida sería bastante insípida en el país, sin las habilidades y talentos de los africanos y sus descendientes.

Así que su juventud se vio excluida de la sociedad española. Ni tenía importancia el que, en el sistema de castas, él fuese un cuarterón. Contempló el espectáculo grotesco de los recién llegados cuando eran marcados a fuego en el brazo o en la nalga con el orgulloso DLG⁵⁰. Miró, mientras su amo se amargó más cuando su hijo menor se casó en secreto con Salvadora, una mulata, con la complicidad de un cura liberal, a la cual luego expulsaron y que se convirtió, por eso, en una "salto pa'tra"⁵¹. Don Pedro declaró que se les iba dificultar a sus hijas el casorio con alguien de su rango, libre de lo que él llamó la contaminación de la raza de Guinea, y que sus propios descendientes ni siquiera iban a poder vestirse apropiadamente, ya que la ley prohibía a los mestizos vestirse como españoles.

50. DLG: Marca de hacienda esclavista.

51. Salto pa'tra: En el sistema de casta, si alguien se casaba con una persona de casta inferior a la suya, se le consideraba un "salto para atrás".

Y Domingo lloró cuando a su tía, encinta, la agarraron robando porque no pudo resistir el antojo de comer bacalao, y fue puesta boca abajo, con un hoyo en el suelo “para no dañar al niñito”, dijo una vieja negra, le desnudaron la espalda, la inmovilizaron, y el supervisor le dio seis azotes. Entonces la negra vieja fue hacia ella, mientras Domingo lloraba, y le bañó la espalda con vinagre y agua de sal, “para evitar que se le ponga mal la carne”, dijo la negra vieja.

Domingo adoraba a su tía y jamás pudo entender por qué tuvo que ser castigada así por un pedazo de pescado, cuando todos saben que ella siempre había sido una mujer honesta, y que el incontrolable y repentino deseo de pescado salado no era sino el resultado de su preñez.

Domingo enfureció cuando don Pedro De la Granda le cortó la nariz a su mejor amigo, solo porque el pobre de Tomasito se dejó llevar por la fragancia del perfume de la hija menor del hacendado intentó una estúpida treta para acercarse y olerla mejor. Y su furia se hizo incontenible cuando recapturaron a Dolores, quien se había fugado con Marta, una joven de una hacienda vecina.

Había logrado mantenerse a salvo durante meses y todos creían que se había ido con los cimarrones. Pero lo agarraron tratando de comprar tabaco. Lo condujeron a través del pueblo, con una guirnalda de campanitas, se le dieron cien azotes y se le dejó con las manos amarradas y sus pies asegurados a una esfera de hierro, para que todo el pueblo pudiera contemplar el destino de los esclavos rebeldes.

Así que un día Domingo se cansó de rabiar y organizó una rebelión. Fue confirmado heredero de los viejos reinos africanos por el Consejo de Ancianos y se le dio un nuevo nombre, el de Rey Bencos⁵². Estableció su propio palenque, donde cientos de africanos y sus descendientes confluieron para hacer su agosto asaltando, tomando venganza, pero sobre todo, para conocer al menos una vez en sus vidas el sabor de la dignidad y de la libertad.

Domingo luchó durante trece años, hasta que los españoles le dieron a su palenque el estatus de territorio libre bajo la protección

52. Rey Bencos: Cimarrón colombiano, 1603.

de su Majestad, Rey de España, a su gente se le dio el derecho de vestir ropas como las de los españoles y el propio Domingo podía lucir armas en público. Pero al poco tiempo los españoles lo acusaron de conspiración, fue apresado y colgado.

Juan Bautista terminó su desayuno precisamente allí, en la muerte de Domingo. Con cortesía insinuó la posibilidad de quedarse a descansar un día en nuestra casa, pero mi madre le dijo que eso tendría que discutirlo con mi padre.

Rayando el medio día, él fue a la poza a bañarse. La casa de pronto me pareció vacía, como si su presencia fuera parte normal de nuestras vidas, o más bien, como si él hubiera aportado a nuestra casa la realidad que no tenía.

Así que cuando vino mi padre y me dijo que fuera a llamar a Juan Bautista, obedecí de muy buena gana.

En nuestra comarca no teníamos oportunidad de tener muchos visitantes. Los extranjeros eran una verdadera rareza, y por tanto objeto de nuestro disfrute. El era acaso el cuarto o quinto extraño que yo había visto en toda mi vida.

Corrí hacia el río, llamando su nombre que sonaba musical en mis oídos. Corrí cuesta abajo, sólo para enfrentarme a su hermoso y varonil desnudez. Me detuve abruptamente y enmudecí. Su espalda, ancha, ancha, fuerte, la línea de su cintura, sus nalgas. Lo miraba petrificada, mirando su cuerpo mientras él, habiéndome oído, se volteaba para alcanzar sus pantalones. No pude evitar darme cuenta de lo bien dotado que era.

De mala gana comencé a caminar cuesta arriba. Sabía que él me había visto. Mi cara se quemaba. Mi corazón latía violentamente, fuera de control.

—Oiga —dijo, mientras subía detrás de mí—, voy... voy.

Ya arriba, le di tiempo para que me alcanzara y luego fui caminando delante de él. No podía encararlo con todo mi cuerpo en llamas.

A mi padre le encantó conocer a Juan Bautista. Había oído hablar tantas veces del palenque San Basilio, y quería saber la historia.

Colgar al rey Benkos resultó ser el peor error. El pueblo se organizó en 'cuagros', que eran unidades militares que se sostenían a sí mismos, integrado por un número igual de hombres y mujeres. Algunos de los líderes eran africanos puros, recién llegados, que traían consigo el conocimiento que la población local no tenía, sobre cómo gobernar una nación en guerra. Gente Kikongo con rasgos culturales comunes. Gente Kimbumdu con sus historias y su arrojo. Esta vez el ejército español no pudo suprimirlos. Así que enviaron a un tal Obispo Casiani a negociar, y cuando llegaron a un acuerdo definitivo, fue firmado nada menos que por el mismísimo Gobernador de Cartagena.

Mi padre se puso de pie de un salto, derramando la sopa caliente de mi madre por toda la casa.

—Entonces, ¿me estás diciendo que el palenque es libre?

—Ahora no hay esclavos en San Basilio y no hay ni un solo español, salvo los curas. Ningún blanco puede entrar a nuestra región sin el permiso de nuestros jefes.

—¡Dios bendito! ¡Dios bendiga a nuestros ancestros! ¡Gye Nyame! ¡Gye Nyame! Nada dura para siempre. Nadie ha vivido tanto para ver el comienzo, y nadie vivirá tanto como para ver el final. ¡Salvo Dios! ¡Salvo Dios!

—La Virgen Bendita —dijo mi madre—, mi abuela murió en San Basilio.

—Y los palenqueros pagan sus impuestos a la Corona Española como cualquier otro, pero elegimos nuestras autoridades tal como lo hacíamos en casa.

—¿Casa?

—En África.

Mi padre tomó su tambor NKUMBI, las maracas que le compró al tercer forastero que conocí, un caribeño, y tomó su guitarra y nos fuimos todos a la cabaña de nuestros vecinos los Santiago. Nos dieron la bienvenida como siempre y estaban todos muy felices de conocer a Juan Bautista Congo y le explicaron que en nuestra comunidad era muy reverenciado.

Enviaron palabra por toda la comarca de que íbamos a tener una cumba⁵³ esa noche en honor a San Basilio Libre y de Juan Bautista Congo. Las familias indígenas también vinieron, con sus tambores y flautines, para oír la historia.

Siempre recordaré esa noche. Pongámoslo así: recordaré el arrebato, la magia de ser poseída por la vida misma, porque, francamente, en la madrugada cuando mis padres dormían su borrachera, fui a buscar a Juan Bautista y me le entregué. Lo acogí en mi cuerpo. Y aunque él tuvo que seguir para cumplir su misión, para decir verdad, su amor me ha mantenido viva todos estos años.

53. Cumba: Fiesta.

Toñito

Toñito revisó su imagen en el espejo por última vez. Sus sandalias se ajustaban bien a sus pies. Pantalones blancos, chaqueta blanca, en contraste con su piel ceniza oscura. Tocó los botones dorados de su chaqueta, como para dar el último toque de elegancia. Y, desde luego su pelo. Se había peinado una vez más. Satisfecho, se dirigió con solemnidad hacia la puerta para recibir a la visita.

—Padre —saludó, poniéndose de rodillas.

—Toñito, ¿te has estado portando bien?

—Si, Padre, su señoría me conoce

Se levantó y tomó el abrigo y el cayado del sacerdote.

—Espero que no estés tomando parte en esas ceremonias secretas en el campo. Las de Juan Bautista. No es un santo, ni siquiera era cristiano. Es más, ni siquiera era del Congo. La Iglesia no aprueba esos ritos africanos primitivos. Ahora ya no eres pagano, Toñito, ahora eres cristiano. Debes comportarte como tal.

Toñito hizo lo posible para sonreír.

—Padre, sus palabras son sagradas para mí.

—Pues me alegro de oír eso. Eres un joven muy afortunado. Tu amo y su familia son muy buenos contigo. Sé obediente.

El Padre comenzó a caminar con firmeza. Era obvio que conocía el camino.

—Dios le bendiga, Padre —Toñito logró murmurar, mientras mantenía el paso del sacerdote—, Don João lo espera en la biblioteca.

Cuando el sacerdote franqueó la puerta, Don Jão se puso de pie y le extendió los brazos en un simulacro de abrazo. Cada uno de los hombres le dio al otro palmaditas en los hombros.

—“Tome para sus nalgas”, padre Elías —dijo Don Jão al ofrecerle un asiento, atenido al grado de confianza que los unía, y los dos se sentaron cómodamente.

Toñito preguntó si podía ser de utilidad y se le dijo que trajera algunas bebidas.

—Esta es una ocasión especial —dijo el anfitrión, y agregó con cierta ironía: el santo varón había olvidado el camino a mi casa. Pero ya ha regresado, tenemos que celebrar.

Toñito salió apuradamente. En la cocina, ordenó vino y quesos y regresó a su puesto en la puerta, apenas a tiempo para oír el comienzo de la conversación.

—Es sobre su conducta, Don Jão.

—¡Mi conducta! ¡Por Dios Santo! ¿Qué más puede la Iglesia esperar de mí? Mi conducta, Padre, ¡Por amor de Dios!

—Su esposa no está nada feliz con su conducta. Parece que tiene una debilidad especial por las mujeres.

Don Jão se rió escandalosamente.

El vino y los quesos llegaron y Toñito dispuso todo sobre una pequeña mesita con suma elegancia. Sirvió dos copas del pichel y puso el plato de quesos a su alcance. Luego hizo la acostumbrada reverencia y fue de nuevo a su puesto junto a la puerta.

—¡Yo con mujeres! ¿Sabe una cosa, Padre? Creo que mi mujer se está volviendo loca. Creo que está perdiendo su sano juicio. Tal vez necesita regresar a Portugal. Vaya uno a saber si bebiendo el agua de su tierra por un tiempo recupere su sosiego, y se dé cuenta de la buena vida que tiene aquí en Brasil y comience a apreciar al marido que tiene.

—No perdamos el enfoque. Ese no es el punto. Está tratando de zafar el lomo, pero no lo voy a dejar. Estoy hablando de su mucama. La mulata.

Don Jão se rió escandalosamente y solo lo detuvo un ataque violento de tos. Entonces tomó un buen trago.

—Padre, le voy a ser franco. He sido un buen marido. Es cierto que nací en Angola, y que me criaron en Brasil, pero tengo más tierras, oro y plata que la mayoría de los nobles portugueses. Se lo voy a poner de esta manera: mi esposa podía haber conseguido un hombre de sangre real, bien amanerado. ¿Qué es mejor para ella, Padre? Tiene un marido que la hace sentir lo que es el amor. Ha dado a luz a cuatro niños, dos varones y dos mujeres. Es una mujer acaudalada y sus hijos van a ser ricos. Es más rica de lo que jamás hubiera soñado, sobre todo si se hubiese casado con uno de esos bonitos principitos portugueses.

—No se trata de su riqueza —dijo el Padre Elías—, se trata de Lourdiña.

—No puedo entender a esta mujer. He sido un buen marido para ella, y un buen padre. Ella se da el lujo de recorrer la ciudad regalando el dinero que yo gano, diz que para obras de caridad. Y aún así es tan malagradecida.

—Está celosa, eso es todo. Dice que usted dedica más tiempo a la mucama que a ella.

—Pues, se lo voy a poner de esta manera. Voy a misa todos los domingos. Pago mis diezmos a la Iglesia. Mi esposa hace generosas donaciones a los pobres. Y aún así usted me mortifica.

—Sus relaciones con Lourdiña constituyen un mal ejemplo.

—Vaya, vaya, mal ejemplo ¿Eh?

Don João se puso de pie, llenó las copas y pidió al sacerdote que lo acompañase a la ventana. Levantaron la vista los dos hombres para echarle una mirada panorámica a los plantíos. Se veía a los esclavos afanosamente ocupados en sus labores.

—Fíjese bien, Padre. Todos están bautizados. ¿De veras le parece que son gente que siguen a un hombre que les pone mal ejemplo? En mi hacienda el castigo máximo son cincuenta latigazos y solo se aplica en casos extremos. Casos como los de Quaky. Esa bestia le prendió fuego a mi propiedad y luego huyó. Pues vea usted: ese sí fue un mal ejemplo. Por eso fue que cuando lo agarramos ordené cincuenta latigazos. Le di dos días para que se arrepintiera y solo porque no fue capaz de pedir perdón le di otros cincuenta latigazos. Fue solo por eso. Mi esposa

y yo somos padrinos de casi todos los hijos mayores de los esclavos domésticos. Ni uno solo de mis esclavos puede decir que lo he mutilado.

El sacerdote trató de detenerlo. Sin duda estaba bien lejos del punto. Pero Don João estaba en frenesí. Las palabras salían de su boca como el bramido de un mar embravecido, ola a ola, violentamente.

—Sí, todo eso es verdad pero...

—He colocado en la comunidad más herreros, zapateros, tintoreros, carpinteros que cualquier otro hacendado de toda esta región.

—Escúcheme, Don João. Póngame atención. Estoy hablando de Lourdes y de su esposa.

—Para serle franco, Padre, mi esposa es una dama. Una dama portuguesa. Pero vea esa mujer allí. Véale las caderas.

—Don João, por el amor de Dios, se está pasando de la raya.

—Vea esa mujer, Padre, vea su color. Mi mujer es demasiado blanca, maldita sea. Blancura de tumba. Pero las mulatas... ¡Solo mírelas.

Conducidos por el sacerdote, ambos hombres retornaron a sus asientos. Toñito ordenó más vino y quesos y pescado salado. Estaba curioso por oír el argumento contundente que emplearía el padre para poner a Don João en su lugar. Pero conociendo a su amo, sabía que no iba a ser una tarea fácil.

—No le basta a la mujer del César ser honesta. También tiene que conducirse como una mujer honrada.

El Padre Elías parecía a punto de recuperar el control.

—Has llevado a tus propios hijos a bautizar. Eres el padrino de tus propios hijos. Los hijos de Lourdes.

—Padre —dijo Don João con cinismo—, Lourdiña es una mujer casada. Por favor respétela.

—No soy un idiota. Sus hijos son demasiado blancos para ser hijos de un negro preto retinto.

Toñito se estaba divirtiendo. No podía sonreír. Las reglas eran claras: no debía ni oír la conversación. Solo debía estar allí, junto a la puerta, esperando a ser llamado, esperando, como quien dice, el honor de servir.

—Con todo respeto, estamos creando una nueva raza, una raza cósmica. La madre de esa mujer era de una buena familia. Desciende directamente de la realeza y su tatarabuelo estuvo en Timbuctu. Ahora su descendiente pertenece a una raza nueva.

—Solo Dios puede crear razas —dijo el cura con furia—, solo Dios.

—Pues bien, pues en ese caso Dios nos está usando para crear una nueva raza. En cinco generaciones ya no habrá más yayahs aquí, ni blancos, es más, ni indios. Todos vamos a ser mulatos. La clase gobernante será mulata. Todo Brasil será mulato.

El padre Elías se puso de pie.

—Creo que me voy. Le prometí a su mujer hablarle sobre este asunto de la mucama y ya lo hice. Ahora el asunto queda a su conciencia. Ya me voy.

—Vamos padre, la Mandina no lo va a azotar si no llega a tiempo para la cena. Espero al Gobernador y al Capitán de Puerto en cualquier momento.

Esta vez Toñito no pudo contenerse. Tuvo que morderse los labios para no reír. Entre los esclavos corría el rumor sobre las relaciones íntimas entre el Padre y la Mandina, una negra que le servía con lealtad.

—Hágame el honor de quedarse a la reunión. Es sobre Palmares.

El nombre, como una maldición, hizo que el Padre Elías reconsiderara su decisión, y a Toñito, sentir escalofrío en todo el cuerpo.

—Su vino es excelente, Don Jão.

Don Jão se rió.

—Voy a ver qué puedo hacer en relación con Lourdiña, Padre, pero tome en cuenta que la carne es débil. No obstante, voy a recordar lo que dijo sobre la mujer del César. Creo que tengo que ser más discreto.

—Lo que tiene que hacer es recordar que es un hombre casado. Un respetable cristiano, esposo y padre. Alguien a quien libres y esclavos admiran. Eso es lo que debe recordar.

Pero a estas alturas del juego, Toñito había perdido todo interés en el conflicto doméstico. Ya no era divertido. Ahora estaba preocupado. Una reunión del Gobernador, el Capitán de Puerto y Don Jão sobre Palmares, significaba problemas.

—¡Palmares!

El sacerdote suspiró.

—Tenía la impresión de que luego del acuerdo con Ganga Zumba ya habíamos logrado la paz.

—Ganga es un dirigente genuino. Realmente se preocupa por su gente. Y tendríamos paz si no fuera por su querido Francisco Zumbi.

—Ese no tiene nada de amado.

—Bueno, eso es una declaración muy seria. Su antecesor lo entrenó, le dio las letras. Creó este maldito engendro llamado Francisco. ¿Se imagina? Teología. Portugués. Por Dios, Padre, de todas las temas, ¡Latín! Le enseñó latín. No sé, Padre, pero algunas veces la Iglesia...

—No fue la Iglesia —el Padre Elías replicó con firmeza—, fueron los errores personales del padre Gonzalves.

—No sé, crearon este monstruo. Y ahora no aceptan la responsabilidad.

Toñito no pudo escuchar la defensa del cura, porque uno de los esclavos domésticos le vino a decir que el Gobernador estaba en el pórtico.

—Don João, su excelencia el Gobernador está en la puerta.

—Excelente, hágalo pasar. Y dile a la Señora que vamos a tener otro invitado: nuestro cura parroquial. Sé que le encantará atenderlo.

Toñito se dirigió a la puerta con prontitud. Se detuvo muy brevemente para mirarse en el espejo, para garantizarse la buena presentación personal. Recibió al Gobernador y al Capitán de Puerto, con todo respeto, haciéndoles la debida reverencia.

—Hola, Toñito, dijo el Gobernador—, usted siempre leal. ¿Cómo está su madre?

La madre de Toñito había muerto muchos años antes de que el Gobernador llegara a la ciudad y el joven se lo había aclarado en las primeras tres ocasiones. Pero a estas alturas, sabía que la respuesta no tenía ninguna importancia. Por tanto se limitó a murmurar cualquier cosa entre dientes. Fue suficiente para su Excelencia, que entonces le encargó saludarla de su parte.

Era la fórmula diseñada para tratar a los esclavos domésticos. Aplicable siempre, pero más propia en el presente caso, porque conocía la casa.

Toñito condujo a sus excelencias a la biblioteca y se fue de inmediato a avisar a la Señora que eran tres invitados y no dos. Luego, apresuradamente regresó a la cocina para ordenarles un cambio del pichel de vino y de las copas. Afanosamente, sirvió vino y luego frutas secas, pescado salado y quesos. Luego, como era de esperar, se apostó junto a la puerta, en una posición muy incómoda, pero como se lo dijo su señora, era correcta y muy elegante.

La conversación había avanzado bastante.

—Palmares es una mancha en mi carrera. He criticado a los gobernadores anteriores porque no fueron capaces de lidiar con el problema, y estaba tan feliz con el acuerdo alcanzado con Ganga Zumba. Pero ahora, este tal Zumbi es como una bestia salvaje. No sé que pasó, se supone que este es el educado.

—Aunque el mono se vista de seda —comentó amargamente el Capitán de Puerto—, mono se queda.

—Bueno, muchos esclavos ahora se escapan para ir a Palmares, o como le dicen, la República Libre de Palmares.

Los tres dejaron escapar al unísono una sonora carcajada y alzaron sus copas. Había una mezcla de desprecio y admiración forzada en su risa. Zumbi era sinónimo de odio. Zumbi significaba terror. Zumbi era admiración secreta porque sus resonantes victorias militares eran tan notables, que hasta el Capitán que tanto lo odiaba admitía que eran geniales.

—Bueno, si quiere lo llama mono —comentó Don João—, pero se lo pongo así: Mi padre me trajo aquí hace cincuenta años. Era un muchacho entonces, pero me acuerdo bien de los asaltos a los quilombos. Así que le estoy hablando de mucho tiempo. Y han resistido.

—Monos —dijo el Capitán de Puerto con desprecio—. Hay algunos monos astutos.

—Bueno —dijo Don João, que evidentemente detestaba la arrogancia del militar—, si Zumbi es un mono y nosotros somos hombres, ¿No le parece que eso habla muy mal de nosotros?

El Gobernador miró al Capitán con dureza. No podía darse el lujo de una discusión con el Hacendado, que era uno de los hombres más acaudalados e influyentes de la región. De hecho, necesitaba su ayuda.

—Sea lo que sea tenemos que detenerlo —gritó, y poniéndose de pie, caminó a la ventana y golpeó el marco con sus puños.

Luego se volvió hacia los hombres.

Toñito estaba poniéndose muy nervioso. No había manera de creer que el Gobernador iba a pasar el resto de sus días lamentándose y golpeando los marcos de las ventanas. Se sintió aliviado cuando Don João preguntó en qué pensaba.

—Tengo un plan —dijo con solemnidad.

Los hombres apuraron sus copas. El Capitán trató de recuperar el terreno perdido en el conato de discusión y propuso un brindis por la idea del Gobernador. Los hombres brindaron y de nuevo tomaron generosamente.

—Hablé con Domingos.

Toñito estaba estupefacto. Domingos Jorge Velho era una leyenda. Era un famoso cazador de indígenas.

—¿Y?

También el Padre Elías estaba impresionado por la brillante iniciativa del Gobernador.

—Logramos un acuerdo. Nos va a apoyar.

—Excelencia —dijo el Padre Elías—, su memoria lo sobrevivirá por muchos años.

El resto de la tarde trascurrió de manera vaga. Toñito no podía concentrarse en su trabajo. Su corazón no dejó de latir vigorosamente. Tenía que sortearlo todo, incluyendo las cortesías de los caballeros en presencia de las mujeres, incluyendo lo de “mi amada y amante esposa”, “mi querida hija”, “mi estimada suegra”, y la comida, y los brindis, y la alegría.

Era muy tarde en la noche cuando finalmente los invitados se fueron. Como era de esperar, nadie se acordó de darle las buenas noches a Toñito. Era casi la media noche cuando pudo llegar a la casa de Felicio.

—Felicio, necesito que le lleves este dinero a la Negra Lumbala. Se alegrará de verlo. Me comentó que eres todo un hombre.

Felicio se alegró de escuchar el comentario de Toñito.

—Bien, apresúrate. Lleva el dinero y la carta a la Negra. Le estoy explicando que quieres pasar algún tiempo con ella. ¿Es eso lo que querías que escribiera?

—Sí... sí, gracias. Yo se lo digo de frente pero... es que, como que le gusta que se lo escriba. Cada vez que le llevo la carta y la... la plata que me das por la hablada, ella me hace pasar un rato bueno, bien bueno. La otra noche me fui sin carta. Tomó la plata y por por poco me me saca a pa... patadas de allí. Dijo que se tenía un cansancio, yo no sé. Pero cuando le llevo carta... eso es diferente.

—Bueno, date prisa. Vuelve antes del amanecer.

—Sí... sí... cuen... cuente con eso.

Toñito fue directamente a casa. Le contó a su esposa los detalles de la conversación escuchada en la Casa Grande.

—No deberías intervenir. Tienes un buen trabajo. Si Don Jão agarra alguna de tus cartas, negro, vas a ser carne molida. ¿Los niños qué? ¿Has pensado en ellos? Parece que no tienes ninguna consideración por los niños.

Toñito fue hacia los camones de los niños. Un par de angelitos eran. Acarició la cabeza de su hija por un momento, y luego fue hacia su hijo, y le sostuvo sus manos entre las suyas.

No pudo dormir. Eran casi las cuatro de la mañana cuando escuchó una especie de tumulto. Su esposa saltó de su camón y corrió hacia la puerta. Salió sigilosamente y al rato regresó con malas noticias.

—Agarraron a Felicio cuando regresaba. Te dije que esto iba a pasar. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Nada, mujer, nada. Cálmate. Déjame manejar la cosa.

Toñito se cambió de ropa y salió hacia la Casa Grande. Allí estaba Felicio, amarrado por la nuca, parado en posición de ser colgado. Casi en la punta de sus dedos. Don Jão estaba totalmente enfurecido con él, pero Felicio se aferraba a la verdad.

—Pasé noche donde Negra Lumbala. Por favor, créame. Pasé noche don... donde Negra Lumbala. Don Jão fue todo lo que hice. Pasé noche donde Negra Lumbala. Por favor, señor, por por por favor, pasé noche donde Negra Lum... Lum... Lumbala.

Felicio no mentía, pero su forma de suplicar era irritante. Toñito se acercó lo más que pudo a Don João.

—Señor —dijo en la primera oportunidad que tuvo—, si usted quiere, yo averiguo si está diciendo la verdad. Puedo averiguarlo con la propia Negra Lumbala. Ella confiará en mí.

Don João parecía calmarse un poco. Volvió a ver a Toñito y respiró hondo.

—Bien, hágalo.

Dio la vuelta, encarando al supervisor.

—Toñito va a averiguar. Dale veinte latigazos por salir de la Hacienda sin permiso. No, no, dale veinticinco y manténgalo amarrado hasta el medio día. Si lo que dice es verdad, dale otras diez y suéltalo. Si no es cierto, dale otros diez, y otros diez, y otros diez, hasta que diga la verdad. Me avisa cualquier cosa. Dios, ¡qué carga nos has puesto a los hombres blancos! Uno no puede ni lograr una buena noche de descanso.

Toñito salvó a Felicio de mayores penas. Luego se concentró en su trabajo del día. Hasta el momento había tenido mucha suerte, pero era demasiado riesgo. Aquello estuvo cerca, demasiado cerca. Pero al mismo tiempo, la información que él podía suministrar era vital para el movimiento, y no podía abandonar su responsabilidad.

En realidad, su esposa tenía razón. Contaba con un buen trabajo. Aunque era un esclavo como todos, tenía una posición de autoridad en la Casa Grande, y eso le daba ciertas ventajas. Confiaban en él, tanto Don João como la señora.

Había sentido esa preferencia desde niño. Podía recordar muchos momentos en que Don João, siendo entonces un hombre joven, lo llamaba para darle alguna fruta o dulces. Algunas veces se preguntaba por qué su madre odiaba tanto al joven João y hacía tanto esfuerzo para fingir que no notaba la inclinación del muchacho a mimar a su hijo.

Había también otra consideración que tomar en cuenta. La del color de su piel. De hecho, Toñito era de piel más clara que la de sus hermanos, por lo que en su caso lo llamaban el Ebo colorado, y él detestaba al hermano que le puso ese mote. El nombre lo marginaba del grupo, lo situaba en una posición diferente.

Fue precisamente Zumbi quien le dio los datos que le faltaban para completar su biografía. Entonces, el ahora jefe del movimiento de la República Libre de Palmares, estaba viviendo con el anterior Cura Párroco y eran muy amigos. Fernando, como lo llamaban los amos blancos, era un buen estudiante y quería ser sacerdote. Se aplicó en cuerpo, alma y vida al estudio, bajo guía del Padre Gonzalves, y aprendió a leer y escribir muy bien, y le enseñó a Toñito. Un día éste puso a su consideración el asunto de su color. Le confió que en el seno de su propia familia sentía cierta discriminación. El punto es que era más blanco que sus hermanos y eso le molestaba. Fernando, que comenzaba a mostrar cierta hostilidad hacia los blancos, le confió el bien guardado secreto:

—Debías preguntarle a tu madre. Dile que te explique, ¿Qué pasó con el maldito Jão.

—¿Me estás hablando de Don Jão? Ella no lo quiere. Más bien, lo detesta.

—Tiene una buena razón para odiarlo.

—Pero qué tiene que ver eso con mi color... no, no, no es cierto, no es cierto...

Toñito le preguntó a su madre sobre el color de su piel, y ella le explicó que Dios crea a las personas a su voluntad, y que en este caso seguramente tenía alguna misión especial para Toñito que solo podía cumplirse con piel de mulato blanco. El había nacido así, y hasta el momento el asunto le era ventajoso y debía usar esa ventaja en pro de su familia.

Toñito no quedó satisfecho, de modo que le preguntó a su madre por qué ella odiaba a Don Jão. La pregunta, lanzada así en el contexto de la conversación, hizo que la buena mujer montara en cólera. Sin duda la acongojó al punto de que le dio una bofetada.

—Nunca vuelvas a decir una cosa así —le dijo—. ¿Tienes algún aprecio por tu madre? ¿Qué quieres? ¿Eh? ¿Quieres que me den cincuenta latigazos y luego que me vendan a otra finca? ¿Eso es lo que quieres, verdad? Te quieres librar de mí. Debí haberlo sabido: nada bueno podía salir de ti. Debí haberte estrangulado cuando eras niño.

Siguió atacada por un buen rato. Lloró y se comportó como alguien poseído por un mal espíritu. Por días no se dignó siquiera darle los buenos días a Toñito. Pero el domingo, después de la misa, le dijo que la acompañara a su árbol favorito. Allí dijo alguna palabra ceremonial que Toñito no pudo descifrar, y luego de esparcir agua en el entorno con una ramita, ofrendó un poco de licor para los ancestros en la raíz de árbol. Luego abrazó a su hijo y le dijo en un tono humilde que lo amaba. Le rogó que nunca más dijera que ella odiaba a Don João, porque él era su señor y podía disponer de ella con mucha facilidad, por ejemplo, vendiéndola a los traficantes.

—Eres un descendiente de Kwama, un creyente en el Espíritu. Aba y Kwama son los constructores. Los Orishas. Desciendes directamente de ellos. Nada más importa. Eres una persona yamba.

—¿Una persona qué?

—Una persona yamba.

Luego, juntando su frente con la de él, frotó su nariz con la suya y le dijo que le daba gracias a Dios por no haberlo estrangulado, e insistió en que lo amaba mucho.

Toñito fue a buscar a Fernando para contarle sobre la extraña conducta de su madre, y preguntarle qué es una persona yamba.

Fernando lo escuchó por un rato y luego dijo con solemnidad: Quiso decir una persona Yayah. Y se refería a Kwami. Según las tradiciones de nuestros ancestros, Kwami y Aba son el rey y la reina del reino de los Yayah. Ahora, no debes ser duro con tu madre porque era muy joven entonces. Según le oí decir al viejo Mambo antes de morir, João abusó de ella una y otra vez. Ella tenía mucho miedo de que la vendieran a otra finca, como lo hicieron con una tía suya que se le enfrentó y el padre de João, para evitar habladurías dijo, vendió a su tía, y tu madre tenía pánico de no poder volver a ver a su familia nunca. Por eso se sometía. Pero un día el padre de João los encontró juntos. La castigó a ella doblemente, pues además de los latigazos, trasladó a toda tu familia a trabajar al campo.

Fernando caminó hacia la ventana.

—Sabes que te han tratado bien. Esto lo tengo que admitir. Al final la bestia tiene algún tipo de consideración por su hijo.

—No soy su hijo, sé quien es mi padre. Soy una persona yamba. Ganga Zumba. Él es el padre de todos nosotros.

Cuando Fernando descubrió que debido a su color no podía hacerse sacerdote, adoptó una postura radical frente al sistema. Fue entonces cuando comenzó su asociación con Juan Bautista, quien lo llevó a Zumba. Luego, decidió escaparse para hacerse ciudadano de Palmares y con el tiempo cambió su nombre a Zumbi. Al principio, Toñito pensó mucho en Ganga Zumba. Lo imaginaba una especie de Dios africano, siguiendo el entusiasmo de su amigo, y al igual que todos los esclavos, veneraba a Juan Bautista como Orisha y profeta. Fernando le pidió a Toñito que lo acompañara, pero no quiso.

Sí, su esposa tenía razón. Tenía un buen trabajo en la casa grande. Aunque esclavo como todos, los señores confiaban en él. Pero también tenía un sentido de lealtad hacia la causa de Zumbi, porque era el padre de todos, y su amigo de toda la vida, Fernando, combatía a su lado.

Entonces, tenía que sostenerse en su plaza.

El domingo, Domingos vino a ver a Don João. Era un personaje extraño. Allí estaba, al alcance de la mano de Toñito, una leyenda viviente. Lucía el famoso collar, hecho de orejas de los caciques de la región, a los cuales había vencido y asesinado. Entró con sus guardaespaldas, una banda hedionda y de apariencia salvaje. Eran cinco. Tres blancos, un sirviente indígena y un esclavo negro. No eran representativos de la constitución de su ejército privado, porque según la información que manejaba Toñito, la banda estaba compuesta por cien blancos, unos cuantos negros y diez mil indígenas, sin contar a las mujeres y a los niños.

Era una banda un tanto nómada, pagada por los Hacendados para limpiar Recife de la "infección de las tribus primitivas". Domingos era especialista en suprimir las rebeliones de los indios y le gustaba hablar de sus actos de heroísmo. Lucía el collar de orejas como la gran prueba de sus proezas y era el orgulloso autor de la muerte de decenas de miles de indígenas.

Ya era un hombre de cierta edad, y finalmente estaba buscando un lugar para establecerse con su turba. Toñito pudo escucharlo de sus propios labios. Tenía una lista de peticiones que hacerle al Gobernador y a los hacendados. Quería cuatro puestos en las órdenes religiosas de Portugal para seguidores suyos, el derecho a dejarse como esclavos a todos los negros capturados en Palmares, suministro gratuito de armas, municiones y comida para sus tropas.

Toñito no pudo oír todas las condiciones. Pero esa tarde le escribió una carta para advertirle a Zumbi sobre el peligro. Nueve mil hombres, incluidos blancos, indios y mulatos, marcharían sobre Palmares.

Felicio no se puso nada contento cuando Toñito le solicitó que llevara la nota a la Negra Lumbala, pero la tentación de estar con ella era irresistible. En realidad, le confesó a Toñito que esos eran los únicos momentos de su perra vida que valían la pena vivir, eso dijo, y por tanto bien valía arriesgar la vida por ellos.

Pero esta vez, capturaron a Felicio camino a la casa de la Negra Lumbala. Los centinelas la alertaron a ella a tiempo y escapó, pero la valiosa información que le estaban enviando a Zumbi, estaba ahora en las manos de Don João. Ciertamente, el amo ignoraba que Toñito sabía escribir, pero sin duda pronto lo averiguaría, por deducción o por confesión. Toñito sabía que era el fin de su carrera como informante. Así que fue al camión de sus hijos, los besó con ternura, frotando su frente y nariz con los suyos. Luego abrazó a su esposa, que solo atinó a llorar.

—Ande a casa de la señora, arme un buen alboroto, dile que fui secuestrado por los cimarrones que me obligaron a escribirle la carta a Zumbi y que me llevaron con ellos. Córtese la mano o algo, rompa tu ropa, vuelva la casa al revés. Empieza a gritar desde aquí. Solo dame unos minutos y empieza a gritar. Ella te va a ayudar. Cuida a los niños. En cuanto pueda los mando a traer.

Y luego se fue.

Nat

Nat,⁵⁴ desde el montículo en que estaba sentado, miró con sus ojos bien abiertos. Era un grupo selecto, escogidos como discípulos. Eran los Hijos de Israel.

Habían pasado una buena noche, incluyendo el gran banquete, con lo mejor de todo. Los esclavos domésticos realizaron un buen trabajo, sacando subrepticamente las viandas de la dispensa del dueño. Pero Nat no comió. El guardó ayuno por todos ellos.

Después de la cena llamó a Madison, quien se había convertido en su discípulo favorito, para que le sostuviera la Biblia, y pidió que se acercaran. A su lado estaba Big Job, imponente. Fue él quien solicitó silencio.

—Escuchemos la palabra de Nuestro Señor —dijo Big Job— tal como ha sido revelada nuestro hermano Nat, su apóstol. Hermanos, ha llegado la hora.

Un silencio profundo cubrió al campamento, forzando la atención. Ya estaban en la misma vibración, todos en un mismo espíritu, todos en un mismo propósito y todos en un compromiso sobreentendido de vivir o morir.

Nat, entonces, procedió a abrir la Biblia, al azar, de modo que todos pudieran ver. No escogió la página como lo hacía el Pastor blanco en la iglesia de los blancos, mientras que Big Job, a cierta distancia,

⁵⁴ Nat Turner. Nació en Virginia, Estados Unidos, hijo de abuela y madre africanas esclavizadas, que odiaban la esclavitud. Su rebelión fue en 1831 y fue ejecutado.

atendía a los caballos. Nat era un tipo diferente de pastor, que parecía poseer la solemnidad ancestral que tanto admiró en su tío.

—El Señor me dijo: A partir de este momento —ahora, pongan mucha atención a esto—, te entrego a Sehón. Pongan atención a esto: te entrego a Sehón. ¿Quién es Sehón? Sehón era el rey de Hesbón. Todos los blancos de esta comarca son hesbonitas. Son los nietos del Rey Sehón, así que, hermanos, pongan atención a esto: yo he abierto la Biblia y le he dicho al Señor: Señor, haz que mis ojos caigan sobre la palabra que quieras decirnos hoy. Y he llamado al hermano Madison, y él es mi testigo, y he abierto la Biblia y he aquí sus palabras, mira que lo estoy leyendo acá, es palabra de Dios: a partir de este momento te entrego a Sehón y a todo su país, entra ya en su territorio y apodérate de él ¡Aleluya!

—Aleluya, bendito sea el Señor —respondieron—. Gloria a Dios. Gloria a Dios que nos habla.

—Cuando los hijos de Israel oyeron esas palabras del Señor, destruyeron a las ciudades de Hesbón y mataron a todos, hombres, mujeres y niños, tal como lo había ordenado el Señor, y se quedaron solo con los animales y las cosas de valor de sus enemigos. Gloria al señor.

—Estoy leyendo aquí —dijo Nat—, de este libro de Duetos... to... to... Deuterono... nomio.

Madison se maravilló con la Biblia cuando vio a su líder leyendo del libro favorito del esclavista. ¿Cómo era eso? El mismo libro, y ¿cómo era que de la misma fuente salían palabras tan opuestas? Pero Nat leyó y los hombres dijeron “Gloria, aleluya al Señor”. Y afirmaron que seguirían las instrucciones de Nat, porque evidentemente era la Voluntad del Señor Dios. Estaba allí, lo habían escuchado.

Ahora, aquí no dice “mañana”.

Los seguidores dijeron amén, y él siguió su sermón, porque aquí dice a partir de este momento y este momento es esta noche, amén, gloria al Señor que nos ha revelado su palabra, dijo enfáticamente y Big Job gritó “han oído al Hermano, digan amén”, pero no podía escucharlos de modo que demandó una y otra vez amén hasta que estuvo satisfecho. Madison cerró el libro y Nat lo puso sobre la piedra y regresó el enorme silencio.

Las enseñanzas de su abuela regresaron esa noche. En medio de su ayuno —porque había ayunado durante cuarenta días y sus noches— la vio en el barco. Él estaba sentado sobre sus rodillas como en un sueño, escuchándola y ella estaba en el barco.

De pronto, ya no estaba en el regazo de su abuela. Como arrebatado por el Espíritu del Señor, se vio en la cabeza de la abuela, y por los ojos de la abuela vio la cabina oscura y fría. Miró la confusión en que ella estaba, porque aunque la cabina era tenebrosa y escalofriante, podía ver el enorme cuerpo, cerca de ella. La vio luchar de nuevo por quitarse el enorme cuerpo de encima, empleando ambas manos. Ella sostuvo su respiración, para evitar el ofensivo mal aliento que salía de la boca del cuerpo. Los ojos del cuerpo eran rojos. De los ojos de ella brotaron lágrimas copiosamente, las que rodaron por su cara para mezclarse con el extraño flujo que brotaba de su nariz. Por primera vez en su vida, pudo percibir el olor a cerumen. El cuerpo ya estaba a su alcance y se hizo denso. Solo quería mover su propio cuerpo, alejarlo, pero no había respuesta, salvo por el paralizante efecto del horror.

Y Nat entendió entonces que los cuerpos sudan, producen gases, eructan, expelen los remanentes de la comida y de la bebida y el cuerpo de su abuela obedece al ciclo mensual de la vida. Y supo Nat lo que es ser mujer, con aquel líquido tibio corriendo por sus piernas desnudas, y que muy pronto se convertiría en una crema pegajosa y repugnante, al descomponerse en el frío de la mañana. Nat no podía resistir el hedor. No podía creer que ese cuerpo fuera el de su abuela, si la recordaba tierna, la recordaba olorosa a yerba buena y menta. Quiso salirse de su cabeza, pero no podía. Sentía la agonía del cautiverio, más fuerte de la que él había experimentado personalmente, la fuerza de la putrefacción en su cuerpo, en nuestro cuerpo. Porque su cuerpo era nuestro propio cuerpo profanado. Y los cuerpos sudan. Y los cuerpos menstrúan. Y los cuerpos expulsan pedos.

Pero entonces, sintió la cálida mano de la abuela acariciándole la cabeza.

Mi pobre niño dormido, dijo, pero no debes dormir, porque estás llamado a ser el libertador, porque eres nieto de J.B.C.

Un día su madre, jugueteando con el nombre, descubrió que J.B.C. eran las iniciales de Juan Bautista Congo, que talvez por acomodarse al nuevo idioma usaba solo las iniciales, descendiente directo de los yayahs, quien con la fuerza de los profetas, pudo abrir los canales del conocimiento para su aldea. Era interesante que, cuando la abuela dijo esas letras, como si tuvieran efecto mágico, el muchacho se durmiera de nuevo y vio el día de la rebelión. Escuchó el griterío de las mujeres, y las vio convulsionando, gritando con tal desesperación que hasta los cocineros detuvieron sus labores matinales para contemplar el extraño mal que se había apoderado de los africanos, y a la vez, temiendo por sus vidas.

Ahora, sobre el montículo, había leído la Palabra de Dios.

—Primero, —dijo Nat—, tenemos que actuar como los antiguos israelitas, eso es lo que ordena el Señor. Y luego, cuando seamos fuertes, cuanto tengamos un ejército que pueda luchar contra el de los blancos, podremos entonces dejar vivir a las mujeres y los niños, y serán nuestras mujeres y nuestros niños, como ha ordenado el señor. Pero esta madrugada, no dejen a nadie con vida.

Muchos años antes, la abuela estaba a la orilla del río, pescando, y ya no era una niña. Tenía unos cuantos años en su cuerpo, pero sin caricias varoniles. Es más, el último hombre en tocarla había sido aquel capitán, gracias a lo cual llegó a ser supervisora y pudo ayudar al jefe en la captura del barco y la liberación de los esclavos.

Escuchó venir hacia ella a la jauría, de modo que haló su balsa, y se colocó en ella, manteniéndose debajo de los árboles, por lo que pudiera pasar. Tomó su arco y flecha y un viejo fusil que siempre cargaba, y se preparó para lo que fuere menester: la fuga río abajo o la defensa personal.

En eso, vio caer en la orilla a un hombre alto, cadavérico, con rasgos muy semejantes a los de su antiguo pueblo. Sin medir el riesgo, se tiró de la balsa, y llegando a la orilla lo arrastró como pudo, sosteniéndose allí en su pie lesionado. Y trepando al fugitivo en la balsa de su cintura hacia arriba, emprendió la fuga río abajo.

A cierta distancia escuchó a los perros llegar a la orilla del río, y las voces de los cazadores tratando de hacerlos cruzar la corriente, para buscar las huellas del fugitivo en la otra ribera y continuar la persecución. Ella simplemente siguió río abajo, tan rápidamente como pudo, hasta divisar el árbol del vigía, donde ella sabía que habría guardas que avisarían de su suerte, y hombres esperándola más abajo. Dio la doble señal como correspondía y se sentó a esperar el desenlace de aquel inesperado episodio.

Ya en el campamento, ella dijo que aquel hombre a quien había rescatado era un yayah, y por tanto, su pariente.

Pasaron los días. Ella lo cuidó y alimentó con mucha devoción, curando sus heridas hasta que volvió en sí, y dijo que era J.B.C., hijo de un afamado guerrero y cristiano, eso dijo, que era cristiano. Así que la abuela, después de alimentarlo y devolverlo a su estado normal, y descubrir que era el hombre más guapo que jamás había atendido, tuvo que someterse a una extraña ceremonia que los cristianos llamaban bautismo, y siguiendo su ejemplo se hizo cristiana, y se casó con él como Dios manda, para pasar en paz sus últimos días, dijo, y borrar la mala memoria de los cuerpos que sudan y huelen mal, de los cuerpos que huelen a aguardiente, de las manos irreverentes de un médico que dijo que "talimpia", y aunque no contaba ya a su edad con tener hijos, estaba feliz de haber hallado el hombre de sus sueños, el que le hacía recordar a Papá Kwami.

El nacimiento de la madre de Nat fue sorpresa total. Fue hija de años avanzados, una señal de que el Señor le tenía alguna misión asignada, según J.B.C. Fue consagrada a los ancestros según la tradición yayah, y bendecida por el Pastor de la iglesia clandestina del Santo Torrente. Para la ceremonia tuvieron que andar una distancia considerable, y acercarse a las plantaciones como jamás lo había hecho en su vida.

Allí ella escuchó por primera vez las palabras de la Biblia. El pastor explicó que cuando Dios hizo al ser humano varón y hembra, los creó y supo con molestia que ahora era hija de un señor Abraham y ya no del Clan Kwami, pero su amor por J.B.C. no la dejaba rebelarse, para hacer la gran pregunta.

¿Y ese capitán que me violó es también hijo de Abraham? El cocinero blanco que le echó aceite caliente en los ojos de mi prima “porque me estaba viendo, Capitán, y no tenía ningún derecho a mirar así a un blanco”, ¿Ese también es hijo de Abraham? Y fue ese mismo Dios el que hizo a los salvajes cazadores de esclavos, con sus perros, los que te venían persiguiendo, mi querido J.B.C., y si lo son, ¿Cómo es que nos estamos haciendo miembros de la familia de Abraham?

J.B.C. atinó a decirle que había diferencia entre la iglesia y sus miembros. Dijo que la Biblia, el misterioso libro que solo el Pastor podía leer contenía tales verdades como que Dios eran Uno y Trino. Ella recordaba las palabras del Anciano Viejo explicándoles que solo había un Dios, que esa era una idea egipcia.

Tres Personas, la misma vieja canción que entonó el Griot sobre Nyame, el Creador, manifiesto en Odomankoma, Yaa y Kwaku Anansi; la misma historia relatada por el jovencito, que se atrevió a hablarles a los ancianos sin su permiso, explicando que en esta nueva tierra Egipto era símbolo del mal, y que el nombre de Dios era Jehová, y que los nombres sagrados de la Divina Trinidad ya no eran Ra, Osiris e Isis, sino Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Pero si solo había un Dios (no quiso rebelarse ni cuestionar a su esposo), entonces tiene que ser ese mismo Dios el que les dio a los negros —porque los yayahs se habían convertido en negros— y a todos los demás su vocación por el Samamfo, y era la fortaleza y la convicción de conectarse a la esencia de la vida, para trascender al sufrimiento, para regresar a la fuente y cantar sus canciones, sí, si solo había un Dios, no solo un Dios Todo Poderoso, sino tan solo UN Dios, entonces era Él quien les daba la vitalidad para prolongar su ceremonia hasta el alba.

Pero mientras estaban congregados para orar y para desear lo mejor a la familia de J.B.C., luego de ser consagrados según la tradición yayah y bautizados por el Pastor de la Iglesia del Santo Torrente, fueron atacados por guardias blancos, que decían ser hijos de Abraham, y aunque invocaron la ayuda de Dios, fueron capturados, y a ella la apresaron de nuevo, y allí estaba con los horribles recuerdos del barco que no la dejaban de mortificar, recordando cómo en su tierra,

cuando atacaron los fulahghi, las madres lucharon desesperadamente para mantener a sus hijos juntos.

Memorias, sí, amargas, dolorosas, el barco de nuevo, el barco otra vez, agarrando a su hijo, separada de su marido, su marido conforme a toda ley, su marido cristiano, en el nombre del Dios de Abraham que todos declaraban como Dios, esclavos y esclavistas, en perfecta comunión, amando a sus hermanos como a sí mismos.

Esta vez la gente del barco hablaba otra lengua, pero todo lo demás era igual, incluyendo la cruz y la cabina para las mujeres. Ella manteniendo a su hija pegada al pecho, mientras los vendían a otro dueño, ella y su hija, agarradas la una de la otra, si no por la felicidad, por lo menos por la familia, para poder conversar sobre J.B.C. Agarradas la una de la otra, orando que por gracia de Dios y la ayuda de los Ancestros, pudiera criar a su hija.

Y así fue. Nunca volvió a ver a J.B.C., pero continuó viviendo. Su hija aprendió el nuevo idioma, y en secreto, mientras jugaba con los niños blancos aprendió a leer. Fue ella la que le explicó a su madre que en realidad J.B.C era solo una manera diferente de decir Juan Bautista Congo, para acomodarse al espíritu de la nueva lengua. Ella no hizo nada para desautorizar la fantasía de su hija. J.B.C. había sido un gran hombre, que trató de hallar la libertad por medio de la religión, que pensó que haciéndose parte de la comunidad cristiana lo respetarían como una persona.

Andando el tiempo, ella misma se hizo cargo de la fantasía de su hija y le dijo "tu hijo es el Mesías".

Nat se puso de pie, sobre el montículo con una fe inmensa, mucho más grande que Big Job, mucho más firme que la voluntad de Madison. Muchos de sus seguidores los recordarían así en el momento de su muerte, su rostro brillante iluminado por la luz de la fogata, de pie ante el mismo Dios Supremo, ante Jehová, el Dios de la venganza, el Dios de los ejércitos, el Dios celoso, el Dios que ha de acudir a la liberación del hombre, de la especie humana en el día de la redención, dijo él, allí sobre el montículo, porque somos los hijos de Israel. Muchos lo recordarían así, como resonancia profética, como el anuncio

de una lucha sin fin, como la fuerza del Samanfo. Y esa noche, la noche se hizo noche antes de la noche, cuando comenzó el ataque.

Fueron directamente hacia la gran casa blanca, Nat, Hark, Big Job, Nelson, Sam, Will, Henry y Madison. Joseph Travis, el que se hacía llamar su amo y que tenía reputación de ser un temible esclavista, se sentó en la cama al escuchar el ruido. Se sentó allí en medio de la embriaguez debido al mal whisky que había tomado la noche anterior, tratando de resolver de dónde procedían los extraños ruidos.

Hark y Nat subieron por una escalera hasta la chimenea y lograron entrar a la casa grande sin ser detectados. Se apoderaron de las armas de fuego y Nat y Will se dirigieron al cuarto de los Travis. El esclavista saltó de la cama, tratando de defenderse, llamando a su mujer. Pero Will lo dejó tendido para siempre con un certero golpe de hacha.

La esposa, presa de pánico, comenzó a gritar, pero fue acallada con otro golpe mortal. Igual suerte corrieron los niños, pero uno de los esclavos leales, llamado Jim, estaba pasando la noche en la casa grande con una de las esclavas, así que, alarmado al ver los cadáveres de hombres, mujeres y niños blancos amontonados en el patio, corrió a avisarle a su medio hermano el Capitán Harris, sobre la revuelta. Este pudo escaparse a tiempo y buscar ayuda en las comarcas vecinas para repeler el levantamiento.

Así, Jim salvó la vida de su medio hermano blanco, pero luego, cuando los blancos recuperaron el control y comenzaron la caza de los negros ahora fugitivos, no quiso ayudar en la cacería.

—“Te salvé la vida, pues, pero no ayudo a masacrar mi gente. Solo quieren libertad no más. Así, pues apunte aquí, en el mero corazón y dale al gatillo, que no quiero este dolor” —le dijo a su medio hermano hermano y el hermano blanco sin titubeo alguno disparó y Jim fue a rendir cuentas al Señor.

Madison huyó para salvar su vida. Atrás dejó a su esposa, la mujer a quien amaba tanto. Huyó para ponerse a buen recaudo, jurándole a ella que volvería para rescatarla. Cincuenta y cinco cadáveres blancos yacían en el patio por la mañana. Setenta y tres cadáveres negros. Pero todos sangraban en rojo.

Madison

Madison permaneció oculto en el suampo hasta que tuvo la seguridad de que sus perseguidores estaban convencidos de que ya andaba lejos.

Entonces, mordido por los insectos y torturado por el hambre, Madison comienza a buscar el camino a la libertad. Atrás está su amor, la mujer a quien ha amado tanto. Mulata ella, hija del propio dueño de la plantación y de la propia nana que lo crió. La amaba con todas las fuerzas de su alma y se ha mantenido luchando por su vida porque ella vale la pena.

La noche es fría. La luna cuelga en el cielo con brillo blanquecino. Se oyen ruidos de la noche, a lomo del viento, que hacen que el corazón del fugitivo golpee contra su pecho.

Cuchillo en mano, ha podido matar a un perro que lo atacó. Vian-da de la noche, la carne cruda y la sangre de perro y sigue, delirante, sudoroso, recordando la muerte que se tendía sobre la comarca, visualizando a Nat capturado, torturado, confesando los nombres de los vivos y los muertos, y los sobrevivientes blancos celebrando alborozados su venganza, pasando sobre los negros como tantas veces habían hecho, humillándolos, haciendo de ellos el blanco de su odio nuevamente, como si no bastase el que ya habían acumulado en doscientos años de asaltar, someter, violar, hasta victimizar a todo un pueblo, llevándolos a cometer los mismos crímenes que ellos cometían, y al igual que los blancos, en nombre de Dios, porque Dios, decía su supuesto amo, que era pastor de la iglesia, eligió al hombre blanco para una misión, la de civilizar

la tierra. Dios mismo dijo, según escuchó al pastor explicando a su hijo, dijo que cuando un pueblo acepta nuestra paz teníamos derecho a servirnos de ellos como esclavos en trabajos forzados. Dijo que la voluntad y las leyes de Dios estaban expresadas claramente en el Deuteronomio. Por eso fue que a Madison casi se le cayó la Biblia que sostenía en sus manos para que leyera Nat, el rebelde que los indujo a la rebelión y que ahora está preso. Casi se le cae la Biblia porque Nat dijo que leía del mismo libro, y en el mismo libro encontró palabras de liberación, que decían todo lo contrario, que había que matar a los hombres, mujeres y niños para liberarse de la opresión.

Madison avanza a lo largo del camino, a la mayor velocidad que puede, cautivo entre el hambre satisfecha y el asco mental de pensar en la carne de perro cruda y en la sangre tibia del animal y en las posibles consecuencias para él de haber tenido que rebajarse a tanto para conservar su vida. Avanza, con la herida que se ha hecho en una pierna, con el dolor de avanzar.

Pero en dos noches pudo traspasar la frontera del Estado. El no lo sabía. Simplemente, al cabo de la segunda noche se dejó caer en el camino, desangrándose porque se había lastimado la herida, invocando la deliciosa fuente de agua en la que solía lavarse a escondidas de sus amos y padres, y se deja caer.

Despierta en un granero, atendido por dos mujeres blancas. Quiso enderezarse, preso de pánico, pensando que lo iban a someter a alguna inenarrable tortura. Pero las mujeres le sonrían y le dicen que guarde silencio. Hay algo en ellas que le hace sentir que la guerra ha terminado, de modo que de nuevo deja caer su cabeza sobre la paja y cerrando los ojos logra dormir.

Viaja durante días y noches, ayudado por blancos, mulatos y negros, sin saber realmente lo que pasa, como en un sopor, sin entender por qué, en vez de entregarlo a las autoridades para que los devolviesen a la hacienda, lo esconden, lo curan, lo alimentan y lo ayudan a escapar hacia un lugar del que él nunca había oído hablar, Canadá, le dicen, debes llegar a Canadá.

Así fue. Madison llegó al Canadá y se empleó en una finca. Su empleador estaba muy contento con su trabajo, según dijo, y le pagaba bien. Madison recuperó la descomunal fuerza que siempre lo caracterizó, olvidándose de la carne y la sangre de perro. Pero no podía olvidarse de su esposa. La melancolía, la tristeza era su único consuelo, hasta que un día tomó la decisión y se lo dijo a su patrono: iba a tratar de rescatar a su mujer.

Emprendió el camino de regreso, pasando por los mismos sitios, protegido por las mismas personas negras, blancas, mulatas, incluso, pudo conseguir un documento que lo declaraba como liberto para pasar por los sitios del estado en que nadie lo conociera, hasta que pudo volver a la hacienda y ver a su mujer.

Planearon escapar a la noche siguiente, pero alguien lo vio y dio aviso y el hijo del dueño y hermano de su esposa, el Joven Amo Travis, que era ahora el nuevo señor tras la muerte de su padre que sucumbió en la rebelión de Nat. Logró capturarlo y sospechando de la complicidad de su media hermana, los vendió a los dos por separado a dos traficantes diferentes.

La noche se puso sobre la vida de Madison, quien veía truncarse todos sus sueños, todas sus ilusiones. Solo se consolaba pensando que, de todos modos, no valía la pena la vida sin el amor de su esposa.

Lo embarcaron con fuertes grilletes. Tenía fama de hombre rebelde, y se sabía incluso que había estado en Canadá. Además, los vendedores habían hecho la advertencia sobre su descomunal fuerza.

Madison no perdía su tiempo. Ahora que sus posibilidades de reencontrarse con su esposa eran remotas, estaba dispuesto a dar su vida en la lucha. Esta vez no huiría. Comenzó a hablarles a los hombres del mensaje de Nat, y sus palabras caían en suelo fértil.

Al cuarto día de estar en alta mar, rumbo al Caribe, se toparon con un huracán y el vaivén del barco hizo descomponerse a tripulantes y cautivos. En medio de aquel malestar general, el Capitán mandó subir las mujeres, que viajaban en cabina aparte. Uno de los guardas, queriendo aprovecharse de la ocasión, acorraló a una de ellas en la cabina para violarla, pero ella logró darle muerte y apoderarse de las llaves.

De mano en mano, esa noche las llaves encontraron buen uso en algunos candados, y por la mañana hubo una rebelión conducida por el Madison.

Logró apresar a los blancos, pero mató solamente a uno, y les ofreció su vida a cambio de conducir el barco a un puerto británico. El convenio fue respetado y, de esa forma, los esclavos alcanzaron su libertad al llegar al puerto de Nassau.

Y para Madison, lo mejor de todo es que su esposa estaba entre las cautivas, a bordo del mismo barco.

Eddy tenía su propia historia.

Cuando sonó el cacho saltó. Era un hombre de carácter nervioso, por lo cual resultaba ser un excelente centinela. Los hombres se miraron unos a otros, tomaron sus fusiles y se pusieron de pie.

Eddy miró a Cudjoe con gran respeto y le dijo:

—Yo se lo vo'a trer.

Cudjoe asintió.

—Abra los ojos —dijo— y recuerda que nosotros no nos agachamos. Nadie bukunú⁵⁶ frente a un blanco.

Después de un rato Eddy regresó escoltando a un ser extraño. Su pelo era lacio, negro azulado, su nariz recta, puntiaguda, su piel bronce oscuro, y la estructura de su cuerpo exacta a la de un mandinga.

—Me lleva el pisuicas, ¿Quién es este? —demandó Cudjoe.

—Es un jamaicano —respondió Eddy, con cierta ingenuidad.

—Qué clase de respuesta idiota es esa. Aquí solo hay jamaicanos.

—Si, pero este hombre es nativo de aquí mismo. Es de la tierra de los manantiales.⁵⁷ Su madre Arahuac. Su padre africano.

55. Cudjoe: Cimarrón jamaicano.

56. Bucunú: arrodillarse.

57. Jamaica: Tierra de manantiales en lengua Arahuac.

—Bueno, si el hombre es un condenado miskito, ¿Por qué no le pega un tiro y ya? ¿Pa' qué me lo trae?, ¿Es que espera que yo haga todo?

—No, hombre, él quiere hablar. Su padre africano, ¿No lo ve? Digo que su padre africano.

Cudjoe se bajó de la enorme roca en que estaba sentado. Era un hombre bajo, vigoroso, de contextura fuerte. Lucía una casaca azul sin faldones ni mangas. Tenía una banda ancha alrededor de su cabeza que era la señal de su autoridad. Un viejo sombrero apenas lograba cubrir su cabeza redonda. De su hombro derecho colgaba un cuerno de pólvora y un saco de pedazos de metal que utilizaba como balas. De su hombro izquierdo colgaba un machete en vaina de cuero. Su camisa, al igual que el resto de su vestimenta, estaba manchada con la tierra roja del parapeto.

—Este maldito tiene cara'e bala negra —dijo Cudjoe—. ¿Y sabe una cosa?: es una maldita estupidez que lo traiga aquí. Pero bueno, está hecho. ¿De 'onde es?

—De Jamaica, —respondió el aludido.

Cudjoe se rió con entusiasmo.

—Yo también —dijo entre carcajadas—, yo también.

—No, señor. Quiero decir, yo soy nativo de Jamaica. Mi madre era una india arahuac y mi padre se llamaba Clearvalley.

—Ningún negro tiene nombre así. Me ve cara'e idiota, ¿No?

—No señor, claro que no. Así lo dicen los blancos. El decía que era Carabalí. Así es como lo pronuncia. Dice que es del Valle de Esmeraldas, al otro lado de las Antillas, cerca del Ecuador. Allí solo viven negros. Un día se durmió en el campo y un español que pasaba por allí lo capturó y lo vendió a un hombre en Panamá y terminó aquí en la finca de un hacendado jamaicano.

—Así que indio miskito, ¿No? No me meta cuento Arrow Walk, usté indio miskito.

—Me ha herido usted, señor. Me ha herido mucho. Soy un cot-tawood. Se lo juro por Dios. Me gusta el cerdo jerk. Supongo que a usted también.

Esta vez sonó jamaicano.

—¿Sabe hacer puerco jerk?

—Lo hago muy bien.

—Bien, talvez lo deje vivir pa qui haga puerco jerk. ¿A qué viene?

—Usted está en peligro, señor. Hay un barco en la bahía con doscientos soldados. El gobernador tiene dos veces ese número de hombres para dar apoyo. Usted sabe, los de siempre: balas negras, miskitos y todo eso.

—¿Y por qué me lo viene a decir?

—Yo trabajaba con el Coronel Needham y le pasaba información a Big Joe. Supongo que lo conoce, es de Madagascar. Pero agarraron a Big Joe y lo torturaron. Antes de que me cantaran, le dije a Neeham que lo conocía a usted y que podía venir a convencerle de que firmara un tratado. Pero eso no es lo que quiero. Lo que quiero es advertirle y pelear a su lado por la libertad.

Cudjoe se apartó con Eddy.

—¿Pa' qué lo trajo aquí? Es maldito espía.

—No, no, quiere pelear. Y piense así: cuando quiere hablar inglés como los blancos lo hace. Y cuando quiere hablar como nosotros lo hace. Y además sabe español, por si esos vuelven. Y es libre, tiene papeles.

—Los ingleses mandaron a vigilarnos y lo ha metió aquí. Tiene que ser bala negra, ¿No le ve la cara de traidor? O bala negra o Miskito. Usted mismo me está diciendo: habla español.

—Maldita sea, Cudjoe, ¿Qué le pasa? A usted lo conozco desde niño. Compórtese como el dirigente que es. El hombre es un cottawood. Le encanta el puerco jerk. No se puede ser más jamaicano que eso.

Cudjoe se quedó meditando un rato.

—Bueno, vamo'a, am, vamo'a'ser esto: am, traiga Jon y Done. Si trabajó con Needman, los reconoce o ellos lo reconocen. Si no, nada de riesgos. Lo 'espachamos pa'el cielo de los Arahuaacs a abanicarse.

A los pocos minutos, se les unieron Jon y Done. Jon era alto, muy blanco, flaco, de ojos azules y pelo rubio. Done en cambio era de estatura baja, de piel rojiza, de pelo rojizo, con una extraña cicatriz en sus labios.

Al entrar en la cueva, Jon se puso pálido.

—¿Qué hace esta bestia aquí? —preguntó señalando a Arrow Walk—. Es el testafarro de Needman.

—Ah, mira estos dos cerdos blancos. Me acuerdo cuando casi hundieron a todos con tal de salvarse ellos.

Jon saltó como un salvaje hacia Arrow Walk, pero el indio lo esquivó. Se vio ridículo golpeando al viento.

Eddy los detuvo.

—Suficiente, —dijo.

Cudjoe miró a Jon.

—Si es un indio inútil y rastrero.

Cudjoe puso fin a la conversación. Les ordenó que le dieran de comer a Walk y que lo vigilaran bien.

Luego, dirigiéndose a Eddy, le dio instrucciones precisas:

—Vamo'a ser esto: mándelo comprar pólvora. Si dice verdad, necesitamos un barril de pólvora y un saco de balas. Done que escriba al judío. ¿Cómo se llama?

—Jacob.

—Bueno. Quashee Yayah que lo acompañe. No, no, vaya usted. No, más bien deje que se vaya solo y vigílalo. Dile "vamo'a movernos a Saint Elizabeth para unirmos con los madagascareos. Dile "eso es un secreto". Si habla lo pesca. Eso lo va 'icir a los blancos, si nos traiciona. Ahora, no quiero valientes. El hombre intenta truco como Anancy, mándelo a vivir con su abuela araucana. Sam Yayahson que lo ayude, pero que se cuide. Y averigüe los planes de los blancos.

Una semana después Walk y Eddy regresaron sanos y salvos al campamento. Sam vino con ellos. Tuvo que huir, "porque agarraron a Gully y él le contó como engañamos al judío de Church Street, haciéndole creer que la pólvora era para Needman".

La información de Sam confirmó en todo el informe de Walk. Cuatrocientos hombres, doscientos del Commodore, y cincuenta voluntarios blancos, cien balanegras, y cincuenta miskitos estaban listos para salir a la caza de los cimarrones.

Cudjoe esbozó su plan cuidadosamente. Les dijo a sus oficiales altos, sin nombrar sus fuentes, sobre el ataque que los blancos estaban

planeando. Y organizaron la defensa. Cien hombres se apostaron en Crow Hill, otros cien en Hobby Road. Las mujeres debían recoger toda la cosecha y esconderla en la pequeña aldea al otro lado de la colina. Si los blancos se acercaban había que quemar la aldea, tomar a los niños y llevarlos a Guy.

Esa misma tarde vino un mensajero de los productores de sal de Long Bay. Las cosas eran serias esta vez. Algunos pescadores habían comentado que el barco que estaba frente a la Bahía era de tropas profesionales enviados por su Majestad a acabar con los cimarrones de Cudjoe. Y a la mañana siguiente, espías de Port Antonio llegaron apresuradamente para contarle a Cudjoe que el Gobernador sabía exactamente su localización.

El martes temprano los cuernos sonaron. El grueso de la tropa se dirigía directamente hacia el cruce. Era obvio que estaban haciendo lo posible para llegar a la cima, con la esperanza que ese movimiento les facilitara encontrar la ruta. Se dirigieron al sitio escogido por los cimarrones, por lo que fueron directamente a la emboscada.

—Así que les disparamos de un lado y algunos cayeron muertos y gravemente heridos. Y las tropas de su majestad se volvieron para dispararle al monte, sabes, a las ramas, porque después de disparar nos tiramos panza al suelo, y esperamos a que los otros, los nuestros que estaban al otro lado, dispararan por las espaldas de las tropas y que se tiraran al suelo también panza abajo y entonces nos levantamos para dispararles de nuevo. Y antes de que los blancos supieran qué hacer, otros les dispararon desde atrás. Así que estaban confundidos. Y no podían decidirse hacia dónde disparar, ni hacia dónde correr, ni hacia adónde contestar el fuego. Y para hacer la cosa peor, los nuestros que estaban delante de ellos comenzaron a disparar y se pusieron como locos y salieron en desbandada.

Fue la primera vez en mi vida que vi a los blancos correr así. Comenzaron a botar las armas y todo lo que llevaban puesto. Quiero decir, todo: carne, medicinas, pan, pólvora, balas de cañón. Lo único que no soltaban era el licor. Pero los acorralamos en Shaky Rock, y los hubiéramos matado a todos si no es que la lluvia los salva. Todo el día y

toda la noche llovió. Y todo el día y la noche lo aprovecharon para huir. Y se escaparon en la oscuridad y como no era seguro seguirlos de noche, tuvimos que dejarlos ir. Y en todo caso, agarramos a uno de los balanegra, el tal Murriah, y eso hizo muy feliz a Cudjoe. Era generoso con las personas que luchaban por la libertad, e incluso a veces con los soldados blancos, pero odiaba a los traidores. Murriah había sido un buen soldado. Había peleado al lado de los blancos, como todas las balanegras, pero lo había hecho con valentía. No era ningún cobarde. Pero era una bestia. Por medio de él y de los miskitos el Gobernador había localizado a uno de los campamentos de Cudjoe y casi nos liquidó. Cudjoe no iba pues a tenerle piedad a una rata así. No somos crueles como los blancos, le dijo, así que diga sus oraciones.

Murriah fue valiente hasta la muerte misma. Todo lo que hizo fue mirar a Cudjoe y reírse de él.

—Usted es un salvaje, —dijo—, un negro salvaje.

Cudjoe lo miró de manera displicente.

—¿Y usted qué color pinta, señor?

—Pues soy negro, respondió Murriah, pero no soy salvaje.

—Igual se muere —dijo Cudjoe con cinismo, y le disparó personalmente.

Damas en la alcoba

Dios! ¡Cómo te deseo, amor! Tu voz. Me encanta cuando dices Mathildá, con tu divertido acento continental. Dios. Cómo me haces falta. Jacques. Jacques, estoy esperando. Estoy aguardando para ser tuya para siempre. Me he cuidado para ser finalmente tuya. Y sé que mis expectativas no son solo mías. Puedo ver la tensión en los rostros de mis padres octorones, mi padre y mi madre trezados del brazo, mirando al barco.

Aún recuerdo cuando te fuiste a Francia a estudiar. Los dos lloramos como niños, y nos hicimos promesas. Así pues, amor, es justo este temblor que nos asalta mientras esperamos el momento de estar juntos, para realizar nuestro más claro anhelo.

Allí estás, sol de mi vida. Pero... ¿Quién... quién es esa horrible mujer a tu lado? ¿Quién es, Jacques? ¿Quién es, una lanza en mi cuerpo mutilado, una bala en mis heridas? ¿Quién es ella?, Jacques, mientras mi padre avanza hacia ti, y juro que pude haberme desmayado si no hubiese sido por la mano amorosa de mi madre que me sostuvo en el momento oportuno, que me mantuvo apegada a la vida. ¿Quién es ella, Jacques? mientras saludas a mi madre y dices las palabras que tanto temía, ¿Quién es ella, Jacques?

—C' est ma femme —dijo el traidor, y se volvió a saludarme y no le respondí. No pude responder en todo caso. Lo odié.

Y conforme nos alejamos del mar, rodeados de los portaequipajes que estaban entusiasmados con la idea de que Jacques regresara a Saint Dominique, podía sentir la mirada de las muchachas que lo miraban a

él y a mí, que la miraban a ella, tan sorprendidas de ver a esta francesa, tan fea que era, que miraban a mis padres y a la familia de Jacques, mirándonos juntos, y no estaban viendo el desfile de gente elegante, sino como siempre nos habían visto, como una sola y gran familia. Ya no. Ahora estaba ella. Y ella nos dividía.

¿Por qué, Jacques? Mi padre es un mulato, un octorón que ha administrado bien el negocio de exportación de tu familia. Les ha servido bien. Es un hombre rico. Nuestra familia posee una gran hacienda de ganado. No hay razón por la que no puedas casarte conmigo. Nos conocemos bien. Nos hemos criado juntos. Y nos hemos amado intensamente desde la niñez. Así que, ¿Por qué, Jacques, por qué?

¿Por qué?

¿Por qué? ¿No pudiste al menos buscarte una francesa bonita?

¿Por qué?

Este dolor. Esta desesperación. Este ardor. Esta soledad inesperada. Este sentido de ausencia, de decepción amarga. Esta nada. Dios sabe que yo querría llenar la nada en el mar del olvido. Cualquier otro estado sería preferible a esto, Jacques, a esta amargura. Duele a morir.

Jacques...

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Por qué?

A la siguiente noche Jacques la vino a visitar. El conocía el camino a su cuarto y vino sin anunciarse, y sin que lo supieran sus padres. Ella aún estaba envuelta en confusión, rabiando en su resentimiento. Y no era una mujer sumisa. Así que comenzó una agria discusión entre ellos, incluyendo uñas clavadas en blanca piel, y labios que se encontraron después de tanto tiempo, e hicieron el amor y ella no tuvo la fuerza para detenerlo, porque lo había postulado y tenía que ser. Había repasado ese reencuentro una y otra vez, soñado con ese momento y no lo pudo detener.

Al final el amor revuelto con odio y el resentimiento y todo en una mezcla confusa. Una situación incómoda, porque además le resultaba inconcebible el amor con otro hombre.

A partir de esa noche se enredaron en un romance secreto, hasta que tanto Mathilde como la esposa de Jacques quedaron embarazadas al mismo tiempo. Entonces Jacques manejó el asunto con astucia y logró que su amigo y primo Gerarde, un cuarterón libre, se casara con ella. A cambio, Jacques le dio tierras, con tal de que asumiera la paternidad del niño y tolerara el romance.

La familia de Mathilde se opuso violentamente sobre la base de que sería un salto hacia atrás en el proceso de mejoramiento de la raza, pero cuando ella le comunicó a su madre que estaba embarazada, las protestas cesaron y el matrimonio se celebró con todos los honores.

Para Jacques la situación era más que conveniente. A nadie le extrañaba que pasara tanto tiempo en casa de Gerarde y su esposa, porque habían sido amigos los tres desde infancia. De modo que con la tolerancia del esposo, el romance continuó. Tal había sido el trato.

Muchos fueron los días que Mathilde se dedicó a los dos hijos de Jacques. Amaba a ambos niños y a los muchachos les gustaba pasar mucho tiempo juntos. En todo caso, la esposa de Jacques era alcohólica, y nunca estaba sobria. Así que ambos niños se aferraron a Mathilde, su propio hijo por los lazos de sangre y el otro por hallar en ella a la madre que no tenía. Y ella los amó mucho. Incluso, temblaba cuando acariciaba al niño ajeno, y no podía evitar pensar en Jacques. Su amor por él pareció florecer, así que poco a poco fue aceptando su suerte.

Pero una noche de tantos tuvieron la visita de dos amigos de su esposo, Jean Baptise Yayá y Vincent Ogé. Estaban haciendo campaña a favor de la igualdad para todos los ciudadanos de la colonia. Lograron encender en Gerarde su ideal, al punto de llevarlo a afiliarse al movimiento por la igualdad de derechos de los mulatos. Según Ogé, muchos de los mulatos estaban muy bien dotados, con mayores recursos económicos, mejor educación y más civilizados que muchos blancos. Pero Jean Baptise Yayá fue el más convincente, por su firmeza, por su elocuencia, y por su sentido de lealtad hacia Ogé. Era evidente que podía ser el conductor del movimiento. Sin embargo, en todo momento reconocía el liderazgo de él.

Hasta allí el asunto sonaba bien. Pero cuando Gerarde empezó su nueva e inesperada militancia, aceptó la sugerencia de Ogé para ponerle fin al romance secreto de Jacques y Mathilde, que ya era voz pópuli en Santo Domingo.

Entonces el marido habló con su señora.

—Si te ama, debió haberse casado contigo. Pudo haber seguido el ejemplo de Paul Boudet, que se casó con una negra. A él no le importó el color de su piel. La amaba, ¿Y qué? Y si no tenía de aquello que se necesita por lo menos pudo haberse mantenido soltero como tantos otros hombres franceses, y llevarte a su casa de mucama. Pero déjame explícrtelo así, eres mi esposa y se me está convirtiendo en una afrenta.

Mathilde echó sobre él su propio resentimiento.

—Debiste haber pensado en eso hace mucho tiempo. Pero tu codicia por las tierras de Jacques y los bienes de mi padre te hizo vender tu dignidad.

—¿Tierras de Jacques? Son tierras de mi tío. Ambos somos sobrinos de un tío soltero y los dos tenemos el mismo derecho. Ese es el punto. ¿Cómo es que soy al igual que él heredero y se me tenga que humillar así? En cuanto a tu padre, es un hombre decente a quien yo aprecio mucho y cuyo honor he defendido cuando su propia hija planeaba hacer caer la desgracia sobre su casa, sin consideración alguna para sus canas.

Ella intentó lo de siempre: irse a las manos como lo hacía con Jacques. Pero él sacó su espada y le ordenó estarse quieta.

La situación se fue volviendo tensa con el pasar de los días. Y la pasión ya no pudo contener el resentimiento. Ella le reclamó abiertamente a Jacques su traición.

Unas noches después, uno de los esclavos domésticos vino corriendo totalmente alarmado para gritarle a la señora

—Madame, Madame, Madame, su marido y Monsieur Jacques están a punto de batirse en duelo.

Mathilde corrió tras él y llegó al patio a tiempo para escuchar la agria e insultante discusión entre los dos hombres sobre los derechos de los mulatos, Francia, y las ideas de libertad, igualdad y fraternidad.

Ambos discutían con las manos puestas sobre el puño de sus espadas cortas. Ella los conocía demasiado bien, para saber que aquello no era una pose, de modo que corrió hacia ellos gritando, y se interpuso en el mismo instante en que desenvainaron, miró a Jacques con total desolación y cayó desmayada.

El incidente fue la gota que derramó el vaso. De manera terminante Gerarde prohibió toda relación entre la pareja. Contrario a lo que ella esperaba, no le dolió tanto la ausencia de su amante. Lo que le desgarró el alma fue el recuerdo de esa noche, por las palabras amargas dichas por los dos hombres y el terrible desprecio que sintió de parte de Jacques.

Porque después de todo, Jean Baptist Yayá tenía razón cuando dijo que los mulatos no tenían por qué tener menos derechos, si corría por sus venas la misma sangre francesa, si tenían la misma educación de los franceses, como el caso de Ogé que había estudiado en París, costado por su propia madre negra, y había llegado a ser amigo personal de Brissot, de Gregoire, de Robespierre, de Lafayette, y había militado en las filas de los Amis des Noirs. Somos sus hijos, tíos, nietas, primas, y supuestamente, sus amigos, dijo, pero los criollos son una raza aparte, cegados por la codicia y el afán de poder. Era el proceso histórico, dijo Jean Baptist, e incluso, cuando haya negros que tengan educación y propiedades, también deberán tener acceso a su libertad primero y sus hijos a la ciudadanía, porque tienen en sus venas la misma sangre que los mulatos.

Jacques, en su furia, no pudo contener su verdadera manera de pensar. Esa noche dijo abiertamente que los mulatos son unos bastardos, buenos para nada, y traidores. Así que Jean Baptist tenía razón. No se puede confiar en los blancos criollos, porque reniegan de sus propios parientes.

Pero el que le hizo mucha falta era su hijo adoptivo. El hijo de la francesa. Ella y su propio hijo sufrían en silencio su ausencia.

En octubre se dio el temido levantamiento de los mulatos al mando de Ogé. Eran más de doscientos los que se atrevieron a desafiar el poder colonial. El conductor de la revuelta estaba convencido de que

obtendría el apoyo de los revolucionarios franceses. El objetivo del movimiento era claro y bien concreto: la ciudadanía para los mulatos, los mismos derechos que los blancos criollos, en las mismas condiciones.

Los blancos reaccionaron con gran contundencia. Su esposo Gerarde logró a duras penas refugiarse en las montañas y Ogé y Jean Baptist Yayá huyeron a la parte española de Santo Domingo. Pero las autoridades españolas los devolvieron presos.

Mathilde buscó refugio en la casa de sus padres, que a su vez se pusieron bajo la protección de los militares en Port au Prince. Todo el odio y el resentimiento de los criollos se desataron en contra de los mulatos. Era inaudito el desafío, la pretensión de los bastardos de tomar el poder.

En marzo, por sentencia del Consejo, Ogé y Jean Baptist Yayá fueron conducidos a la plaza y descuartizados por cuatro briosos caballos. Después, sus cuerpos agonizantes fueron expuestos de cara al sol, por el tiempo que Dios quiera conservarles la vida, dijo el juez, dando un claro mensaje a los mulatos de cual sería la suerte de quien osare en adelante levantar la bandera de la igualdad.

Y esa tarde hubo un Tedeum en la catedral, en acción de gracias por el triunfo de la ley y el orden, que son las mismas leyes de Dios, dijo el Obispo en su inspirado sermón, y que todos debemos obedecer, siguiendo el ejemplo de la Virgen María y el de todos los santos.

Jacques nunca perdonó al esclavo doméstico que respondía al nombre de Eduard. Primero, por haberle avisado a su ama a gritos sobre la disputa suya con Gerarde. Segundo, por habersele encarado, espada en mano, para impedir su ingreso a la casa de su amante, cuando lo intentó dos noches después del incidente. El quería hablar con Mathilde, explicarle lo que realmente sucedió, hacerle ver que su primo y compinche era un traidor y merecía los calificativos dados, pero que de ninguna manera la intención era vilipendiar a toda la raza mulata. Pero Eduard dijo que tendría que hacerlo sobre su cadáver y otros esclavos acudieron en su ayuda. Era pues grave lo que estaba pasando, porque el respeto perdía todo su valor en la sociedad de Saint Dominique. Así que, cuando en medio de la resonante victoria de los criollos fue a recuperar las tierras que había cedido a Gerarde y encontró la casa en llamas, juró que

aquello era obra de Eduard y organizó una búsqueda sistemática del fugitivo. Capturó al padre de Eduard, anciano que había sido cochero de su tío y que "tantas veces alzó a su pequeño amito y lo puso en el carruaje" —dijeron los viejos con amargura—, y sin contemplación, lo sacó al patio, y lo hizo colgar. Su amante había huido y eso lo agriaba.

Luego supo de fuente confiable que Mathilde y su familia estaban refugiadas en Port au Prince, y se propuso capturarlos. No era su intención matar a ninguno de ellos, pero sí tomarlos bajo su custodia. Darles la casa por cárcel e instalar a Mathilde en su propia casa como institutriz de su hijo, el de su legítima esposa, y poder así criar a su otro hijo, el que era fruto de su amor de siempre.

Jacques tuvo que posponer por algún tiempo su decisión, ocupado como estaba en el Consejo deliberando sobre la posibilidad de reconocer la soberanía inglesa. Incluso, la bandera francesa fue pisoteada y quemada en la plaza por los indignados criollos, debido a los decretos de Francia dando la ciudadanía a los mulatos y negros libres. Pero en agosto, cuando al fin las cosas se calmaron un poco, Jacques logró la orden de un juez para arrestar a la familia de Mathilde por deudas, justo antes de la insurrección negra.

La noticia del levantamiento de los negros llenó de pánico a todos los grupos. Los mulatos pidieron armas. Incluso Gerarde, saliendo de su escondite se apareció con cincuenta mulatos, reclamando un lugar para sofocar la insurrección de los negros.

Jacques, eneguecido por el poder que ahora tenía, lo recibió en su hacienda. Lo hizo desarmar. Luego, frente a toda la tropa y a los mulatos que lo acompañaban, le escupió en la cara, lo sometió a una andanada de latigazos para que confesara que él era el instigador de los negros, cómplice de Ogé y de Jean Baptist Yayá, enemigos de Francia. Pero Gerarde gritó que los traidores de Francia eran los siervos de los británicos, en clara alusión a la conducta de los criollos en las primeras semanas posteriores al decreto que le daba la ciudadanía a mulatos y libertos. Esto enfureció a Jacques, que ordenó que le dispararan en ambas piernas y lo dejaran allí en el patio para que los perros lamieran su sangre, y luego que lo cortaran en trozos y aprovecharan su carne para alimentar a los perros.

La orden se cumplió fielmente y aunque en la noche algunos de los seguidores de Gerarde lograron huir, los demás fueron torturados y fusilados al día siguiente.

Eduard era ahora un miembro prominente de la revolución negra, bajo la conducción de Buckman. En la mañana siguiente a la muerte de Gerarde, los negros avanzaron por el camino, enfrentando las bayonetas y las balas de cañón, dando sus vidas y cobrando vidas. Al principio mataban a todos los blancos, incluyendo a mujeres y niños. Buckman quería sangre, porque dijo que era la única forma de reivindicar a la raza. La afrenta de doscientos años, dijo, tiene que pagarse con sangre. Se lava en sangre. Se lava en sangre.

Avanzaron por el camino, sometiendo al fuego todo lo que hallaban a su paso. Todo, para que no quedara nada en pie. Ningún sitio debe quedar sin ser purificado por el fuego, porque han sido los antros de bestias, y solo el fuego puede limpiarlos de los espíritus demoníacos que poseen a los blancos, dijo.

Avanzaron por el camino, y todo aquello que quedaba en pie, lo que el fuego no podía destruir, como eran los muros, como eran las paredes, lo derribaban a mazo y martillo, a pico y hacha, para que no quedara nada en pie, nada que pudiera detenerlos, nada que les recordara su antiguo cautiverio, nada que evocara la imagen del padre de Eduard, colgando él de un árbol, expuesto a los buitres, con una piedra colgando a su vez de sus testículos; una manera cruel de encontrar la muerte a manos del mismo chiquillo que había mimado cuando perdió a su vagabundo y vividor padre, que se pasaba el tiempo componiendo versos y hablando a ratos de las glorias de su acaudalada familia en Nantes.

Buckman y sus fuerzas avanzaron por el camino, matando a mujeres blancas, las mismas mujeres que habían sido humilladas por sus esposos blancos, porque los caballeros preferían a las negras, haciendo de ellas damas en la alcoba; pero las blancas portaban el anillo con orgullo, dando a luz niños blancos, separando a esos niños de sus hermanos y hermanas negras, para mantener el dominio de la raza blanca. Las mismas mujeres blancas, quienes una vez que daban a luz, entregaban

a sus hijos a la crianza de las nodrizas negras, hasta que los niños crecieran y tuvieran edad para repetir la vieja historia de casarse con mujeres blancas pero en privado amar o violar mujeres negras.

Avanzaron por el camino, hasta la casa de Jacques, aprovechando su ausencia, para tomar venganza de la afrenta a Gerarde, aunque él nunca solidarizó con los negros, y después de matar a todos los que ofrecieron resistencia, incluyendo a los pocos esclavos que no se unieron de inmediato a las fuerzas rebeldes, tomaron a la esposa de Jacques y un voluntario la violó en presencia de todos y luego de quemar la casa, huyeron a las montañas.

Jacques condujo las tropas criollas en contra de los mulatos que se habían refugiado en Croix. Avanzó sobre ellos con toda la fuerza que pudo reunir y que eran más de doscientos hombres, con armamento pesado y mucha munición. Avanzaron toda la noche, y a la mañana siguiente estaba en medio de la hacienda de caña que, según sus espías, era el refugio de los alzados, pero el enemigo no estaba a la vista.

Ordenó a las tropas descansar, y estaba a punto de tomar el desayuno cuando vio las primeras llamas. De inmediato dio la voz de alerta, pero era tarde. Estaban rodeados en tres direcciones por un fuego descomunal, y solo había una forma de escapar de una muerte segura: era pasando el arroyo y allí, al otro lado, apuntaban sobre ellos los cañones de los mulatos. Cuando cruzaron, no tuvieron oportunidad de descansar. El fuego de los mulatos sembró el desorden en las filas criollas. No los obligaron a rendirse, sino que los dejaron congregarse en la orilla del río, y los presionaron para que negociaran un concordato que reconocía los derechos de los mulatos, expulsaba del sistema judicial a los jueces que condenaron a Ogé y a Jean Baptist Yayá, y creaba una milicia integrada en igual número de blancos y mulatos.

Jacques regresó a su hacienda para enfrentarse con el peso de su humillante derrota, el dolor de la muerte de su hijo, y la afrenta a su esposa. Jacques lloró. Lloró como un niño, odiándose por haber firmado el tratado. En tan poco tiempo su mundo se había derrumbado. A la vuelta de la esquina había quedado la sociedad colonial, con su orden establecido, con sus mecanismos de ascenso y sus límites

delimitados claramente por el color de la piel, por su casta. Cada quien en su sitio. Los negros o zingres, formados por todos los que tenían menos de ocho blancos entre sus antepasados y luego las combinaciones, incluyendo al sacatra, el griffe, el marabou, el mulatre, el cuarterón, el metis, el mamelouc, el blanco criollo, el blanco continental, en fin, la Iglesia, el orden, y hasta hace poco, la Corona, la sociedad perfecta, sin el hereje de Robespierre.

Juró venganza.

Y cuando llegó de la Metrópoli la noticia de que habían derogado el decreto que les daba derechos a los mulatos, Jacques votó para dejar sin efecto el concordato, y marcharon sobre el sector mulato de Port au Prince. Los mulatos, presos de pánico ante el avance de los blancos, se fueron agrupando en la playa.

Mathilde trataba de sostener a su madre, para que no se cayera del malecón. Se aferraban a una soga, tratando de resistir la presión de la gente. El primero en caer fue su padre, que por su avanzada edad no pudo resistir el trajín y fue arrojado y pisoteado por la multitud desesperada que pasó por encima de él sin siquiera percatarse de ello, huyendo de las balas de cañón que caían sobre su sector de la ciudad.

La milicia mulata había luchado con valentía, pero fueron sorprendidos por Jacques. Se suponía que ese día por la tarde se reuniría el Consejo de nuevo, para reconsiderar el asunto a petición de los mulatos. Pero antes de que tal reunión se diese, Jacques atacó.

Mathilde había perdido todo contacto con su hijo en su apresurada fuga. Ya para entonces, por disputas internas, los negros habían ajusticiado a su antiguo líder, Buckman, y el nuevo líder, Toussaint d'Loverture, había prohibido el asesinato de mujeres y niños. A esas alturas aceptaban mulatos en sus filas, e incluso se rumoraba que iban a aceptar a criollos blancos. La familia de Mathilde conocía personalmente al nuevo dirigente. Era uno de los famosos esclavos negros que quedaron en libertad cuando sus amos huyeron a Louisiana. Había sido educado a la sombra del gran sacerdote Pierre-Baptiste, a quien los negros libertos llamaban el Padre Yayá. Toussaint era muy conocido en la familia, porque su amo era cliente de su padre. Mathilde le escribió

una carta a Toussant y se la cosió a la camisa del muchacho, y lo hizo huir a las montañas con un esclavo fiel. Pero ahora, la turba, presa de pánico seguía empujando, empujando.

“Pudimos haber hecho un país, Jacques. Mi padre era un mulato, que había administrado bien el negocio de tu familia. Les había servido bien, y gracias a su trabajo duro y honesto pudiste estudiar en Francia. En esta parte de la isla, éramos todos parientes, Jacques. Toda la gente educada, propietaria, éramos parientes, Jacques. Todos teníamos sangre de blancos, educación de blancos, máscaras negras, crianza de mujeres negras. Pudimos haber resuelto esto, Jacques. Si todo lo que Gerarde quería, todo lo que Jean Baptise Yayá, todo lo que Ogé quería era un espacio para nosotros. Eso era todo.

Un espacio para nosotros, Jacques. Porque te amé. Porque me amaste, sin duda, me amaste. Pero tu orgullo de macho blanco no te dejó casarte conmigo. Pero te conozco bien. Nos criamos juntos. Nos hemos amado intensamente desde la niñez. Y ahora, el odio te ha cegado. La sed de venganza te ha puesto una venda en los ojos.

¿Por qué?

Este dolor. Esta desesperación. Este ardor. Esta soledad inesperada. Este sentido de ausencia, de decepción amarga. Dios sabe que yo querría fundirme en tu existencia. Me gustaría sostenerte de nuevo, antes de caer en el olvido. Es esta amarga existencia, este vacío. Y duele. Jacques. Jacques. Mi madre está a punto de caer en el mar y sin duda morirá. Así que escúchame por última vez: estás cavando nuestra tumba. Vamos a morir todos, pero me hundiré en el mar llevando conmigo este amor eterno.

Mariana

Mientras esperaba a ser recibido por doña Mariana Grajales, José Martí se mantenía de pie en el corredor de aquella pequeña casa tropical, mirando el camino que pasaba frente a la vivienda y más allá a las aguas brillantes y azulinas del mar jamaicano.

Tomó nota de una idea que luego desarrollaría en el epitafio de la Matrona: “no hay un corazón cubano auténtico que no sienta que le debemos nuestra propia existencia a esta mujer. Y si en algún momento siento que flaquean mis fuerzas, recordaré a Mariana. Ella es...”

La señora salió al corredor acompañada de María Cabrales, la esposa de Antonio. José se sintió de pronto como suspendido en el aire, totalmente envuelto en la sonrisa ancha que desbordaba desde el rostro de aquella mujer. Doña Mariana, octogenaria ya por mucho, su piel morena, su pelo gris y blanco, reluciente en su impresionante vitalidad.

—Poeta —dijo—, bienvenido a mi casa. Bienvenido a este lugar que ahora llamo casa.

—Señora...

—¿Qué te pasa con eso de “señora”? Me llamo Mariana... Simplemente Mariana.

—Bueno, Mariana... de veras gracias por recibirme en su casa.

La sonrisa se fue abriendo todavía más. Era bien conocida ella por todos como la negra sonriente que jamás llora.

—María —dijo, hablando con su nuera—, José como que tiene sed. ¿Qué tal algo de beber?

—¡Oye... claro, un momento no más! Un momento —acotó mientras entraba a la casa diligentemente

—¿Qué tal el viaje?

—Sin problema. Como siempre, manteniéndome lejos de la garrra española.

—Si. Esa es nuestra vida, ¿No? Así es como vivimos.

José levantó la vista para mirar por la ventana hacia el interior de la casa, donde colgaba un retrato del General Antonio Maceo.

—¿Y qué se sabe de Antonio? ¿Hay noticias de él?

—Ah, ¡Mi hijo Antonio! Ahora anda como loco. Ha estado dando una de vueltas que no tienes idea. Haití, aquí en Jamaica, Panamá, ahora en Honduras, y hablando de mudarse a Nicoya en Costa Rica. Ese hombre no tendrá sosiego hasta que vuelva a Cuba, a liberar a la patria o a morir.

María regresó con las bebidas y los tres se sentaron a disfrutar de la vigorosa brisa que cruzaba el corredor.

—Y entonces, José... ¿Qué está pasando? ¿Qué cosas estás cocinando? Es lo que dicen los jamaicanos —sonreía ahora maliciosamente.

—Ah, un buen cocido, eh —Martí trató de igualar su entusiasmo—. Me he tenido que mover bastante yo también. Mucha revuelta. Sabe, tratando de levantar un poco de fondos. Un buen cocido, eh. Tenemos que continuar la lucha.

Sus ojos se iluminaron. Mariana se puso de pie y caminó hacia la baranda. Un hombre mayor pasó por el camino y la saludó.

—Good morning, Miss Marian —dijo.

Ella respondió el saludo con la mano derecha, y dijo unas palabras que José no pudo captar, pero que lograron arrancarle al viejo una sonrisa.

—Ese hombre es un verdadero Yayah, un cimarrón jamaicano. Me recuerda a Guillermo Moncada.

—Ah, sí, es cuestión de nombrarlos. Sobran los nombres: Pedro Martínez Freire, Antonio Maceo, Vicente García, José Maceo, Guillermo Moncada... eso era puro heroísmo, integridad. Eso es una vaina cubana que va más allá de colores y de razas.

Volviéndose hacia Martí, suspiró:

—Es el espíritu de Yara. El espíritu de Yara. Sigue vivo.

—Por eso me da pena a veces cuando oigo a algunos de los nuestros quejarse. Mira, la gente de ustedes. Uy, diez años. Mantuvieron una guerra de diez años. Imagínese lo que es eso.

—Eso no es nada, José, piense en los cimarrones, los cimarrones cubanos.

Martí bebió del vaso y se detuvo, pensativo por un momento. Ha estudiado su vida: sus padres huyendo de la violencia de la Revolución Haitiana, buscando un refugio; su marido, huyendo de Coro en Venezuela, donde su familia había sido realista.

—Yo, es que nací en plena revolución —dijo ella—. Toda mi vida he estado metida en esta vaina. Nací en medio del barullo de la revuelta de José Antonio Aponte.

—Al que llamaban el Espartaco Cubano.

—El mismo. Tenía de aquello que tienen que tener los hombres. Lo mataron sin asco. Y después vino la guerra de Palenque de Frijol. Allí sí que partieron el pecho los cimarrones, mientras que los mulatos de la ciudad se quedaron mirando. Y los criollos blancos celebraron las ejecuciones. Y qué me dice del grito de Ventura Sánchez, ¿Eh?, "Viva Cuba, libre. Viva Cuba, patria libre." Y en medio de todo ese alboroto, de toda esa lucha, a mí no se me olvida ver a los negros bozales cuando los arrastraban como bestias por todo Santiago, en cueros, encadenados, humillados, y todo el mundo se burlaba. Mi familia tenía sus pesos. No éramos ricos, pero teníamos algunos pesos...

—Y aún así se arriesgaba visitando a los prisioneros, a los cimarrones. Los visitaba en la cárcel.

—Es el mismo destino, el que nos toca a todos. Y esas visitas me ayudaron a no olvidar quien soy. Antonio nació en medio de los levantamientos de Matanzas y de la Habana. Y tengo clavada como una estaca la represión salvaje del gobierno colonial. Nos atacaron a todos, no hicieron distinción de casta ni nada de eso. Allí nada que ver que uno fuera moreno o mulato, o negro o blanco. La cosa iba pareja. Marcos tuvo que pagar para que le hicieran un certificado de

nacimiento, donde constara que nació en Santiago, para que no lo devolvieran a Venezuela.

—Sí, Mariana, y pensar que nuestra lucha no ha terminado. Necesito su ayuda. Y la ayuda de Antonio.

—Escríbale. Está en Honduras. Ahora es comandante en el ejército hondureño.

—Ya lo hice. Le dije que iba a pasar por Puerto Limón, Costa Rica, y que necesitaba hablarle, pero no me contesta.

—¿Por qué será? Hay que darle vuelta al asunto. Por ejemplo, esa cosa de los moderados. La cosa va para atrás, al Partido Reformista. Luchaban por la autonomía y hasta por la independencia, pero nada decían de la esclavitud.

—Pero Antonio me conoce bien. Sabe que yo soy oponente radical a la esclavitud. Contra eso yo voy de frente.

—Bueno, pero allí tiene. Espere un momento... —entró a la casa y regresó con una pequeña insignia con el símbolo de los masones—. Esto era de Marcos...

—Su marido.

—Sí. Fue la misma vaina en Coro: los Maceo⁵⁸ eran pardos venezolanos. Pero eran leales a la Corona, porque les tenían más miedo a los criollos y mestizos. Por lo menos los españoles estaban prometiéndoles la libertad a los esclavos. Y Cuba. Cuba querida. Marcos organizó las fuerzas de Majaguabo. Y luego vino el Grito de Yara.

—Sí, me dijeron que los hizo jurar.

—Claro, si es que yo tenía mi propio ejército en casa. ¿Qué le parece? Diez hijos paridos por mí, y seis de mi segundo esposo.

—Dicen que los hizo hincarse...

Mariana se echó a reír.

—Sí, los hice jurar. A todos mis hijos. Los hice jurar.

—Bueno, no sé. Las malas lenguas dicen que no fue solo a su familia, sino a toda la tropa.

La venerable matrona ahora tenía un ataque de risa contagiosa, de la que no pudo sustraerse José. Frente a todos el atisbo de uno de los

58. Maceo: Héroe afrocubano de la guerra de independencia.

rasgos más característicos de su personalidad, inmortalizada en la frase "la sonriente que nunca llora". La negra sonriente que jamás daba espacio para las lágrimas.

—Así que los hizo jurar . . .

—Sí. Cuando Manuel de Céspedes y Juan Rondón juntaron sus fuerzas, no sé, nunca había visto tantos hombres juntos en toda mi vida. Debe de haber sido, no sé, quinientos cincuenta o algo así, incluyendo a los guajiros. Los hice ponerse de rodillas allí mismo en Las Delicias y les hice jurar: "La libertad de la patria, les dije, es más valiosa que sus vidas. Pero sus vidas y las de sus hijos van a ser mucho más valiosas cuando Cuba sea libre y soberana. Así que se me van hincando todos. "Juren, les dije, juren por la Sangre de Jesús que fue el primer revolucionario en la historia de esta tierra, juren que van a luchar sin descanso hasta que la patria sea libre o ustedes hayan muerto".

De nuevo soltó la risa.

—Los revolucionarios Mambi eran insuperables —comentó José, agregando—: pero Antonio, su hijo Antonio. . .

—Sí, todos, todos. Mi marido. Y esta que está acá conmigo: esta mi nuera, que es como mi hija. Es decir, ¡Las mujeres! ¡Había que ver las mujeres! Todos tenían que ser fuertes.

—Cuenta lo de las enaguas —dijo María riéndose, pero la matrona simplemente siguió riéndose.

—Cuéntame, cuéntame —alentaba José.

—Era uno de esos días duros cuando estábamos con una pila de heridos. Algunas mujeres nuestras comenzaron a llorar. Mariana se puso furiosa y nos gritó: "Aquí no quiero enaguas. Aquí no se viene a llorar. O les meten mano y ayudan a los hombres para que regresen al campo de batalla, o se me van de aquí".

Mariana seguía riéndose y ahora aplaudía llena de entusiasmo.

—Y cuéntale lo de Marcos —María siguió.

—¿Qué hay de Marcos?

—De su hijo Marcos. ¿Sabe lo que le hizo? Trajeron a Miguel —otro de sus hijos— malherido, y esta mujer que está acá le gritó al pobre Marcos, con sus catorce años, el pobre se moría también, pero

del susto. Le gritó "Y usted qué hace allí, ya es hora de que vaya al campamento a reemplazar a Miguel".

—Bueno, la verdad es que yo iba de un lado a otro con las tropas Mambi. No me quedé en casa. De todos modos los españoles me hubieran colgado. Pero Antonio, Antonio, Antonio es el más valiente de todos.

—Lo sé, lo sé. Por eso lo necesito. Es un dirigente natural. Un genio militar.

—Me alegro oírle decir eso. No todos piensan así. Algunos todavía andan con la cantaleta de que Antonio lo que quiere hacer es una revolución negra o algo por el estilo. Hay quienes se han negado a servir bajo su mando. Nunca ha hablado de república negra. Maceo quiere ver su patria libre. Quiere ver la igualdad para todos los cubanos, y desde luego eso incluye a los negros. Mira nomás a sus tropas: hay de todos los colores en todos los rangos. No hace ese tipo de distinciones. Y vea lo que hizo Flor Crombet. Fue malcriado y abusivo. Llegó a tal punto, que Antonio se le tuvo que parar, y tuvimos suerte que alguna gente sesuda les convenció de posponer el duelo para después. Los cubanos tenemos que enterrar esas diferencias sociales, esas peleas internas, y luchar por la libertad. Libertad del dominio español. Libertad para los esclavos. Libertad de todo perjuicio racial. Tenemos que enterrar toda semilla de discordia, que ha sido nuestra desgracia.

—Estoy de acuerdo, comparto su idea. Y creo que lo estamos logrando. Antonio es indispensable. Cuba lo necesita y se lo digo con toda sinceridad. Le tengo un profundo afecto a su hijo. Ha sido el más grande.

Doña Mariana se acercó a José y tomándole las manos, empezó a frotarlas, a apretarlas con ternura.

—María —dijo—, convoque a nuestra gente. Tienen que oír el mensaje de José. Díles que mi hijo José Martí les va a hablar esta noche. Dícelos así mismito, no me cambie las palabras. "El hijo de Mariana, José Martí, les va a hablar esta noche". Y pídale ayuda a Miss Williams. Mientras tanto, voy a poner la mesa. Tu hermano José cenará con nosotros. Y vamos a hacer un brindis por la libertad cubana.

La Pantera

Francamente no esperaba que el servicio médico se movilizara con tanta facilidad. Pero así era Londres, la cuna del poder. Racismo, desde luego. Aunque se puede alegar que empezó acá. En realidad empezó en el continente, en la Universidad de Alcalá, para ser precisos, donde los cultos monjes establecieron la teología fundacional mientras debatían si los nativos de América tenían alma. Y continuaron construyendo el racismo en el nombre de Dios hasta que el Papa, finalmente, dijo que todos los seres humanos habían sido creados por Dios, que tenían un mismo origen, y tenían alma. Pero era tarde. En Alemania, en los Estados Unidos y en Londres, había comenzado el constructo científico que luego se conoció como social darwinismo, y se había pavimentado el camino al infierno. Así que los portugueses se hicieron cargo de imponer el cautiverio a los africanos, como si tal cosa fuese su único destino en la vida. Y lo hicieron, a pesar de los miles de alfareros negros que habían llegado con los moros, y el millón de agricultores que les enseñaron a los europeos, ajenos a la vida tropical, cómo cultivar el alimento tropical.

Esos fueron los asuntos debatidos por Marcus tantas veces, el que los franceses y los alemanes, los noruegos y los holandeses, los belgas y desde luego los ingleses, fueran al África, a saquear todo cuando pudieran, incluyendo la comida y la población, tratando también de vaciar la dignidad de la gente. La dignidad bantú. La dignidad yoruba. La dignidad zulú. La dignidad yayah. Tratando con todas sus fuerzas de robarles su humanidad, dejándonos sin el alma que el Dios Todopoderoso puso en nuestros cuerpos.

Sí, pero estaban con prisa. Lo totalmente inesperado. Supongo que los ingleses son suficientemente inteligentes para darse cuenta que si Marcus muere en Londres, su muerte va a ser embarazosa para el Gobierno de su Majestad. ¿Cómo le explicarán a la comunidad negra su muerte de tal manera que pudiera tener sentido frente a ellos y frente a la historia?

Fue en ese momento cuando se me ocurrió. Habían envenenado a Marcus. No había ninguna otra explicación plausible. Estaba bien cuando entró a este elegante edificio. Simplemente, estaba bien, y he estado cerca de él durante los últimos días y puedo dar fe de que así era. Estuve con él debatiendo la conveniencia o no de que él se hiciera miembro del Parlamento Británico, una proposición loca, diría yo, no viable, pero dirigida a poner una distracción en el indomable impulso libertario de Marcus.

Así que allí estaban, luchando por su vida y no les creo. Tratando de salvarlo de una muerte impuesta por ellos mismos sería un absurdo. Esta era la destrucción que habían intentado tantas veces. Desde niño habían hecho todo lo posible para quebrar su voluntad, y no han podido. Así que, ¿A fuerza de qué se detendrían ahora?

Cuando nos criábamos a lo largo de los pequeños caminos aldeanos, ni Marcus ni yo sabíamos nada de estas cosas. Éramos libres y felices entonces, jugando con la hija del misionero y con mi primo. Marcus era el más negro del grupo, la hija del misionero era totalmente blanca y la piel de mi primo era canela con ojos verdes y facciones ashanti. Mi pelo era como el de los indios orientales. Pero nada de eso importaba cuando nos criábamos en Jamaica. Éramos amigos inseparables y para decir verdad, Marcus estaba un poquillo enamorado de la hija del misionero, que le correspondía halagada.

Así que decidieron ponerle coto al paraíso. Y te dieron el primer golpe. Estos mismos ingleses que ahora están tratando de convencernos de que quieren salvar tu vida. El misionero dijo que era hora de regresar a Inglaterra, para que su hija continuara la senda de una respetable familia inglesa. Pero dijo mucho más en privado, ignorando a Hindi Jane, quien escuchó la conversación. Le dijo a su esposa que si

esperaban que su hija se convirtiera en la esposa de un caballero, no debían exponerla a la banal vida colonial. Y desde luego, la amistad creciente con este muchacho Garvey era asunto preocupante. La esposa del misionero lo escuchó con atención, mientras compartían su agradable desayuno, inmediatamente después de dar las gracias. Compartía su preocupación pero creía que el asunto se podía arreglar hablándole a la criatura. Porque de cierta manera, según la Hindí Jane, la señora era toda una dama en Jamaica, mientras que allá en su patria sería simplemente una de esas mujeres cuya única carta de presentación es haber vivido en la colonia. Pero el pastor insistió que esa solución solo sería temporal, que la única manera de resolver el dilema era una reinserción total en la sociedad inglesa. En todo caso, ya había completado la obra del Señor. Según su criterio, era tiempo de volver a la Madre Patria, conseguir un puesto cómodo en una buena parroquia y disfrutar de los beneficios de su esfuerzo.

Así que nos quitaron a nuestra amiga inglesa, imponiéndonos dos categorías que no habíamos construido nosotros mismos —ustedes y nosotros. Nosotros y ellos—. Y desde entonces ha sido así. Así que no hay ninguna posibilidad, señor, a pesar de su cortesía, de que yo me convierta en su testigo. Por el contrario, declaro solemnemente para la historia, que esta no fue una muerte natural. Así que no cuente conmigo, su Majestad, no cuente conmigo. Porque no fue el único golpe. ¿Qué tal el asunto del tío de Marcus? Ese hombre era nuestro ejemplo. Era el encargado de una finca enorme. De hecho, no tenía tierras propias, como sí las tenía el padre de Marcus. Así que alquiló una antigua, la finca de un exesclavista y levantó y perdió alternativamente su fortuna en lucha contra el sistema. Convirtió una propiedad abandonada por el nieto de uno de los antiguos dueños de la Isla en una propiedad valiosa. El joven heredero era, francamente, una vergüenza para la comunidad. Digamos que suficientemente pobre y suficientemente borracho para ser exhibido frente a los ojos de todos, como ejemplo de una clase inútil y parasitaria que había florecido en elegante inutilidad cultivada y heredada por generaciones.

Como un buen Garvey, el tío de Marcus tenía ese mismo impulso a la realización. Creó una hacienda ejemplar en las tierras de aquel hombre blanco, para que finalmente el fiel y borracho feligrés de la iglesia lo sacara a patadas, orando todos los días y leyendo su Biblia, tomando su abundante brandy y sin manchar sus manos con el trabajo.

Muy joven Marcus, siguiendo a su tío, se fue de Jamaica, para establecerse en Costa Rica, en un lugar llamado, vamos a ver, llamado Limón. Un puerto bananero que queda en alguna parte de Centroamérica, en la costa caribeña. Allí su tío, como un hombre educado y emprendedor que era, tenía una buena posición en la Northern Railway Company, lo que le permitió colocar bien a su sobrino en las oficinas como planillero.

Así que el joven Marcus tuvo la oportunidad de ver la suerte de los jamaicanos que habían emigrado a Centro América. Y no le gustó lo que vio.

Está, por ejemplo, el caso de José. Marcus me contó la historia. Joe escuchó hablar de Limón y decidió aventurarse para tratar de hacer dinero. Eso era posible para los que trabajaban duro, les explicó el agente de la compañía que reclutaba los trabajadores para Costa Rica. Su sueño era trabajar por algunos años y regresar a Jamaica, comprarse una pequeña propiedad, construir una casa y encontrarse una buena esposa y ver crecer a sus hijos de conformidad con los nuevos tiempos, libres e independientes.

Todo iba muy bien al principio. Pero un día José, en un esfuerzo por salvar a un compañero que estaba en peligro, perdió el control y una de las plataformas de carga se descarriló. Fue algo sencillo, de esas cosas que pasan en un santiamén. José estaba frenando el carro y la plataforma colapsó. Creo que fue eso. No sé mucho de trenes, de modo que tengo que atenerme a lo que Marcus me dijo. Como consecuencia, uno de los trabajadores estaba suspendido sobre el acantilado, aferrándose a la vida. Por supuesto que la acción de José, al salvar de manera espontánea la vida de su compañero, fue calificada como un acto heroico por los trabajadores. Pero el descarrilamiento tomó energía y tiempo. De modo que la compañía perdió dinero en

la operación y despidió a José. Fue así de sencillo. Las autoridades lo despidieron por anteponer la vida humana a sus obligaciones de defender la integridad de la propiedad de la empresa. Porque prevalecían en esto las ganancias de los dueños allá en Boston y el beneficio de los consumidores que podían disfrutar de un "banana glasse" en un restaurante francés en Londres.

Después de escuchar la historia de José, decidí que Costa Rica no era lugar para un joven jamaicano. Yo quería hacer mi propia fortuna, pero tampoco había muchas oportunidades en Jamaica. Así que me alegró acompañar a Marcus a Europa, tras el regreso de su insólita aventura centroamericana. No le dije nada, pero tenía la esperanza de que una vez en la "Madre Patria" yo pudiera encontrar las respuestas de mis modestos sueños. Porque Marcus había estado en Panamá, en Colombia, en Ecuador, en Nicaragua, en Honduras, y en todas partes se había encontrado con la misma vieja historia de la pobreza de los indios y de los negros, víctimas de la opresión. Para ellos, independencia y libertad no tenían sentido.

Pero mientras estuvo en Costa Rica, Marcus comenzó a devolver los golpes. Su familia local no estaba muy contenta con esto. Pero él había sido golpeado toda su vida. Comenzó a trabajar duro, publicando sus ideas en periódicos como *The Nation* en Limón y *The Press* en Bocas del Toro, tratando de movilizar a la población negra en defensa de sus derechos. Estaba preocupado por el hecho de que en todos los lugares en que había vivido, había visto a los negros creando riqueza para la población blanca y mestiza. Así que planeó el viaje a Europa, en busca del país del negro, con empresas controladas por negros, con escuelas que enseñasen la historia del negro.

De camino leyó una copia del libro *Up From Slavery*, de Booker T. Washington. Ese libro era poca cosa y era nada, y sin embargo lo fue todo. Porque era un pequeño libro escrito por un hombre que había estado esclavizado, y quien se había levantado a sí mismo al punto de fundar una institución educativa modelo para negros. Era una historia de la cual sentirse orgulloso. El libro transformó la vida de Marcus y lo convenció de que su paso por la tierra solo tenía un propósito, que había nacido con una sola tarea: la de levantar la bandera de la causa negra.

Londres era Londres. Encontramos historia y algo más que arrogancia, mucho más de lo imaginado. El Big Ben. La catedral de Westminster. Y fue allí, al puro frente de los monumentos del Imperio, que Marcus juró.

Fue impresionante verlo moviéndose en la ciudad de biblioteca en biblioteca, de distrito en distrito, de calle en calle, de monumento en monumento. Yo estaba preocupado porque interpreté su entusiasmo como fascinación con la grandeza del imperio de su Majestad. Me pareció que se estaba convirtiendo en un devoto inglés, y que estábamos perdiendo terreno.

Pero entonces juró.

Juro que lo escuché jurando, allí mismo en el corazón del viejo imperio, en la meca donde la humanidad estaba entonces forjando historia. Juró, frente a todos esos símbolos de grandeza imperial, que dedicaría su vida a la creación de ese País del Negro que tanto soñó. Y su rostro se transformó y sus ojos se iluminaron, tanto como no los había visto desde niños.

“Juro —dijo con absoluta solemnidad— que no descansaré hasta que hayamos creado el gran país de los negros, hasta que hayamos recuperado el alma de los negros, hasta que hayamos escrito de nuevo la historia de los negros”.

Camino de regreso a Jamaica —viajamos en segunda clase—, conocimos a un jamaicano que estaba casado con una mujer africana del país de los yayah. Nos contó la misma historia de opresión. Y vi mis sueños colapsando. Pero Marcus, por otra parte, parecía crecer con cada nueva historia, poseído por su convicción de que el cambio es posible.

Fundó la Asociación para el Mejoramiento del Negro y viajamos intensamente por toda Jamaica en busca de apoyo. Hablamos primero con la influyente clase mulata, pero nos cerraban las puertas. Fuimos a las iglesias, a los pastores, a los maestros.

Sí, la causa es justa —dijeron—, pero no es aconsejable que el movimiento sea encabezado por una persona negra. Un negro radical. Un agitador. De modo que cuando el Gobernador encarceló a Garvey bajo el cargo de agitador, los mulatos celebraron.

“Ya habíamos advertido que él era un simple creador de problemas, un inútil e ignorante agitador”.

Fue lo más estúpido que pudieron haber dicho, porque dudo de que viviera en toda la isla de Jamaica una persona de su edad que hubiese leído tanto como él. Y no era solo cuestión de su cultura y los muchos países visitados: era su consciencia lo que más contaba.

Garvey le escribió a Booker T. Washington. Estaba harto de la resistencia de la élite educada de Jamaica en cuyas consciencias el Imperio había logrado la más completa de las conquistas, cual es, la conquista de la mente. Pensaban como ingleses, recitando el poema de la Carga de los Seiscientos con orgullo, afirmando la hazaña brillante del Admiral Nelson en Trafalgar, reconociendo la fuerza civilizadora de la Gran Bretaña. Habían sido integrados a la cultura, y se habían engeguado al sufrimiento, se habían vuelto insensibles ante la muerte, ignorando la tortura, tomando refugio en sus iglesias, prefiriendo no recordar los sufrimientos de carne y hueso, la cruel amargura y la barbarie de una civilización que si para unos era la vida, para otros era la agonía y la muerte.

Harto con ellos, Marcus partió hacia los Estados Unidos, para conversar con Booker, a quien le había escrito, para acometer juntos el movimiento universal. Pero la fatalidad se llevó la vida de Booker antes de que él llegara y por tanto el encuentro que pudo haber marcado un rumbo diferente en el destino humano, no se dio.

Pero los años de gloria empezaron. Los años en que Marcus levantó un imperio de cuatrocientos mil negros en todo el orbe, y compró bancos y fundó el Black Star Line, y su propia rama de la Iglesia Ortodoxa, y sus Enfermeras Negras y sus Escuelas Negras y proclamó la Declaración Universal de los Derechos de los Pueblos Negros, y estableció el Día del Negro, y marchó en compañía de miles por las calles de Nueva York y veinte mil se congregaron para oír el discurso de la Pantera Negra en Limón donde, como dije, había vivido y trabajado. Más allá de la traición montada por la Goodyear Company para impedir que su movimiento se estableciera en Liberia, mas allá de todo, Marcus, vital, poderoso, profeta, líder... “Los derechos no se piden, se

toman"... "Y tenemos derecho a construir nuestros derechos por cualquier medio que estimemos adecuados".

Ahora te matan. Ese médico blanco, con su pelo blanco, con su magia blanca, con su sonrisa blanca. Porque no fue apendicitis, Amy, no fue peritonitis. Los héroes mueren de pie —dije— y lo están matando, ¿sabes?

—No —dijo Amy, hablando en ese tono tan típico de la mujer yah-yah—. Marcus nos ha devuelto la vida. Nueva Vida. Nadie mata a Marcus. Él es el Espíritu que vive en nosotros.

El joven Martín

El joven Martín levantó su rostro para contemplar los enormes edificios. La verdad es que daban miedo. En medio de aquella mole de cemento y vidrio que era ese lado de la ciudad, se sentía más pequeño que nunca.

De vez en cuando miraba a su madre. Siempre pensó que ella era grande y la admiraba por eso. Pero en medio de los edificios, ella también se veía pequeña. Muy pequeña.

—Mam —dijo—, ¿Por qué en esta parte de la ciudad solo veo blancos?

Su madre sonrió plácidamente.

—Y en nuestra parte de la ciudad solo ves negros.

—Sí... es verdad. ¿Por qué?

—Porque nosotros vivimos allá y ellos viven aquí.

—Sí, pero, ¿Por qué?

—A ver... ¿Te gustaría vivir aquí entre ellos? Es decir, ¿Preferirías vivir aquí?

—Pues no... ¿Cómo se te ocurre, Mam?

—¿Entonces?

En realidad ese no era el punto. Pero estaban llegando a la esquina y había que cruzar la ancha calle y eso la ponía nerviosa porque los automóviles pasaban con rapidez. Cruzaron la calle, y estaba a punto de decir algo para asegurarse de no tener que seguir tratando el tema. Pero el joven Martín no estaba dispuesto.

—Mam, ¿Por qué?

—¿Qué cosa?

—¿Por qué tenemos que vivir en esa otra parte de la ciudad y ellos viven de este lado?

La señora King comenzaba a ponerse nerviosa. ¿Se le ocurre a su hijo discutir estos espinosos temas ahora, precisamente ahora, cuando están en la cueva del león!

—Martín, ¿Podemos discutir esto más tarde?

—Está bien, Mam, está bien. . .

La señora King suspiró profundamente. Respiró el aire rancio de la ciudad y pensó en sus padres y en sus abuelos y en los abuelos de sus abuelos. Tenía que darle al jovencito una respuesta adecuada, porque tal vez era la pregunta más importante de su vida, o a lo mejor no era nada. Solo el Señor sabe cual habría sido la respuesta más fácil, pero ella sabía que su hijo no la habría aceptado. La naturaleza vino en su rescate: Martín necesitaba orinar.

—Hay que esperar hasta que crucemos la línea. Estamos cerca. Al otro lado podemos sentarnos y tomar una soda y puedes ir al baño.

—No necesito una soda, necesito orinar.

—Espera, muchacho. Caramba. Ya le dije, estamos cerca de la línea.

—Mam, ¿Por qué tengo que orinar en la línea? ¿Por qué no puedo orinar aquí?

—¿Cómo aquí? ¿Desde cuándo orinas en la calle?

—No, en la calle no, vea, allí hay un hotel. Allí me prestan el baño.

Ella estaba comenzando a enojarse por una situación que se le estaba escapando de las manos.

—No, no te lo van a prestar. Así que vas a tener que esperar, no puedes orinar en este lado de la ciudad.

El niño la miró confundido. ¿Por este lado no hay servicios sanitarios? Pensó. Quizás los blancos de esta parte de la ciudad no orinan. Pero no podía contener por más tiempo la necesidad fisiológica, de modo que se soltó de la mano de su madre y corrió hacia el hotel. Entró corriendo y fue directamente al mostrador.

—Doña —le dijo a la recepcionista—, ¿Me presta el baño, por favor? Necesito orinar.

—¡Sáquenlo de aquí! —ordenó la mujer al botones, quien de todos modos ya venía de camino. Era negro, y había angustia en su rostro.

—Vamos muchachito, tiene que salir de aquí.

—Es que necesito orinar.

—Aquí no puede orinar, vamos —dijo y tomó al niño del brazo y lo condujo fuera del hotel, donde su madre esperaba desesperada.

—¿Este niño es hijo suyo?

—Sí señor...

—Bueno, señora, hay que educarlo. Usted conoce las reglas. Enséñele a mantenerse en su lugar.

—Sí, señor.

La señora King regañó a su hijo severamente, porque en efecto salirse de su lugar era exponer su vida.

—Debiste haber entrado conmigo, tú sí hubieras podido convencer a la señora de que me dejara orinar.

El niño estaba furioso, resentido, reclamando a voces que no le gustaba el lugar asignado en la parte de atrás del bus, y no quería ir a orinar a la línea.

Después de un rato se fue calmando.

—Mam —dijo—, eres una buena persona. Eres una buena persona.

—Bueno, gracias...

—Papá dice que eres capaz de convencer a cualquiera. ¿Por qué no me ayudaste?

—No podía entrar hijo, está prohibido.

—¿Por qué?

—Porque soy negra. Los negros no podemos entrar a ciertos lugares.

—Pero, Mam... el botones es negro.

Ella escuchó voces en su cabeza, como si Dios le hablara. Pero no eran palabras en español. Algo tenía que ver con una persona llamada Nsinga, y tenía que ver con un pueblo llamado yayah, y había alguien de una aldea llamada Acompong, y otra cosa que tenía que ver con la región de Santo Tomé. Y claro, eso es. Es sobre el Hermano Garvey.

“Bendito Dios, sáqueme de ésta”, suspiró.

Haber usado el nombre de Dios fue un gran error, porque ahora el joven Martín tenía otra pregunta. ¿Qué hacer. Fue algo sobre no haber visto a la gente blanca en la iglesia.

Ella se sentía morir.

—Pero Jesús es blanco.

—No, no era blanco, era judío.

Ella rompió en llanto. No había sitio en la historia para su hijo, ningún espacio en la teología. Y se empalideció totalmente cuando su hijo no pudo evitarlo y mojó los pantalones.

El niño también lloraba. “Mam”, dijo, alguien tiene que cambiar esto. Alguien tiene que cambiar todo eso”.

—Bendito Señor, —la señora King musitó apenas, y dejó volar una oración con toda la fuerza de su alma: “Señor, ten piedad de nosotros”.

El médico alemán

El relato lo sé porque me lo ha contado mi padrino. Los dos hombres dialogaban, sentados a la mesa en la cantina, con un pichel de cerveza al frente y dos vasos servidos.

—Pero, Francois, no vale la pena. No vale la pena.

—No puedo soportarlo más.

—Pero tienes una buena posición ahora... Tienes un buen matrimonio. Te va bien. ¿Para qué echarlo todo a perder? No vale la pena.

—Es que... mientras no lo conociera, el asunto no se me hizo real... Pero ahora lo conozco: es un engreído. No puedo contener este odio. ¿No sabes lo que es para uno no tener un hijo, verdad, no poder tener un hijo?

—Francois, tú no tienes problema para ser padre de un hijo...

—Ella sí.

—Pero...

—Quiero que ella me dé un hijo.

—Pero, vamos, por Dios, antes de casarte sabías del problema. Cómo es que ahora de pronto se te ha convertido esto en una obsesión y quieres vengarte de algo que pasó hace mucho tiempo. En vez de ayudarla a sanar la herida, ahora se la vas a abrir otra vez.

—No me entiendes. Yo sabía que ella no podía tener un hijo, es cierto. Eso lo sabía. Pero no conocía a Peter. Ahora lo conozco y de pronto... pues tiene carne y hueso el monstruo. Y sobre todo la burla, la burla en su rostro.

Francois no fue testigo de las lágrimas de su suegra aquella mañana cuando Peter llegó a la casa con un grupo de matones y se llevó a Abby sin ninguna contemplación. Pero eso es lo que cuentan ellas. Francois estaba en el ejército, luchando precisamente contra el régimen oprobioso que la sometió a ella y a su familia a la humillante condición de subhumanos. Primero, la revocatoria de la nacionalidad alemana al abuelo, porque ningún yayah puede tener la nacionalidad alemana. La prohibición a Abby, nacida y criada en suelo Alemán, sin conocer más patria que esa, la prohibición de marchar en pos de la bandera alemana. La muerte del abuelo, con su fama de bonachón, fiel luterano, querido en la comunidad. Él vino a Europa a estudiar para volver a su país, pero el régimen colonial cambió y su familia fue perseguida por subversiva. No tuvo más remedio que afincarse en Alemania. Y se hizo alemán con el tiempo, sobre todo a partir del momento en que encontró el amor. Así que, avisado de la pérdida de la nacionalidad, el viejo simplemente se sentó en su cama y murió, porque no se puede vivir cuando tras toda una vida de lealtad a la patria, te han despojado de la patria. Y Abby, tras el luto, tras el dolor de perder al ser que más amaba, fue excluida también del matrimonio de su mejor amiga, su compañera de juegos, de fantasías y de sueños.

Él tampoco fue testigo de la huida de la familia judía. Tuvieron que huir hacia Polonia, por encima del aprecio que les tenían en el pueblo, a pesar del respeto que les tenía incluso el pastor luterano. El padre, pues simplemente desapareció para siempre. Su mujer y sus hijos hallaron refugio primero y un sendero de fuga luego hacia Polonia. El viejo yayah perdió así a su mejor cliente y a un gran amigo.

Ninguno de nosotros fue testigo directo, pero conociendo a Abby ahora, podemos imaginar la dignidad con que se enfrentó a tanta adversidad. La dignidad ancestral que ni ella misma puede explicarse.

La orden vino directamente de la cúpula: todos los negros de Alemania debían ser esterilizados. De modo que no había apelación posible. Por eso, aquella mañana lúgubre se dejó conducir hacia la pequeña clínica de Peter, su hermano en la fe de Jesucristo, su compañero de banca en la Iglesia, aquel joven con quien había inter-

cambiado el primer beso de amor. Se dejó llevar en silencio, sin intercambio de miradas, sin palabras y cerró los ojos en total apatía mientras le aplicaban cloroformo.

Pero Francois era ahora testigo del dolor de Abby. Y se hubiera resignado a su suerte, de no haber sido por el incidente de la víspera, cuando, con la noticia a cuestas de que por tercera vez había fracasado su intento de adoptar a un niño africano, tuvo que encarar directamente a aquel pedante, quien, bajo los efectos de demasiada cerveza y queriendo hacerse el gracioso, hizo el comentario de que durante la época nazi "esterilizábamos" a las mujeres negras.

Froylán, su amigo y compinche, trataba de mitigar la rabia de Francois.

—No fue un comentario de mala fe. Él simplemente lo dijo. Y no lo dejaste decir nada más. Quisiste matarlo allí mismo. Y los matones que andaban con él, lo que hicieron en realidad fue tumbarte, impedir que lo golpearas. Y no fue más que eso. No fue nada más que eso.

—Estás con ellos...

—Estoy contigo. Sabes que los quiero mucho a los dos. Abby es mi amiga de toda una vida. Y a ti te he llegado a apreciar como un hermano. De modo que no te voy a permitir que vengas ahora a poner en duda mi lealtad hacia ti.

—Pero viste lo que pasó. Estabas allí. El maldito andaba tratando de impresionarme con sus hazañas. ¡Haber hecho lo que hizo y no mostrar arrepentimiento alguno, eso es... es!

No pudo seguir. En aquellos años él estaba en el ejército francés, luchando por poner fin a esa barbarie. Y estaba ahora, asumiendo el dolor de su esposa. Ahora era su propio dolor. El dolor de su suegra, que primero vio morir a su esposo, y luego sus sueños de ser la abuela de alguien, de darle continuidad alemana a la piel canela de su hija. Ahora era su propio dolor.

—Por favor... —suplicó el amigo por última vez.

—No hay nada más que hablar. Aquí voy a estar, dentro de diez cervezas si es necesario, a alguna hora la bestia saldrá de su madriguera.

El amigo salió de la cantina y comenzó a correr por las calles de la pequeña ciudad con desesperación. Estaba convencido de que Abby sería capaz de aplacar al enloquecido marido, de desistir de su locura.

La casa no quedaba lejos, de modo que tardó poco en llegar e iba a comenzar a golpear a la puerta cuando Abby salió eufórica por el portón del frente. Se le echó al cuello, gritando totalmente fuera de sí.

—Froylán... Froylán... estoy embarazada, Froylán, estoy embarazada...

—¿Qué? ¿Pero, cómo? No era que... ¡Corra, corra! —le gritó mientras corría con mayor desesperación de vuelta hacia la cantina.

Alcanzaron a llegar en el momento en que Peter salía de su consultorio, su gabacha blanca en el intenso sol del atardecer. Abby corrió hacia él, para cubrirle con su cuerpo, en un afán de evitar la tragedia. Francois iba a disparar, con la firmeza con que dispara un buen soldado, pero se detuvo, dubitando cuando vio a su esposa convertida en escudo humano. Pero Peter apartó a Abby, encarando al enfurecido marido.

—Maldito nazi, esterilizador de negras... vas a pagar por lo que hiciste.

—Francois, no lo hagas, no lo hagas, estoy embarazada, estoy embarazada... —gritaba Abby.

Pero la rabia pudo más en el pecho de Francois, quien sordo y ausente, apuntó con firmeza y apretó el gatillo en el momento mismo en que Froylán lo derribaba.

El médico se dobló, cayendo al piso, pues la pierna herida no pudo soportar el peso de su cuerpo.

No hubo cargos. Eso me consta. Me llamo Peter. Soy el único hijo de Francois y Abby.

Rosa

Rosa cruzó la calle casi arrastrando los pies. Se detuvo en la parada de buses y miró hacia el final de la calle. En cualquier momento un bus doblará por esa misma esquina y se detendrá aquí, justamente donde estamos. Se colocó en la línea correspondiente. Su corazón latía, latía muy fuerte.

Recordaba la charla sobre la resistencia pasiva. Era una estrategia interesante, pensó. Le había funcionado a Mahatma Ghandi, pero una tenía que estar preparada para el sacrificio y la valentía. El mismo arrojó de los soldados negros de la batalla de Milliken's Bend, que corrían hacia los cañones y los metían a los cañones, para detener mediante su autoinmolación los disparos. Resistencia pasiva, una gran cosa, tan predicada, tan poco practicada.

El bus dobló en la esquina y avanzando a mediana velocidad, se detuvo unos pasos delante de ella. Todos subieron ordenadamente, como corresponde. Pero Rosa vio un asiento hermoso. Era como si se lanzara en una poza de agua fresca. Era como llegar a la casa de la abuela y verla servir un buen gumbo. Era como sentarse en los regazos de su abuelo y oír las viejas historias sobre las travesuras de la liebre. Era como oír un jazz en el saxofón de Satchmo. Era como estar en la Iglesia un buen domingo y mientras escuchas el coro, sentir la plenitud del espíritu, y poco a poco, ser otra voz del coro, y entonar el canto hondo, el canto del alma, el canto de mil años. Era un asiento hermoso, y ella estaba muy cansada.

Así que se sentó.

El bus siguió su camino sin novedad. Nadie se dio cuenta, salvo Sam, un viejo mentiroso que se jactaba diciendo que había nacido antes de la Guerra Civil, y había peleado al lado del mismo Lincoln en la Batalla de Gumbo Valley. Sam casi siempre estaba borracho. Tenía su rutina diaria: bajaba al centro de la ciudad, se ubicaba en una esquina y pedía. Y a esta hora, como siempre, regresaba a la Zona Negra para gastar el dinero en una buena sopa en la fonda de la señora Heather y luego se iba al viejo bar del barrio a tomar whisky barato.

El conocía a Rosa y por eso recuperó su total sobriedad. No podía creer que ella estaba sentada en el área reservada para blancos. Parpadeó tratando de asegurarse de que no era una de sus típicas alucinaciones. Pero esto era definitivamente real. ¿Qué le estaba sucediendo a ella? Se estaba exponiendo a pasar la noche en la cárcel o pidiendo a gritos que el K.K.K. la linchara. Por eso, cuando el bus se detuvo y entró un hombre blanco, el corazón de Sam quería salirse del pecho.

Como era de esperar, el hombre blanco se dirigió directamente a ella y le ordenó que se levantara, pero Rosa no se inmutó. Sam sabía que la orden, viniendo del blanco, era como del mismo Dios, y que las palabras estaban tomadas directamente de la Biblia por boca de los pastores y sacerdotes, porque ningún pastor negro podía predicar en las iglesias blancas y no había ni monjas ni obispos negros. Hasta las iglesias más progresistas solo aceptaban negros en las bancas traseras de la iglesia.

—Levántese, quiero sentarme.

Pero Rosa no se movió.

—Negra —dijo—, ¿Está sorda? Levántese, que me quiero sentar aquí.

—No, —dijo ella—, estoy cansada.

Estaba cansada. Puta, pensó Sam, dígame si esa no es una buena razón.

El hombre blanco montó en cólera ante el desafío.

—Ahora, mueve tu culo de aquí.

Pero Rosa no se movió.

—Es que... estoy cansada. Siéntese allá. Allá hay campo.

Rosa miró por la ventana y se acordó de la resistencia pasiva. Lo que le esperaba era que la arrestaran y vaya por Dios, ella había sido siempre una mujer pacífica, sin grandes sobresaltos. Nada de ideas grandiosas, más allá de ser una buena trabajadora, una buena cristiana, una buena contribuyente del fisco y no mucho más que eso.

Era un acto de rebelión personal, una protesta personal. Estaba expresando sus sentimientos. Miles de negros antes se habían levantado del asiento y habían ido a tomar el lugar que les correspondía en la parte de atrás del bus. Así que era fácil, nada le costaba. Todo lo que tenía que hacer era levantarse, y ponerle fin a esa bravuconada. Pero no se movió. Realmente estaba muy cansada.

El hombre llamó al chofer del bus quien, en la próxima parada, se vino con una verdadera actitud de matón.

—¿No oyó lo que le dijo este hombre? Es más, debías saber ocupar tu lugar. ¿Qué haces aquí? Pásate atrás, detrás de la línea.

—Lo haría, pero Señor, sucede que estoy muy cansada hoy.

—¿Ah sí? Pues te lo voy a poner bien clarito: no voy a discutir contigo. Voy a hacer que te arresten.

El chofer regresó a su asiento y siguió su marcha un par de cuadras y luego se detuvo, se bajó del bus y regresó con dos oficiales de policía. Atrás, como atado a su asiento, Sam quería gritar pero no podía. Quería decirle “Miss Rosa, por amor de Dios, levántese y pásese para acá. No vale la pena”. Porque nuestros hombres y nuestras mujeres lucharon en contra de la esclavitud y pelearon en la Guerra Civil y fueron soldados en las Guerras Mundiales. En todas estas guerras se condujeron con disciplina, con heroísmo, regresaron a sus casas para verse sometidos a la ignominia, a ser “muchachos” como siempre; ni modo que la rebelión individual de una mujer pudiera cambiar al mundo. Así que Sam hizo lo que hacía desde niño: oró y le propuso a Dios un trato: “Por favor Señor, salve a Miss Rosa y prometo no tomar nunca más. Prometo ir a la iglesia. Se lo juro, Señor, se lo juro”.

Los oficiales le repitieron la orden, pero ella no se movió. Entonces la arrestaron por desacato.

El viejo Sam quería bajarse del bus, pero no pudo moverse de su asiento. Siguió deprimido, pensando en que Dios le había fallado. Por vengarse sacó la pequeña botellita de whisky que siempre portaba para emergencias y bebió con ganas. Pero cuando llegó a su área de la ciudad, algo en su interior lo llevó a la casa del Pastor y le dijo a éste lo que había sucedido. Simplemente fue eso. Se lo dijo. Le contó el acto heroico de la señora Rosa.

Y no tuvo tiempo de tomar whisky, el viejo Sam. Los negros se lanzaron a la calle y comenzaron a agitar. Apenas tuvo tiempo esa noche de participar en las manifestaciones.

Unos días más tarde, en el traje limpio que le donó la esposa del pastor, tuvo la oportunidad de escuchar el primer sermón del Reverendo Martín Luther King. Durante todo el Sermón estuvo pensando en Rosa. Era como María y Jesús. Ella lo había concebido.

United Colors de Benito

Estaba allí sobre la cubierta de su yate con mucho orgullo, de cara a la imponente entrada a la ciudad. Estaba a punto de realizar el sueño tan preciado desde la niñez. Un sueño que fue construyendo paso a paso, cuando escuchaba las historias de su nodriza, la mujer que lo crió. Nunca dejó ella de hablarle de sus raíces.

En ese sentido no había mucho que aprender de sus padres. Su madre era una fiel lectora de la revista *Ebony* y ese era su nivel cultural. Cada vez que recibía la nueva edición de los Estados Unidos con su nombre en el paquete, se sentaba en la hamaca en el patio durante horas y horas con una buena dotación de cocteles y ordenaba que nadie la interrumpiese.

Un día por fin él confrontó a su padre sobre su sed de saber, pero la respuesta fue simple y directa: "El pasado es pasado y no tienes que saber de él, porque quien vive en el pasado está condenado a atorarse en él. Y estar atorado en el pasado, seguir recordando es un hábito idiota de los musulmanes, de los judíos y de los inútiles negros, y realmente no vale la pena".

Así que no tenía que ver nada con nosotros. Nosotros somos los herederos auténticos de los mercaderes de La Rochelle y como tales, debemos reclamar nuestra herencia francesa. Su padre estableció así la distancia entre su persona y su ama de crianza para siempre.

En el vecindario, en la escuela primaria y luego en la secundaria, no tuvo problemas. De hecho todos eran como él. Muchas de las jóvenes en su círculo, eran modelos de nariz aguileña, piel canela, con una obsesiva admiración por todo lo francés.

Ciertamente había algunas parejas en las que los hombres eran de piel más clara, pero las mujeres, con dos excepciones, hasta donde recordaba, eran de piel clara. Y todas ellas, incluyendo a las más morenas, sentían gran orgullo por la Madre Patria, aunque hubiesen tenido que conformarse con la posición honoraria de ser ciudadanos de ultramar.

Era una cosa curiosa que en medio de ese círculo de frivolidad, con todo el dinero a su disposición, estas mujeres no se encargaban de sus hijos. Los niños se criaban a los pies y en las faldas de las empleadas domésticas negras, que les inculcaban, junto al respeto y al afecto por lo francés, muchas ideas sobre raíces ancestrales.

Su ama de crianza no discriminó en contra de la parte francesa. Así que fue por medio de ella que descubrió que por el lado de su padre había un abuelo de La Rochelle.

Su abuelo era miembro de una de las familias más distinguidas de Francia —le decía todo el tiempo—, un mercader.

Más tarde él descubriría que gente de La Rochelle había hecho su fortuna por medio del comercio triangular, pero trató en vano de lograr que su padre hablara.

—Hijo, olvide las historias del pasado. Ya le he dicho que tiene que deshacerse de esta estúpida tradición oral de los negros. Eso es lo que no los deja progresar.

Su padre no dijo “no nos deja”. Al contrario, dijo “no los deja” marcando con claridad la diferencia. Pero él necesitaba saber. No era cuestión de creer que tenía el derecho de presentarse a las autoridades de La Rochelle con una carta de herencia y una sonrisa “ces’t moi”. No se trataba de eso. Pero talvez sí podía recorrer la ciudad, mirar en el museo o en los archivos y buscar los datos que confirmaran que uno de sus ancestros tuvo un lugar en la historia, que uno de ellos había sido acaudalado, y que toda la parte genética se había pasado de generación en generación. Porque... bueno, estaba preparado para admitir que era una posibilidad remota, pero era una posibilidad al fin. A lo mejor, su ama de crianza tenía razón en que toda la fortuna de su padre era en realidad producto de una herencia de familia que debían olvidar, una herencia basada en el comercio de esclavos.

La otra parte también entraba en juego. Esas noches, cuando con la complicidad de su fiel ama de crianza lograba escapar de la casa para participar en el carnaval o en las ceremonias que los negros organizaban en ciertas ocasiones. Podía sentir la sangre hirviendo en su cuerpo. Esos eran los momentos de grandeza y de libertad. Era una transfiguración, una recuperación de lo que llamaban “espíritu bohemio de la negritude yayá”. En realidad no entendía lo que pasaba por su mente y definitivamente no habría podido definir el término “negritude yayá”.

Lo que sí tenía claro es que en esos momentos se liberaba de las tensiones y presiones que generaba la condición de francés de ultramar. Pero ahora era propietario de su propio yate, dueño de su propia vida.

Con su yate aproximándose a la ciudad. Se puso sus elegantes bermudas, una camisa blanca y se amarró al hombro un abrigo elegante. Revisó su billetera para estar seguro de que tenía todos los documentos necesarios, incluyendo las tarjetas estadounidenses, American, Dinner's Club, Visa, Master, Express, las de oro, las que le daban la distinción propia de un hombre de dinero. Y para cerrar bien, el toque inconfundible de la mejor colonia francesa en el mercado. Con eso, estaba listo para bajar al malecón y dispuesto a enfrentarse a la ciudad.

Se aproximó a las “puertas” de la ciudad lentamente, esas puertas conservadas con tanto ahínco a través de los siglos. Era un hermoso día soleado, de cielo claro y aguas azules y tibias. Miró aquellas dos estructuras cilíndricas a ambos lados, cuando su yate las cruzó, y de repente sintió un mareo intenso que por poco lo hizo caer. Se vio obligado a pedir un par de pastillas. Pero la extraña sensación no cedió cuando bajó al malecón.

Detrás, el agua. Arriba, el cielo, los rayos de sol y debajo las piedras que habían estado allí desde tiempo inmemorial. Avanzó, con la convicción creciente de que conocía la ciudad palmo a palmo, con su cámara de lente telescópica colgando de su nuca. Entró a una calle estrecha, sabiendo que si abría la portezuela que estaba a la mitad de la cuadra —y lo hizo— habría un jardín —y efectivamente allí estaba—

impresionantemente hermosa, con todo tan de siempre, como si hubiese estado allí, como si hubiera sido parte de ese jardín hace mucho tiempo, como si a propósito lo hubiesen conservado para que él recordara.

Continuó por aquel caminito estrecho que cruzaba el jardín y salió por la otra portezuela, solo para descubrirse de nuevo en una calle angosta, vestido de manera curiosa, con los niños gritando "ces't le Haitian, ces't le Haitian", mientras él huía por la calle tratando de escaparse de ellos.

La voz del cabecilla seguía azuzando a los muchachos para que no lo dejaran escapar, y lo agarraron, lo dejaron desnudo mientras renovaba la fuga, en aquella mañana fría de invierno. De repente, al dar la vuelta en una esquina, un chico blanco le hizo una señal y lo metió por una pequeña entrada al interior de un gran patio.

Temblaba, sus labios azules, su nariz congelada, sus ojos presos del terror. Afuera, en la calle, podía escuchar los pasos y los gritos de sus perseguidores, mientras corrían frenéticamente de un lado a otro de la calle, buscándolo. Su inesperado protector lo miró.

—Estás desnudo —dijo riéndose—, ¡Qué gracioso!

Está, pues, allí y era un cuadro patético en su desnudez, con su cuerpo congelado, tiritando, con los ojos tan abiertos que parecía que lo estarían por siempre, con dolor de oídos, con sus manos adoloridas y cada parte de su cuerpo temblando, presa del terror. Su protector fue hacia la casita del perro y le trajo una pequeña frazada.

—Tené —dijo—, voy a buscar ropa y algo para que tomes. Escóndete allí.

Forrado en la cobija con el dolor de oídos creciendo y con su calzado como su única ropa, temblando, recurrió a la oración. Estaba lejos de su querido Caribe, atrapado en el frío invierno de La Rochelle, muriendo, y era culpa de su madre, porque fue ella quien quiso una buena educación para su hijo. Fue ella la que dijo que debía hacerse del refinamiento europeo. Eso fue lo que ella dijo.

La idea es demostrarle a tu padre que si tienes la oportunidad adecuada y la educación que corresponde, puedes llegar a ser brillante y superar a tu hermano blanco, el hijo legítimo de tu padre, ese condenado

tuberculoso, mamitas ese, bueno para nada que con el tiempo va llegar a avergonzar a la familia.

Esas fueron las palabras de su madre.

Ahora, el muchacho regresó con una taza de té. Y mientras tomaba el té, la vida misma regresaba a su cuerpo. Afuera aún se escuchaban las voces de los muchachos que no podían explicarse la súbita desaparición de su presa. Y si no hubiese sido por la ropa que lograron arrebatarle, hubieran pensado que se habían encontrado con el diablo.

Su pequeño anfitrión se ausentó de nuevo para buscarle ropa, "porque no puedes seguir desnudo o te vas a morir". Pero cuando entró a la casa grande dejó la puerta abierta y saltó al patio un perro enorme, corriendo directamente hacia el intruso y ladrando furiosamente.

El jovencito caribeño corría por su vida, regresando a la calle. Huía, y "allí va, dijeron los muchachos, que no se nos escape esta vez". El perro también lo perseguía mientras corría hacia la tenue luz que se miraba al final de la calle. Hacia el final de la calle, había una luz diferente, y él sabía que esa era la única salida, porque el perro y los muchachos venían con rapidez. Corrió hacia la luz, su sangre llenando de tibieza su rostro, y salió a la pequeña plaza, llena de gente. Se detuvo de pronto, allí en medio de la plaza, lleno de pavor por su desnudez, levantando la vista para leer los extraños rótulos.

A su izquierda, la Pharmacie Rochelaise ofrecía en promoción perfumes finos. A su derecha, en la otra esquina la calle St. Sauveur y el Hotel Henri IV, con su fachada brillante inventando al tiempo. Cerró los ojos, con el sudor bañando su rostro y cuando se atrevió a abrirlos de nuevo miró la pintoresca colección de fotografías directamente al frente, anunciando los productos de la United Colors of Benito. De la nada una voz preguntó amablemente:

—Monsieur, ¿Le pasa algo? ¿Está bien?

No respondió. Simplemente continuó su marcha. Pasó por la esquina Heyrand y salió al cuadrante donde los trabajadores de la CGT estaban haciendo un piquete por un problema de la Charante Maritime. El cuadrante estaba lleno de gente con banderas y por medio de altavoces los dirigentes los arengaban.

—Monsieur —dijo una nueva voz—, va a perder su cámara.

Volvió a ver su cuerpo, su camisa de inmaculada blancura, brillando en el sol. Sus pantalones bermudas, todo haciendo juego con sus sandalias compradas en Sack's Quinta Avenida, New York. Su cámara japonesa de lentes telescópicos, su hermoso abrigo también de Sack's Quinta Avenida.

Detrás de él el agua, arriba los rayos de sol y debajo las piedras que han estado allí desde tiempo inmemorial. Avanzó, con la convicción creciente de que conocía la ciudad, paso a paso, con su cámara de mira telescópica colgando de la nuca. Entró a una calle estrecha, con la total convicción de que si abría esa puerta que quedaba a la mitad de la calle —y lo hizo— habría un jardín —y lo hubo—, una vista impresionante. Levantó su cámara y tomó varias fotografías para recordar.

Un mensaje de Rosa

La extraña Mirada en la cara de Aba⁵⁹ había ido cediendo en las últimas semanas. Ella quería descansar. Lo había dicho una vez, y aunque la convencí de que me diera un mes para buscar información sobre ellos, era claro que había una decisión firmemente tomada y no habría nada que la hiciera cambiar de parecer. En todo caso, la verdad es que hemos estado por aquí demasiado tiempo.

La había visto de pie junto a la ventana varias veces. Todos en casa comentábamos su recién adquirida extraña manía. Simplemente se erguía allí junto a la ventana, murmurando extrañas cosas sobre el árbol y Timbuctú. El árbol, dijo, tenía que haber florecido pero no lo había hecho.

Nuestra última tataranieta, Aba Nzinga, quien había dedicado su vida a mantener nuestro hogar lo mejor que pudo, se sentó a desayunar. Nos sentamos con ella. Sopa de pescado y una tajada de fruta de pan. No teníamos eso en los viejos tiempos, pero lo considerábamos cosa nuestra ahora. Conforme Nzinga comía lo que yo estimaba podía ser nuestro último desayuno compartido —el mes había llegado a su fin— miré a Aba y al hacerlo sonreí. Honestamente había hecho todo lo que estuvo a mi alcance para resolver el misterio, pero todos mis esfuerzos fueron en vano.

¿Cómo pudieron haber desaparecido sin más dieciséis miembros de nuestra familia después del secuestro? Tuve largas sesiones con un viejo profesor de Oxford que vive entre nosotros. Pero era como seguir

59. Aba, Mamá Aba, madre de la dinastía.

el rastro de nadie, dijo, porque los archivos no eran confiables. Aba me sorprendió sonriendo y devolvió la sonrisa. Aba Nzinga sonrió también. A lo mejor esa también sería la última sonrisa yayah. El fin de la historia. Porque es verdad que el árbol jamás floreció. La profecía de su padre de que esa sería la señal de mejores tiempos, aparte de servir como un acicate para la sobrevivencia, no tuvo ninguna otra consecuencia práctica.

No había ya plenitud en nuestras vidas. La dignidad suprema del Samamfo se había ido. Todo lo que queríamos saber es si el Espíritu Ancestral de nuestros clanes había sobrevivido, creando nuevas vidas en nuestra nación. Habría sido bonito saber si han guardado nuestro Espíritu vivo, construyendo sus casas como lo hacíamos, viviendo como la gente debe vivir, sin una máscara para ocultar vacíos.

El sol estaba más radiante que nunca esa mañana. Era como si todo el mundo celebrara el fin de nuestro desafío a las leyes naturales. Así que era el fin, el finale irónico de la ilusión yayah. Y todos estos años de vigilia han llegado a su término.

Y no obstante no sentía la picadura de veinte abejas. Sé que toda la memoria yayah estaba aquí, aquí mismo, en nuestro cuarto. Aba y yo, y nuestra devota pero estéril descendiente.

Fue en ese momento que escuchamos tocar a la puerta. Unos segundos luego, nuestra tataranieta entró a la casa seguida por una niña que preguntaba por la Mamá Ama.

—¿Es usted Mamá Aba?

—Pues... Aba Nzinga... es que... ¿Y... usted quién es?

—La hermana Rosa me mandó a decirle que nunca más se va a sentar en la parte trasera del bus.

—¿Quién?

—La hermana Rosa.

—Y usted... ¿Cómo llegó aquí? Quiero decir, a nuestra aldea.

—Llegamos en bus.

—¿Llegaron? ¿Quiénes?

—Todos nosotros. O sea, la Brigada Infantil de la Diáspora Africana.

Su rostro nos parecía familiar, pero antes de que pudiésemos reaccionar para asimilar el mensaje, otro niño entró a nuestra casa sin anunciarse. Aba se puso de pie, temblando. El rostro del niño era una réplica exacta del de su padre.

—¿Es usted Mamá Aba? —preguntó.

—Pues... es que... —intentó responder Aba Nzinga.

—Me glad to see yu. Well mek a tell yu. Rosa will neva neva agen sit down a the back a the bus. She done wid the back a the bus.

Aba a duras penas logró llegar a la ventana y apoyarse en la pared, agarrando el marco de la ventana. Otra niña entró por la puerta.

—Mama Aba —dijo, agregando algo sobre unos Garifunas de Centro América. Y dijo algo extraño, a duras penas retengo, algo así como “Ounahatu Rosa dimurei, luwagu mañurudügarula anagugiuu tidan ugunei”.

Estábamos totalmente anonadados con lo que pasaba, y no sabíamos qué hacer. Siguieron entrando más y más niños. “Rosa dire qui elle n’assez pas au derrière au bus”. “Roza tubizi: me lya mpanda mu manga dwe kwendila mu maxitombo ku mbusa”. “Rosa disse que jamais vai sentar na parte de trás do omnibus”.

Y en medio del bombardeo lingüístico escuchamos a nuestra tataranieta gritando. Como si fuese un trueno ancestral, haciendo temblar la tierra e imponiendo silencio.

—Es el árbol... floreció. El árbol de Mama Aba floreció... ¡floreció! Aba confundió llanto y sonrisa, ambos a la vez.

—Kwame —dijo—, sería bueno echar un poco de licor en la raíz.

Con gran esfuerzo pero con un afecto renovado, Aba Nzinga salió a cumplir lo que a la larga resultó el último deseo de Mama Aba, rodeada por niños risueños divirtiéndose. Y mientras se reunían a la sombra del árbol floreciente, alcancé a percibir en sus rostros, un millón de sonrisas yayah.

Luanda, Angola 1997-New Lafayette, Indiana, 2004.

Contenido

		101
VII	<i>Reconocimientos</i>	
IX	<i>Aforrealismo</i>	
1	PRIMERA PARTE	
	Raíces	
3	Soñar	
11	La batalla	
15	Ultima línea	
19	Rescate	
23	Donde muere el cielo	
29	SEGUNDA PARTE	
	La travesía	
31	Primera ruta del cuerpo	
39	Segunda ruta del cuerpo	
43	La primera ruta a la rebelión	
49	La segunda ruta a la rebelión	
53	Un bastardo, camino a La Habana	

61	TERCERA PARTE	
	La Diáspora	
63	Diáspora	
69	La Dama Parda	
75	Santos del Congo	
81	Yangá	
93	La historia de Juan Bautista	
101	Toñito	VII
115	Nat	IX
123	Madison	
127	Cudjoe	
133	Damas en la alcoba	
145	Mariana	
151	La Pantera	
159	El joven Martín	
163	El médico alemán	
167	Rosa	
171	United Colors de Benito	
177	Un mensaje de Rosa	

Acerca del autor

Quince Duncan



La infatigable actividad como escritor de Quince Duncan discurre por dos cauces en que su producción es sostenida y reveladora de una vocación sólida por las letras, la investigación y el interés por crear conciencia sobre la situación del negro a lo largo y ancho de la historia y de los continentes, muy particularmente en Costa Rica.

Sus obras de ficción (novela, cuento, historias para niños) son tan abundantes como sus ensayos, informes de investigación, artículos, ponencias presentadas en congresos y otros textos de géneros variados que suelen clasificarse como literatura de ideas o no ficción.

Ha recibido importantes premios, honores y reconocimientos en múltiples

ocasiones, tanto dentro del país como fuera (Estados Unidos, México).

Profesionalmente es catedrático jubilado de la Universidad Nacional de Heredia, donde realizó sus estudios superiores de inglés, literatura, lingüística y temas latinoamericanos.

Quince Duncan se ha ganado un sitio de privilegio en las filas de la literatura costarricense, pero también en las de quienes se ocupan -al margen de sus escritos y a veces como refuerzo de estos- por despertar la conciencia ajena y obtener avances en la solución de problemas laborales, educacionales, culturales.

MYRIAM BUSTOS ARRATIA

Obras de Quince Duncan

- Una Canción en la Madrugada*, 1970.
- Hombres Curtidos*, 1971.
- El Negro en Costa Rica* (Co-Author Carlos Meléndez), 1972.
- Los Cuatro Espejos*, 1973.
- La Rebelión Pocomía y Otros Relatos*, 1974.
- Los Cuentos del Hermano Araña*, 1975.
- El Negro en la Literatura Costarricense*, 1975.
- Los Cuentos de Jack Mantorra*, 1977.
- La Paz del Pueblo*, 1978.
- Final de Calle*, 1980.
- Teoría y Práctica del Racismo* (Co-Author Lorein Powell), 1984.
- Kimbo*, 1990.
- Historia Crítica de la Narrativa Costarricense* (Co-Authors), 1993.
- El Trepasolo*, 1995.
- The Best Short Stories of Quince Duncan*, 1996.
- Un Señor de Chocolate*, 1997.
- Contra el Silencio*, 2001.
- Cuentos Escogidos*, 2004.



Un mensaje de Rosa
se terminó de imprimir en el mes de julio del 2007,
en los Talleres gráficos de la Editorial EUNED.
Su edición consta de 500 ejemplares
impresos en papel bond 75 gramos
con forro de cartulina barnizable
y acabados en barniz ultravioleta.

Estuvo al cuidado
de la Dirección Editorial de la UNED.

Artes finales:
Hubertó Gómez Sanabria


Revisión filológica:
Miriam Bustos Arratia y Delia M. Donald Woolery

Digitalización y retoque de imágenes:
Ely Fabricio Martín Hernández

Coordinador de producción editorial:
Damiel Villalobos Gamboa

Imposición digital:
Ana Trista Calvo Alfaro

A MESSAGE FROM ROSA is an African Diaspora Novel, in stories. Experience the struggle of African warriors defending their village. Travel on the slave boat with African enslaved women. Feel the tension mounting in Yanga's heart as he leads his Afro-Mexican troops in confrontation with the Spanish colonial army. Live a vivid moment of the Afro-Colombian struggle for freedom. Sit on the corridor and listen to a conversation between José Martí and Mariana Grajales. Visit a Jamaican Maroon camp. Be part of Palmares's Brazilian warriors. Witness the resistance of Afro German women during the Nazi rule. Share young Martin Luther King's dilemma as he walks with his mother on the wrong side of town. Imagine yourself sitting in the bus, watching Rosa Parks as she refuses to move behind the line...



QUINCE DUNCAN, Costa Rican writer. "Aquileo J. Echeverría" National Literature Award. Author of more than 30 books, including novels, short stories, essays, and textbooks. EUNED has published *Final de Calle*, novel, and *Contra el Silencio*, essays on people of African descent and racism, with emphasis on the so termed "Continental Caribbean" of Spanish Speaking Central America.

A MESSAGE
FROM ROSA

Quince Duncan

A MESSAGE FROM ROSA

AN AFRICAN DIASPORA NOVEL IN SHORT STORIES



EUNED

EDITORIAL UNIVERSIDAD ESTATAL A DISTANCIA

CR865.44

D911u Duncan Moodie, Quince, 1940-
Un mensaje de Rosa. - San José, C. R. :

EUNED, 2007.

194 p.

ISBN 978-9968-31-487-9

I. Novela costarricense. I Título.
II. Serie

ISBN: 978-9968-31-487-9

PRIMERA EDICIÓN

Editorial Universidad Estatal a Distancia
San José, Costa Rica, 2007.

- © Quince Duncan
- © Sobre la presente edición
Editorial Universidad Estatal a Distancia, EUNED

Diseño de cubierta:
Daniel Villalobos Gamboa

Impreso en Costa Rica
Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción no autorizada
por cualquier medio, mecánico o electrónico
del contenido total o parcial de esta publicación
Hecho el depósito que dicta la ley.

Acknowledgements

These stories are works of fiction, but they are all based on true stories, told by many people, over hundreds of years. Together they form the saga of the Yayah people, a novel in stories.

In the research done to write them, the following sources were of great value: my Grandfather, James Duncan, who introduced our Ashanti heritage to me as a child. Richard Hart, *Esclavos que Abolieron la Esclavitud*. Robert B. Fisher, *West African Religious Traditions*. Cbeikh Anta Diop, *Civilization or Barbarism*. Martin Luther King Jr., *Stride Towards Freedom*. Joel Rufino Dos Santos, *Zumbi*. María Lourdes Siqueira, *Os Orixás*. Margaret Shinnie, *Ancient African Kingdoms*. May Opitz, *Katharina Oguntoye, Dagmar Schultz, Showing our Colors*. Miguel Barnet, *Biografía de un Cimarrón*. Susan Feldmann, *African Myths and Tales*. Nina S. de Friedemann, *La Saga del Negro*. Rhoda L Goldstein, *Black Culture and Life in the United States*. Rupert Lewis, *Marcus Garvey, Anti-Colonial Champion*. *Musée du Nouveau Monde, Visitor's Guide (France)*. W.O. Blake, *Slavery and the Slave Trade*. João Medina and Isabel Castro Henriques, *A rota dos escravos*. Théophile Obenga and Simão Soindoula, *Racines Bantu*. Mazisi Kunene, *Emperor Shaka the Great*. Nicolás Ngou-Mve, *El Cimarronaje como forma de expresión del Africa Bantú en la América colonial*. Nina S. de Friedemann, *Ma Ngombe en un Palenque de la Diaspora en Colombia*. Rogelio Martínez Furé, *Poesía anónima africana*. *Ivor*

Morrish, Obeah, Christ and Rastaman. Manuel Lucena Salmoral, Los códigos negros de la América española.

Special thanks to World Council of Churches', "Programme to Combat Racism" (Geneva); to Ruth Hamilton (In Memoriam) and her "African Diaspora" Program in Michigan, U.S.A; to Luis A. Beltrán and his "Estudios de Africanía" Program in Spain; to Luz María Martínez Montiel, former director of "Nuestra Tercera Raíz" Program in Mexico, and to Unesco's Slave Route Project.

Special thanks to my dear friend Marcy Schwartz, who took a first hand look at the initial draft copy and to Dr. David Flory who invested many days of hard work revising the final text.

And, everlasting gratitude to my family, who supported my effort wholeheartedly. Also a big thank you to Sebastian Mello, Rafael Sáenz and Shara Duncan, for your valuable ideas and materials.

Afrorealism

A MESSAGE
FROM RICHARD JACKSON

A Declaration in honor of: Richard Jackson,
our modern Orisha of Visibility
and Manuel Zapata Olivella, the Orisha of Convocation.

Multiple voices.

Stories stemming from a common original African ethnicity rooted in spirituality and reverence for the Ancestral Lore, a common experience with abduction, enslavement, colonialism, displacement and racism.

And, as our journey unfolded, stories told and retold by an infinite number of narrators: stories recreated, never the same, and yet always the same. Ancestral voices forever present and always alive, in our daily lives. A thousand readings of the same experience.

They help us to resist, to keep, to survive. And they live on. They come back to us. They help us build the present. Afrorealism. Fragmentary consciousness reenacted. The building of a Universal Afro Identity. A new wholeness, a healing process. A call for diversity. All inclusive. All dignified. All recognized.

And from Afrorealism to the world, this drive for survival for all of mankind, with energy, space and time for every single expression of humanity. That is survival. Survival in plenitude.

A MESSAGE FROM ROSA

PART ONE

Roots

Dreaming

There is a strange look on her face. Or maybe it is a detail that I have not noticed before. A strange thing, by the way, since I have looked at that face so many times day after day. I can close my eyes and draw that face accurately, including the pores. She gets up from her seat, walks toward the window and rests her hands on the frame. Her eyes reach out for The Tree. That is what we call it: The Tree. I take my shepherd's rod and lifting myself, join her next to the window. There it is standing upright after so many years.

—My father brought it from Timbuctu.¹ He then worked with am... oh, what is his name? Yair... am, Yaír El Soleiman... or something like that —she said.

I am aware of the story. It is one of those typical stories, told over and over again. Renovated always, passed on from mouth to mouth, each new version adding color here and there, a little more nostalgia, and sometimes a better perception of the matter.

—I believe that now a day they call them “anthropologists.” No, no, that is not the word. That is not the word.

I look at her, searching for the new detail. It is essential for me to clarify what is this unexpected element that I perceive on her face. The element that I can assert is there but can not distinguish. I know I will have no peace until I achieve my objective.

1. Timbuctu and Djenne: two university centers in Ancient West African tributary states.

—No, they are not anthropologists —she says, speaking to herself; pausing, as if to give place to a third thought and then adding with total conviction:

—Well, let me see. In fact they called them “wise men,” men of letters.

I know this story by heart from beginning to end.

Suddenly she smiles.

—My father brought me this little tree and told me to plant it. My mother could not understand why. From her point of view, it was just not appropriate. In any event, some days later I planted the tree. My father sat down on the bench watching me, his eyes shining with admiration for a daughter he loved deeply. But, mind you, I must say in his defense that even when he did show certain preference toward me, this did not stop him from being a good father and husband to all of us. He was completely faithful to his duties of rotation, giving much attention to each one of his wives. But I must acknowledge, he did show preference towards me, and this made my mother sick and had my older brother fuming with jealousy. Simply, they could not understand it. “It is as if that girl is your eldest son. You treat her like a boy and that is not right. Let her grow like a woman, like the woman she is.” But my father just ignored every word she said. He would just lift his hand, rub my head and smile. “Beautiful Mother of the World, my lovely Asase Yaa² child, that tree will be the guardian of your spirit. Keep vigil until the tree flourishes. Keep vigil until the dawn of better days. The Ancestors will let you know when the time has come and you will be blessed for that reason.”

But the tree never flourished. So maybe it was her father's *ntoro*³ that kept the candle burning. After all these years, she was driving on, challenging, struggling to survive through sheer force of will and never settling down for a moment. It was not only to maintain life. It was

2. Yaa: (Asase Yaa) Deity of the Akans, God's Feminine Persona, in care of the Earth and of Social Morality.

3. Ntoro: Male principle of her father; father's heritage.

much more than that. But neither was it life in fullness, as far as I can see. There is no fullness because she yawns daily with nostalgia, hoping to see her father's words coming true. She lives her life hoping to see if her people have kept or recovered the supreme dignity of the Samamfo⁴ that is, if they keep the Ancestral Spirit alive, renewing the clans of our nation. She went about wondering if they had chosen to build their homes like ours, and if they chose to return, would they be alive like people should be, or simply subsisting with a hollow mask of vitality.

—I am tired

I had never heard those words coming from her lips before. Beyond doubt this is a very atypical day. The sun is not in its best position. The day is not dark or hot, or cold. It is lukewarm. Not a brilliant day. Not a gray day. It is just there. It is just a day.

—I think I am simply going to lie down and sleep. I have been giving it some thought for many days now, you see. It is easy: one puts one's head down like this and sleeps. That's all.

That is more than I can bear.

I can still remember the day when the Red Cross arrived in our town. There was a young boy with some type of illness unknown to us. So they went for the Red Cross. By then I was already middle aged, but I had never seen a syringe before. The doctor, or missionary or whatever he was, mercilessly sank the needle into the boy's flesh and it took two strong men to hold him. Later the boy told us that he felt the sting of twenty bees.

Now I am feeling like the boy, with the abrasive sting of twenty bees piercing into my soul. That is the sensation that her words provoke. Twenty bees, stinging directly here, close to the heart.

—You just can't — I manage to say.

4. Samamfo: Spirit and lore of the ancestors, the community and the traditions that give us our identity, the cradle of the ones to come. For in reality, no one is actually dead.

Samamfo: The common lore of the people, including the ancestors, the living and the unborn, their culture, their traditions. According to an saying, a person is never really dead.

—There is not much to it — she says bluntly — any one is able to. Her eyes suddenly brighten up with a touch of maliciousness. “There is no impossible” was one of her favorite comments.

—Any way, I am tired.

—But...

“Tired.” I would never have attributed such words to Aba⁵.

—It is no time to be tired. Mind you, we have waited for many, many years. You have waited. I have been here, waiting with you. I have never left your side. I have been waiting, because you wait. So it is absolutely ridiculous that after so many years, you're simply going to toss everything into the ditch and lie down to sleep. And so you're going to let the laugh of the hyena take possession over our nation and wipe out our memories, leaving no trace of us, not even of the last of us.

She looks through the window, into the hot-humid yard. And when she speaks, it is as if it has taken her all these years, every day of them, every single minute to pronounce what seemed to be the sentence of a judge.

—There are no memories of us left. We are the last ones. Who but both of us remember the Yayah⁶ people? The truth is, Kwame⁷, I believe that I have waited too long and it is now time to sleep.

Now I see the small wrinkle on her forehead. That is it. A small single wrinkle, and yet that small detail is making a world of difference.

—You should not sleep now — I heard myself saying, appealing to that calm state of mind that only comes from years of experience. As if it was an order; as if she was prone to receiving orders.

She turns to look at the tree again, and adds...

—My father had the very best intention, but the tree never flourished.

I don't like to hear her speaking of the past as if life was over. She stands facing three hundred years of hope. I, on my part, have waited

5. Aba: Thursday. One of the names given to each Akan child refers to the day they were born.

6. Yayah: An invented name for an African nation.

7. Kwame: Saturday.

with patience. I have lived with hope, hope and hope. I have nurtured myself with stories, with legends, with the tales of ancestral dreams, with the wisdom of adults. And I have lived.

—Thank you —she says, and her voice seems to come from the very depth of her whole being.

—What? —I ask, somewhat stunned.

—Thank you —she says— Before I descend into the Valley of Forgetfulness, I would like to tell you that I am grateful to you. Thank you, Kwame. You have been more than a husband to me.

Well, it is finally my turn. It's a matter now of finding the right words.

—Well, Aba, if that is so, I deserve one last favor.

—No tricks...

She is smiling now. A sad soft smile, it is, but nevertheless more than I expected.

—Give me one month to find out about them.

—Ah, come on Kwame! I cannot believe what I am hearing. We have been waiting for years. Who knows how many years it has been! I cannot even remember if the King of England was Henry or George. Anyway it doesn't matter. It is only that, well, we have been here, I mean, wishing to see any sign, any message that could indicate to us that the curse is over. And nothing happened. Now I am too tired to accept this fantasy of yours.

—One month —I implore— One month!

She sighs. And I can again see the small wrinkle on her forehead and the strange-sad smile. Another birthday. In one month another complete year and the story will come to an end. For better or for worst.

—The tree will flourish, I promise.

—How can you promise such a thing, Kwame?

The Elder, her greatuncle, the founder of the family, loved them dearly and was very proud of his children and nephews. He had been sold as a slave when he was a boy, for reasons that he never quite understood. He was traded to an Arab, a man of letters, and with him he had the opportunity to travel to Timbuctu. There he learned how

to read and write, gradually becoming the right hand of his master, who indeed was more than a father to him.

And so after thirty years he recovered his freedom, which he managed to buy with hard work and loyalty. His master was leaving, heading north, and so the future Elder returned to the south, and prepared to claim his place among the Yayah, his people.

Fortunately for him, he had kept in his memory the details of his lineage. He could proclaim it to the town in the presence of his clan's Guardian of Tradition. The people celebrated the return of this hero "who had gone from us and now has returned to us", and they gave praise to the ancestors that looked after him and brought him back.

The Elder set out to take his place among the Yayah people, ascending through the rites of initiation without setbacks. His Aunt Akua nominated him among all her nephews to become the next King. To the bewilderment of many old men, he reformed the laws and the traditions, making them angry. But time and again he bribed them into "civilization" as he termed it, by choosing sons of each one of the main families and sending them off to Timbuctu, to become learned men, to become expert interpreters of the law.

But he also respected the bulk of tradition, avoiding religious discrimination among the Yayah people. On the contrary, in conformity with the ordinances of the Ancestors, all groups were represented in his court. So he took guards from each clan, from each religious group, and he married women from different families, always maintaining a perfect ethnic balance.

Aba's father had twelve sons and daughters when the King sent him as head of the escort that led to Timbuctu; the last Yayahs that ever had that opportunity. She did not remember the departure, but she has never forgotten the return.

It was a sunny day. The inhabitants of the town and the King congregated in the square in order to receive the travelers as they came back after leaving the last five Yayah students in Timbuctu. The return of Yayah travelers to the town was always an important event, because of the fascinating stories they told about their trip.

She was there, just another little girl holding on to her mother, tense but full of pride. After all, she was the daughter of the head of the escort, a man of whom all spoke well in the town. He was a direct descendant of the Elder, "Our King", the old men of the town said. "The wisest man ever, the receiver of the ancestral wisdom, the controller of the power of the two worlds."

She will indeed never ever forget when her father, after paying his respectful visit to his uncle the King, finally made his way home, greeting his wives, and celebrating as if he was out of his mind until he took notice of Aba.

—Is she... is this the girl that made my life happy when I was sick?

—Yes —her stepmother said grudgingly— The same girl. Your first wife's eldest daughter. But here is my boy —she said— your son. He is the first male. He came from my womb. And I am your favorite.

Aba's father ignored the unexpected provocation, came directly to her and gave her a small plant. Its roots were wrapped up neatly in leaf. He smiled at her and said, "let's plant it." And the invitation hurt her stepmother and stirred sweet revenge in the heart of Aba's mother, although on the surface she acted disapprovingly. But again, Aba's father ignored them. After all, he was the son of a man who changed the Yayah people forever.

A week later she planted the tree. Her father told her that from that moment onward it would be a symbol of the ntoro, the vitality of his family. And from then on the tree and Aba have been relatives. But she gave fruit, the tree never did. She has been mother to eighteen children, some of which she had lived to see dying. But her concern was for those about whom she knew nothing. Sixteen of them unaccounted for. Some said that Aba's stepmother cursed the tree, but she always denied it. The explanation was simple —it had not given fruit because better days were still ahead.

However, in the latter part of her life, she had begun to consider and talk about the curse, in an ambiguous way.

Aba was only eight years old when her father brought the tree from Timbuctu and told her to plant it. Now space and time seem to mix. Time seems to have stopped in our town. Space here has been untouched except for the lights coming from our kerosene lamps and those immense man-built iron birds that from time to time fly noisily over the region. But, yes, although it is painful to admit it, the beauty of life has left us.

—We have lived far beyond our time. We have lived to see this terrible and never-ending war, waged on us without compassion. For never before in the history of mankind has there been a war so cruel, so ruthless, and so senseless. In all these years, there has never been a single moment of peace. Not a single day without some sort of action, some sort of blow, inflicted as a reminder of our subordination, of our captivity. Our pride does not allow us to admit it. But our kings are bush kings. They are kings in hiding. Our history, no matter how glorious, has not been registered in books and the vigor of our drums and the clear sound of our poets thrive on the border of death. We are an invisible people. So, do not bother me any more—it is a time to rest. It is time to close the open cycle.

—But Aba, if a beast has been roving about our house, it is dangerous to fall asleep with an open door. So let me try to lay down this burden before sleeping.

—All right—she says, and this time tears came to her eyes—. I won't destroy your last hope.

The Battle

As far as I remember, for many years we had been at war with the Fulahghi⁸. In my great-grandfather's days, there was peace in the region. But, as we later discovered, a not very common people, with very white skin and blue eyes, had arrived at what I found out later was "the coast."

Both the coast and the newcomers had been just part of our legends. While there were stories told about them, they were never taken seriously. We knew about White people. According to our storytellers, in the old days they had come to trade with us. But that was legend, only stories told to put us children to sleep.

But we were painfully finding out that those stories were more than myths. The Whites came from a very distant land, which I encountered later in a very hurtful way. These blue-eyed White people were searching for slaves relentlessly. As I understood the matter, they had conquered a very big island, very different from theirs. A serpent-like island, it seemed, uncoiling. According to the information available to us, they had practically killed all the native inhabitants of the island, so they came to our region, capturing people to restore the population they had wiped out.

Seemingly, they wanted to create a new race in the island. A docile race, willing to work for them. Boys of dark skin that would bear on their shoulders the life of white boys.

So it was at the beginning.

8. Fulahghi: An invented name for a African nomadic tribe.

They were willing to buy all the enslaved⁹ people available. But when there were no enslaved people around they offered to buy free men. And that was how they got the nations of my region to engage in big wars –a region that I have come to understand is called Africa. These wars were waged to capture free people, enslave and sell them to the outsiders.

As I remember, my grandfather himself was a slave owner. According to the tradition of my family, the first people enslaved by us were captured in war, after our town successfully resisted an attack. Those captured were allowed to live in exchange for their service. My grandfather's slave accepted the deal on the condition that he could keep his own slaves. They had also been captured in battle.

So there were three enslaved people at home. But slavery in my town was very different from what I have seen in these lands. An enslaved person was an unpaid servant. He didn't work more than the rest of us. We did not allow him to eat with the free because only those who share the sunsum¹⁰, our common soul, can rightfully eat together and of course they should not engage in any sexual contact with our young people. But we didn't practice wild whipping or mutilations. We didn't mark them with hot iron. There was no raping of the women, and by the second generation they had already become part of our community.

That morning when the Fulahghi band attacked our town, we were all at home, preparing breakfast, while we enjoyed the brilliant morning sunshine. For more than five years, we had succeeded in keeping this terrible band aloof. It was a great achievement, considering that the band was integrated by about twenty thousand men, most of them Fulahghi. But many of them were slaves who had been liberated from captivity. As a general rule, they had no idea where in the world they were, so they preferred to become part of the band.

9. Enslaved: The Africans were not born slaves, but were captured and enslaved.

10. Sunsum: Soul of a person or of a people.

Unfortunately, that morning, the guards fell asleep. The warning drums were not heard until it was already too late. Our men reacted with courage. They took their weapons and ran toward the gates of the village. Our women matched them, brandishing swords and chanting war songs.

And mind you, that is life. For five years we had resisted successfully. We had survived. Faithful observers of the teachings of our ancestors, our town went to the fields with their weapons. We kept control over our territory. No slave trade was allowed in our land. As I said before, the only enslaved people permitted were the prisoners of war, whose lives we spared in exchange for their labor.

But that morning our clan lost many of its most brilliant sons and daughters in combat. They went down doing their very best to protect our freedom. So many years and now, unexpectedly, death came creeping over us, taking advantage of the negligence of those who had otherwise been loyally vigilant.

For when our warriors were finally able to come to grips with the events, take their weapons and get to their positions, the enemy had profited from our errors, surrounding the village. In spite of the courage of our people, it had become almost impossible to defend the five or six square kilometers of the town.

Our people, about twelve thousand in total, fought fiercely, defending our territory with dignity. It was a matter of survival—we all knew it. Even the children, knew it. And indeed after about three hours of fighting, they broke our barrier and penetrated our lines. My father came rushing to our house and told us that we should disperse into the forest. One of my aunts had died, he said, fighting courageously. My mother took a few things from the house and with my younger brother in her arms, crying, my sister on her back and myself running desperately behind her, we plunged into the forests. It was a terrible thing trying to make our way through the bushes. I mean, with the bramble and especially the thorns. The men had sowed them as an additional defense and they had been a blessing to us. But in our moment of flight the thorns became a curse. We could

not cross the field. Our feet were bleeding badly by the time the bandits caught us.

A wild looking individual captured my mother and my siblings. They put ropes around Mama's throat and bound her to some other captive woman. Another bandit, obviously a ruffian, captured me in spite of my bold effort to get away and to free my family. Mother screamed and cried in vain. She wanted them to at least keep us together. But there was no possible way to communicate, no consideration whatsoever, no place for human feelings.

Death had made its way into our village. Plenitude was over. As they led me out of the town, along with my family, I saw grandmother Aba at the edge of the forest, hidden behind a tree that she loved dearly. I was not close enough to see her crying, but I could sense the tears. I looked away in another direction. On the one hand I could not accept her helplessness, and on the other, it was that natural instinct of mutual protection engraved in our hearts. Maybe grandmother would survive.

I closed my eyes for a moment. I closed them to postulate her survival. She would live on. No matter what. There she would be, there she will be until the circle closes and her children come back to her.

I was unexpectedly hit on the back. It was like the sting of a hundred wasps. Yes, wasps, the first lash of captivity. I opened my eyes as wide as I could, holding my breath as if to stop the pain. I felt a bucket-full of tears choking me. But I didn't cry. I just looked at the enormous Fulahghi that now considered himself my master, trying to gather strength from the ancestors, from our beloved king, from Kwame and Aba my grandparents, from my loving mother and from my uncle who brought to our families the light of Timbuctu. I could not match the huge Fulahghi's force, so I did what I was supposed to do—despise him.

This I did with a solemn and manly pride. I laughed at him boldly and I spat in his ugly face, and prepared myself to block the tears when the whip ripped into my skin.

Last Defense

How can the story be told properly? After telling his wife to take the family and hide in the bushes, the warrior headed back to the battlefield. He ran briskly, rather desperately by his father's house. He had almost passed by when he became aware that a Fulahghi column had managed to penetrate into the village, and apparently had been attacked and eliminated by the old people who made up the last defense. His heart sank when he suddenly saw a Fulahghi heading toward his father's door.

Caught for a moment between his responsibility to return to his post and the inner call to defend his own, the warrior hesitated long enough to see the invader bend over, shout and fall on his face, bleeding out of his chest that had been torn by a spear. It took a blink of the eye to see the shadow-like figure recovering the weapon and then disappearing into the safety of the trees. He felt his family pride growing again and recognized the eyes of his father, smiling as he defended life.

Such was the irony of the human condition, to live and to die, to give birth and to kill, on the never-ending road to survival.

His mother's face came before him for the last time. She was standing under her favorite tree, the same old tree, with its myriad legends. A gift from her father it was, and she had planted it, uprooting traditions, making new.

And he felt such love, and with that he ran briskly on to battle. But it was evening already, although the sun was just halfway on its

daily journey. It was evening already, in spite of his father's brave deed. Because it took a whole lot of pluck at his age to eliminate one of those Fulahghi savages, with such an able use of the spear. It was evening already, even though it appeared otherwise.

He plunged into the battle, only to be ambushed and reduced to captivity. As he made his last effort to inflict harm on his enemies, he felt the very first blow of humiliation. Quickly –and rather skillfully –his hands were tied together, in spite of his courageous resistance, and it took three men to get the yoke around his neck and to couple him up with another captive. Even then he tried to continue resisting. But the other man's voice made him halt.

—You're going to break your neck and choke me –the voice said, and it was only then that he lifted his eyes to look at the scene.

It was over. It was evening already. Ahead, he could see a woman from his village, keeping pace with her young child wrapped in a colorful cloth tied firmly to her waist. Beside her, her young son, wailing, his hands also tied together, moving as if by an invisible hand, moving on. Further ahead, he saw two brave soldiers from his village, coupled together. The first had his hands tied together in front of him, while the second man's hands were bound behind him. The men were yoked together at the neck. The road, the whitish road, the dust, as far as the sweat in his eyes allowed him to see, a formidable column, two men, women and children, then two men, women and children, then two men...

"Damn beasts" he manage to whisper as they went by the bambara tree. He tried hard to take a good look at his captors. He wanted to remember them. He intended to keep the bitter memory as long as possible. Maybe the survivors from his village would rescue him. Maybe his family could pay ransom. He had heard stories about a pale race on the coast. As far as he knew, they bought enslaved people, but at the same time craved gold. So, maybe... Or even before. If his village could get organized on time, maybe they could keep in touch and come to some agreement with the horrible Fulahghi before reaching the coastline, which according to tradition was many, many days' walk ahead.

"Damn beasts" he managed to whisper as they passed the Sacred Rock where the *tete abosoms*¹¹ live. It marked the limits of his people's territory. His neck was already bruised as he and his partner marched on in an uncoordinated way with the sun biting into his flesh, harassed by those "damn beasts." Force on the way: the power of spears, of arrows, of swords. Force and power on that dusty road.

—Damn savage beasts —he burst out loudly.

—Shut up —a voice came from nowhere and bit into his back.

—Shut up and keep moving.

Night came, and captors and captives halted a short distance from the river. First there were the flies and later the mosquitoes. At night ropes around the necks replaced the yokes. The bruises, the abrasion of the neck. The stench. The unbearable stench as the men had to relieve wherever they were. The nausea. The revulsion of food being consumed in the presence of filth. Tasteless food. What happened to the yams? Bitter food. Not the healthy taste of mom's pot. No more of the sweet smell of palm oil. But above all, the anger. The humiliation of having to bear the words of the now-vanquished king: "we are a free people. We have never been and never will be enslaved. It is the responsibility of every man to fight until there is no more Yayah blood left in his body. It is the obligation of every woman to defend the village and the children, to save them from the humiliation of slavery."

So where is the King now? Where are the elders? Where are the ancestors? Will we all be forced to gather around the Tree of Forgetfulness? Will no one parade around the Tree of Remembrance in our name? Will we forever have to listen to the savage clatter of the Fulahghi so foolishly calling themselves the people? A clan-less people, that is. A wicked and godless people they are. May their gourds be always empty. May they be furnished abundantly with palm nuts from the market of the dead. May they die together and rest forever in the Valley of Death. May they never find the road back to the land of the living.

11. *Tete Abosom*: Minor communal deities, children of God. Somewhat similar to Guardian Angels.

Rescue

Now let me see if we can get this straight. After telling his wife to take the family and hide in the bush, the brave Yayah headed back to the battlefield. He ran briskly. He had already passed by his father's house when he became aware that a Fulahghi column had managed to penetrate into the village, and had been attacked and eliminated by the old people who made up the last defense. His heart sunk when he suddenly saw a Fulahghi heading toward his father's door.

Caught for a moment between his responsibility to return and hold his ground, and the inner call to defend his own, he hesitated long enough to see his father fall and the invader's sword raising for a moment and then beginning its downward plunge, as if heralding death. He shouted but it was too late.

At that moment, literally from nowhere, a spear made its way into the Fulahghi's chest. He saw him bend over, shout and fall on his face, convulsing.

He did not see the executioner, but he could hear her laughing. It was the same voice that, at birth, greeted him to life, shouting. The very same voice that playfully used to say "Got ya" was now whispering triumphantly "Got him"; the same voice that hushed him to sleep, yes, the very same voice that just a few days ago told him with pride "you are truly your father's son. You make me live."

His father was on his feet in no time, making sure it was the Fulahghi's last day. He felt the family pride again. His mother defended life. To give birth and to kill, such is the never-ending road to survival.

"When I finally made it to the edge of the village, I came across the King's eldest son and a group of men.

—Stop" he said.

—They have got my sister" —I told him— I can't let them go.

—We'll go after them —he said— in due time.

—The time is now —I shouted in desperation— they took my sister

—Waw key¹² —he said and I hated him for that.

—No, it's not all right. I've got to stop them"

—Get yourself together —he ordered— you are the son of an elder. We will outwit them. In no time we will be jamming¹³. Waw key?"

All I could do was to sit down and hit the ground with my fist. Any way, I could not rescue my sister on my own.

Late afternoon we began pursuit. Kwame Omololu was like the owl, he could see at night. The moon was in our favor. I frankly was scared. Scared by the laughing of the hyenas. I could sense the savage look of the wild cats, and tremble at the roar of the lions. I could feel deep in my heart the powerful beat of a hundred elephants in stampede. We kept our pace all night. And at dawn we watched them prepare breakfast. We watched them continue their way, our people in bondage. We saw them cross the river, the children caught in panic, the women scared to death, the men humiliated, helplessly bruised by the sticks and ropes around their throats and necks. We watch them facing the violent sun of midday, the dust at sunset. We saw them camping while It rained for a short time, and then leaving the children trembling in the cold air of night.

And then we crept into the camp. Each one knew exactly where to go and what to do. Kwame Omololu can see at night like the owl.

12. Wahkey: From Wolof. Meaning "its cool, no problem."

13. Jam: Meaning "to party."

At dawn we cut the ropes quietly, then we send the Fulahghi guards off to sleep and we pray they would never find their way back to the land of the living. When morning came, the battle ended.

Among those liberated were about fifty Sumani people whom we brought to our village. The King had them line up in front of his house, and explained to them that they were to be enslaved. It was our right. We had captured them in battle. The women gave them food and drink, and palm oil to rub on their wounded bodies. He made it very clear that they were the King's slaves, but would be placed in the hands of some of the most important families. They should be faithful to their overseers. They also had the obligation to defend the village, should the Fulahghi or any other bandits attack us again. He also told them that they could not eat at our tables, and should not engage in any intimate relations with our sons and daughters, unless they had explicit permission from the King himself. He then hand-picked five of them to serve in his household and divided the others among the forty valiant villagers who had rescued our people.

My family was lucky; our slave had a slave of his own. So we got two. I introduced them to my wife and children, and promised them that if they worked hard and fought bravely in our battles, I would intercede with the King to make them free. Then they could continue to live with us if they chose to, or return to their village. The Sumani said he was a rich man, and that he was prepared to pay a sack of cawri shells for his freedom, if only I would let his slave go to his village to fetch his treasures. I smiled. We were just not ready for another battle.

My sister came to see me. She was crying. The danger of losing each other had made us aware of the true depth of family love.

Where the Sky Dies

That night we heard some very unusual roars. They were like bellows, coming from the deep. And as we listened in awe, we were violently assaulted by the wind. The Fulahghi seemed restless.

At morning we were lined up very early. The routine of every day was gone. They urged us on, using whips and savage gestures, as if there was some sort of danger. We hoped. We thought we heard the cry of battle, as our people came to rescue us.

Then suddenly we came out of the bush and were astonished to see what we could not have imagined. First we were enraptured by the astounding beauty. It was the meeting place of Heaven and Earth. The dizzying rays of the morning sun, in colors, reached what seemed to be water, an absolute abundance of water! And the roar, the light but imposing bellow that came from there, or from nowhere, or from everywhere.

I evoked the songs of the griot. Could this be what our bambara slave used to call Fugundo the secret of nothing? But I answered to myself, "no it cannot be. For this is manifest, and can be seen, and it is beautiful." In the sight of such dumbfounding wonder, the Fulahghi beasts became even more violent. They whipped us down the hill toward anguish. They forced us down the hill into panic. Then one of the bandit's chiefs began shouting in every language that he could, "you damn idiots, it's only the sea, it's just the sea."

I had been told stories about the sea. How it swallowed people. From the sea, I had been told, came the White men, those who came to trade. My grandfather told me that during the great days of Songhai¹⁴ a Korei-Farma was named. He was the minister in charge of the White minorities that lived among us. But those days were gone now, and here we were, with no place to remember great Timbuctu, with no place to hail the enchantment of Djenne.

They forced us into panic, as the cry went out among the women that White men ate children. We were very close to mutiny and after two attempts to escape, we were rounded up and ropes were put around the necks of the mothers permanently for the first time.

And as we came out into the open and were forced into what they call the "square", some of the men began to curse the Fulahghi. Others begged the Ancestors that they be wiped out from the face of the Earth, and that there be no memories of them in the years ahead. We prayed that their descendants would be sterile. Others prayed fervently, "May Allah curse them. May they be cast into eternal death."

The "square" was a large patio with thatch huts. They were not round as they should be, but square and I guess that was the origin of the name. The whole place was surrounded by high walls, made of excellent timber, and permanently guarded on every side by the Fulahghi bandits. A small stream ran through the Square.

We were organized into small groups, each with its own overseer or owner, and, band by band, taken to the water, untied, washed and the men shaved. We were then given an unusual serving of food, with meat, and later chew sticks to cleanse our teeth. Our hands were tied behind our backs, and women rubbed our bodies with palm oil. Finally, we were told to "rest."

So we went gradually from awe to anguish, then to panic, and finally terror overcame our souls, when the overseers took the first group of captives out of the camp. Those were the "king's slaves", and I was among them. But, as I was soon to discover, the name did not

14. Songhai: An Ancient African Tributary State.

apply. For the people enslaved to the king in my country were privileged men. They were the defenders of the princes. They were so dignified that they had representatives in the Council that elected the Damel, our king. And they sat with full powers, as one of the four parties. I was among the enslaved of this so called "king." And as I was ushered toward the sea, I saw him for the first time. The "king" was a rather young man, not very tall. In fact, the enslaved men were evidently stronger and manlier than the Fulahghi bandits, and their king was the least among them. Although he wore a luxurious cloth over his back, tied elegantly on his chest, and had a band around his head, there was nothing royal about him.

He inspected us as if we were animals, and satisfied, lead the way. Twenty-six of us followed him –fifteen men, five children and six women. The men, coupled at the neck, were forced to walk briskly behind the "king."

As we came to the beach the gang stopped us. The "king" and his guards made way toward...

So that was it!

We advanced slowly now, while the "king" conversed with the White man. This White man was all covered with clothes. I guess it was the sun. Maybe he came from a very cold land. His whole body, except his face, was covered. He wore a hat, closed sandals on his feet, and his hands were also covered. He stood surrounded by his own guards who were also white-skinned, but wore less clothing. To the right of the leading White man, there was an odd collection of artifacts, including iron bars, bronze bars, glass, mirrors and many other items, some of which I had never seen before.

The "king" and the White leader argued for a while, and two by two, we were moved over behind him. One of the White men, who we later learned was the medicine man, examined us meticulously -teeth, arms, eyes, and to our shame and disgrace, they did not even respect the women's breast and genitals. One of the captives was not accepted, because he had some sort of sickness called "yaws", which I had never heard of before. The "king" mounted in rage and ordered him to be executed immediately.

After examination, they again bonded our hands, this time with iron cuffs. And we finally faced the sea. At some distance, the White men's vessel could be seen, a very large boat with sticks pointing to the skies, just like it was depicted on the paintings from the Kingdom of Mali¹⁵.

Later we were forced around the Tree of Forgetfulness¹⁶ and then into the boats; forced to become the outcast, the helpless, the useless, meat for the White men.

And they will eat my liver, these White pagans; I know they will, trying to capture the essence of my being, hoping to thrive on the strength of my heritage. Allah, what an all-encompassing feeling of terror, grinding my bones! May the Ancestors come to my aid. I will not be a slave! "Before I be a slave I'll be buried in my grave."¹⁷ And in this way I will come home to the Father in Heaven. I will be in his glory.

So I jumped out of the boat into the warm waters of the sea.

—Don't do it—a man shouted to me in my language, but it was too late. The sea was soft, welcoming, as a natural caress. I heard the shouts of the guards as I jumped overboard. My lungs readily took in the salted water, and I opened my eyes to see for the last time the bright sweetness of life. I saw the figure of one of the guards, trying to reach me, but I was already way down, far out of his reach. And I went down, down to freedom, down, down, down into the bliss of Allah.

15. Mali: Ancient African Kingdom. Maintained active commerce with Western Europe.

16. Tree of forgetfulness: A ceremony enforced by some slave traders to sort of "brain wash" the Africans. The idea was to break off all psychological ties with their people.

17. "Before I be a slave": Line of a gospel song.

First Route of the Body

PART TWO

The Middle Passage

First Route of the Body

It should have been dawn. It should have been brighter. But the cabin was dark and very cold. She just could not get over her confusion. Although the cabin was dismal and chilly she could see the huge body, close to hers. She extended both hands in an effort to push it away. But it was not that near. So she held her breath to avoid the repugnant smell of bad breath coming from the body's mouth. Its eyes were red. Tears emerged copiously, and as it submitted to the laws of gravity, it mixed with the strange fluid dripping out of the body's nostrils. For the first time in her life she discovered the odor of earwax.

The body came closer. Now she could touch it, but she didn't dare. It had become too repulsive. She wanted to move her own body out of the way, but there was no response, except for the paralyzing effect of horror. Bodies sweat. Bodies produce gas. Bodies belch. Bodies expel the remnants of drink and food; and bodies like her own continue the monthly cycle of life.

The warm liquid on her naked legs soon became a nasty sticky nuisance, as it decomposed in the cold of the morning. She was there, close to the other women, seeking from their bodies the warmth she tried to give, sharing life even with those who had chosen death, refusing both food and medicine. Like the girl from the Gabon region who announced to all that "soon we shall be no more in the land of the living." A few days after she was brought on board, she began to

loose weight, and refused both food and water. They whipped her to make her eat, but she kept her teeth together even unto death.

And now there was this other huge body. She got up as if to look toward the men's quarters. She could remember the stench that always came violently from between the decks, where men tried to breathe. If only they would open the hatches early today.

Memories flowing like an inner force building up. The nice warm afternoons, when we gathered beside the stream to wash our clothing and ourselves, seemed now long gone. All the women clad in a simple dress that hung elegantly from our waists. There to gossip. There to fill our jars with water, chatting, leaning on each other. There together, to help each other lift the jars from ground to shoulders. And above all the songs, the slow chanting that came from the very depth of our bosoms, and made its way over the air into the vast territory, as a reminder to all that we were the rightful inhabitants of that land and a happy people.

The body was not lying on its right side, as it should be to protect the heart. It was not packed as usual, the taller with the taller, selected for the widest section of the vessel, the shorter with the shorter near the bow. The body was suspended over her, with all the sweat and the filth, with the stench that made people sick. Could it be one of the constables planning rape? No, he wouldn't dare. He knew that if he did that to any of the sisters, that would be the end of his life. It could not be any of the enslaved men, because although they did not have their manacles on, these had been replaced by leg-irons, so they were fastened to the ground in pairs. No, this body was not the body of any of the enslaved Africans, nor of the constables. Nor was it the body of any of our captors, for none of them would come to the "hole" or to the cabins at night.

But memories persisted, the memories of cotton and spinning wheels. The men working leather, making weapons from iron bars. Her mother and father crouched in the yard at sunset reading the Koran. And her brother, talking about his plans to travel to Mecca some day, to follow the path of Mansa Musa; dreaming that some day he would be a poet and an architect like Es-Saheli, and even may be

able to see Andalusia. Dreaming about the glories of the past, hoping that the statesmanship of Askia Mohammed would surge again, and that his people would once again be powerful as they were before El Mansur sent Judar, the Spanish commander, across the desert with his four thousand Christians.

Her people fought bravely and El Mansur's mercenary army was reduced to less than five hundred at the end of the war. But swords, spears and bows were to no avail against gunpowder and firearms.

Her brother used to dream those dreams, a mixture of nostalgia and hope. The past and the future blended together in his head, dimming the present. He hated the Moroccans while despising the Fulahghi who were then not considered a serious threat.

But now, the body, coming closer. Closer. No, not closer. Becoming one. She was becoming one with the body! This body with its Yayah odor. But, was it really Yayah odor? It was becoming Yayah stench. Although it was not exactly Yayah stench, but rather Sumani stench. No, not Sumani, not Yayah, but a Yayahsumani stench. She could not remove herself from the body. She could not stand the stench. It had become too repulsive. And she felt the agony of bondage, the force of putrefaction in that body that was hers, theirs. For their bodies had become the body defiled. Bodies sweat. Bodies produce deadly fumes. Bodies burp.

All day life went on as usual. It was a sunny day, and they kept us on the deck for a long time. The women on one side of the deck, sitting or stooping beside each other; the men, shackled together in pairs. At midmorning, meals were served, consisting of the usual pint of rice, and half a pint of water. There was an intense calm on the ship, and it seemed to advance at a very slow pace. In the afternoon we were served yams and horse-beans, and another half-pint of water.

After the last meal I was stooping carelessly when I felt that there was someone staring at me. Out of curiosity I turned around gradually, only to find myself staring back at the Captain. He looked at me in a rather rude way, which made me wonder if it was true that we were destined to be food. Or could it be sex? I could not help my

self –the picture of that body came to me again, sadly! What a hard thing it is to be in the agony of bondage, not being able to get rid of the force of foulness in that body that was theirs, ours. For their bodies had become the body, our body; diluted to such degree that we may never recover.

He raised his eyes to look at the sea. I looked back at my newly acquired “sisters”, some of them believers, others pagan, many high cultured women, some of high rank, princesses and slaves, old and young, all together, with no respect. At least they kept the children on deck. They would die in the hole. The cabins were no place for little girls.

No, I will not submit. I will not become the body. Never.

Late afternoon the guards began the daily routine, to have us eat yams and drink water. Then we were forced to do exercise, that is, to “jump”, or “dance” as the captors called it. Those who refused to do so were flagged on their feet until they jumped. Sometimes the Captain also required them to sing.

There was this one sister from a very distant land. She was so dignified. She painted crosses on the floor every time we were brought to the deck, and whispered prayers to Jesus. According to her, she was the wife of a rich Ethiopian merchant. He got into some sort of dispute with the Beri Beri people, who in revenge assaulted his caravan and sold her as slave. Exactly how she had come so far was not very clear, but she was on the ship when the rest of us were taken on board. She said she was a member of some sort of “hurch.” I think that was the word. A member of the “Coptic hurch” I think she said. I hoped that some day she would receive the True Word, and come into the flock of Mohammed.

She would start to sing on her own. She said they were songs of hope, yet I had never heard such rich melancholy coming from the voice of a woman. But that day we could not make her sing. She too could feel the vicious calm on the ship. The wind was dead, and as I said, the ship seemed to advance at an extremely slow pace.

After the singing and the dancing, the guards began hustling the women back to the cabins, and the men to the hole. But surprisingly, two guards singled me out, and led me on a very unusual route.

Before I could understand what was happening I found myself being forced into what I soon discovered was the Captain's cabin. The two guards held me by the hands and feet on the bunk while a white medicine man searched my vagina without scruples. As I kicked and bit and screamed calling on the Holy Name, the medicine man's kit fell on the ground. When they turned me over on my belly to paw between my buttocks, I saw a little knife, and I knew that that would be my defense. It was placed there by the power of Allah. No doubt about that. So I calmed myself as much as I could, and let them do what they wanted to.

I had not been aware of the Captain's presence until I heard him shout. The other men backed away. So I let myself fall on the ground, to hide the knife. The guards picked me up diligently and threw me on the bed. The Captain told them to leave, but one of the guards did not obey, indiscreetly staying behind. When the Captain saw him he got into a fit of rage and threw a handspike at him. He struck him with such force on the breast that the fellow fell on his face. The other guard and the medicine man heard some filthy expression shouted in protest as he fell, came back, and hauled him out of the cabin, leaving traces of blood all over the place.

Then the captain looked at me for the second time that day. This time I had no doubt: it was not food, it was sex. He came closer with a horrible smile on his face. My blood went cold. The whole world seemed to have come to a halt. He went to the table and poured liquor from the decanter into a cup, and drank briskly. He then poured more into the cup, and came over to have me drink. Of course, I refused. So his smile changed, and I prepared myself to receive a blow as savage as the flying handspike. But he used his bare hand this time, first his open hand and then his fist, and before I could react I felt the violence of liquor in my mouth, and in my throat. So I drank a bit to appease the captain. The smile was back on his face again.

And suddenly the grunts, the wild grunts, the bruise on my body and then in my body; the smell, a new smell, not coming from his body but from his clothes, and the odor of liquor on his breath. Bodies

belch. Bodies like his own, desperately seeking pleasure; the same pleasure that he could get from striking his own guard in the heart; the same pleasure of a good meal, the same pleasure of command. Then the bellow, and the words, they must have been nasty words, and the warm liquid on my naked legs, soon to become a nasty aggravation, as it decomposed in the cold of the night.

He got up and went over for another drink. And he cleared his throat as he drank, again and again, as if he had to drink himself away from reality. He then came back and tried to repeat his "manly" deed. But by now he was very drunk, so he tried for a while and then fell asleep.

It took me some effort to release from the weight of his body. I succeeded in getting him lay on his back, snorting loudly, and bent over to get the knife.

Memories. It was long ago. It was before the Wise Men of Islam came to my people. My great-great grandmother was forced to restore the dignity of our clan. Her brother had been king far beyond the eight years that was then allotted to kings. The council had come to a decision months ago, and had told him that his reign was over. But my great great-grand uncle decided to remain in power. He had a large amount of very faithful enslaved guards that were willing to die in his defense. Since he would not give up the royal shaft, the council ordered his execution, but no one could fulfill the people's will, because of the guards. So one night, after trying in vain to convince him to just drink the tea and lie down and sleep his way off into the land of the Ancestors, my great-great grandmother took a knife. A knife, very much like the one I now have in my hand, and she cut his throat just like this, and he drowned in his blood, just like this, and she took a cloth, just like this one and dropped drops of his blood from the bed to the door, just like this, so all would believe that evidently someone managed to evade the strict vigilance of his faithful slaves.

She drank directly from the decanter, may Allah forgive her, and threw herself on the floor in the corner, and slept. The day was very much advanced when she finally awoke. She was on the deck, and

they were flogging the other guard, whom they blamed for the Captain's death. More than sixty lashes. Then they rubbed pickles on his wounds. What was to be her lot? She tried hard to stand on her two legs, but fell over in dizziness. She sat for a moment, trying with all her might to recover control of herself. She begged for just one moment of soberness. She looked at her feet and her hands, and found out to her surprise that she was free. Only White men and the captive children were on deck. She was the only woman among them. Someone was supposed to guard her, but did not do much because of her state of intoxication. So this was her moment. Her only moment!

The children later told the story. She jumped to her feet, panting like a wild animal, struggling to hold her breath for a moment. The children said that it was at that very moment that someone shouted some words that sounded like "heyu de" or something of the sort and that seemed to give her strength.

She did not turn to see who the voice came from. She ran. She ran across the deck and leaped, and it was only then that they saw the rope around her neck. She leaped up into the air, the children said, and they could hear her body bouncing against the side of the vessel. The White medicine man came running after her. For a moment he bent over the side of the vessel, watching the body bounce back and forth. He took a sword from a soldier, and cut the rope, letting the body loose to disappear in the jaws of a hundred sharks.

Second Route of the Body

All day life went on as usual. It was a sunny day, and they kept us on the deck for a long time. There was a vicious calm on the ship, and every thing seemed to move slowly.

I was stooping carelessly when I felt that there was someone staring at me. Out of curiosity I turned around gradually, only to find myself staring back at the Captain. He looked at me in a rather rude way, which made me wonder if it is true that we were destined to be food. Or could it be sex?

He lifted his eyes and looked out over the sea. I had passed beside him when we came on board, and I knew his eyes were blue. They were as blue as the sea itself. I looked back at my newly acquired sisters, believers, pagans, some of high rank, some slaves, old and young, all together. And I knew that I could not keep myself from being caught in the force of foulness, in that body that was ours.

So these were her sisters. The term was not hers. It was used by one of the elderly women to calm a dispute. "Stop fighting each other. We should not act like enemies, we are sisters now." Among them were a very rebellious lot, indeed. They spoke a language she could not understand, and called themselves "Brong." The elder sister told her that they were "children of the keeper of the drums" and distant relatives of the Yayah people.

In the late afternoon the guards began the daily routine, having them eat rice and drink water, and then getting the women back into the cabins and the men to the hole. But two guards unexpectedly singled

her out, and forced her by a totally unusual route to what she then discovered was the Captain's quarters. A white medicine man came and signaled that she should lie on her back. Reluctantly she obeyed. But then there was this body, red eyes, shedding tears, the strange fluid flowing from the nostrils, the mucus and the odor of earwax.

She wanted to resist, to move her own body out of the way, but the paralyzing effect of horror kept her still. Bodies sweat. Bodies produce gas. Bodies belch. Bodies expel the remnants of drink and food.

The doctor fondled her rump, while the guards watched in delight. Then he said what she thought was "chiscleen" or something of the sort, and the captain took over. He ordered them to leave. He then went to the table and poured himself a cupful of drink from the decanter. He drank desperately, as if he had to do so, as if obeying an inner drive. Then he offered her a drink. She hesitated, since in the tradition of her family it was not proper to drink liquor. But there again were the red eyes, the tears, the fluid, the odor of earwax, the sweat, the gas, the belch, the paralyzing effect of horror. And the urge to survive, to live on in any way, because any life is better than no life. So she drank. The captain smiled.

He then pinned her down on the bunk and began the litany of grunts. That was the first time she had come that near to a Christian. The wild grunts, the bruise on her body and then in her body. The smell a new smell, not coming from his body but from his clothes. The odor of liquor on his breath. Bodies belch. Bodies, like his own, desperately seeking pleasure —the same pleasure that he could get from hanging a cabin boy who broke a glass. Yes, the same pleasure he got from a good meal. Then the bellow, and the words, it must have been dirty words, and the warm liquid on her naked legs, soon to become a nasty annoyance, as it decomposed in the cold of the night.

He got up and went over for another drink. And he cleared his throat as he drank, again and again, as if he had to drink himself away from reality. He then came back and tried to repeat his manly deed. But by now he was very drunk, so he tried for a while and then fell asleep.

It took her some effort to release herself from the weight of his body. She succeeded in getting him to lie on his back, snoring loudly. She got up, went to the table, drank directly from the decanter –may Allah forgive her –and tossed herself on the floor in the corner, and slept.

Next day she had become the Women's Overseer. She had extended both hands in an effort to push the body away. Now she had clothes to protect her body from the cold, and some extra food.

I want you to translate for me.
—Tell me...
—You said you speak his language.
—Yes, I do.
—So then, will you translate for me?
—Of course, if it's only that...
—We have to make some agreement with them. We are really
definitely I am black. Black indeed they are water of... So we must
be your kind. Besides, they are giving us more food. They are even
giving us some new clothes. Whenever they intend to go with us, it
means that they have made a decision, not of us.
—Really? Are they not...? Perhaps you sleeping?
—Can you...
—No, I am very awake tonight. My head very very... to tell
you something.
—Can you...
—The...
—A large number of people from our village were captured.
They are also mounted on horses on horse. Well, I mean,
there were around fifty hundred captured on horse and without.
And there are five soldiers among them. We can resist to be a people
and if we wish, we can all keep together. Since we have been able to

The First Route to Mutiny

I want you to translate for me.

—Well, eh...

—You said you speak his language

—Yes, that's true

—So then, will you translate or not?

—Oh, yes of course, if it's only that...

—We have to come to some agreement with them. We are ready. Yesterday I saw birds. Birds cannot live on water alone. So we must be near land. Besides, they are giving us more food. They are even trying to cure our bruises. Whatever they intend to do with us, it means that they have to do it somewhere, not at sea

—Wahkey. Let me see. Am, er... Papah, you sleeping?

—Can you?

—No, I am very restless tonight. My Chief over here wants to tell you something.

—Let him speak.

—He says, speak.

—A large number of people from our village were captured. There are also around six hundred Yayahs on board... Well, I mean, there were around six hundred captives on board; men and women. And there are two elders among them. We can continue to be a people and if we wish, we can all keep together. Since we have been able to

talk, not one has tried to kill himself. Yayahs are an admirable people. Our elders have given consent, and they have elected me to be the Leader. I am from the chief's family. If we return to our land, all I have to do is to report to the King, and let him decide who will rule the village. If we never get back, then wherever we may be, we will kindle the fire and survive.

—He says 'congratulations', that he wishes you the best. But that now, having heard your desires he wishes to try to get some sleep.

—Tell him I respect his desire to sleep, but that I have something else to say, and that his opinion is necessary.

—He says to speak promptly, to go to the point.

—If we could free ourselves and come to a land where we could defend ourselves, would he support us? Tell him that I know that there are many Sumani on the ship, and that although they may not be from the same village, they speak dialects of the same language, and are ruled by the same king. So if we break away, and succeed in establishing our domain on a certain territory, would they support us?

—He says you are loosing your mind. A people are a people if they have their own land; the land of their ancestors; the territory that contains their cemeteries. There is no way you can remain a people, without your Sacred Land.

—But, does he really believe that we will return to our own land?

—No. He says that the waters are too wide. We do not have vessels that could take us home. We do not know the way. We are dying. We do not have weapons, and anyway, our swords and spears cannot combat cannons. To begin with, how can you get us out of the chains? He thinks your ideas are wild.

—We have a plan. I swear. By Odomankoma¹⁸. Except God!¹⁹ By Asase Yaa, our Queen of the earth. And as you have Xango, under whose protection we will go to war. And as some of our brothers have Allah.

18. Odomankoma: God as the Infinite.

19. Except God: (Gye Nyame): An expression from Akan. "No one was around when everything started and no one will live to see the end of everything. Except God!

—The godless White man has defeated your gods. Our bodies are destined to be food, food for them and their dogs. They will eat our livers. They will consume our essence. And that way we will never be a people again. The only possible solution is to die. To lay down our bones right here at sea. Did you see the sign my brother made? The young man that jumped into the sea yesterday? He was my brother. At the very moment when he went down, he raised his hands up above the water and waved his triumph. His victory. He had set himself free. He could return to his ancestors, to our ancestors with pride. He could return to his land in spirit, and be born again. God's willing.

—I understand your words, and respect your thoughts. But let me add that the tiger waits for his prey. I have a plan. We can break out of bondage as soon as land is in sight. We can make rafts; there is plenty of wood on the ship. We can make our way into the territory, and establish ourselves. We can try.

—He wishes you well.

—Help us.

—He considers it a waste of time.

—And what do you want your time for? What else can you do? You must live or die. If you give in, according to your words you will become the food of the wicked. So you will die a humiliating death. If you kill your self you may be able to return. But you may not be able to kill yourself in time. But if we fight... That's a good way to use our time.

—But then we become your servants, or the servants of the Banyoro, or of the Brongs.

—We will establish a common government. You will have a seat on the council. We will respect the Sumani people, if you can remain a people. Many of us may die in battle. But at the end, we will be a people. Not the same people that we were. We shall become a new people, mark my word, it will last, Except God.

The heat was at its highest at night. The air was scarce. Men, at night, could not breathe. They had already used too much air to exchange words. They had caused too much uneasiness trying to

make themselves understood to each other, because they were so packed together that the slightest movement of one caused the uneasiness of another. So silence finally came into the hole. But many had overheard the conversation. Silence became so dense, it was almost concrete. For some reason, some of them had not become the one collective sweating body.

—“I am not one of you”, said a voice, breaking the silence. I am neither Sumani nor Banyoro, or Yahah, or Brong, or Yoruba. I was one of those captured by the Fulahghi when I was a young boy. Now that I am old they sell me out. I am almost dead. But if I can be of any help, count on me.

The chief smiled.

—Bless your soul, old man. Bless your soul.

Next day they saw bramble in the water. The chief sang his Nyame²⁰ song:

Gye Nyame.²¹ Gye Nyame.
When the glorious morning comes your way
And the Sun shines on the stranger's sand
Yield to the rhythm of the Festival Day
All your power comes from land
Gye Nyame
Yes all your power comes from land

And the deck joined in the chorus,

Ob yes, ob yes!
Waiting for Festival Day
All our power comes from land
Gye Nyame.

And as they sang and jumped and beat rhythm out of the ship, the captain commented to the surgeon that the slaves were finally accepting their lot, that they were getting rid of melancholy at last.

20. Nyame: God as Supreme Being.

21. Gye Nyame: Except God.

The next night plans were explained very carefully. The drummer had had a swollen foot when he was put into chains. Now his foot was not only back to normal, but also rather lean. It was easy for him to get out of his iron legs. His leg partner will "die" tonight, and so will a few others. This will force the blacksmith to come down, along with the doctor. Then the dead will have to be taken to the deck. But since there is no space, since we are so packed together that no man can move without great effort, they will have to cut the drummer's foot loose from his dead mate. He can loosen his other foot. So he and one of the constables will take care of the White blacksmith. We need him to get rid of the iron. The man will either work or die. But if he will not work, I think once we get our own blacksmith free, we won't need the White one any more. The constable must go up among the dead. And the women will then get into such madness as to distract the crew. And then the constable must reach the cannon, get rid of the guard and point the cannon toward the captain. But he cannot do it alone. So as soon as enough of us are free we must. . .

It could have been the constable himself. In fact, I think it was the constable. My father reared him with love, the very same love he showed to all of his children. The fact that he was the only son of my father's third wife did not make him special, but in no way was he degraded. He had the care and love that all of us got. In fact, he was admired as a bright young man, and every one was convinced that he was to become the most outstanding hunter in the history of the Yayah village.

Anyway, all that is now of no avail for here I am, the rope around my neck, the bruise, the sore, the sweat, the salt, the lashes on my back, one after the other, again and again, until my mind goes off in a haze, as my body loses blood, and as if it was not enough, the salt, salt on my wounds, and now this, the cannon, the cannon pointing directly at me, I could feel it, I could hear rage drumming in the hearts of our people, that we had been defeated, not because we were outwitted by the enemy, but because someone had decided that it was to his advantage to turn us in. Defeated by ourselves. We are dying.

The women screamed as they heard the explosion and saw the body disappear. They screamed as they saw the blood spilled on the deck. They screamed as they saw the head fall from the rope, and roll for a while before it came to its final halt. The women screamed all evening. And, in spite of the efforts of the constables and overseers, the women defied the night with their screams.

Second Route to Mutiny

Day came, and with the new day, hope. It was the day so long announced. The day of rebellion. “Khepera!”²² the constable said and went up to report on the dead, as the guards opened the hatchways. The doctor came down, as expected. There was no explanation given about the death of such healthy men.

The drummer boy’s mate was a strong man, although he had been suffering from melancholy for several days. But yesterday he was in good health and now he was dead. That was not unusual. What was unusual was that there were four dead men the same night. The doctor summoned the White blacksmith, because there was no way the men could get out of the hole if they did not first remove the dead bodies.

The doctor was occupied, coping with another captive who could not breathe. The blacksmith, who took great pride in his profession, had freed three men’s feet and was occupied in freeing the fourth from the last dead body, when the drummer broke loose. He and one of the constables quickly took the first dead body up the stairs, with no objection on the part of the guards.

—Many dead. The Sumani king is dead—the constable shouted, as they ran to the area termed “hospital.” The women were already on the deck and they heard the constable shouting “it seems like Festival Day” and it was then that the confusion began. The women screamed hysterically. A bunch of them threw themselves on the ground, convulsing and crying out with such desperation, that even the cook

22. Khepera: May all be well.

stopped his morning labor to look at the strange malady. The captain himself stood in Amazement. But most significantly, the guard who stood by the cannon with fire ready to blast the slaves into oblivion if it was necessary for the crew's survival, was distracted long enough to lose his life. In no time, about forty daring men, yelling with all the courage of their brave clans, holding on to the remembrance of their homelands, came on deck, armed with pieces of broken water-casks and wood planks found in the hole. Moving fast they managed to disable a good number of the White hands, and they had others, even the wounded, defending themselves as well as they could with handspikes or whatever they could snatch. The White cook managed to spill scalding water over the rebellious Africans, thus rendering some of them useless in the struggle, while a few jumped overboard. The guards, astonished, recovered in time to rescue the cannon. But from the hole came more men, five, ten, fifteen more, spreading over the deck, grabbing swords. And the women, recovering from their fit, attacked with everything available.

It seemed the desperate effort of a lost cause, since the guns succeed in cutting off the lives of the enslaved as they came out of the hole. Most of them managed to advance one or two steps, only to fall wounded or dead. Only a few managed to protect themselves, but that was all they could do. However, the struggle for the cannon continued, and suddenly a tremendous blast brought the conflict to a still.

The chief managed to stand on his feet for a moment. He saw the bodies of many of the women mutilated, among them his sister. He saw the headless bodies of White men, and the bodiless head of the Captain. The guard who had fired the cannon stood there, trying desperately to make sense out of this nonsense. Petrified as he was, he did not react when someone tossed a hatchet at him. He just stood, as long as he could, and then fell on his face, bleeding to death.

The chief saw land as he expected.

—Capture all the White men” —he ordered— and build rafts. We must make it to the shore. Take food. Take water. Take all the tools you can.

The Half-Breed on His Way to Havana

I was sound asleep in my cabin and very well at ease with my dreams when my door was kicked open violently. I reached for my pistol and knife but it was too late. Before I could actually do anything, I was reduced to impotence. Two men had my hands held tightly and a third had a knife at my neck.

—Just move, you damn worthless half-breed—one of them said to me—and I'll cut your throat.

They brought me out into the night, and as the lantern's light made me realize that I was in the presence of Orwell Boxman, I went pale. I knew I was in trouble. I owed him five slaves out of a deal that took place between us at Kamba. I had not paid him because, in the first place, I was totally convinced that he had already had huge gains out of the bargain, and secondly I had moved out of Kamba and hoped never to see Boxman again. I was now caught in a debt of flesh—a slave bargain that I had not honored. I immediately jumped to my own conclusion: I could be kidnapped and sold into slavery.

—Boxman, Boxman...—disconsolately I called out his name—Boxman, let us make a deal.

—Shut up, you bastard!

It took me a little while to calm down. The men let me loose, but I was petrified, incapable of movement. I went into a frenzy-like panting, as I faced the dreaded moment when, because of my "black blood" I would be put into bondage. I had feared that moment all these years. Even when I was a successful player in the slave trade,

making my living at it, I never felt secure enough. Personally, I did not consider myself a Negro. And, frankly speaking, I could not understand why, being a half-breed as I was, I was always placed in the rank of the Black people. My father was White, my mother was half White. Out of what logic should I be considered Black? In fact, my skin was light brown. In any case, since I am not White or Black, I should be considered Brown, but not Black. And that was the only thing I appreciated about Orwell Boxman, that he never called me a Negro.

—Listen carefully to me, Half-breed—he said— If you don't want to leave this world right away. Remember you don't have anywhere to go. You can't go home to your ancestors, because they won't accept the White part of your soul. And there are no Mulattos in the White man's heaven. So you better make the best of this life. You are going to hell. The devil is the only one that accepts people like you.

Orwell Boxman and his men laughed outrageously. I looked at them grudgingly, my dread turning to hate.

—There's a ship up river, eh?

—Yes, Portuguese.

—Cargo?

Life came back to me. I could sense that his interest in me was not because of the debt of flesh. He had some sort of macabre plan going on in his White head. So I assumed the role I knew how to play very well.

—That is information. There is a price on information, you know.

—Yes, your throat.

Chills went through my body once more. Danger was not over. I had to outwit him. I had to use my African part to survive.

—Oh, well, uh... I guess there are some two hundred slaves on the boat.

—Great. Now listen carefully, Half-breed: I need a pilot. I mean someone that knows the river well. So this is your chance.

—I can do it, but you can't expect me to work for nothing.

—First I'll forget about what you owe me. Second, I'll give you a good reward if you take us up to Kakundy.

We discussed the reward. It was more than I expected, and although I did not trust Boxman, I felt happy.

By late morning I was on board, heading up the river. This was a good chance for me, a small Mulatto fish. I could take him up the river all right and then collect my reward. Then I could get back to shore and sell information to the Portuguese authorities. Life seemed to smile at me. That was normal: I was always lucky in the rainy season.

Early at night Boxman's spies came hurriedly back to meet the ship with the news. The target was just a few hundred yards ahead on the river, anchored to spend the night. We quickly manned the ship and armed ourselves with an adequate supply of guns and lanterns. Boxman did not trust me: he had kept his pistol loosely pointing at my head all day. But now, getting excited, he seemed to regain confidence.

Hidden by the darkness of the night, Boxman and his men leaped aboard the enemy's vessel like vampires attacking their prey. They yelled as they assaulted the ship, firing their arms into the air. The sleeping crew awoke to panic, and almost by instinct took refuge under the hatches, and then surrendered. I was ordered to take the helm and at dawn we aligned both vessels. One hundred and ninety slaves were transported to the other ship along with the supplies.

Boxman left the vanquished captain on a small island on the river, with six of his top men with supplies for three days.

—It will take them some time to get to civilization. The poor fellows will have to do a lot of swimming. In the meantime we will be gone.

Some of the members of the captured ship joined us. Others were left on the sail-less ship, to be rescued, make their way to the village or to the Portuguese post up the river.

I asked to be left in the village, but Boxman refused. He said he did not trust me. Anyway, he promised that as soon as we got to the river mouth, I would be paid and I would be free to leave the vessel.

Dark clouds covered the July skies, and rain pored fiercely, keeping the schooner bound to the coast alongside Cape Verde for ten days. Much to my delight, Boxman paid me, but there was no way I could get to shore. I thought the rain would submerge the vessel. The

men were in a gloomy mood, because the longer they were pinned down, the greater the danger of been caught.

Boxman's fears were well founded. On the morning of the eleventh day the rain subsided. At about nine I was preparing to be taken ashore, when we spotted a man-of-war²³ heading towards us. Boxman was extremely nervous, and he had reason to be. In many cases pirates were put to death on the spot.

—How did the news travel so fast? —he asked himself while staring at me.

We took advantage of the breeze that had sprung up after the lull and dashed away like a deer in fresh wind. The slaves were shifted as was convenient to help speed up the vessel. We tossed overboard whatever was not indispensable. The man-of-war shot at us twice and almost hit us. Boxman, out of feelings rather than out of reason or craftsmanship, ordered a light change of direction, and to everyone's delight we raged ahead faster on the new course. The Portuguese warship continued shooting at us but the cannon balls fell shorter. By noon we had advanced far beyond reach. Early afternoon, only her top-gallant was visible above the horizon.

Now, that was fine for Boxman and his men, but only partially beneficial to me. I would surely have ended up in Brazil as a slave if the Portuguese had captured us. But what now? I had escaped them only to be carried away on an unexpected and very much undesired journey to the Antilles, where, if my luck failed, I would end up a slave, and if it didn't, I would be unable to get back to Cape Verde.

I spoke to Boxman about my lot. I was absolutely desperate. I had left some iron bars hidden under my cabin floor, a small leather bag with English pounds in the roof, and a sack of cowrie²⁴ shells in a false well in the yard.

Now, on the subject of Mulattos, I had heard too many stories—the good ones and the worst ones.

23. Man-of-war: Armored ship.

24. Cowrie shells: used as coins in some parts of Ancient West Africa.

—A boy like you could live like a king in Saint Domingue. You could be an official in the army if you were in Brazil —some of the voices said. But others heralded disgrace.

—Behave yourself, boy. In the West Indies you would be no more than a houseboy.

So going to The Indies was an absolute risk. Much to my luck I had a very good command of languages. For that reason, as the days went by I developed a close relationship with the crew. One of the sailors, a Spanish lad who joined us from the Portuguese ship, told me about a conspiracy on board to get rid of the Captain. One of those who joined us, a top officer, planned to kill Captain Boxman and claim the cargo. Our arrival at Saint Domingue would be the signal. He had the support of two of the five that joined us at Cape Verde and four of Boxman's own men.

I could not believe my good luck. I wrote the names of the mutineers down carefully and spoke to eight of the Black constables in the Sosso language. I told them that Captain Boxman was a good man, and that some of the "evil men" that had captured them before were on board, and planned to take over the ship and sink it —slave cargo included.

No doubt that was a very important move, to assure the support of the slaves if needed. The constables had noticed the presence of the officer, and the Captain had treated them better since he had more food and water on his vessel. So it did not take much effort to convince them.

After getting the support of the enslaved, which in a way was an investment in my own security, I spoke to the Captain. He quickly secured the arms. From the arms chest he supplied a couple of pistols to each of the loyal Whites, and a knife and a piece of cutlasses to the Blacks. Boxman very promptly seized the villains, and, tying them to the mainframe of the deck, in no time court-martialed them. He used the cat²⁵ to force confession from the culprits. The sentence, pronounced by Boxman himself, in the name of the jury, was very

25. Cat: A medieval instrument of torture.

clear and was executed immediately. The ring-leader was thrown overboard with no further thought. The other men were whipped and they were held in irons until after the ship landed and the cargo of African slaves was unloaded.

The support of the constables in preventing the mutiny was favorable to the slaves. The Captain asked me to speak to them. He explained that we could not go back to their homeland, but that they would be taken to a good land and would be kept together.

Shackles were taken off during the day, and mixing was permitted among the sexes on deck. Some of the sailors, as the days went by, even shared some of their biscuits with the Black overseers. Sheets and tablecloths were torn to pieces and handed out to the women, to make their waist ties, which they were allowed to use while on deck.

I was totally amazed at the Captain's conduct, and only later did I find an explanation. He had to assure the loyalty and respect of the blacks, in order to place his illegal cargo with the least possible disruption.

The rest of the trip went by without any particular adventure, except for our encounter with nature. We were sailing in a pleasant Caribbean afternoon, near Turtle Island, when the Captain called my attention to a low bank of cloud ahead of us.

—Danger—he said.

It seemed at the moment a very foolish thing to me for us to be concerned over a white cloud. The day was indeed a clear one, and all of us were on deck. We had just eaten dinner, and were taking advantage of the fresh air and the Captain's good mood, before we begin the never-ending daily ceremony of getting the slaves back into the hole and cabins.

But before I could find the right words to take the Captain's mind off what I considered a vain concern, the cloud had advanced rapidly in our direction, speeding itself over sky and water.

The Captain began shouting "A squall, a squall!" Then there was a sudden blast, like a thunderbolt, exactly over us. The mainsail of our ship burst into shreds from the bolt ropes. The deck was quickly inundated with sea water, and both slaves and crew hung on to the ship to save their lives.

The squall went as rapidly as it came, taking the lives of two Black children.

That night while sipping gin, the Captain confided to me that we were not heading for Saint Domingue any more. He had no papers, no manifest, no register, and no consignees. So he was heading to Cuba. Because of the precarious legal situation of the cargo, he had to exercise a very unusual degree of caution. That was the reason why he had worked so hard to gain certain trust on the part of the slaves. Now came the next step: to select an appropriate spot to land. It had to be a place from which he might communicate with the proper persons to place his cargo safely and profitably.

The day after the white squall our schooner was drifting with a leading breeze along the southern coast of Cuba. And as if it was a blessing from Heaven itself, we soon found a secluded cove east of Saint Iago²⁶. After landing safely, the Captain, myself and four other men made our way up to a rancho. The owner was eagerly cooperative. He rented us a spacious barn for the slaves, and his family prepared abundant meals for every one.

Once we had secured the cargo, the Captain and I mounted on well-fed horses, and, led by a guide, headed for Havana. Our guide had many questions about us. Taking advantage of my knowledge of Spanish, I answered with a lot of sweet talk, and had him spit out all the gossip about Cuba and Havana.

We were taken directly to a Spanish gentleman from Catalonia. The Captain said we could trust people from Catalonia. And he certainly did. He spoke openly to the man, asking him directly to act as consignee.

In no time, his Excellency the Captain General extended the necessary papers. The slaves were listed under names given by the officials. According to the papers, they had arrived six months before.

By the time we got back to the ranch, the slaves had been duly indoctrinated. They were all dressed up by the rancho and his

26. Saint Iago: Ancient English word for "Santiago". Saint James.

family, and had been given the necessary instructions on how to behave in their new costumes. Only a few refused to cooperate and were isolated from the others and treated harshly.

The returns were abundant. The Captain was so happy with his success that he forgave the mutineers, gave them a good amount of money and set them free in Havana. He paid me generously.

As far as the enslaved were concerned, he had kept his promise, at least to a certain extent. They were not kept together as a people, but, as was the Spanish custom, the families were sold together, or kept reasonably close, so they could have some kind of relationship, even if it were only for religious festivities.

With the money the Captain paid me I could live for a while in Havana or accept the ranchero's invitation and work with him on his farm. One of his daughters showed special interest in my strange accent and green eyes. But I knew nothing about farming. So I took advantage of my knowledge of Africa, the Portuguese pirates, and my light skin, to open up my way in Havana. I was quickly employed by the Captain General himself, and settled down to grow rich and fat in Havana while dreaming my way back to Africa.

Scarfation

PART THREE

The Diaspora

Scataration

Now in the scataration²⁷, Nyamka's²⁸ heart sank in sorrow. Edward, the old man, looked at her anxiously. She tried to smile. Then his expression changed—now there was also sorrow in his eyes, and he looked away. It was not necessary for him to say anything. Words are not the sole conductor of thought and feelings. The spirit speaks in many ways, transcending the limits of flesh. She could not even sigh. She just sat down on the wooden bunk and silently began to cry.

A certain amount of remorse tortured her. Maybe if she had been able to maintain her integrity, if she had not panicked, if she had only been able to keep control, her son would be with her. But that afternoon, while standing in line with the little boy holding on to her, she could not bear the idea of his tender flesh being served at some White man's table. So as they both clung to each other, she could not think clearly. It was a desperate situation indeed, and poor little Newlife would not stop crying.

Nyamka was the first wife of Nyaga²⁹ and she loved him dearly. He was well built, strong, elegant, and above all, a loving man. They got married with much hope, and prepared to have many children. But a year went by with no sign of pregnancy. She consulted over the matter with the older women and housewives. She tried everything

27. Scataration: Caribbean English for Diaspora.

28. Nyamka: Name. Short for Nanyamka. Ashanti, meaning God's gift.

29. Nyaga: Name. Ashanti, meaning Life is Precious.

that they suggested. Her husband spoke to the older men of the village about the skills of love making. And he tried hard, in odd positions, at crazy hours, with all sorts of bush teas, but it was as if they had absorbed the sterility of the neighboring desert.

She became the object of gossip. That she could not bear children was a big disgrace. But when the children in the town began to make fun of her husband, and also start refusing to do errands for him, she gave in and accepted that he marry a second wife.

Sorrow crept into Nyamka's heart when, in a very short time, her rival became pregnant, and for that reason was now Nyaga's center of attention. Before the child was born, Nyamka finally became pregnant herself, turning her sorrow to joy. She recaptured part of her husband's attention, and love seemed to flow again between the two of them. Nyaga's eldest child was born seven months before Nyamka gave birth to a lovely boy, who she insisted should be called Newlife. It took a lot of effort to persuade her husband's aunt—who according to their tradition named the child. But the boy had restored her husband's loving consideration, her reputation and respect in the village. She was again the lady she had always been. No doubt her son brought new life to her marriage and boosted Nyaga's family ntoro³⁰. Finally they settled on Kwaku Esinam New Life.³¹

During the first months Newlife was a sickly child, but as the months went by he became stronger and brave. He resembled his father very much, and worked his little head off to imitate him in every possible way. They seemed very much like twin souls, with the same expressions, the same habits, the same funny way of facing life, as if the world were going to end and they had so many things to do before the big jam of life was over. He had no ill feelings for his brother, but it was very clear that Nyaga's second wife—whose name Nyamka chose never to pronounce, had to make a great effort to keep jealousy under control. In fact, in relation to his father's admiration, no one could

30. Ntoro: Family heritage, seminal root of the father.

31. Kwaku Esinam New Life: Adapted Ashanti names. Gold Baby, Born on Wednesday, God Heard Me and Gave New Life.

compete with Newlife. There was so much affinity between the two of them that the Queen Mother once said publicly that there was no possibility of Nyaga outliving his son. If Esinam—that boy with the strange name dies, his father would go with him, leaving two widows and his eldest son behind.

On the morning in which the whole family was kidnapped, Newlife was playing at the pool when word came that White men had been seen in the area. Nyamka thought it wise to go to the pool and have the children come home. It was not safe to be out in the bush, when there were White men around. No one could prove it, but they suspected that the true explanation of the mysterious disappearance of a number of children, women and two men from the village was that they had been kidnapped by White men.

As she arrived at the pond, she saw poor Newlife struggling to free himself from his captor. Enraged, she ran toward them and with teeth, fingernails and the inner strength of a mother fighting for the life of her children, somehow, managed to free him. But as they fled they were roped by other men, and taken some way off from the river.

The most humiliating part was to see her husband and his best friend among the captives. They had also come out to fetch the children, and were ambushed. And it was painful beyond description to be separated, her husband handed over to a local chief on the way as part of the payment for the right of passage.

At least she had Newlife, yet with so many changes occurring so rapidly in her life, she became very uneasy. And that afternoon, while standing in the line with poor Newlife clinging on to her feet, she had overwhelming perceptions and bereavement. Here was her son, his bravery and self confidence shattered, his body weakened by months of hardship at sea, by stale food, by lack of water, by melancholy, by longing for the warm brisk hug of his father, his twin soul. Where was her husband, the man she loved so dearly? He was the person with whom she had planned to share love, children, hopes; he was the man beside whom she had expected to grow into old age, supporting him as he gradually penetrated the inner circle of his community to take upon

himself the responsibility of eldership. Where was her husband? What right had they to break up her family, to disrupt the life of her people?

She stood there in the line that afternoon, with her son clinging to her feet, well fed for the last two days, her skin shining with palm oil.

For the very first time she became aware of the situation. In the new context, all of those in line were of Black skin. There were no White captives. She stood, facing the mob of White men. They dressed oddly. And although they pretended to be listening to the man that seemed to be the leader, they were in fact staring at the people in the line.

Panic reached its peak when the leader pointed with his pistol toward the sky and fired. Then immediately the mob headed toward the line, rushing as a wild beast toward its prey. The women shouted in desperation, and many broke out of the line. It was then that she told her son to run.

—Run, Newlife, don't let them eat you.

The boy fled.

Nyamka saw Edward leaving the shack. With him went all hopes of finding her son. No one in the region knew anything about a fugitive boy. For months she had lived on expectations. Edward told her that if the boy was captured by any of the slave owners he would find out soon. He had connections with the master's house slaves. The day before there was rumors about a boy someone had captured. Hope reached its peak for the last time. According to Edward, if it was Newlife, he could be claimed by the owner of their farm. Reunion seemed possible. And so that night she waited awake for Edward. In the pale light that she managed to keep burning, she could see his face.

But it was not Newlife. There was no life. No more life to live. No more love to give. No more hope to strive for. No more survival to hold on to. So after Edward left, the severe pain in her chest got worst. Nyamka managed to accommodate herself on the bunk. She could remember her husband so clearly now. She could see his face smiling at her. He was sitting beside her bed, with that very adorable smile that she cherished. Here he was, at last.

"Nyaga, she cried, where have you been? My loved one. They have not captured Kwaku Esinam New Life. He is strong like you. He will survive. He will live on. Through him we will survive. My mogya³² will not perish. Our descendants will live in this new land. Our ancestors will be able to come back to the land of the living. Life will go on, my loving Nyaga. And maybe some day our children will find some way to make it back home, and your two sons will see the family united. Your sons are strong like you, Nyaga. Strong like you!

As she spoke, Nyamka placed her head in the lap of Nyaga. She saw the faces of loved ones smiling. And as she smiled back at them all –grandma, sister and the Queen Mother, she could perceive the sounds and orders of the village, and just before she fell asleep she saw Nizaga's second wife also smiling. "Efua"³³ she said, Efua. And as she pronounced that name she had hated for so long, she gradually slept her chest pain away.

32. Mogya: Blood. Matrilineal heritage.

33. Efua: Name for a woman born on Friday.

The Brown Lady

I am a Black woman. So what? I am the grand niece of Juan de Valladolid³⁴. Now that is what counts. Yet here they do not know exactly what to call us. Pardos is fine for me. Or Moreno. The truth is I do not care. What is very important to me is to be called "Señora." Señora, a direct heir of Don Juan.

Our family was well respected in Algarve. The Catholic Crown raised Don Juan to the status of Alcalde de los Negros. Their Majesties, Fernando and Isabel, personally conferred such dignity on him. Black Count. That was what we call him at Algarve, the Black Count. He was a rich man – a talented, brave and well intentioned man. He applied the Crown's justice among the Black population.

On the other side, on my father's side, we are Moors. Actually my father's grandfather came from Mali, a very distant country. He was a soldier in the army of a great king, called Mansa Musa. A Mandingo lord.

Mansa Musa was a Muslim, as was my great-grandfather. We are not Muslims any more; bless the Holy Virgin's grace! And it was for that reason, I mean because he was Muslim, that he decided to go on pilgrimage to Mecca. He rode a horse of the finest breed, with luxurious trappings, and crossed the land they call Africa surrounded by a large number of followers, and a train of fifty camels loaded with gold and gifts. He went through a place called... Oh, daughter, let me

34. Juan de Valladolid: was a Black Spaniard who was appointed at that time to take care of the affairs of the Black population in an area of the country.

see, ... Let me see. I think the name was Walata or Tuat, I am not sure. Five hundred slaves marched ahead with his belongings. He brought so much gold to Egypt that the value fell for many years.

Mansa Musa was a holy man just as your great-great-grand father, Muslim but holy. An observer of the hour of prayer, he and his elders studied the books of law and memorized texts from the Koran. He was generous to the poor. A well-mannered man, he and his followers made a fine impression in Cairo, and were to be remembered for many, many years.

According to our family's tradition, the Mandingo people were Muslims, but they never lost their culture. Musa's favorite meal was pounded millet with milk and honey. The Mandingo women enjoyed a very privileged position, and property was inherited through the mother's side.

And that is the point I wanted to make. Your father had enough money to give your dowry. And you married with dignity. And you got married to that foreigner, that African that I have never been able to accept. I don't mean that he is a bad person. At least he has a good job under the Governor's shadow, with all of those languages he says he can speak. The point is that the Governor is not a nice man, so if he is that comfortable with him, well then he is not that nice either.

I mean, you come from a distinguished family. You had no need to marry a pirate. And I will never forgive your father for having consented to this marriage which was like indulging a spoiled child. It was always like that, he really spoiled you.

Anyway, getting back to the case, my great-great-grand father met Es-Saheli, the famous Spanish architect and artist. Es-Saheli's tales awoke his imagination, and aroused in his heart the desire to travel. On his way back from Mecca he managed to convince King Musa to leave him behind to study. Once on his own, he made his way to Granada. After the conquest by Castile and Aragon, that part of the family settled in La Puebla and became Christian.

That's where we get our color from. And look at you. Come let me take a good look. Baby, you are cute! Like your grandmother. My

beloved Amachi³⁵. She was the daughter of a slave from a place called Sahara, I think it is. He was the one that denounced Diego de Andurria's treason to the Spanish Crown. I am not sure exactly what happened. All I know is that he was de Andurria's slave and he denounced his master's treason. Because of this they gave him freedom and authorization to marry a Spanish woman. So my grandmother was born free.

That is the history of our family. We have been the relatives and servants of kings and queens. We have been loyal to Spain. I never imagined my daughter married to an African Portuguese pirate, with those devilish green cat-eyes. For heaven's sake, Portuguese! God help me, a friend of a Governor that should well be burnt, more so than the so called witch women that he burns.

So I claim the right to go home. To go back to my country, to my region. I came to Santo Domingo with your father. Juan, like the whole Alcino family, was a proud Pardo. We are all proud to be Pardos. We came to work the land. We came to work on the land. The priest at home told us that there was a danger that we might become enslaved. I didn't care. I was completely convinced that we could work our way out and buy our freedom in a few years. We are hard working and honest people, my husband and myself. We hoped to be rich, and that our children would become as distinguished as their ancestors were. So if it did happen, if we had to be enslaved, that would just be a temporary inconvenience.

It didn't happen. And by the Holy Virgin we are lucky. Slavery in this country is a cruel and humiliating thing. It is almost impossible to believe that a slave master here is free to kill his slave. The Code³⁶ is of no use. He can starve his slave to death, if he wants to. Slaves cannot take their masters to court. And it is almost impossible for a slave; no matter how hard working he may be, to buy his own liberty,

35. Amachi: An Ibo name, meaning "the unpredictable."

36. The Code: Reference to "Las Siete Partidas" Ancient Spanish Slave Code

or that of his wife and children. There is no respect for enslaved people, no Christian love. In fact, they are not treated like people.

Your father is very old now. He will die at any moment—that is the truth. Why pretend we don't know that? I do not want my children to end up here in Santo Domingo. I want them to go back to Spain, and become citizens. I have the money. All I need is the Governor's permission to leave the Island, and your husband's consent. In Spain he could enter service with one of the important families, with all those languages that he says he can speak. All I need is the permission; our bones should rest in Granada. Maybe in La Puebla.

Tell your husband to convince the Governor. Things are desperate here, since the Bosal³⁷ slaves revolted and killed the former governor³⁸. There have been death penalties even for trying to escape. Pardo people cannot carry firearms any more. All of us are considered Maroons³⁹ now. Well, daughter, I resent that. My family, as I have explained is a distinguish one on all sides. We are Pardos. We are Spanish Pardos. Why are we been treated like pagan bozales?

Even the Church has turned against us. And may the Holy Virgin beg forgiveness for me, and may Saint Iago overlook my words if they are wrongly said, but the main responsible is Cardinal Cisneros. According to the parish priest he considers us a threat. He should come and see for himself. We are Black; we are Pardos or Morenos, or whatever they wish to call us. But we are Christians. We are hard working Spanish Christian people. We are not Maroons. We don't live in cumbes and maniles⁴⁰. The Governor and the Cardinal himself can come here to see for themselves. We pay taxes to the Crown and our dues to the Church. We do not attack ranchos and haciendas.

37. Bozal: (Bozales) Slave coming directly from Africa. Not baptized.

38. La Española: (now Dominican Republic and Haiti) 1522.

39. Maroons: Runaway slaves who established autonomous territories from which they resisted re-enslavement and colonization.

40. Cumbes and maniles: Communal ranches. Village household of the Maroons in Latin America.

We certainly do not approve of the Maroons' behavior, although the truth be said, the Spaniards over here are not like those at home. I think this Santo Domingo air corrupts the mind and turns people into savages because some of the Señores here are a disgrace to Spain. Take for example Señor Vázquez de la Mancha. I mean, it is true that Lucas helped the rebels get into the governor's house, but Lucas didn't know that they intended to kill him. His only mistake was to let that damn young trouble maker –what is his name? –Juan Bautista, the one the slaves call Primo de Kwami to convince him to open the door. And yet this cruel Vázquez de la Mancha tied the poor man by his hands and feet, each limb to a different horse, and burst him open in front of the whole city. Primo de Kwami got away but dear Lucas is dead. Lucas was not a Bozal. He was a Christian, and his father a Spanish man from Seville.

And now, after all this horror, Vázquez de la Mancha boasts himself as one of Cardinal Cisneros' most faithful friends. But his beard is black, gray and white. And tree-colored beards are only seen on the face of traitors. And may it not be true that the worst pig get the best acorn. If Cisneros and Vázquez de la Mancha are such close friends, the whore and the villain live together.

No, no, give me a chance: this is no scandal, my dear. And I am not lowering my voice, I mean, you want to come around and boss me? Anyway, boiling water cools, always cools. And yes, I know, I know that one should not go to somebody's home to insult him. But, bear with me. Juan de Alcino is old now, very old. Tell your husband to help us to go home. If you don't want to come with us, that's all right, but help us. You shall be blessed. I know that the Governor and your husband are not evil like Cisneros and Vázquez de la Mancha the Inquisitor. Your husband might even be an honest person, and my judgment could be unfair. So may my tears be useful. And please leave me alone, let me cry. May Mary be well served. Blessed is she among women. Amen. And blessed is the fruit of her womb, Jesus. May she pray for us. May Lucas, who all his life was a godly man, rest in peace. May God forgive my chattering. May Saint Iago overlook my evil thoughts. And may my humble petition be granted.

Saints from the Congo

The bonfire burns in the dark forest. The Leader had summoned them to listen to the songs of the Griot⁴¹, the holder of poetry and of the chronicles that extend way beyond time. He evoked the memory of that which had no beginning. Songs of the Griot with no finale.

—But... what about a straight answer?

—Well, before the beginning only Nyame was there.

The Old man was using very strange words. Some thought he was loosing his mind. A lady, listening from the other side of the gathering, commented loud enough so that all of them could hear: "Too much thinking, me ole mama use to say, too much thinking will make you slip you mind."

According to his own story, he was captured and enslaved in Arabia. Taking advantage of the trust his master had in him, he escaped, only to be recaptured in Lagos and given as a gift to the Pope.

The problem was, no one in the camp knew about Lagos and the Pope, and they would have ignored him if it was not for the miraculous cure of the Leader's wife which he had performed.

—Exactly what is the point? —Asked the Leader.

—Well, you have to take into account that Nyame is the Unburnable. Nyame Odomankoma is the Infinite.

41. Griot: Poet, depositor of the collective memory.

The Leader yawned. He had been very patient with the griot, but his patience had its limits. So he urged him to just get to the point. But, as if under some sort of spell, the poet went on.

—I'm coming, I'm coming. You see. It is He who in time permits the concretion of the kra⁴² to develop one's potential.

As his wife approached and murmured something in his ear, the Leader yawned again. It was really becoming more than he could take. The Old Man went on to declare them direct heirs of the builders of gigantic pyramids of which no one had heard before.

—Those are the great works of Kemet, on the other side of the Sahara.

—I am trying to follow you —the Leader said— but I can't understand the relation between Nyame, Kemet, the problem that I have placed before you and your songs. I believe that we have to decide, because there is great confusion between us and that is not good.

—Well, dear Leader —the Old Man continued with great reverence —the problem is our sunsum⁴³

—What? What are you taking about?

—Nyame, He Who Was Not Created. He had no father or mother. The listeners broke out into laughter, and that eased the tension a little bit.

By now the Leader had on his face an expression of desperation. The people standing by, who you could have been termed a "congregation", were glancing at the Griot, trying in vain to make sense out of his songs.

There were a lot of people at the meeting that night. Much more than expected —considering it was not a jam. It was not a party, but a meeting of people about the fundamental questions of the spirit, and the thousand traditions of which they were now heirs.

—So we have Ra, and Nyame, and Olodumare...

Another old man from the very back of the group shouted, "shut him up and go on with the damn meeting."

42. Kra: A person's unique life-force or Breath of God, given before birth.

43. Sum sum: Soul of the group, communal soul.

—You can shut me up, the Griot said, but you will still have to face the sunsum question. For in every community you have Anansi⁴⁴ introducing treachery and evil. There is always a traitor. So we need a common sunsum to keep us together.

The Griot went silent for a moment. The Leader's Sister then got permission to speak.

—Ah —she said— that is exactly what is happening here. My uncle, Kwame's brother, the Second, died during the mutiny on the slave ship, not by the hands of the White man who foolishly blasted them to pieces, but by the hands of his own cousin. So it was betrayal that cost me this wound on my leg, and cost us the lives of many brave men and women. So, it was Anansi. Now I know it. It was Anansi.

—Come on, Aunt —another young voice shouted— tell them. Let them never forget that it was we Yayahs that organized the rebellion.

—But you don't have to worry —the Old Man said, and ignoring the young boy's comment, went on to tell her in a triumphant tone— God placed Brother Chameleon in his space.

The Griot fell asleep, having consumed the energy that he managed to steal from age, giving place to a younger voice.

—I was a captive for ten years, and I was baptized in the Catholic Church and in these lands no other religion is allowed. The Old Man's story is the same story I have heard the White priests preach in the Church. It is the same story, only that over here God is not called Nyame; he is called God the Father and I believe Adwenka is like Jesus Christ. And then there is The Holy Spirit... I don't know if that is the Breath of God, or Life-Force or what... But it is not that different.

All were now attentive to the new voice.

—In this land, any one that practices our religion is condemned as a witch. The medicine women are also considered witches. And they burn them; they murder them with lashes.

—So what is the point, young man?

44. Anansi the Spider: An expression of God, who on becoming a trickster lost grace. Popular figure of West African and Caribbean oral traditions.

The Leader emphasized young, because it was very audacious on the part of this young man to speak in front of the older men without having been authorized.

—I am a devotee of Saint John the Baptist—he said, as murmurs swept all the way through the camp. My family is from the Congo. So for me Saint John the Baptist is Shangó⁴⁵.

One of the old ladies burst out laughing and was soon followed by others in the gathering, until the sound of joy filled the forest.

—Now Leader—another of the ladies said—let me get this straight. You are a very wise Yayah man, you will know better. This boy is from the Congo. He is not Yoruba. But he is a devoted follower of Shangó.

—Yes Ma'am—the young man replied—you see, I am Black. A Black African. Saint John the Baptist from the Congo, he too is Black. So he is our Saint.

—A Black what?

—A Black African...

—A Black African. I wonder what that is. And how did you get Shangó into this?

The Leader stood up and beckon to them to be silent.

—How did you come to know about John the Baptist Congo?

—I was named after him.

—So your name is Saint John.

—No, my name is Juan Bautista.

—I see. Well this young man has spoken with wisdom. He said we all are Black Africans. I am a Black African.

The gathering went silent, and stood almost in awe, as attentive as they could be, over this unexpected approval.

—We must accept that we are all Africans. And we should tell that to the Children. Tell them about John Baptist Congo.

It was a diverse lot. Their faces anointed with palm oil, shining in the light of the bonfire, all of them together.

45. Shangó: The Yoruba god of war, lightening and thunder.

—Let me get this straight —the woman bravely replied —what is this thing about being Black Africans?

—Exactly what were we... am... let's say, twice my fingers ago. Let's say, that many months ago. What were we?

—What were we?

—Human beings... said an elderly man who just wanted to be funny.

—Ah, said the Leader, Human beings. What human beings?

They all looked at each other, not getting the point. But they knew that there was more coming. For whenever the Leader adopted his solemn kingly posture, there was always much more to be expected.

He stood up tall, his shaft in his left hand, the sword, taken from the last captain that ventured into their Maroon territory, hung firmly from his waist; the voice, the special bellow like voice with which he spoke and the commanding right hand gesticulation.

—You sound like the Old Man now.

—Do I? Well then he was right. Some of us were forced to go around the Tree of Forgetfulness, weren't we?

—Yeah...

—And after we escaped from the ship, some of us did manage to spill liquor under the Tree of Foundation, didn't we?

—Yeah...

—And you gave thanks to the Orishas⁴⁶; the Guardians of the Samanfo⁴⁷ didn't you?

—In the name of Olorun —the first old man said.

—Yeah...

—In the name of Yahweh, God of Abraham —the Ethiopian said.

—Yeah...

—In the name of Allah —said the one they called Teacher of the Law.

46. Orishas: The Ancestors, according to Yoruba tradition.

47. Samanfo: The common lore of the people, including the ancestors, the living and the unborn, their culture, their traditions. According to an Ashanti saying, a person is never really dead.

—Yeah...
—In the name of Nyame, God Almighty.
—Yeah...
—In the name of Mulungu, the one that put order in chaos.
—Yeah...
—In the name of Jesus —Juan Bautista shouted.
—So... you were all people, Yayah, Sumanis, and Banyoros...
people. Weren't you?
—Yeah...

—Well, how come there are no white-skinned people among you?
Silence fell on the gathering. They gradually lifted their eyes, taking a good look at each other. The Mandingo people were black. The Ebo people were black. The Wolof people were black. The Yayah people were black. The Fulahghi people were black. The Ashanti people were black. The Brong people were black. All Bantus were black. Sumanis, Banyoros, all as black as the Iwe people and the Fanti people. People, people. All Black, Black, Black.

—Young Juan Bautista is right —the Leader said, but by now it was an absolutely banal observation, and yet he went on anyway with a strong conviction in his voice —we are Black. Let me declare in the name of my Ancestors, in the name of Kwame my grandfather; let me declare that John Baptist Congo is our Saint. Our African Saint.

The drums broke out in sound applause that changed into laughter and then into dances. And indeed the stars had long gone from the skies. But as the poet said, it's always darkest just before dawn.⁴⁸

48. It is darkest before dawn: And old traditional saying, used by Costa Rican poet Isaac Felipe Azofoifa.

Yangá

Yangá⁴⁹ sat under the big tree in front of what he now called home. The tree and a big rock presided over the yard, where his people would gather whenever summoned to discuss military or community matters, to celebrate or to gossip.

He brushed away the fly that insisted on sharing the piece of sugar cane he was about to chew. A sudden fresh afternoon gust did the rest and the fly desisted. He lifted his eyes to take a good look at his stronghold, which the Spaniards termed "palenque." His hut was near the tree, and there were about eighty others widely dispersed and hidden in the bushes." Still, deeper into the Rio Blanco jungle, there were more and more palenques, each with its rebel population, each self sufficient; ready to defend the self-declared freedom, to counterattack and to loot.

—NI KU TÚ⁵⁰

The gust left familiar sounds that caught his attention briefly; there were sounds from distant drums carrying messages. Precise messages, according to a code adopted and carefully taught by his Head Drummer, Martin Fang. All of the officials had to learn the language of the drums, and each of the captains had his own personal code, so that the messages could be directed to all or specifically to one of the authorities. He listened for a while, but the sounds went with

49. Yangá: A Mexican Black hero, who led a successful uprising against Spanish slavery at the beginning of the XVII century.

50. Ni ku tú: Sound from a drum in drum-coded language.

the gust. Or maybe it was his imagination, or his anxiety. The struggle was at a crucial moment. They had attacked the Spaniards at the outskirts of Veracruz. Camino Real. The main road leading from the Port to Mexico had been blocked and harassed for a week, until troops were brought in from Mexico to reinforce the defense system of Veracruz. Yangá and his men then moved out of the area, followed by the Spanish troops.

They led the enemy into their own territory according to plans. Skirmish after skirmish, in an exasperating game of hit and run, disperse and regroup, attack and retreat. The Spaniards at first were delighted by what seemed easy victories, but as the days went by they began to realize that the flight of the Maroons was by no means a signal of defeat, for as they tried to follow them to their palenques, they had followed roads that led nowhere, ditches that were deadly traps, stones that fell mysteriously off the mountains directly onto the troops, and the annoying beat of the drums.

Now, they had laid down their conditions to the Spanish Government—a place to call their own; a place where they could settle down, to buy and to sell, and to teach the children the art and craft of living.

According to the messenger, the sturdy and pretentious Fray Juan Pérez, the Spanish King wanted an agreement. It seemed to Yangá that there was some major danger pending over Veracruz, because at one moment Fray Juan Pérez suggested that the agreement should in any case include three points: no more looting nor attacks on the roads and farms, the return of runaway slaves to their rightful masters and the disposition of the Maroons to defend Veracruz in case of an attack by a third party.

Yangá's wife, whose name he could not pronounce, and who for that reason he had renamed Huajaquita, interrupted his musing and brought him back to reality. She brought food—boiled plantain, corn cakes and meat.

As usual she could not resist the temptation to caress his hair. Yangá slapped her on the rump. She put on the silly smile that he loved dearly, and walked away slowly. Yangá could not take his eyes

away from her long thick black-blue hair, her dark Zambo color, and her body, built as African women were built, with the same dignity that in his memory distinguished women of the land that, as someone suggested, must have been the territory of the Brongs⁵¹. But he did not remember the name of the land. It was his mother's face, stricken in anguish, and his father's voice that came again and again, especially when Huajaquita chose to call him by the secret name that he had only revealed to her.

Hujaquita sat on another stone some distance from him. He had not succeeded getting her to sit beside him, or for that matter, eating with him. Her admiration for him seemed so great, that she preferred to sit in reverential awe and watch him eat.

He loved her dearly, and just could not keep his hands off her body. There had been some sort of mysterious attraction from the first day. Martin Fang told him that people had twin souls, and that maybe that was the explanation of his uncontrollable attraction to Huajaquita.

The first time he saw her he was on the run, chased by a pack of hounds and a Spanish battalion. He was confused: his responsibility was to distract the battalion while his men took refuge in the woods. He had successfully managed to make them follow him, and had followed the usual procedure. He had crossed the stream several times, but it didn't work –the dogs kept coming.

He was very tired, feeling embarrassed and discouraged, when he finally headed for the big river. There was only one possible crossing place and he hated having to lead the Spaniards to that place. But he had no alternative. The risk was great. So he ran to the river and dashed into the water.

Now, as Kojo puts it, dogs are dogs, they are not smarter than men. So he got over to the other bank and advanced inland. After a considerable walk, he felt safe enough to sit down, and chew some weed. This custom he had adopted from the native people. He needed

51. Brong: (Brongs) A Nation of Ghana. Spanish documentation states that Yangá was from the "Brans".

the rest. Hoping that his band had made it safely out of the reach of the Spanish army, he fell asleep.

He would have slept for a long while, had it not been for the dogs. They were on his trail again, barking. He leaped to his feet almost in a fit. "It can't be" he told himself. But it was.

His body, as if possessed by a leopard, dashed through the jungle at great speed. Speed, that was it. The dogs could follow but not the Spaniards, clad as they were in iron breasts and helmets.

He had to keep far ahead, out of the reach of the muskets and pistols. Lances were not effective against the iron breast. It had to be an unexpected body to body struggle. In that sense he and his men enjoyed superiority. So he could take on a whole battalion, led by a pack of fierce hounds.

As he dashed further into the jungle alongside the Rio Blanco, the dense vegetation gave way to an opening, at the end of which were a few huts.

He stopped briefly, stooped, and opened his mouth to take in some fresh air, his heart pounding. Behind him the dogs went on barking. Instinctively he ran away from the clearing only to find himself facing a cliff. There seemed to be no way out. He felt like a cornered wildcat. No way out. The Land of Brongs was distant. This was Rio Blanco. His options were very clear. He could face the dogs and the Spanish battalion. He had his spears, and a short sword. He could kill the dogs; they were no match for him compared to the wild animals his ancestors faced back home. But the dogs had masters. He could give in to them, but he had promised, like so many Africans had, that "before I'd be a slave, I'll rather be buried in my grave, and then go back to the land of the Ancestors." He could leap off the cliff, indeed. But then there was the profound wisdom of one of the old African Maroons who had fought in the band of Francisco de la Matosa. One of the leaders of the rebellion in Guatulco had hanged himself to avoid being caught by the Spaniards. The old man did not approve of his conduct.

—Listen to me, Yangá. Listen to me carefully. This man no hero. No hero at all. Dead man can't cut tiger-throat.

No, he would not leap off the cliff. At that very desperate moment, while the dogs came closer, a girl came running by, heading directly for the cliff. She beckoned and he ran instinctively after her. He saw her climb over the side of the cliff and followed. He fell into a cave and before he could react there were some six spears pointing at his throat. The girl said something and they quickly led him through the cavities into an opening. He now faced the man who seemed to be the chief.

He wondered if this was one of the Aztecs he used to hear about. In that case, he was a dead man, since prisoners of war were sacrificed to the Aztec gods. So he had escaped from the Valley of Death only to fall into the dungeon. At least it would be a more dignified death.

The girl seemed to have authority, for she spoke directly to the Chief, explaining the situation. Whatever she said must have satisfied the Chief because he ordered them to let him loose.

They then gave him for the first time what is now his favorite drink: thick chocolate with hot pepper.

The Chief seemed to welcome him. The men looked boldly at each other.

They were a strange lot. Some looked like pure native people, others were clearly Africans. Some, like the girl who had saved his life, were evidently Zambos⁵². In fact, many of the children were Zambos.

Before he could figure out his situation one of the men that had been observing him started jumping madly.

—It is Yangá —he shouted. In his glee he had been speaking in his African tongue, a language Yangá spoke when a child, almost as fluently as his own. The people laughed at him. Finally he made himself understood to them.

—This man is Yangá.

And not being able to control himself, went down on his knees in front of the newcomer, and told him, in his deeply Africanized Spanish

—Me tu esclavo.

A sudden silence went through the camp. The Chief came closer, and took a long, long look.

52. Zambos: Afro-Native American mestizo.

—Yangá? —he seemed to ask.

Yangá raised his hand in salutation.

—Yes, me Yangá —he said politely. And turning to the African, “Get up, me no take slaves.”

The Chief backed away in awe, and all of the others stepped backward, as if performing a ritual. The Chief then took a jade necklace he was wearing and moving close to Yangá placed it around his neck.

—We have waited a long time to meet our leader —he said.

—NDÁN... ya, ya, yan... yangá ya, ya, yan... Yangá. Ya, ya, yan... yangá, ya, ya, yan... —the drums were now beating steadily and clearly. It was a message for him. He looked at his wife. But this time, he did not look at the woman. He turned to the warrior. Huajaquita came close and was about to say something but he signaled her to be silent. She listened to the rhythmic sounds, and although she could not understand the meaning, she knew the message was for the leader. She reached over and handed his drum to him, as he turned his ears to the wind. Without hesitation he took the drum and beat back. In no time he was surrounded by several of his top officials.

—A prisoner... no not a prisoner, a messenger was located... Spanish.

Yangá at first could not understand the situation.

—Kill him —he pounded. The order went over the bushes. “Kill him.”

But the answer came back from the Captain.

—Important message from king. Kill him after?

Yangá let the drum-words sink deeply into his mind.

—All right: bring him in. Travel at dark.

“NI KU TÚ... yan, yan, yan... Yangá. Yan, yan, yan... Yangá. Yan, yan, yan... Yangá...”

He went back to his meditations as the shadows fell.

He remembered that very distant day. It was in broad daylight that the watchman fell asleep. The Spanish battalion got very close to them and they were forced to run for their lives frantically. From the

top of the tree where he took refuge he saw them heading directly to the road that led to his Palenque. He knew from experience what that meant. He was there when they captured Francisco de la Matosa's Palenque. The Spaniards burnt the sixty huts and seized the crops and destroyed what they could not take with them. So he got down from the tree and ran desperately toward the enemy. As soon as he was close enough, he made himself seen and shouted in a rather boyish and awkward Spanish that they should surrender.

—Mi Yangá ordena rendirse castellanos...

The Spanish official turned around and ordered the battalion to capture him. He faced them for a while and then took off into the bushes, shouting insults to the official in his very best Castilian.

The Spanish officer seemed to take it personally and chased him all day, until he accidentally ran into the hideout of Huajaquita's people, and was taken into safety and became instantaneously "The Leader" who they had been waiting for.

Night had just spread itself over San Lorenzo when he felt the usual urge to bury himself in the warmth of Huajaquita's skin. He led her into the darkness of the hut.

—The moon is not in the right position —she said, faithful to the traditions of her people. Sex had to do with the position of the moon. The day was proper but not the right hour to have strong healthy children.

—Damn the moon —he said.

She laughed.

—Esina Nulai, she said, the spirits will put a curse on my womb if you keep on with your foolish talk.

But Yangá could not be stopped. He expected morning to be the dawn of a new day for them. The beginning of a New Life. The Palenque, his African Palenque, would become a Mexican African Palenque.

The couple collided like the merging of two violent rivers. Sighs and roars filled the hut as they rubbed and forced their bodies together, trying hard to share the same space. For sharing the same space is the utmost dream of lovers.

Yes, that day was now distant. After the Spaniards destroyed and left the place, (the Amerindians communicated with mouth signals) they came out of their hiding place. Yangá discovered that that was not their home: it was a fake. The real Palenque was half a day's walk from the caves.

Being the leader now, he got the chief to assign some men to him, including Green Walker, the native expert guide who led them over the mountain through the thick vegetation directly to the only possible place where the Spaniard could cross the river.

His men were searching for him, and were glad to see him as usual, as they joined forces. Yangá ordered them to bury the bodies of the Spanish soldiers. He wanted them to disappear completely. He then went to his own Palenque and summoned the men.

—We should establish our own village —he told them —settle down and become a people.

The men said he was crazy like a bat. To settle in one place was just the same as surrendering. They would be captured and led back to the farms and mines, back to slavery. But Yangá insisted, asking them to join Huajaquita's people.

In the end, the majority agreed, more out of loyalty to the Leader than out of conviction. But as he moved towards the caves next day some eighty men, fifty women and about twenty children followed.

Love, as usual, was great. But, he did not sleep well. There was this excitement in his mind. Before dawn he wrapped himself in the poncho that Huajaquita had made for him, and went out to stand under his tree. Just to think.

The guard saluted respectfully but Yangá was in not a greeting mode that morning, and could not bring himself to give a proper reply. He sort of grunted, and went over to wet the bushes.

He then settled under the tree for a while, trying hard to continue his musing. But the urge to be with Huajaquita was still strong. He headed back to the hut and into the corner where his wife slept. Unrestrained, he tried again to share the same space with her.

—Damn crazy cold African —she protested, and then did what she always did— bury her fingers deeply into his hair.

—I think that the messenger will bring us good news tomorrow —he whispered, his man-ness locked firmly into her woman-ness.

—We will have a place for our children. And our people can teach the art of pottery and weaving to the next generation.

—Well, we will live in Yangaland —she panted back, as the energetic fluids burst through their bodies forcefully, compelling them to fill the hut with the everlasting and universal grunts of life.

—I love you Esinan Nulai —she said, as she laid back to rest, and fell easily into the comfort of sleep. He lay sleeping beside her for a while. He loved her just as she was. Shy when she wanted to be; but a brave, valiant warrior, ready to take her place in the battlefield. She could send her Spanish enemies home to their Lord in the twinkle of an eye, and feel good about it. Her large, dark eyes, her cool Zambo complexion. Her body that made him remember vaguely women gathered on a ship's deck. Her cunning ways of love that so excited him; her dream of building a new nation, where they could teach the arts and crafts of living to the next generation. Her devotion. He could not imagine life without her anymore. She had become a part of his very existence.

He went back to sit under the tree, his poncho on his back, and watched the skies go from black to dark gray. The sun whitened the clouds gradually and filled the skies with a million yellowish tones. The guards changed and Fang, the Head Drummer, came to sit in front of the tree, just in case.

—Summon the officials —he told him, and went back into his hut. Huajaquita was already on foot.

—I need your help —he told her. The officers will be here very soon. We should offer food.

—I'll get help from the other women. Don't worry.

Yangá met with the Chief who was now his First Officer, and they went to the stream to wash and to chat freely. In fact, the First Officer was Huajaquita's younger brother, so the men considered themselves brothers. They made a great team. It was through contact with them that he had come to believe that it was possible to become a people, by forcing the Spaniards to negotiate. Now he was expecting good news.

By the time they gathered around the tree, gourds of chocolate with hot pepper and corn cakes were waiting. The men arrived gradually, ate and took their places, all there, ready to listen to Yangá's word.

The drums announced that the messenger would arrive at early morning. So Yangá explained that it was the answer from the King.

—If the message is positive we will become a peaceful people. Right here in San Lorenzo.

There was a lot of excitement in the Palenque when the messenger finally walked into the yard, escorted by the Head Guard. It was Fray Juan Pérez.

—Hello. There is the powerful Black Captain, strong as usual —he said in a somewhat mocking tone.

One of Yangá's men came rushing with a fine stool in one hand, a walking rod and a shawl in the other. It was Kojo⁵³. A few steps behind, his wife Ekua kept up his pace. She had a second stool in her hand, much less elaborated than the one Kojo carried.

He was the spiritual leader of the community. He placed the stool under the tree, and his wife placed the other a couple steps away.

—Things should be done properly - he sort of rebuked Yangá who respectfully smiled and bowed to his elder. He then took seat on the stool, the shawl over his shoulder, the rod in his right hand.

Kojo signaled to Fray Juan Perez, who took his place on the other stool. Kojo then recited a salutation:

*Khepera⁵⁴, let there be health and let there be life
Let the Leader be wise and good hearted
All good to the people, to the women, to the Natives living
/among us.
Let the women be able to bear children
And let the men accumulate riches for their families.
And if any dare to wish us wrong
May such wrong be multiplied and to them bestowed.*

53. Kojo and Ekua: Ashanti names.

54. Khepera: Good luck, prosperity, all well.

Fray Pérez stood. And as if possessed by some strange spirit, shouted:

—There is only one God. God Almighty. To Him be the praise and the glory!

No one understood the reason for such sudden rapture. They stared at him until he sat down.

—Is the news good?

—Yes. Luis de Velasco is ready to sign an agreement with you. You can establish yourselves at San Lorenzo. History will speak of San Lorenzo de Los Negros, I guess. You are expected to be free servants of the King and good children of your Mother the Church. So if you are ready to sign...

—Give the papers to Juan Bautista —he said, pointing to the official translator. Juan Bautista spoke several African and Native languages, and was fluent in Latin, and Castilian. He was a runaway Pardo slave who had been recaptured. He was eventually persuaded to become a priest by Fray Antonio, an idealistic monk. But when he discovered that the children of single women were considered “bastards” and for that reason could not be ordained, he went off to join the Maroons.

Juan Bautista read out loud:

—The Council understands that in the land known as Rio Blanco a good number of Blacks have taken arms and have lost respect for the legally established authorities...

Yangá braced himself, preparing for the insults. He was not going to tolerate any more nonsense. If after the usual beating around the bush which seem to delight the Spaniards there was no real agreement, it would be Fray Juan Perez's last day.

Juan Bautista read on:

—So do what you can to bring peace, and accept his conditions, that is, that they can establish themselves peacefully without arms at San Lorenzo, that they are declared free, that land will be allotted to them so that they can settle down and occupy themselves in the

production of food and other useful occupations, with the warning that from here on they shall return any runaway slave to his natural owner.

—Give the man a gourd of chocolate and some tobacco. Tonight we will feast. Tomorrow I sign the papers and we take the Father back.

The drums took over the Mexican air and told the legend: San Lorenzo is a free territory. Slavery has been abolished in Yangaland. San Lorenzo de Los Negros is free.

Juan Bautista's Story

I will never forget that sunny morning. It had rained the night before, and as the sun hit the damp grass, one could smell the fragrance of life surging. I came walking up the river bank, with my jug of water firmly on my head. I was singing a tune that my father always sang, repeating the words he used, without really knowing the meaning. I was wearing a skirt, wrapped and tied firmly around my waist. My feet were bare, and a loose blouse hardly covered my breasts.

As I came to the top of the rise, I felt eyes watching me. I turned around, but there was no one in sight. So I decided to hurry. As I approached the house, I called out to mother, "I'm back" –which as was agreed upon in my family was the proper thing to do in this case. Mother came out on the porch with her pistol ready to blow off the intruder's head.

She raised her eyes over my head and asked "Who's that?" and it was then that I turned to look again and saw him. My heart leaped and pounded out of control. I put the jug on the ground, and walked over to stand beside my mother. We both stared at the stranger. I had never seen a man like that before. The dark bronze skin of his bare chest shining in the sun, as if to say, decorated with just the right amount of hair. He was well groomed. He was wearing pants, very much like the Spaniards did.

He came directly to us, ignoring the gun, and asked if he could buy some breakfast. His name was Juan Bautista.

Mama, without hesitation, which was uncharacteristic of her, said he could, if he was willing to take whatever was served. It was not long after that that Juan Bautista was eating. He laughed a lot, showing his white teeth, placed evenly in the dark purple gum. I could not take my eyes off his thick, well aligned lips, juicy, fresh like a sweet slice of orange.

Mama caught me staring and slapped me across the bottom. I blushed and turned away for a moment, but then she asked where he came from, and It was impossible for me not to look at him as he began to tell his story.

He was born on a hacienda, near Coro in Colombia. His father, Primo de Kwami, had been a mine worker at Buria and Nigua⁵⁵. One day the headmaster got angry over some minor incident related to a broken tool, accused his father, had him whipped and kept him tied in the sun without water all day.

Five of his fellow enslaved Africans managed to free him before dark and then decided to run away. One of the enslaved, named Miguel, was identified as the leader by the overseer and punished with fifty lashes. The overseer promised to castrate Miguel next morning. This provoked the rebellion of the enslaved, and led by Miguel and his father they got rid of the guards and overseers, and went to the camps to get their families. The word went around fast, and by noon Miguel found himself as head of some eight hundred men, women and children.

They went to the Jirafara people and negotiated an agreement with them. There they established the original Cumbe, and fortified the village properly. Miguel was named king by the council, and his wife Huida became queen.

—For two years Cumbe resisted, but the Spaniards were so infuriated with us that they did not rest until Cumbe was taken and destroyed.

They then faked King Miguel and his wife's detention and execution. But White men can't kill spirit. So when the pearl workers of Marga Island rose to rebellion, they were led by this very same

55. Buria and Nigua: Historical sites of Colombian Maroons.

Mother Queen, with all her strong powers. And although the authorities captured and punished the enslaved, year after year the Maroons established more cumbes under the glorious spiritual leadership of Miguel and Huida. My father went with them, with King Miguel and his wife, all over the territory. The Spaniard announced his death again and again, but the proof that they never were able to kill them was the fact that the number of cumbes grew every year.

Finally Miguel did leave his body, reincarnated, and was named Domingo. A rebellious boy he was. Even in his mother's womb he made trouble. His grand-mother was a cook on the hacienda, so that was how Domingo Biyojo became the godson of Pedro de la Granda, the owner of the Hacienda. In fact, his grandmother had a very close relationship with the Hacendado.

One night Domingo was caught in the Spanish section of the town, and was accused of attempting to steal cornflour. The Council had him severely flogged, with forty lashes and don Pedro was fined one peso for not keeping his slave properly safeguarded at night. The peso infuriated his master, who from there on treated Domingo very harshly and told him that he would have to pay back the peso through extra work.

His uncle Juan de Dios Kwame Yaya was a good carpenter, and used to work in town. He could keep a part of his earnings and give the rest to his master. So he came to some agreement with don Pedro, paid the peso and asked permission to use the boy as another hand. But don Pedro was blunt:

—No, I am not going to do like some of my pairs, breaking the law. Your profession is not for *tercerones*⁵⁶. You are on a White man's job according to the law. Now we tolerate you because you are a good worker, and were already a carpenter when the law was decreed by his Majesty.

Domingo overheard the conversation. He knew that the whole country had been developed by industrious people like his uncle Juan

56. *Tercerones*: One of the many categories of the Hispanic caste system.

de Dios Kwame Yaya, and his grandfather “Tata” Marco Antonio Luango Yaya, whose agricultural skills and know-how were well known. He thought about the songs and poems and the stories with which the nurses and nannies had nurtured the White Creole children. He remembered Mateo Jesús Bambara and his skill for numbers, and he knew that don Pedro de la Granda depended almost completely on his talents for commerce. He knew that a large part of Miss de la Granda’s furniture and jewelry –just like that of the majority of the rich women in town –came from the hands of Diego Banyoro Yaya Asante. And what about the weaving by Pedro Benin Sumani whom the Africans called Popo? And his sister’s Old Mother María Ayobi? Life would certainly be tasteless in this country if they had not been able to benefit from the skills of the Africans and their descendants.

So, there since early youth, Domingo found himself excluded from Spanish society. It didn’t matter that, in the caste system, he was a *cuarterón*. He watched his master brand the new comers with a hot iron stamping a proud DLG on their arms. He watched as his master turned harsher when his youngest son got married secretly to Salvadora, a Mulatto girl, with the complicity of a liberal priest, turning herself into a shameless “salto pa’tra”⁵⁷. Don Pedro was convinced that his daughters would not be able to marry to men of his rank, free from what he termed “the contamination of Guinea race”, and that his own descendants would not even be able to dress properly, since the law prohibited *Mestizos* to dress like White Spaniards.

Domingo could remember how he cried bitterly when his aunt was caught stealing codfish. She was pregnant and could not live without salt fish. She was placed belly down with a hole in the ground to “avoid hurting the baby” he heard an old lady say, held in her place, stripped and given six lashes by the overseer. Then the old Black lady went over to bathe her back with vinegar and salt water to keep her skin from being poisoned.

57. Salto pa’tra: In the caste system, if someone married a person of lower caste, he was considered doing a “salto para atrás” meaning a backward leap.

He loved his aunt and could not understand why she should be lashed so savagely for a piece of fish, since every one knew that she was a perfectly honest person, and that her sudden craving for salt fish was nothing more than a result of her pregnancy.

Domingo raged when don Pedro cut his best friend's Tomasito's nose for coming too close to De la Granda's young daughter in a rather foolish attempt to get a better smell of her perfume. And he raged harshly when they recaptured José Dolores, who had eloped with Marta, a young girl from the neighboring hacienda. He had managed to keep himself on the run for some months, but was caught trying to buy tobacco in town. José Dolores was led through the town jingling bells and whipped orderly. He was given a hundred lashes and left with his hands tied together and his feet in irons all day, so that the entire population could see the destiny of all rebellious slaves.

Finally Domingo got fed up with raging, and organized a rebellion. He was confirmed heir of the Old African Kingdoms by the council, and given a new name: King Benkos⁵⁸. He established his own Palenque, where hundreds of Africans and their descendants took refuge, to have their day, to loot and take vengeance, but above all, to taste dignity and freedom. Domingo fought for thirteen years, until his Palenque was finally given the status of a free territory, under the protection of His Majesty the King of Spain, and his people given the right to dress like the Spaniards, and Domingo could carry arms in public. But it was not long before Domingo was accused of conspiracy, captured by the authorities and hanged.

Juan Bautista finished his breakfast with Domingo's death. He politely suggested the possibility of staying for a day's rest. Mama told him that the matter would have to be discussed later with her husband. Shortly after noon, he went to the pool to bath. Home seemed empty to me, as if his presence were a normal part of our daily life, or rather, the reality that our cabin lacked. So when Papa came and Mama told me to call him, I was glad to obey.

58. King Benkos: Colombia, 1603.

In our small Panamanian county we did not have many visitors. Strangers were a rare species, and for that reason the subject of our delight. I imagine that he was about the fourth or fifth stranger that I had actually seen. I ran toward the stream, calling out his name, which sounded like music to me. I dashed down the bank, only to get a glimpse of naked beauty. I stopped abruptly and went silent. His back, broad, strong; his waistline, his buttocks. I stood in awe, looking at his body, as he, having heard me calling, turned around to get his trousers. I could not help noticing how gifted he was.

Reluctantly I backed away slowly. I knew he saw me, although he pretended not to. My face was burning, my heart pounding wildly.

—Hey—he shouted back—I'm coming.

At the top of the bank I waited until he came close and then walked ahead. I could not face him with all my being in flame.

Father was delighted to meet Juan Bautista. He had heard so much about Palenque San Basilio, and wanted to know the end of the story.

To hang King Benkos turned out to be a big mistake on the part of the Spaniards. The people then organized themselves into "cuagros", which were self-sustained military units, integrated with an equal number of men and women. Some of the leaders were pure Africans. Newcomers who brought with them the knowledge the local Black population lacked, about how to govern a nation at war. Kikongo people, with common cultural traits they could share. Kimbundu people, with their tales and bravado. The Spanish army could not suppress them this time. Because of that they sent one Bishop Casiani to negotiate, and when they reached an agreement, the Governor of Cartagena himself signed it.

My father leaped to his feet, spilling Mama's hot soup all over the place.

—Are you telling me that the Palenque is free?

—There are no enslaved people in San Basilio now, and no Spaniards, except the priests. No White person can come into our region without the permission of our leaders.

—God be blessed! God bless your ancestors! Nothing lasts forever. Gye Nyame! No one has lived long enough to see it started; no one will live long enough to see it end. Great God. Except God!

—Blessed be the Virgin Mary! —Mama said, and broke out into tears, and added— my grandmother died at San Basilio.

—Palenqueros pay taxes to the Spanish Crown like everybody else, but we elect our own authorities just like we used to do at home.

—At home?

—Back in Africa.

My father went to the river to wash himself, then got his nkumbi drum, the maracas that he bought from the Caribbean man that passed through our village some time ago, and his guitar, and we all went over to our neighbor's cabin. The Santiagos as usual welcomed us. They were very happy to meet Juan Bautista Congo. Every one was.

Word was sent out that we would have a cumba⁵⁹ that night, to celebrate the presence of our visitor and to tell the story of free San Basilio. The Native families also came along with drums and flageolets.

I will always remember that night. Let me put it this way —I will remember the rapture, the magic of being in the bosom by life itself, for while my parents slept their drinks away, frankly speaking, I gave myself to Juan Bautista and took him into my body. And while he had to move on, as he continued his mission, to tell the truth, his love has kept me going all these years.

59. Cumba: A party.

Little Antonio from Palmares

Little Antonio took one last glance at himself in the mirror. His sandals fit properly on his feet. White pants and jacket, in contrast with his dark ash-like skin. He touched his golden colored buttons as if to give it all the final wave of elegance. And, oh, his hair! He had to comb his hair again. Satisfied, he walked solemnly to the door to receive the visitor.

—Father—he saluted and fell to his knees.

—Little Antonio. Are you behaving properly?

—Yes Father, you know me.

He rose up and took the priest's coat and walking cane.

—Hope you are not taking part in those secret ceremonies in the woods. Juan Bautista is not a saint, not a Christian Saint. He is a worthless Yayah. Zumbi is not from the Congo, he was born right here in Brazil, and the Church does not approve of your primitive African rites. You are not a pagan any more. You are a Christian, Antonio, you must behave like one.

Little Antonio forced himself to smile.

—Father, your words are sacred to me.

—Well, I am glad to hear that. You are a very lucky lad. Your master and his family are very kind to you. Be obedient to them.

The priest started walking firmly. It was obvious that he knew the way.

—God bless you Father—Little Antonio managed to murmur, as he kept up with the minister's pace. —Don João is waiting for you in the library.

As the priest came through the door, Don João stood up and extended his hands as if to embrace him. Both men patted each other's shoulders merrily.

—Here's for your butts, Father Elías —Don João offered a seat, using a somewhat rude but very typical expression, and they sat down comfortably.

Little Antonio asked if he could be of service and was told to bring some drinks.

—This is a special occasion. This Holy Man had forgotten the road to my home. But now he is back. We have to celebrate.

Little Antonio went out in a rush. He ordered wine and cheese from the kitchen and hurriedly went back to his post at the door, just in time to listen to the beginning of the conversation.

—It's about your behavior Don João.

—My behavior! Father, for heaven's sake, what do you expect from me? What more can I do?

—Your wife is not happy with your conduct. You seem to have a notable weakness for women.

Don João laughed out loud. The cheese and wine came, and Little Antonio set the table elegantly. He poured two cups from the decanter, and placed the plate of cheese within reach. He then bowed and went back to his post at the door.

—Me with women! You know what, Father? I think my wife is crazy. I think she is going nuts. Maybe she needs to go back to Portugal. Guess she needs to drink the water of her land for a while. Then she will see how good life is here for her in Brazil, and then she will appreciate her husband.

—You are not sticking to the point. You seem to be trying to get away, but I won't let you. I am talking about your maid. The Mulatto girl.

Don João burst out in a loud laughter that went on too long and ended in a vigorous cough. He then took a big drink.

—Father, let me be frank with you. I have been a good husband. It is true that I was born in Angola, and raised in Brazil. But I have more land, gold and silver than the majority of the Portuguese nobles.

Let me put it this way: my wife could get a husband with royal blood and womanly manners. What is better for her, Father? She has a husband that makes her feel what love is like. She is mother to four children, two sons and two daughters. She is a rich woman, and her children will be rich; richer, much richer than she could ever dream to be if she had one of those Portuguese petty princes.

—It's not about your wealth, it's about Lourdes.

—I can't understand this woman. I have been a good husband and father. She goes around handing out my riches in charitable works. And yet, she is very ungrateful.

—She is just jealous. She says you devote more time to your maid than to her.

—Well let me put it this way. I go to mass every Sunday. I pay my dues to the Church. My wife makes generous donations to the poor. And you criticize me.

—Your relation with Lourdes sets a bad example!

—Well, well, bad example, eh?

Don João got up, filled both cups with more wine, and asked the priest to come to the window. Raising their heads, the men surveyed the fields. They looked at the enslaved people laboriously engaged in their duties.

—Take a good look, Father. All of them have been baptized. Do they seem like people following bad examples? In my Hacienda, the maximum punishment is fifty lashes, and only in extreme cases. Cases like Quaky's. That brute set fire to my property and ran away. Now arson is a bad example. So when I caught him I ordered fifty lashes. My wife and I are godparents to almost all the eldest children of our house hands. Not one of my slaves can claim that he has been mutilated in this Hacienda.

The priest tried to stop him. No doubt he was very far away from the point. But Don João was in his own frenzy. The words came out like the roar of a tempestuous sea, wave after wave, violently.

—Yes, all of that is true, but...

—I have placed in service more blacksmiths, shoemakers, dyers, carpenters, than any other slave master in this region.

—Listen to me Don João. Pay attention. I am talking about Lourdes and your wife.

—To be frank, Father, my wife is a lady; a very elegant and refined Portuguese lady. But look at that girl over there. Look at her thighs.

—Don João, for God's sake, you are going too far.

—Look at the girl, Father. Look at her color. My wife is so damn white. Tomb white. But the Mulattoes, just look at them.

Led by the priest, both men went back to their seats. Little Antonio ordered more wine and cheese and salted fish. He was curious to see what argument the priest could find to put Don João in his place. But he knew it was a very hard one.

—It is not enough for Caesar's wife to be honest. She must also behave like an honest woman.

Father Elías seemed to be getting back his control of the situation.

—You have brought your own children to baptism. . . You are the godfather of your own children. Lourdes' children.

—Father—Don João said cynically. Lourdiña is a married woman. Please respect her.

—I am no fool. Her husband is Black. But her children are too white to be the sons of a preto-retinto African.

Little Antonio was amused but he could not smile. The protocol was very clear: he should not even hear the conversation. He could only stand at the door, waiting to be called, waiting, as if it were, to be given the honor to serve.

—With all due respect, we are creating a new race, a cosmic race.

—Only God can create races—the priest snapped back fiercely—only God!

—All right then. God is using us to create a new race. In five generations we will all be Mulattoes. All of us. The ruling class will be Mulatto. Brazil will be Mulatto.

Father Elías stood up.

—I think I am leaving. I promised your wife to speak to you about your relationship with your maid, and I have done so. I leave the matter to your conscience. Now I am on my way.

—Come on, Father. La Mandina is not going to beat you if you don't make it home in time for dinner. I expect the Governor and the Port Captain to come over at any moment.

Little Antonio could not help himself this time. He had to bite his lips to contain laughter. Among the enslaved the rumor was that the priest had intimate relations with La Mandina, a Black woman who served him loyally. Don João was insidious.

—Please do me the honor and stay for the meeting. It's about Palmares.

The name, like a spell, made Father Elías reconsider his decision.

—Your wine is very good, Don João.

Don João laugh.

—Have some more. I'll see what I can do about the Lourdiña matter, Father. The flesh is weak, but I'll remember your sentence about Caesar's wife. I guess I need to be more discrete.

—What you need to do is to remember that you are a married man. A respectable Christian husband and father. Someone people look up to, both free and slave. That is what you should remember.

Little Antonio's attention was no longer centered on the domestic conflict. He was no longer amused. Now he was concerned. A meeting of the Governor, the Port Captain and Don João about Palmares meant trouble.

—Palmares!

The priest sighed.

—I was convinced that after the agreement with Ganga Zumba, we had achieved piece.

—Ganga is a genuine leader. He is truly concerned about his people. And we would have had peace if it was not for Juan Bautista and your beloved Francisco Zumbi.

—He is not my beloved.

—Now that is a very serious thing to say. Your predecessor trained him, taught him letters. Juan Bautista was already a corrupted Yayah when they brought him here, but the Church created both of these damn freaks. Can you imagine? Theology. Portuguese. For heaven's sake, Latin! Out of all subjects, Latin! I don't know, Father, but sometimes the Church...

—It was not the Church —Father Elias replied firmly— that was Father Gonzalves's personal mistake.

—Yes of course. So you don't accept the responsibility. You created these monsters, and now you won't accept the responsibility.

Little Antonio could not listen to the priest's defense. One of the house hands came to tell him that the Governor was at the gate.

—Don João, his Excellency the Governor is at the door.

—Great, let him in. And, by the way, tell the Señora that we have an extra guest: our Parochial Pastor. I am sure she will be delighted to wait on him.

Little Antonio went promptly to the door. He took another look at the mirror to make sure his presentation was adequate. He met the Governor and the Port Captain at the porch, and bowed to them with due respect, exactly as he was taught.

—Oh, ah... Little Antonio —the governor saluted him— always faithful. How is your mother?

Little Antonio's mother had died long before the Governor came to his city. In any case, the answer was not important. So he just murmured something between his teeth, and that was enough for his Excellency.

—Well, say hello to her for me —the Governor completed the salutation formula that he had devised whenever he faced house slaves. Especially in this case, since he was acquainted with the household.

Little Antonio escorted his Excellency to the library, and left immediately to tell the Señora how many guests she had. He rushed back to the kitchen and ordered them to change the cups and decanters. He then served more wine, dried fruits, salted fish and

cheese. And, as was expected of him, he went back to the door and stood still, in a very awkward position, which according to the Señora was correct and elegant.

The conversation was now well advanced.

—Palmares is a blemish on my career. I have criticized the former Governors for not being able to cope with the problem, and I was so happy about the agreement with Ganga Zumba. But now, this restless Francisco Zumbi is acting as a cunning beast. I don't know what went wrong: he is supposed to be the educated one.

—He is under the influence of Juan Bautista, that Yayah devil—the priest seemed to justify—he goes around preaching in the name of Jesus, the imposter. The ignorant prietos worship him as a saint. And that little devil knows how to maintain his image, with his white woolly hair and beard.

—“If you dress up the monkey in silk, that doesn't make a man out of him” —the Port Captain complained bitterly.

—Well, a lot of slaves are now running away to Palmares, or as they call it, The Free Republic of Palmares.

The men laughed. There was a combination of scorn and forced admiration in that laughter. Zumbi meant hate. Zumbi meant dread. Zumbi meant secret admiration for his outstanding military victories which even the Port Captain who hated him so deeply had to acknowledge.

—Well you may call them monkeys if you want to —Don João commented —but let me tell you this. When my father brought me to this country I was just a boy, but I can remember when he used to take part in the raids against the quilombeiros. Now, I am talking about ancient history; it has been a very long time since then.

—Monkeys —the Port Captain said with scorn. There are some astute monkeys around.

—So, if Zumbi is a monkey and we are men, and we can't get him, what does that say about us?

The Governor looked at the Port Captain harshly. The official could not afford an argument with Don João. He was one of the most

influential hacendados in the region, and a very rich man. He needed his support.

—We have to stop him! —he yelled, and standing up, went over to the window, hit the frame fiercely with his fist and turned to the men.

Little Antonio was getting very nervous. There was no way that the Governor was going to spend the rest of his life shouting and pounding on the frame. He felt relieved when Don João asked what was on his mind.

—I have a plan.

The men drank from their cups. The Port Captain, in his effort to regain the ground he had lost in the discussion, proposed a toast to the Governor's idea. The men toasted, and again drank generously.

—I spoke to Domingos.

Little Antonio was shocked. Domingos Jorge Velho was a legend. They called him the "Indian hunter." He was famous for tracking down and killing Native people.

—And?

Father Elias too seemed carried away by the Governor's brilliant idea.

—We came to an agreement. He is willing to support us.

—Your Excellency —Father Elias said— your memories will live long after you.

The rest of the evening went by vaguely. Little Antonio could not concentrate on his job. His heart kept pounding wildly. He had to go through it all, the courtesies of the gentlemen in the presence of the women, including "my lovely and loving wife", "my beloved daughter", the food, the toasts, the merriment and —the greatest touch of cynicism of all— "my dear mother-in-law".

It was very late when the guests finally left. As expected, no one bothered to say goodbye to Little Antonio.

It was almost midnight when he made his way to Felicio's home.

—Felicio, take this money to Negra Lumbala. She will be very happy to see you. She says you are quite a man.

Felicio was very happy to hear Little Antonio's comment.

—Well, hurry on. You take the money and the letter to Negra. I am explaining to her that you desire to spend some time with her. Is that what you wanted me to write?

—Yes, thank you. Me cud tell her me self, but she like when man write her. Every time a tek a letta to her and the money you pay me fo gossip, she mek me spend a good, good, good time. The other night me no go wi letta. She tek the money and almost kick me outta the place. She se she too tired. But when me tek the letter, every thing is different."

—Make it back before dawn.

—Yes, yes, me will, me will...

Little Antonio went directly home. He told his wife about what he heard at the big house.

—You should not do anything about it. You have a good job. If Don João catches any of your letters, you will be a dead man. And what about the children? You seem to have no consideration for the children.

Little Antonio went over to the children's bunks. A couple of angels, they were. He caressed his daughter's head for a while, and then went over to the other bunk, sat beside his son and held his hand.

Later, he could not sleep and it was almost four when he heard some sort of commotion outside. His wife leaped from her bunk and ran to the door. She slipped out quietly and a few moments later came back with the news.

—I told you this was going to happen. They caught Felicio on his way back. What are you going to do now?

—Nothing, woman. Nothing. Calm down. Let me handle this.

Little Antonio changed clothes and walked over to the big house. There was Felicio, tied by the neck, standing in a hanging position. He was almost on the tip of his toes. Don João was totally outraged, but Felicio hung on to the truth.

—Mi spen de night at Negra Lumbala house. Please believe me. Me spen de night at Negra Lumbala. Don João that is all me du.

Me spen night at Negra Lumbala. Sir... please, sir, please, Me spen night at Negra Lumbala. Me spen night at Negra Lumbala. Me spen night at Negra Lumbala... Me spen night at Negra Lumbala...

But his humble begging tone was irritating. Little Antonio came as close as he could to Don João.

—Señor—he said at the very first opportunity he had—do you want me to find out if he is telling the truth? I can find out with Negra Lumbala herself. She will trust me.

Don João seemed to calm down a little.

—All right.

He turned to the overseer.

—Let Little Antonio find out. Give Felicio twenty-five lashes for leaving the Hacienda without permission. Twenty-five lashes right now, and keep him tied till mid day. If what he says is true, let him go. If he is lying, give him another ten lashes, and another ten, and another ten, until he tells the truth. Keep me informed. God, what a burden for us white men! One cannot even get a good night's sleep.

Little Antonio saved Felicio from further grief. Then he settled down to work very hard. He had been very lucky up to the moment, but that was close. Too close. Yet at the same time, he knew that his position was key to the movement, and could not bring himself to abandon what he considered his duty.

His wife was right, no doubt about that. He had a good job. Although a slave like all others, being in a position of authority in the big house gave him a certain advantage. Also, both Don João and his wife trusted him.

He had sense this preferential treatment since childhood. He could remember many instances in which Don João, then a young man, would call him and give him a fruit or some sweet. Sometimes he wondered why. His mom hated the young João and tried hard to pretend she did not see his inclination to pet Antonio. There was another consideration to add. Little Antonio's skin was lighter than that of his brothers. That caused him many problems, especially from one of the children, who gave him the nickname "Red Ebo." And he

hated him for that. The name set him aside, put him on the outskirts of the group.

It was Zumbi, now the head of the Palmares Free Republic, who explained to him his personal history. While living with the former Rector, they had become close friends. Francisco, as his white masters called him, was a very good student, and wanted to become a priest. He applied himself with all his might to the teachings he got from Father Gonzalves, and learned to read and write, and taught Little Antonio. One day Little Antonio raised the matter of color to Francisco. He wondered why, in his own family, he felt discrimination. The point was that he was much whiter than the others were. Francisco, who was becoming very harsh about White people, sort of suggested the well-kept secret.

—You should ask your mother. Tell her to explain what happened with this damn João.

—You mean Don João? She doesn't like him. Well, actually she hates him.

—She has a very good reason to hate him.

—But... what does that have to do with the color of my... No! It can't be!

Little Antonio did ask his mother about the color of his skin. She said that God created people according to His will, and that in this case he had some sort of mission for Little Antonio that he could only fulfill if he were a light-skinned Mulatto. He was just born that way—she said—and he should use his advantage to benefit the family.

Little Antonio was not satisfied, so he asked her why she hated Don João. The question placed in the context of the conversation, infuriated and then embarrassed his mother. She reacted violently and slapped him on his mouth.

—Never say that again! Do you have any appreciation for your mother? What do you want? You want them to give me fifty lashes and then sell me to another farm; that's what you want, eh? You want to get rid of me? I should have known that no good would come out of you, and strangle you when you were a baby.

She went into a fit, and cried and acted like someone possessed by some evil spirit. For days she did not even say "good morning" to Little Antonio. But on Sunday after mass she told him to accompany her to her favorite tree. She murmured some sort of ceremonial words Little Antonio could not understand. She took shrub and used it to sprinkle water on Antonio, and spilled some liquor at the root of the tree. She then embraced Little Antonio, and told him in a very humble tone how much she loved him. And she asked him never to say again that she hated Don Jão because he was her master, and could dispose of her very easily, by just sending her away. "You are the rightful descendent of Kuama, a believer in the Spirit. Aba and Kuama are the builders. The Orishas. You come directly from them. Nothing else matters. You are a Yamba person.

A what?

A Yamba person.

She then embraced him, putting foreheads together, rubbing their noses, reassuring him that she was so glad that she had not strangled him when he was a baby, that she thanked God for that.

Little Antonio went to see Francisco and told him about the strange conduct of his mother, and asked who Kuama was and what in the world was a Yamba person.

Francisco listened to him for a while, and then said solemnly:

—She meant a Yayah person. And the name is Kwami. According to the traditions of the elders, Kwame and Aba are the king and queen of the Yayah Kingdom. You should not be hard on your mother. She was then very young. What I heard from Old Mambo before he died is that Jão forced her over and over again. She was afraid of being sold to another farm, and not being able to see her family any more. So she had to submit. Then one day Jão's father found them together. He whipped her and sent her family to do field work.

Francisco walked to the window.

—You know, you have been well treated. This I must admit. At least, the beast finally has some sort of consideration for his child.

—I am not his child. I know who my father is. I am a Yamba person. Ganga Zumba is my father. He is father to all of us.

When Francisco found out that because of his color he could not become a priest he became a very radical opponent to the system. It was then that he began his association with Juan Bautista, who lead him to Zumba. Later, he decided to escape and become a citizen of Palmares and then change his name to Zumbi. Antonio thought of Ganga Zumba, who his friend so mystically depicted as an African God, and about Juan Bautista, who the slaves look up to as an Orisha and a prophet. Francisco asked Little Antonio to go with him, but he did not.

Yes, his wife was right. He had a good job in the big house. Although enslaved like all the others, he was trusted by both Don João and his wife. But most important to him was his sense of loyalty to Zumbi's cause.

So he held his ground.

On Sunday Domingos came to see Don João, He was a strange character, indeed a legend. He was wearing the famous necklace, made of the ears of the native chiefs that he had killed. He came with his bodyguards, a savage looking and stinking mob. There were five of them; three White men, an Indian servant and a Black slave. The bodyguards did not exactly reflect the composition of his private army, since according to Little Antonio's information he commanded one hundred Whites, a few blacks, a thousand Indian men, plus the women and children. They were a nomad-like mob, paid by the Hacendados of Recife to "clear" the land from the infection of the "primitive" tribes. He specialized in suppressing Indian rebellions, and boasted about his heroic deeds. He wore the necklace as proof of his achievement, and was proudly responsible for the death of tens of thousands of Indians.

He was now a person of a certain age, and was finally seeking a place to settle down with his mob. Little Antonio overheard some of the petitions: four positions for his people in the three religious orders of Portugal; he would retain all the Blacks that he captured in the raid on Palmares as his own slaves; he wanted a free supply of arms, munitions and food.

Little Antonio did not hear the other conditions. But that evening he wrote the usual letter to inform Zumbi about the danger. Nine thousand white men, Indians and Mulattos would be marching against Palmares.

Felicio was not very happy about the errand, but the temptation to be with Negra Lumbala was a better beacon to survival than his fear. Those were the only true moments of happiness in his "damn life". That was what he said, and he would risk his life for them.

But this time, Felicio was captured on his way to Negra Lumbala's house. The sentinels alerted her on time, and she escaped, but the valuable information they were sending to Zumbi was now in the hands of Don João. It was true that don João had no clue that Little Antonio could write, but he would soon find out, whether by deduction or by Felicio's confession. Little Antonio knew it was the end of his career as an informant. He went over to the children's bunk, and kissed them tenderly. He rubbed their forehead and nose against his. Then he hugged his wife, who said nothing. She just cried silently.

—Go to the Señora. Tell her that I was forced to write a letter to Zumbi, and then kidnapped by the Maroons from Palmares. Make a big fuss. Cut yourself or something, tear up your cloths, mash up the house, and start shouting from here. All I need is a few minutes. She will help you. Take good care of the children. I'll send for you as soon as I can —then he was gone.

Nat

Nat⁶⁰ sat on the mound, his eyes wide open. They were at that sacred spot in the center of the isle, a selected group they were, chosen as disciples. They were the special few, the Children of Israel.

They had had a good night, a real banquet included, with the very best of everything. The house slaves had done a good job, smuggling out the food used only in the master's kitchen. But Nat himself did not eat. He fasted for them all.

After the meal he called to Madison, his favorite disciple, asked him to hold the Bible and summoned the men to the mound. Beside them, Big Job stood, towering. It was he who requested silence.

—Let us listen to the Word of Our Lord —Big Job said —as revealed to our brother Nat, his Apostle.

—Brethren, the hour has arrived.

A deep silence came into the camp, forcing attention on them. They were all in one vibration now, all in one spirit, all in one purpose, and all in one unspoken promise to live or to die.

—These are the words of the Lord written in this Book I was told to read to you today. So pay close attention.

Nat then opened the Bible, randomly, so that they could all see. He did not chose the page as the White Pastor did at the White church

60. Nat Turner: Born in the State of Virginia, USA. His grandmother and mother were enslaved Africans with a great hatred for slavery. Nat led an uprising in 1831. The revolt ended with his execution.

while Big Job stayed some distance away and tended to the horses. Nat was a different kind of Pastor, he seemed to have the ancestral solemnity he used to admire in his uncle when he was a boy. Nat just opened the book and began to read.

—The Lord told me, from this moment I give thee —now, pay attention to this, I give thee Sihon. Who is Sihon? Sihon is the king of Heshbonites. All the Whites of this district are Heshbonites. They are the grandchildren of King Sihon, so, Brethren, pay attention to this: I have opened the Bible and have said to the Lord, Lord, let my eyes fall on the Word that you want me to deliver this day. And as you see, brother Job is my witness. I have called to Madison my brother, I have told him to hold the Bible and I have opened on the page that the Lord indicated and here are His words. You all saw what I did. So there can be no doubt in your hearts. Here is the Word of God, so Brethren, shout Hallelujah!

—Hallelujah, praise the Lord —they said

—This is the dawn of the Day of the Lord. And the Lord has said from this moment on “I hand Sihon over to thee, the people and the land. You may now enter his territory and seize everything thing you find in his country.”

—Hallelujah. Glory to God. Glory to God that speaks to us.

—When the Children of Israel heard those words of the Lord, they destroyed the cities of the Heshbonites and they killed all —men, women and children, as was the Will of the Lord. And they only spared the life of the animals and kept the things of value from his enemies. Glory to the Lord. I am reading here from this book of Deu... to Deu... to..ronomy... Deuteronomy, Nat said, and Madison also drooped before the Bible when he saw his leader reading from his master's favorite book. How could that be? The same book, how could such different words coming from the same source mean such opposite things? But Nat read and the men said, “Glory, hallelujah to the Lord.” The men said they would follow Nat's instructions, for evidently it was the Will of the Lord God. It was there, they had heard.

—Now, Nat continued with a firm voice —it doesn't say tomorrow.

The followers then said "Amen" and Nat went on with his sermon. —Yes, hallelujah, the Word says starting from this moment, and this moment is tonight. Amen, glory to the Lord that has revealed his Word to us —he said emphatically —and Big Job shouted "you heard the Brother, so say Amen", and they all said "Amen" but Big Job could not hear them, so he demanded another and another and yet another Amen, until he got it right. Madison then closed the book and placed it on a rock, and the great silence came back.

The teachings of his grandmother returned to him that night. While fasting —and he fasted for forty days and nights —he saw her on the ship. He was sitting at her knee as in a dream, listening to her and she was on the ship.

But then he was carried away, as by the Spirit of the Lord, and was no longer in his grandmother's lap but rather in her head. And through her eyes he could see the dark and cold cabin. He perceived her confusion in that dark and frightening cabin, the body just beside her. He saw her fighting again to take off the enormous body, using both hands. She held her breath in order to avoid the offensive stench coming from the mouth of the body. The eyes of the body were red. And from her eyes tears shed copiously as she tried in vain to rotate her head, so the tears would not mix with the flow coming from the nose of a stranger. For the first time in her life, she could perceive the scent of earwax. The body became dense. It was already touchable. She wanted to move her own body, move away, but there was no response, except for the paralyzing effect of horror.

And Nat understood then that bodies sweat, that they produce gases, that they burp, that they expel the remnants of food and drink, and bodies like his grandmother's obey the monthly cycle of life. And at that very moment he understood what it was to be a woman, with that lukewarm liquid running from her naked legs, and Nat could not bear the smell. He could not believe that that body was his grandmother's body, because he remembered her tenderness, he remembered her fragrance, the smell of wild herbs and mint. He wanted to get out of her head, but he was not able to. He felt the agony of captivity, stronger

than the one he had experienced personally, the force of decay in her body, in our body. Because her body was our own body profaned. And bodies sweat. And bodies menstruate. And bodies fart.

But then, he felt grandmother's warm hands caressing his head.

—My lucky sleeping boy, she said, but you should not sleep, because you are called to be the liberator, because you are J.B.C.'s grandson.

One day, his mother, playing with his name, discovered that J.B.C. were the initials of John Baptist Congo, direct descendant of the Yayahs, who using the power of the prophets, managed to open the channels of knowledge for his town. It was interesting that, when the grandmother pronounced those initials, it was as though they had a magic effect, and the boy dozed again and saw the day of rebellion. He listened to the shouting and screaming of women on the ship's deck; he saw the convulsing desperation that even the cooks stopped to watch, wondering what strange spell had taken possession of the Africans while fearing for their lives.

Now, on the stone, he had read the Word of God.

—First —Nat said— we have to act like the old Israelis. That is the Lord's way. And then later, once we are strong enough to have our own army, once we can match the Heshbonites, we will then allow the women and the children to live, and they will be our women and our children, so is the Will of the Lord. But at dawn, leave no man or woman or child alive.

Many, many years ago the grandmother was at the bank of the river, fishing. She was no longer a young woman. She had a few years on her body, but not the hands of men. In fact, the last man to touch her had been the Captain of the slave ship. It was that touch that moved her into a position to help the leader capture the ship and liberate the slaves.

She heard a flock of dogs coming her way, so she pulled up her raft and hid herself under the trees, dodging with her arch and arrow and an old rifle that she always kept loaded, prepared for flight down the river or for personal defense.

As she waited for the unpredictable outcome, she saw a tall, rather cadaverous man, with features very similar to those she knew too well in her distant hometown. Without counting the risk, she threw herself off the raft, and making her way to the bank she dragged him as she could. Mounting the fugitive on the raft from his waist up, she began to make her escape.

From a distance, she listened to the dogs barking at the river bank and the voices of the hunters trying to make them cross the current, in order to look for the footprints of the fugitive on the other side of the river and continue the chase. She simply kept her pace, as quickly as she could, until she saw the watchman's tree where she knew there would be guards that would send out the alarm, and that others would certainly be waiting further downstream. She signaled twice, as she should, and sat down on her raft to wait for the outcome of that unexpected episode.

Once in the camp, she told them the man she rescued was a Yayah, therefore, her relative.

Days came and went. She looked after him and fed him devotedly, curing his wounds until he regained consciousness. He said his name was J.B.C, son of a famous warrior and a Christian. So Nat's grandmother, after feeding him and lovingly restoring him to health, decided that he was the most handsome man she had ever seen. She also thought him good enough for her to submit to a strange ceremony the Christians call Baptism, and later to accept a Christian marriage. And she swore by the name of He who her husband insisted was the true God. She then committed herself to the sole idea to live the rest of her days in peace. She told every one that, through this total and non submissive passion, it was her chance to erase the bad memory of the bodies that sweat and stink, of the bodies that smell like liquor, of the irreverent hands of a so called doctor that she heard saying "cheeskleen" or something of the sort, and although because of her age she couldn't count on children, she was so happy to have finally found the man of her dreams. He reminded her of Papah Kwame.

Nat's mother was a total surprise. She was the child of old age, a sign according to J.B.C., that the Lord had a specific plan for her life. She was consecrated to the Ancestors according the Yayah tradition, and blessed by the Pastor of his clandestine Church of the Holy Stream. For the ceremony, they had to travel a good distance, coming closer than she had ever been to the plantations.

It was there that she listened to the words of the Bible for the first time. The Pastor explained that when God created the human being, he created them male and female. It was there that she was told, much to her disgust, that she was now to become the daughter of a Mister Abraham and no longer a member of Elder Kwame's clan. But her love for J.B.C. was so strong that she endured it all, not allowing herself to leap up in rebellion and shout the big question.

—Is that Captain that raped me also a son of Abraham? Is the White cook that tossed hot oil into my cousin's eyes “because him was staring at me, Captain, said the Cook, and him had no right to stare on a White man, you know?” —is he also a son of Abraham? Are the savage slave hunters with their dogs, those that were coming after you, my beloved J.B.C., are they also children of Abraham? How come we are becoming members of the Abraham family?

J.B.C. told her that there was a difference between the teachings of the Church and its members. He said that the Bible, the mysterious book that only the Pastor could read, contained such truths as the fundamental idea of a God that was One and Three. She remembered the words of the old wise man explaining to them that there was only one God, and that was an Egyptian idea, that He has Three Persons. It was the same old song the Griot sang, about Nyame, the Creator, manifested as Odomankoma, Yaa and Kwaku Anansi. The same story told by a young boy named Juan Bautista, who daring to speak to the Elders without their permission, explained that in this new land Egypt was the Symbol of Evil, and that God's new name was Jehovah, and that the holy names of the Divine Trinity were no longer Ra, Osiris, and Iris, but Father, Jesus and the Holy Spirit.

But if there is only one God (she did not rebel or questioned her husband), then it is that same God that gave the Black Man the will to resist. It would have been He who inspired in the Yayahs and the Sumani and in all the rest of them, their vocation to hold on to the Samamfo –the community of ancestors, living and unborn –the stamina and the conviction to connect themselves to the very essence of life, to go deep beyond suffering, to revisit the Source and sing His tunes; yes, if there was only One God, not only one almighty God, but just one God, then it was He that gave them the vitality to prolong the ceremony way into the morning. But while they congregated to pray, and to wish the best for J.B.C.'s family, they were attacked by White guards, who claimed to be the children of Abraham, and although her husband prayed so hard, invoking God's help, he was captured, and she was taken prisoner again, and there she was, the ugly memories of the ship haunting her, holding her daughter, remembering how, back in the land of the Yayahs when the Fulahghi attacked, mothers fought desperately to at least keep their children together.

Memories, yes, bitter, painful, the ship again, again the ship, holding on to her daughter, taken away from her husband, her lawful husband, her Christian husband, in the name of the God of Abraham who they all declared as God, slaves and masters in such perfect communion, loving their brothers as they love themselves.

This time, the people on the ship spoke another language, but all the rest was the same, including the cross and the hutch for the women. She clung on to her daughter, holding her tight to her chest, as they were sold to another master, she and her daughter, holding on if not for happiness at least to be a family, to be able to talk about J.B.C. Holding on together and praying that by the grace of God and the help of the Ancestors, she would be able to raise her daughter.

And so she did. She never saw J.B.C. again, but she lived on. Her daughter caught on to the new language, and secretly, while playing with the White kids, learned how to read. It was she who explained to her mother that J.B.C. was in fact John Baptist Congo, just another way to say Juan Bautista Congo, who had changed his name for some

reason or the other, maybe to accommodate to the spirit of the new language. She did nothing to suppress her daughter's fantasy. J.B.C. was a great man, who tried to find freedom through religion, who thought that if he became part of the Christian community he would be respected as a person.

In time, the old lady took on the legend all by herself, and told Nat's mother that her son was the Messenger. So Nat was appointed and reared by his grandmother like the Elected, the Heir of the Yayah tradition, the Great Messenger consecrated by God in order to liberate the Black slaves of the region.

Nat stood up on the mound. Nat stood up in faith, a faith that was immense, much bigger than Big Job, firmer than Madison's will. Many of his followers would remember him like that at the moment of death, his brilliant illuminated face in the light of the bonfire, standing, facing the same Supreme God for whose cause his ancestors died, facing Jehovah, the God of vengeance, the God of the armies, the Jealous God, the God that became man to accomplish the liberation of man, of humankind, on this Day of Redemption. Nat said, standing on the mound, "we are the Children of Israel." Many would remember him just like that, a prophetic resonance, like the announcement of the never-ending struggle to be, as the force from the Samamfo. And night became more night when the attack began.

They went directly toward the Big White House: Nat, Hark, Big Job, Nelson, Sam, Will, Henry and Madison.

Joseph Travis, the one that made them call him master, had a reputation of being a cruel slave master. He sat on his bed in the middle of drowsiness caused by the bad whiskey he drank the night before, trying to figure out where the strange noises were coming from. Hark and Nat used a ladder to get up to the top of the house and lowered themselves through the chimney and were able to enter the Big House without being detected. They took possession of the firearms and Nat and Will went to Travis' room. The slave master now jumped from his bed, trying desperately to save his life, calling to his wife. But Will leveled him with a single blow from his axe.

Miss Travis, as the wife was called, panicked and began to scream, but she was silenced with another mortal blow. The same fate was dealt to the children. But one of the loyal slaves, called Jim, was spending the night in the Big House with one of the slaves. Alarmed at seeing so many dead bodies of men, women and children piled in the patio, Jim ran to warn his half-brother Harris about the rebellion. Harris managed to escape on time, seeking help in the neighboring districts to put down the uprising.

Jim thus saved the life of his White half brother, but then, when the rulers recovered control and began to hunt down the now fugitive Blacks he refused to help in the hunt.

—Me save you life —he told his brother— but sah, me not able to help you kill off my people, sah, after all, sah, all them want is freedom, so, sah, jus, jus put you gun here, aim here at me heart and help me out of this pain —and his half brother did exactly so, he pointed his gun, aiming directly at the heart, and without hesitation or a word sent Jim off to give account of his deeds to the Lord.

Madison fled to save his life. Behind him he left his wife, the woman whom he loved. He fled, but as he fled he swore to return to rescue her.

Fifty-five white cadavers lay in the patio at morning. Seventy-three Black cadavers. But all of them had bled in red.

And the ugly crowd of that day, that day, standing round at the
living and the dead, and the one called "Yashu" who was
collecting with blood their magazines, stepping over the Black
cadavers and was again, as if two hundred years of anguish, rage
and repression in the streets of God had not been enough.

Madison could also remember standing in the churchyard,
bearing the sign of the "pendant" screen, which made it clear to all that
God had elected the White man as his people, and from then on
responsibility of bearing civilization to the rest of mankind. And he
could also recall, remembering the words "civilization" in his mind that
White People —White People— usurped the Power of The Lord. They

Madison

Madison kept himself hidden in the swamp until he was convinced that they would be looking for him further away. Then, bitten by insects and tortured by hunger, he began his slow road to liberty. Left behind was the woman he loved. They both truly loved each other and were prepared to fight to be together. She was a Mulatto, the daughter of the owner of the plantation, and of the adopted grandmother who reared Madison.

Night is cold. The moon beckoned to him with a whitish glow, as the wild sounds of the wind caused the fugitive's heart to pound against his chest. With a small knife as his only weapon, he succeeded in procuring his dinner by killing a dog that attacked him. Raw meat and blood to keep life in his body, but at the same time, those were a painful remembrance of death lying everywhere in his home town. And the ugly image of Nat captured, tortured, confessing names of the living and the dead, and the so called "Heshbonite" survivors celebrating with blood their vengeance, stepping over the Black cadavers over and over again, as if two hundred years of assault, rape and oppression in the name of God had not been enough.

Madison could also remember standing in the churchyard, hearing the echo of the pastors' sermons, which made it clear to all that God had elected the White man as his people, and given them the responsibility of bringing civilization to the rest of mankind. And he could also recall overhearing the pastor explaining to his son that when a people –White People –accepted the Peace of The Lord, they

were entitled, as a reward for bringing the rest of mankind closer to God, to have the benefit of those people's labor while they were being taught to work. That is the Will of the Lord, written in the Book of Deuteronomy, the very same book from which Nat drew his conclusion that the time had come for redemption. A very, very strange book it was. How could the same words taken from the same book contain messages of liberation and oppression at the same time?

Madison continued on his way, close to the road, advancing as fast as he could. He was caught between the satisfied hunger and nausea, with pain coming from his wounded foot.

Two nights later he succeeded crossing the state border. He did not know it however, so he just continued North. But by the third night he could not go on any more. So he simply gave way, loosing blood, thinking about the soft brook in which he used to bath whenever he could escape from his mother and his master.

He woke up in a barn, attended by two White women. He tried to get up, caught by panic, expecting some sort of torture. But the women signaled for him to be quiet. There was something about them that made him feel that the war was over. So he let his head rest on the pillow and almost instantly went back to sleep.

From there on, the freedom flight was easier. He traveled for many nights and days, helped by Mulattos, Whites and Blacks, without understanding why they were all caring, feeding and helping him in every possible way, instead of capturing and returning him to "his master." About a week after that they told him that he was on his way to Canada.

He finally did get to Canada. He was employed on a farm, and for the first time in his life he got paid for his work. His employer was very happy with his services and rewarded him with plenty of food and a good shelter.

It was not long before Madison recovered his impressive strength and forgot about the dog's meat and blood that saved his life. But he could not forget his wife. He spent much of his spare time thinking about her, until he could take no more. He then confronted his

employer about his decision, and after some harsh discussion, managed to hit the road again.

He went back the same way, but this time, he had a document declaring him free, document that proved its worth in some states and places.

Back home, he succeeded in seeing his wife, and they planned to escape. But someone told his wife's half-brother, who was now the head of the plantation, that they had seen Madison around.

After the older Travis died during the rebellion, young Master Travis, his son, had taken over. He made a major effort and captured Madison. He also accused his half-sister of complicity, and sold them both to different slave-traders.

Suddenly it was night in Madison's life. At least during the days in Canada he knew where to find his wife. But now his dreams had been shattered, and his only consolation was to think that from now on he could be in total rebellion, since life had no meaning without his wife. He was taken away chained and humiliated. His fame as a brave and very strong man was of concern, especially since among the Blacks there was rumor that he had made his way to Canada and back, all by himself.

Now that he had lost his wife, Madison had no more time to lose. He was prepared to offer his life for the cause of liberty, which he considered a substantial part of being human. He had been out of slavery. He had lived in a completely different society and had had a taste of good will. This time he would not run. So he started to talk to fellow slaves about Nat's ideas and his word fell on fertile ground.

On the fourth day aboard the slave ship, on his way to the Caribbean, they were caught up in a hurricane. The wind gave both captors and captives a very hard time. The Captain ordered the women to come up on the deck. One of the guards, taking advantage of the confusion forced one of the women into a corner, hoping to rape her, but she managed to hit him fatally, and got hold of the keys. None of the guards found out what had happened. It was thought that the dead body was the result of the confrontation with nature, and since

the danger was on-going, no one had any idea about the keys being in the hands of the slaves.

Next morning, with the calm of the new day, came mutiny, lead by Madison. He managed to capture all of the White crew, killing only one, and he offered them their lives if they sailed the ship to a British Port. The agreement was kept and the ship and slaves got safely into Port Nassau.

But for Madison, there was an extraordinary compensation to his efforts. His wife was among the women on board.

Cudjoe

Eddy had his own story.

When the horn blew, he jumped. He had a nervous character, which made a very good sentinel out of him. The men looked at each other, held their guns and rose from their seats. Eddy turned to Cudjoe⁶¹ with respect and said:

—Me going bring him to you —Cudjoe nodded.

—All right —and to the other men:

—Now open you eyes. Remember we don't bukunu⁶² to nobody.

After a while, Eddy came back escorting a strange looking man. His hair was blue-black and straight; pointed nose; dark bronze skin. But his body had the build of a Mandingo⁶³.

—Well I be damn, who dis?

—Him is Jamaican.

—So what kind of foolishness is dat? All a we ah Jamaican.

—Yes, but him is from this very Land of the Springs⁶⁴. Him mother a Arawak Indian. Him father Black.

61. Cudjoe: Jamaican Maroon freedom fighter.

62. Bukunu: Kneel

63. Mandingo: Person from the Mandinga, Nation of Africa.

64. Land of the Springs: Meaning of "Jamaica" in the native tongue.

—So if the man is a damn Miskito⁶⁵ Indian why you don't shoot him?

—Him want to talk, man. Him father is African.

Cudjoe stepped down from the rock on which he had taken a position. A short, vigorous, and strongly built man, he wore a blue "casaca", without sleeves. He had a wide band around his head that marked his authority. An old hat barely covered his rounded head. On his right side a horn full of gun powder, and a sack of pieces of metal used for bullets. Hanging under his left arm, was a machete in its leather sheath. His shirt and other clothing as well as his body were soiled with the reddish dirt of the barricades.

—This shit must be Blackshot⁶⁶, and me feel is foolishness mek you bring him here. But any way, what is done is done. Whe you from?

—Jamaica.

Cudjoe laughed.

—Me too.

—No, I mean: native Jamaican. Me name Arrow Walk. Me mother was Arawak Indian and me father Clearvalley.

—No Black man name so. You want to mek a fool out o' me?

—No sir. Well him real name was Carabalí. Maroon from Esmeraldas Valley. Am, somewhere in the Andes mountain them seh, near whe them have some place called Equator, or something like that. Only Africans live there. One day him fall asleep in the woods and the Spanish man them capture him and sell him as slave, and him master sell him to a man from Panama, and then him end up here on a Jamaican Plantation.

—So, then you is Miskito Indian.

Arrow Walk was offended.

65. Miskito: Afro-Indigenous. African-Native Central American nation, on the coast of Nicaragua. Allies of the British, they some times took part in the war against Maroons in Jamaica.

66. Black shot: Jamaican soldiers in the service of the British.

—You hurt me man, you hurt me bad. Me is a Cottawood⁶⁷. I swear to God. Me love roast pig, you know?

This time he sounded like a true Jamaican.

—So wha you come here fo?

—You in danger. A ship off bay, with about two hundred sailors. And the Governor have bout the double, Blackshots, Miskito Indian, slaves and all that. Ah was working with Colonel Needham and ah use to pass information to Big Joe. Yu must know him. Big Joe, the Madagascar man. But them catch Big Joe and juk him and poke him and almost beat the life out of him. So before him tell on me, ah convince Needham that ah know you personally and that I could get you to sign a treaty. But that is not what me want to do. Ah come here to warn you and to fight fa freedom.

Cudjoe asked Eddy to step aside.

—Wha you bring him here fa? De man is a damn spy.

—No, no. Him want to fight. When him want, him can talk English just like you, and him can talk like the English them. And him can talk Spanish, you nevuah can tell if them ah come back⁶⁸. And him is free, him have papers.

—The English sen him to watch we. Him must be Blackshot, or Miskito Indian. You same one seh him talk Spanish.

—Him is a Cottawood man! The man love him roast pig you noh!

—All right, tell you what; bring, am, Jon and Done. If him work with Needham either him know them, or them will know him. If not, we no tek no chance.

A few minutes later, Jon and Done joined them. Jon was a lean, tall white boy, with blue eyes and blond hair. Done was short, reddish skin, reddish hair, with a strange sore on his lips. As they came into the cave, Jon went pale.

—What the hell that brute doing here? —he said, pointing to Arrow Walk. That is Needham's sitting stool, as Mr. Cudjoe like to say.

67. Cottawood: Another sector of Jamaican rebels.

68. Spaniards come back: The Island had been formerly under Spanish rule.

—Ah, look yah no? The two white pigs them. I remembah when Yu try to save youself an almost frig up everybody else.

Jon jumped toward Arrow Walk with the intention to hit him. But Walk was faster. The White lad seemed ridiculous hitting the breeze.

—Eddy, stop them!

—All right, you hear the man, cut it out!

Cudjoe turned to Jon.

—So you know him?

—Yes; him a damn worthless Indian.

Cudjoe put an end to the meeting: he ordered them to give Walk food and watch him. He then turned to Eddy:

—Tell you what; send him back to buy gun powdah. If what him seh is true, we have to get whole barril of gun powdah, and a big sack of shots. Tell Done to write letter to the Jew, what's him name?

—Jacob.

—All right, get Quashee Yayah to go with him. No, no, you go with him. Let him go on his own but watch him. Tell him we going move to um, Saint Elizabeth to join up with the Madagascars. Tell him that is a secret, so if him chat or them catch him, that is what him will tell them. Now, don't fool around: if the man try to play any Nancy trick on you just sen him home to him Arawak mother. Ask Sam Yayahson to take care of him, but tell him, him must careful. And find out more 'bout the White man them plans.

A week later Walk and Eddy were back safely. Sam Yayahson came with them. He had to run away because "them catch Gully and him tell them 'bout how we fool up the Church Street Jew, making him believe with the letter that the gunpowder is for Needham."

The new report confirmed Walk's information. Six hundred men, two hundred from the ship "Commodore", two hundred voluntary local Whites and two hundred Blackshot, Miskito Indian and carriers were coming after them.

Cudjoe laid out his plans carefully. Without naming his source he told his top officials about the attack that the Whites were planning. And they organized the defense. One hundred men were placed at

Crow Hill, and another hundred at Hobby Road. The women should take up the entire crop, and hide it in the small village on the other side of the Hill. If the Whites got near they should burn the village, take the children and run to the Guy.

That very evening a messenger came from the salt makers of Long Bay. Things were very serious this time. Both men had told them about the ship that they believed the English Majesty sent for. Next morning, spies from Port Antonio came rushing to tell Cudjoe that the governor knew exactly the location of the Maroons.

Early Thursday morning horns blew. The main body of the troop was coming directly to the crossing. It was obvious that they were pressing to get to the top because that would help them find the route. They went exactly where the Maroons wanted them, and were easily ambushed.

“So we fire on them from one side. And some of them fall down dead or half dead. And his Majesty’s troop them turn to fire back on pure bush, you know, on the bush because after we fire we lay down stiff on we belly. Then we wait ‘til them fire from the other side and lay down on them belly and we get up and fire again. So before the White man them know what to do fire broke out from the other side of the road, right behind them. So now you see them confounded. Them can’t decide were to answer the fire: right or left. And to make them get real mad we start to fire from the front and them get wild and burst loose. Boy that was the first time ah see White man run like that. Them begin to throw away all that them was carrying and run. Ah mean every thing, you know: meat, medicine, bread, gun powder, and cannon bullet. All them carry with them was the liquor. We pin them down at Shaky Rock, and we was bound to kill all of them but the rain start pouring down all day and night and them run away. Them run in the dark and since it was not safe to run behind them we just let them run. Any way, we catch Murriah, the Blackshot and Cudjoe was happy ‘bout that. Him was good hearted to people that fight for freedom but him hate traitors. Murriah was a brave Black soldier, no body can take that away from him. Him fight on the side of the Whites

but the man was no coward. No coward at all. But him was a beast. Through him and the Miskito the Governor manage to find one of Cudjoe camp them, and almost blast us up, you know? Cudjoe had no mercy for that sort of dirty bastard. 'We not cruel like the Whites, him tell him, so seh you prayers Murriah.' Murriah was brave to death. All him do was to look at Cudjoe and laugh and scorn him:

—You savage Black animal.

Cudjoe look at him

—Wah color you are sah?'

—Yes, me Black too, but me no savage.

—But you go dead same way.

Cudjoe himself shot him and we left him body fo' the crows.

Ladies in Bed

God! I need you darling. Your voice. I love it when you say Mathildá, with your amusing Continental accent. God. You are a part of me, Jacques. Jacques, I am waiting. I am waiting to be yours forever. I have taken care of myself to be finally yours. And my expectations are not only mine. I could see the tension on the faces of my Octoroon parents. Both my father and my mother stood watching the ship dock.

It was like yesterday when you went off to France to study. We cried like children, and made promises. Remember how we trembled? It is exactly the same tremor assaulting us now while we wait for the moment of reunion, and the opportunity to carry out our most precious dream.

Now, there you are... sun of my life. But, who is that horrible woman standing beside you? Who is she, Jacques? Who is she? —a lance mutilating my body; a bullet in my wounds. Who is she, Jacques? I can see my father advancing toward you, and hold me mom, hold me tight, I swear that I will faint if your loving hand does not give me the strength I need, mom, sustain me as usual, help me cling on to life. Who is she, Jacques? I can see him greeting my mom, and please don't use the words I am afraid you're going to... Who is she, Jacques?

—C'est ma femme —the traitor said, as he tried to greet me but I didn't answer... I could not respond in any event. I hated him.

Then we started moving solemnly down the road, away from the sea, followed by the trunk carriers. The town was watching, delighted

with the idea that Jacques had returned to Saint Dominique. I could feel the glances of the girls, wondering about us. They were as surprised as I was about this unannounced French lady, ugly as she is, and they stared at my parents and at Jacques' family. Gradually I became aware that the town did not see us as separate families. For them we were a unit, an entity. But, awe, no longer! Now she is, not me. And she has divided us for ever.

Why, Jacques? My father is a White Mulatto, an Octoroon. He has administered the export-import business of your family and has done it well. He has been as good as any one could. He is a rich man. My mother is also almost white. Our family possesses a large country property. There is no reason to justify not marrying me. We know each other well. We have been raised together. And we have loved each other intensely since childhood. So, why, Jacques, why?

Why?

Why? You couldn't at least find a nice, lovely french lady?

Why?

This ardor. This unexpected solitude. This sense of absence, of bitter deception. This pain. This desperation. God knows that I would want to fall for ever in the sea of forgetfulness. Any other state would be better compared to this moment of bereavement. Jacques. I am hurt to death.

Jacques.

Why?

Why?

Why?

On the following night Jacques came to visit her. He knew how to make his way to her room and came without announcing himself, undetected by her parents. She was still in confusion, raging resentment. She was not a submissive woman. So she began a sour discussion between them, including fingernails bruising white skin, and lips locked together after so many years. They made love to each other, partially because she didn't have the force to stop him, and partially because she wanted it to happen. She had gone over the

reencounter once and again, she had dreamt about this moment for so long, that she just could not stop it.

But when it was over, there was resentment, love and hate, wrapped together. A very uncomfortable situation it was, because she was unable to imagine herself making love to another man.

That was the beginning of a secret romance, until both Mathilde and Jacques' wife became pregnant at the same time. Jacques managed the matter astutely, convincing his cousin and friend Gérard, a quadroon Mulatto, to assume the paternity of the child, marry Mathilde and tolerate the romance. As compensation he would receive a nice hacienda.

Mathilde's family opposed violently to her marriage on the base that it would be a backward leap in the process of lifting the family's color, but when she told her mother that she was pregnant the discussions ceased and the marriage took place with all honors.

For Jacques the situation was more than convenient. No one was surprised to see him spending so much time at Gérard's home, since the town considered them all to be just members of a big extended family, and in any case, rich and well educated people. In addition, all of them had been friends since childhood. So with the tolerance of the husband the romance continued.

Mathilde devoted many days to Jacques' two children. She loved them dearly, and treated them both as her own, and of course the boys liked it that way. In any event, Jacques' wife was an alcoholic. She was never sober. So both children clung on to Mathilde. Her own son thriving on her motherly love, the other finding in her the mother that he didn't have. Her love for Jacques seemed to flourish, as she gradually accepted her fate. Sometimes she trembled while caressing the boys, trying hard not to think about Jacques.

But one night, Gérard had two visitors, Jean Baptise Yayá and Vincent Ogé. They were leading a campaign about equal rights for all citizens of the colony. They were able to kindle such ideals in Gérard, to the point of getting him affiliated to the Movement for Mulattos' Rights. According to Ogé many of the Mulattos were well prepared,

with sound economic resources, better education and more civilized than many Whites. But Jean Baptiste Yayá was the most convincing. He had eloquence, and a great sense of loyalty toward Ogé. It was evident that he could be the head of the movement. However, he consistently recognized Oge's leadership.

So far, so good! But when Gérard began his new and unexpected activism, she insisted that they should distance themselves from Ogé, especially after he suggested that Gérard should put an end to her secret romance with Jacques. The secret, he said, was by now part of the daily gossips of Saint Dominique.

Gérard counter attacked:

—If Jacques love you as much as he says he does, then he should have married you. He could have followed the example of Paul Boudet that married a Black woman. The color of her skin didn't matter. And if he did not have the guts, at least he could have remained single as so many other French men does, and take you to his home to be his house keeper. But let me put it this way: you are my wife. So this is becoming a disgrace to me.

Mathilde tossed her own resentment on him.

—You should have thought of that long time ago. But your greed for Jacques' lands and my father's wealth made you sell out your dignity.

—Jacques' lands? Those are my uncle's lands. We both are nephews of the same uncle and the two of us have the same rights. See the point? How come I am as good an heir as he is and yet I have to be humiliated in this way? And as far as your father is concerned, he is a decent man whom I appreciate very much, and what I did was to defend his honor, covering up this matter. His own daughter planned his downfall bringing misfortune and disgrace on his house, having no consideration for his gray hair.

She attempted what she had always done since a child, physically assaulting Gérard as she did with Jacques. But he took out his sword and ordered her to be quite.

The situation got very tense in the next few days. And passion could no longer contain resentment. She confronted Jacques again, in an open and direct manner, concerning his betrayal.

A few nights later one of the house slaves came running totally alarmed and screaming.

—Madame, Madame, Madame, your husband and Messier Jacques are about to kill each other.

Mathilde ran after him and arrived to the patio on time to listen to a sour and insulting discussion between the two men about the rights of the Mulattoes, France, freedom, equality and fraternity. Both discussed with their hands resting on the handle of their short swords. She knew them too well, so she was not taking any risk. Screaming, she intervened just as the men drew their swords. She looked at Jacques with total desolation and fainted.

The incident was the last straw. Gérard prohibited any relationship between the couple. Contrary to what she expected, the absence of her lover was not that painful. What tore her apart was the memory of that night, the bitter words uttered by both men, but especially the despising attitude coming from Jacques.

So after all it seemed that Jean Baptist Yayá was right when he spoke about the situation of the Mulattoes. They had French blood running in their veins, French education, as was the case of Ogé who studied in Paris, financed by his own Black mother; French ideology, as was also the case of Ogé, who had become a personal friend of Brissot, of Gregoire, of Robespierre, of Lafayette, a militant in the Amis des Noirs group⁶⁹.

—We are their children, uncles, granddaughters, cousins, and supposedly their friends —Jean Baptist said, but yet the Creoles⁷⁰ have made themselves into a separate race blending greed and stupidity. Many blacks have education and properties already, and they will also have access to freedom first and their children to citizenship, because they have the same blood in their veins as the Mulattoes.

69. Amis des Noirs: Sympathizers of the Black cause in revolutionary France.

70. Creole: White French Caribbeans.

Jacques, in his fury, could not contain his true self any more. That night he declared bluntly that all Mulattoes were bastards, good for nothing, and traitors. So Jean Baptist was right. One could not rely on the Creole Whites, because they had no respect for their own relatives.

But Mathilde did miss her adopted son. The son of the French Lady. She and her own son suffered his absence in silence.

Then in October the dreaded Mulatto uprising occurred, led by Ogé. More than two hundred men challenged the colonial power. Ogé was counting on the support of the French revolutionaries. The objective of the movement was clear and very concrete: citizenship for the Mulattos, the same rights as those of the Creole Whites, the same political and economical conditions.

The White colonial population reacted with great forcefulness. Gérard barely managed to escape to the mountains and Ogé and Jean Baptist Yayá fled to the Spanish side of Santo Domingo. But the Spanish authorities returned them as prisoners.

Mathilde took refuge in the house of her parents, who went to Port au Prince and put themselves under military protection. Hate and resentment was unleashed against the Mulattos. The idea of "the bastards taking power" was absolutely repulsive and unthinkable on the part of the Creoles.

In March, after being sentenced by the Council, Ogé and Jean Baptist Yayá were led to the square, their feet and hands tied to four energetic horses and quartered. Later, their dying bodies were exposed in the sun, "for the remaining time in which God wants to conserve their lives" the judge said, giving a clear message to the Mulattos that any one daring from now on to lift the flag of equality would have to face a similar fate.

Te Deum was held in the cathedral, in thanksgiving for the victory of law and order. These are the same laws of God for every one –the Bishop said in his inspiring sermon –and all should obey, following the example of the Holy Virgin Mary and all the other saints.

Jacques never forgave Eduard. First, the house slave had alerted Gérard of his secret intention to go to Mathilde's room and even had the insolence to block his entrance, sword in hand. Two nights after

the incident with Gérard, he attempted to speak with Mathilde, to explain to her what had really happened, to let her become aware about how great a traitor his cousin and pal had become and that all that he had said was really directed to him and not to the whole Mulatto race. But Eduard told him that to get to Mathilde's room he would have to make it over his dead body, and the worst part was that other slaves supported him. Something very worrisome was happening: a complete loss of respect for the sacred values of the Saint Dominique society. So, amid the resonant victory of the Creoles, he set out for vengeance, only to find Gérard's home already in flames. He swore that that was the work of Eduard as well and organized a systematic manhunt. He captured Eduard's father, a very old man, his uncle's former coachman, who "so many times lifted up the little master and put him into the carriage" the older people remarked bitterly, and without further thought hanged him in the patio. His lover had also fled, and that hurt him very much.

Later, news came that Mathilde and her family were refugees in Port au Prince and he proposed to capture them. It was not his intention to kill any of them, but his ego demanded that he take them under his custody. He would assign the parent's house for jail and install Mathilde in his own house like a governess of his son; that is, the son of his legitimate wife, and would then raise the other child in his home.

He had to postpone his intention, since he was very busy deliberating in the Council about the possibility of recognizing English sovereignty over the Island. The French flag was trampled and burnt in the square by the indignant Creoles, in repulsion of the ordinances from France giving citizenship to the Mulattos and free Blacks. But in August, when finally things calmed down a little, Jacques got an order from a judge to arrest Mathilde's family for debts. That was just before the Black insurrection.

The news of the rising of the blacks brought panic to all groups. The Mulattos, including Gérard, requested weapons. He himself came out of hiding, and showed up with fifty Mulattos, claiming a place in the ranks of those who were fighting to suppress the Black insurrection.

Jacques, blinded by his recently acquired power, captured Gérard, and in front of the whole troop and the Mulattoes that accompanied him, spat on his face, and had him lashed until he admitted that he was one of the instigators of the revolution, along with Ogé and Jean Baptist Yayá and as such, an enemy of France.

But Gérard managed to shout that the traitors of France were the servants of the British, in clear allusion to the conduct of the Creoles in the first weeks after the ordinance that gave citizenship to Mulattos and freed Blacks. This infuriated Jacques, who then ordered his men to cut off his legs and leave him in the patio so that the dogs could lick his blood, and later to cut him up into pieces and feed his flesh to the dogs.

The order was carried out strictly and although during the night some of Gérard's followers were able to flee, others were tortured and shot the following day.

Eduard, under the command of Buckman was now a prominent member of the Black revolution. The morning after Gerard's death, the Black troops advanced on the town, facing bayonets and cannonballs, giving their lives and taking lives. At first they killed all Whites, including women and children. Buckman wanted blood, because he said that was the only form of vindicating the race. The insults of two hundred years had to be washed in blood. This was essential, Buckman said, in order to achieve total purification. Saint Dominique was a den of beasts; and only fire could clean the demons out, the terrible bad spirits that possessed the Whites, he said.

So as they advanced, nothing was left on foot; that which would not burn, was destroyed. Nothing should be left to remember the heartbreaking scene of Eduard's father hanging on the wall, exposed to vultures with a stone hanging from his testicles; a very cruel way to meet death in the hands of the very same boy he had taken care of when his lazy father died; that man who –the old ladies commented –had been such a nuisance to the family, spending his time writing poetry and talking about his rich family from Nantes.

Buckman and his forces advanced along the road, killing the White children, the very same babies that had been breastfed with love

by the Black Mammies, the same children that had been cooed in rhythmic melodies by the domestic slaves, the very same boys and girls that had been fed, bathed and sheltered by devoted Black hands.

They advanced along the road, killing the White women, the same women that had been humiliated by their White husbands, because the gentlemen preferred the Black Woman, making them the ladies in bed; but the White women held on to the rings proudly, bearing White children so that the domain of the White race could continue, keeping them separated from their Black brothers and sisters, so that White preeminence would go on. The same White women, who, once their children were born, trusted them to Black Nannies for their upbringing, so that the children grew and became old enough to repeat the old story of getting married to White women but in private loving or raping Black women.

They advanced alongside the road, until they reached Jacques' home, desiring to avenge Gérard's humiliation, ignoring the fact that he never sided with the Blacks. They killed all those that resisted, including the few slaves that didn't immediately support the revolution. Jacques was not around, so they had it out on his wife. She was raped by a volunteer publicly, and after burning the house, they fled to the mountains.

Jacques led the Creole troops against the Mulattos that had taken refuge in Croix. He went after them with full force, with all the soldiers that he managed to gather, some two hundred men, with heavy armaments and much ammunition. They advanced all night. The following morning they were in the sugar cane plantation, which according to his spies was the refuge of the rebels, but the enemy was not visible.

He ordered his troops to rest, and was about to take breakfast when he saw the first flames. Immediately he raised his voice in alarm, but it was late. Flames surrounded the troops in three directions. There was only one way to escape sure death, and that was to cross the stream over to the other side of the canyons where the Mulattos were supposed to be. They hardly had crossed the stream

when the Mulatto troops attacked them, provoking disorder in the Creole lines. They didn't force them to surrender, but rather allowed them to congregate on the other bank of the river, and then forced them to negotiate and sign a treaty that recognized the rights of the Mulattos, expel the judges that had condemned Ogé and Jean Baptist Yayá from the judicial system and create an integrated militia, with the same number of Whites and Mulattos.

Jacques returned to his Hacienda only to face—in addition to his humiliating defeat the pain of the death of his son and the denigration of his wife. Jacques cried like a boy, hating himself for having signed the treaty. In so little time his world had collapsed. His precious colonial society, with its established order, with its mechanisms of ascent, with its limits defined clearly by the color of skin, every one in his rightful place. The zingres, formed by those who had less than eight Whites among their ancestors and the other combinations, including the sacatra, the griffe, the marabou, the mulâtre, the quadroon, the métis, the mamelouk, the Creole White, the continental White, and of course, the Church, and until recently, the Crown, the perfect society, a society in which people respected hierarchy without the heresies of Robespierre.

He swore vengeance.

And when the news arrived from the Metropolis that they had repealed the ordinance that gave rights to the Mulattos, Jacques immediately propose to repeal the treaty.

The Mulatto took refuge in Port au Prince, where they were attacked by the Creole forces. In panic, the whole Mulatto population retreated towards the beach.

Mathilde tried to hold on to her mother, so that she would not fall off the pier. They clung to a rope, trying to resist the pressure of the masses. The first to fall was her father, along with many others who because of old age could not resist and were easily thrown and trampled by the desperate multitude trying to escape cannonballs directed at that sector of the city. The Mulatto militia fought with courage, but was overwhelmed by Jacques' forces.

Mathilde had lost all contact with her son. She did manage to tell him to make his way to the mountains. By now, because of internal disputes among the blacks, Buckman had been executed, and the new leader Toussaint L' Overture had stopped the killing of women and children. They now also accepted Mulattos in their ranks, and there was a rumor that even Creole White was to be accepted. Mathilde and her family knew the new leader personally. He was one of the famous Black slaves that got their freedom when their masters fled to Louisiana. He had been educated by a famous priest by the name of Pierre Baptiste, whom the free Black population called Father Yayah. He was very well known in the family, because his master was a client. Mathilde wrote a letter to Toussaint and sewed it into the boy's shirt and had him flee toward the mountains with a faithful slave.

But now, the crowd in panic continued pushing, pressing, trampling.

"We could have made a country, Jacques. My father was an Octoroon, and he administered your family's business properly. Thanks to his hard and honest work you were able to study in France. He had served you well, Jacques. In this part of the island, we are all relatives, Jacques. The whole educated population is related, Jacques. All of us have the blood of Whites, the education of the Whites, Black mask, and upbringing of Black women. We could have solved this, Jacques. You see, all that Gérard wanted, all that Jean Baptist Yayá, all that Ogé wanted was a space for us. That was all.

A space for us, Jacques; because I loved you dearly. Because you loved me, without doubt, you loved me. But your big white male pride did not allow you to marry me. But I know you well. We were raised together. We have loved each other intensely from childhood. But now, hate has blinded you. The thirst of vengeance has put a blindfold over your eyes.

Why?

This ardor. This unexpected solitude. This sense of absence, of bitter deception. This pain. This desperation. God knows that I would love to fuse into your existence. I would like to hold you again, just

before I fall for ever into forgetfulness. It is this bitter existence, this hole. And it hurts. Jacques. Jacques. Mom is about to fall into the sea and she will surely die. So listen to me for the last time –you are marking our gravesite. We will all die, but I will plunge into the sea carrying with me this everlasting love.

Mariana

José Martí stood on the open corridor. In front of the small tropical home was the road and on the other side of the road the blue and bright waters of the Jamaican sea.

As he stood waiting for doña Mariana Grajales to receive him, he took out his note pad and wrote down an idea that he would later develop for doña Mariana's epitaph: "There is no true Cuban heart that does not feel that we owe our very lives to this woman. If at any moment I feel my strength failing, all I have to do is to remember Mariana... She is..."

The Black Matron came out in the company of Maria Cabrales, Antonio's wife. José stood for a moment in awe, literally engulfed by the welcoming smile on the women's face; Mariana, well into her eighties, brown skin, grey and white hair, sparkling with life.

—Poet —she said, welcome to my home. Welcome to the place I call home at this moment.

—Señora...

—It's Mariana... just Mariana.

—Mariana... Thank you for receiving me.

She smiled even more openly. She was well known as the "Black Smiling Lady, who never cries."

—Maria, she said. José seems very thirsty to me. What about some drinks?

—Of course... In a moment —Maria replied, as she made her way back into the house.

—Did you have a nice trip?

—Yes, all was well. No problem. As usual, keeping out of the reach of the Spaniards.

—Ah, that is our life. That is how we live.

José looked through the window into the living room and he could see a portrait of General Antonio Maceo⁷¹ hanging on the wall.

—And what about Antonio? —He asked— Any news?

—Oh, my boy Antonio! The poor man is frantic. He has been going around from place to place. Haiti, here in Jamaica, Panama, now in Honduras, talking about moving to Nicoya in Costa Rica. But he will not be at rest until he returns to Cuba, whether to conquer or to die.

Maria came back with the drinks, and the three of them sat down together on the fresh, breezy corridor.

—So tell me, José... what's cooking? That is what the Jamaicans say —she was now smiling maliciously.

—A good stew —Marti answered, wholeheartedly matching her enthusiasm—. I have been going around myself; a lot of agitation; trying to raise money; trying to cook a good stew. We must continue the struggle.

Her eyes lighted up. She stood and went over to the veranda. An elderly man went by. As he passed before the Maceos' home, he turned and waved to them.

—Good morning Miss Marian —he said.

She waved back, uttering some words that José could not understand but brought a big smile to the gentleman's face.

—That old man is a true Yayah, a Jamaican Maroon —she said. He reminds me of Guillermo Moncada.

—Ah, name them... Pedro Martínez Freire, Antonio Maceo, Vicente García, José Maceo, Guillermo Moncada... heroism, integrity... beyond race and color.

She turned around and now, facing Marti, sighed.

—The Spirit of Yara... —she said. The Spirit of Yara. It lives on.

71. Maceo: Afro cubano independence hero.

—I can only feel shame when I hear some of our leaders complain. I mean, you people. You went on for ten years. . . . Imagine! Ten years of war.

—That's nothing. Think about the Maroons, the Cuban Maroons.

José Martí sipped from the glass and fell into introspection. He had studied her life: her parents fleeing from the violence of the Haitian Revolution, looking for a new haven; her husband, fleeing Coro, Venezuela, where his family had fought under the banner of Spain.

—I was born in the revolution. All my life I have been immersed in this struggle. I was born in the turmoil caused by José Antonio Aponte's rebellion

—The so-called Cuban Spartacus.

—Yes, a valiant man. They executed him without mercy. And then there was the Palenque de Frijol war, where the runaway slaves fought their heads off, while the urban mulattos did nothing, and the White creoles celebrated their execution. And then there was Ventura Sanchez's cry, "Cuba, land of liberty." And in the midst of that entire struggle, I can still remember seeing the enslaved Black bozales being marched through Santiago, naked, chained, humiliated, and scorned by everyone. We had a good position in our family. Not rich, but a good situation. . . .

—And yet you used to visit the detained Maroons —Martí interrupted.

—Our fate is clearly tied to theirs. Those visits helped me not to forget. Antonio was born in the middle of the Matanzas and Havana uprisings, and the cruel reaction of the Spanish colonial government was against us all. Whether we were free, Maroons or slaves, it didn't matter to them. Marcos had to buy a birth certificate, presenting himself as born in Santiago.

—Well, Mariana, the fight is not over. I need your help. I need Antonio's help.

—Write to him, he is in Honduras; a commander in the Honduran army.

—I wrote to him. I told him I would be stopping in Port Limon, Costa Rica, but I got no answer.

—Well, guess he may have to think about it. You see... your friends, the moderates... This goes all the way back to the Reformist Party. They use to be strong advocates of autonomy and even independence but had nothing to say about freedom from slavery.

—But Antonio knows that I am a radical and outspoken opponent of slavery.

—Well, let me tell you the story... Wait one second —She went into the house and brought out a small badge with a Mason sign on it.

This belonged to Marcos...

Your husband.

—Yes. Same problem in Coro: the Maceos were Venezuelan Pardos and yet, loyal to the Spanish crown, considering the local White and Mestizo Creoles more threatening. At least the Spaniards were promising liberty to the slaves. And Cuba... Aye, Cuba! Marcos organized the forces of Majaguabo. Then came the Cry of Yara.

—Yes, they said you made them swear...

—Well, I had my own army at home... You know I had ten children of my own and six from my second husband.

—They said you made them go down on their knees.

Mariana broke out into laughter.

—Yes, I made them swear: all of my children. I made them swear.

—But they say it was not only the family...

The venerable Matron was now in a laughing fit. José went on with her. At that moment he had another glance at one of the most famous traits of her personality, immortalized in the popular saying: "Mariana, the smiling Black Lady, who never cries."

—So you got them all to swear...

—Yes. When Manuel de Céspedes and Juan Rondon got their revolutionary forces together... I don't know, I had never seen so many men together in all my life. It must have been some five hundred and fifty men, including the guajiros... I got them down on their knees right there at Las Delicias and had them swear. "Your

country's freedom is more valuable than your personal life", I told them. "But your life and the life of your children will be invaluable when Cuba becomes a free and independent country. So get down on your knees." I had them go down on their knees: "swear, I told them, swear by the Blood of Jesus who was the first liberal in the history of this earth, and swear to fight with no rest until your country is free, independent, or you are dead."

She burst out into laughter again.

—Your Mambi revolutionaries were the best —José said, and added— and your son Antonio...

—Oh yes, all of them. My husband, and here, my beloved daughter in law, in reality, Maria is just another daughter. I mean, the women! They all had to be strong...

—Tell him about the skirt issue —Maria said jokingly, but Mariana only continued laughing briskly.

—Tell me... tell me —José invited.

—It was one of those hard days when we were attending to the wounded. Some of our women broke out crying... Mariana got into a fit, and shouted to us: "there is no place for skirts here. No time for crying. Listen to me: either you help the men get well, so that they can get back into battle, or get the hell out of here."

Mariana was now laughing and clapping her hands.

—And tell him about Marcos —Maria continued.

—What about Marcos?

—Your son Marcos. You know what she did? Miguel —one of her sons— was wounded, badly wounded, and this woman here shouted to her other son, the poor frightened fourteen year old Marcos: "it is time for you to go to the camp and take his place."

—Oh, well. I went around with the Mambi troops. I didn't stay home. The Spaniards would have hanged me any way. But Antonio... Antonio... Antonio... He is the bravest of us all.

—I know, I know... that's why we need him. He is a natural leader... and a military genius.

—Glad to hear you say so. Not every one thinks that way... Some still believe that Antonio is leading a "Black Revolution" of some sort. There are those who have refused to serve under his command. Maceo has never wanted to set up a Black Republic. He wants to see Cuba free and all Cubans equal. That includes Black Cubans. Look at his ranks: all colors, he never makes any kind of distinction, ever... And yet look what Flor Crombet did. He was rude and abusive. He went so far as to push Antonio to the point where he had no choice but to challenge him to a duel. We are lucky that some reasonable people persuaded them to leave the duel for another time. Cubans must put aside social distinctions, dissension, and fight for freedom. Freedom from Spanish rule. Freedom from slavery. Freedom from racial prejudice. We have to get rid of this seed of discord: it is our disgrace.

—I agree with you. And I believe we are succeeding. For me Antonio is indispensable to Cuba. I mean this sincerely. I feel a deep and intimate affection for your son. He has been the greatest.

Doña Mariana came close to José and took his hand. She held his hands in hers, squeezing them, rubbing them tenderly.

—Maria —she said—. Please tell our people to come over. They must hear José's message. Tell them my son José Martí will be speaking tonight. Use those words: "Mariana's son, José Martí." And ask Miss Williams for help. In the meanwhile I'll set the table. Your brother José will dine with us. And we will have a toast for Cuba's freedom.

The Panther

Frankly speaking he didn't expect the medical service to be mobilized with so much ease. But this is London, power's cradle. Racism, of course; although it can be alleged that it did not begin here. In fact, it began on the Continent, in the Alcalá University, to be more specific, where the cultured monks devised the fundamental theology as they debated whether the Native American people had souls. And they continued building racism in the name of God until the Pope finally stated that all human beings had been created by God, all had the same origin, and all had souls. It was a bit too late. In Germany, the United States and Britain, they had begun the "scientific" construct later known as social Darwinism, and had paved the road to hell. So the Portuguese took over the task of imposing captivity with fury on the Africans, as if that was their sole destination in life. This they did in spite of the thousand Black welders that came to them from the Moors, and the million farmers that taught the non tropical Europeans how to cultivate tropical food.

These had been the things debated with Marcus so many times. French and Germans, Norwegian and Dutch, Belgians and of course the Englishmen, went into Africa, to seize everything they could, including the food and the people, trying hard to also take the people's dignity. Bantu dignity. Ashanti dignity. Zulu dignity. Yoruba dignity. Yayah dignity. Trying hard to rob our humanity, to leave us without the soul that God Almighty put in our bodies.

But yes, they are on the rush. Totally unexpected. I guess these Englishmen are wise enough to perceive that if Marcus dies in London, his death will be an embarrassment to the Royal Government. How will they explain it to the Black community in such a way that it makes sense to them and to History?

It was at that very moment when it occurred to me that they had poisoned Marcus. There was no other possible explanation. He was fine earlier when he walked into this elegant building. He was just all right. I have been close to him over the years and I can live up to that statement. I was with him debating the convenience or not of becoming a Member of Parliament, a wild proposal which I would say was never feasible, but one simple intended to distract Marcus' indomitable drive for freedom.

So here they are, fighting for his life and I don't believe them. To save him from the death that they themselves are causing would be absolutely absurd. This was the destruction that they had attempted so many times. Since he was a boy, they had done everything possible to break his will, and they have not been able to. So why should they stop now?

When we were growing up together, walking the little town roads, neither Marcus nor I knew about these things. We were free and happy then, playing with the daughter of the Missionary and with my cousin. Marcus was the blackest of the group, the daughter of the Missionary was totally white; my cousin's skin was like cinnamon and he had green eyes with remarkable Ashanti features. My hair was like that of the Asian Indians. But nothing of that mattered when we were growing up together in Jamaica. We were inseparable friends and to tell the truth, Marcus was a bit in love with the Missionary's daughter, who corresponded enthusiastically.

So they decided to put an end to paradise. They gave you the first blow. And it was these same colonial Englishmen that are now trying to convince us that they want to save your life. The Missionary said that it was time to return to England, to make sure that his daughter would continue in the path of a respectable English Family. But he did say a lot more in private, and literally ignored Hindi Jane, who listened

to the conversation. He told his wife that if they were to expect his daughter to become the wife of a gentleman, she should not be exposed any longer to the rather worthless colonial life. And of course, the growing friendship with this Garvey boy was a matter of concern. The Missionary's wife listened to him attentively, over a very pleasant breakfast, immediately after the blessing of the food. She shared the concern but felt that the matter could be solved by speaking to the young lady. In a way, according to Hindi Jane, the point was that in Jamaica she was a Lady, while back home she would be just another one of those women whose only letter of presentation was that she had been to the colony. But the Pastor insisted that that would be only a temporary solution; that the solution to the dilemma could only come through a complete reinsertion of the girl into English society. In any case, he had already completed the Work of the Lord, according to his own criteria, and it was time to return to the Motherland, get himself a comfortable position in a good parish and enjoy the benefits of his effort.

So they snatched our English friend away, imposing on us two categories which we did not choose ourselves –them and us. Us and them. And it has remained that way since then. So there is no possibility, sir, your courtesy notwithstanding, of making me your witness. On the contrary, I hereby testify to history, that this was not a natural death. So don't count on me, your Majesty, just don't count on me.

For you see, it was not the only blow. What about Marcus' uncle? That man was our model. He was the manager of a large farm. In fact, he didn't have his own farm like Marcus' father did. So he leased a former slave farm and made and lost his fortune obstinately battling the system. He had converted the abandoned property of the grandson of one of the former masters of the island into a valuable farm. The young White lad who owned the property, frankly speaking, was a disgrace to the town; poor enough and drunk enough to be exhibited as an example of a very useless and parasitical class that flourished in elegant uselessness, cultivated and inherited over generations.

Being a Garvey as he was, Marcus' uncle boasted the same drive for success. He created an exemplary hacienda on the White man's

property, but was finally kicked off by the devoted church-going drunkard that prayed to the Lord every day and read his Bible, drank brandy copiously and did no work.

At a very early age, Marcus left Jamaica following his uncle, who had moved to Costa Rica and established himself in a place called, let me see . . . Limón. A banana port somewhere in Central America, on the Caribbean coast. There his uncle, being an adventuresome and educated man, held a good position in the Northern Railroad Company, and therefore managed to place his nephew in the offices as a time-keeper.

Marcus thus had the opportunity to experience firsthand the fate of the Jamaicans that had immigrated to the Central American coast. And he did not like what he saw.

That was the case of Joe Gordon. Marcus told me his story. He had heard about Limón, and decided to go there and make a fortune. This was possible for hard-working men, they were told by the company's agents as they recruited workers for Costa Rica. His dream was to work for a few years and return to Jamaica, buy himself a small property, build a house, find a good wife and in keeping with the new times, raise children to be free and independent.

Everything went well at the beginning. But one day, while working on the railroad, Joe, in an effort to save a fellow worker, lost control of one of the boxcars that then derailed. It was a simple thing, instinctive, and it happened in the blink of the eye. Joe was putting on the brake, when a platform collapsed. I believe that was what it was. I don't know much about railroads, so I am using his words. As a consequence, one of the workers was hanging on for his life over the bank of a cliff and Joe, believing that human life was important, ran to save him. Of course his action was considered heroic by the fellow workers but the boxcar derailed and it took a lot of energy and time to repair the damage. The company lost money in that operation, enough to fire Joe. It was that simple. They discharged him because he was more interested in human life than in his obligation as an employee to defend the integrity of the Company's property. Far more important

was the profit for the owners back in Boston and the benefit for the consumer eating his banana glasse in a French restaurant in London.

After I heard Joe's story, I decided that Costa Rica was no place for a young Jamaican. I wanted to make my own fortune, but there was not many opportunity in Jamaica either. So I was glad to go along with Marcus to Europe, after he got home from his Central American adventure. I did not tell him this, but I hoped that once in the "Mother Land" I could find the answer to my modest dreams. Because Marcus had been in Panama, in Colombia, Ecuador, Nicaragua and Honduras and everywhere he had encountered the same old story of poor Black people and Indians suffering from oppression. For them independence and freedom had no real meaning.

But while in Costa Rica, Marcus started to return the blows. His local family was not very happy with this. But he had been hit all his life. Now he was returning the blows. He worked hard, publishing his ideas in newspapers such as *The Nation* in Limón and *The Press* in Bocas del Toro, Panama, in order to mobilize the Black population to defend their rights. He was concerned about the fact that wherever he went, he could see Black people creating wealth for the White and Mestizo population. So he planned a trip to Europe, searching for the country of the Blacks, with companies controlled by Blacks, with a government run by Blacks, with schools that would teach the history of the Blacks.

On the way, a copy of Booker T. Washington's book *Up from Slavery* came to his attention. That book was little and was nothing and was everything. Because it was a small book, written by a man who had been a slave and had lifted himself to the point of founding a remarkable educational institution for Blacks. It was a history of which they could be proud. But the book transformed the life of Marcus and convinced him that his life had just one purpose—he had been born to carry out a single task, to lift the flag of the Black cause.

London was London. We saw more real history and real arrogance than we could dream of. Big Ben. Westminster Cathedral. And it was there, in front of the Empire's monuments that Marcus

swore. It was impressive to see him making his way through the city from library to library, from parish to parish, from street to street, from monument to monument. I was worried because I interpreted his enthusiasm as a fascination for the greatness of his Majesty's Empire. It seemed to me that he was being converted into a devoted Englishman, and that we were losing ground.

But then, he swore.

I swear that I heard him swearing, right there in the very heart of the Old Empire, in the shrine where humanity at that moment was forging history. He swore, in front of all those symbols of imperial greatness that he would devote his life to the creation of that Black Country he dreamt about. And his face was transformed, and his eyes were shining like they never had since he was a boy.

—I Swear—he said with absolute solemnity—that I will not rest until we have created the country of the Blacks, until we have recovered the soul of the Blacks, until we have rewritten the history of the Blacks.

On our way back to Jamaica—we traveled in second class—we met a Jamaican that had married an African Woman from the Yayah Country. He told the same story of oppression. And I saw my dreams collapsing. But Marcus on the other hand seemed to grow with each new story, possessed by his conviction that change is possible.

He founded the United Negro Improvement Association, and we traveled intensively through Jamaica in search of support. We spoke first with the influential Mulatto class only to see doors being slammed on us. We then went to the churches, to the pastors, to the teachers.

—Yes, the cause is just—they all said—but it is not wise that the movement be headed by a Black radical. A trouble maker. If he was a brown-skinned man, you see what I mean? A fair gentleman.

Later, the Governor put Garvey in jail, accusing him of being an agitator. The Mulattoes celebrated this.

—We told you, he is nothing but a trouble maker, a worthless agitator and an uncultured person.

This was the most stupid thing that they could have said about him because I doubt that there was any one of his age on the whole

Island of Jamaica that had read as much as he had. And it was not only the culture and the many countries that he had visited; it was his awareness that counted most.

Garvey wrote to Booker T. Washington. He was fed up with the resistance of the educated elite in Jamaica, in whom the Empire had achieved the most complete of all conquests, which is the conquest of the mind. They thought like Englishmen, reciting the poem of the Charge of the Six Hundred with pride, affirming the brilliant feat of Admiral Nelson at Trafalgar, recognizing the civilizing force of Great Britain. They had been woven into the culture, and had become themselves blind to the suffering, insensible to the dead, ignoring torture, taking refuge in the Churches, choosing not to remember the suffering of flesh and blood, the cruel bitterness and the barbarism of the civilization that if for some was life for others was agony and death.

Fed up with them, Marcus and I undertook the trip to the United States, in order to converse with Booker and to undertake the universal movement together. But fate took Booker's life before our arrival and therefore the encounter that could have marked the destiny of humanity never occurred.

But the years of glory began. The years in which Marcus lifted an emporium of four hundred thousand blacks all over the world, and bought ships and founded the Black Star Line, and our own branch of the Orthodox Church, and the Black Nurses and Black schools and issued the Declaration of the Rights of the Black People and established Black Day, and marched in the company of thousands down the streets of New York, and twenty thousand congregated to hear the word of the Black Panther there in Limón, the very same Limón in which he had lived and worked. Beyond the betrayal forged by the Government of Liberia in alliance with the Goodyear Company, when trying to establish his headquarters in that country, beyond everything, Marcus, vital, powerful, prophet, Leader... You don't beg for your rights, you take them. And we are entitled to build ours by any means that we esteem viable.

Now they are killing you; that White doctor, with his white hair, his white magic, his white smile. Because it is not appendicitis, Amy, it is not peritonitis. Heroes die standing; I said. "Amy, is kill... them kill him, you noh."

—No —Amy said, speaking in the tone of an authentic Yayah woman— Marcus has returned us to life. New Life. No one can kill Marcus. When a person dies he is not really dead. His Spirit will live on in us.

Young Martin

Young Martin lifted his face in order to contemplate the enormous buildings. The truth is that they were frightening. Amid that mass of cement and glass, characteristic of that side of the city, he felt smaller than ever. From time to time his mother looked at him. He always thought that she was a very big woman, and he admired her for that reason. But amid the buildings, she was looking small. Very small.

—Mother —he said, why are all the people white in this part of the city?

His mother smiled.

—And in our part of the city everyone is black.

—Yes, that's true. Why?

—Because we live there and they live here.

—How come?

—Well, would you like to live here among White people? I know you would.

—No, no. Why do you say that?

—So, well?

In fact that was not the point. But they were arriving at the corner and it was necessary to cross the wide street and that got him nervous because the automobiles were always in a hurry. They got over the other side of the street, and she was about to say something to make sure she didn't have to continue coping with the issue. But young Martin would not let it go.

—Mom, why?

—Why what?

—Why do we have to live on that side of the city and they live over here?

She began to get nervous. It was not the right place, being in the cave of the lion, to have such a discussion.

—Martin, can we talk about this later? Right now you see, I have to think about finding our way back home.

—Well, alright Mama.

Mrs. King sighed deeply. She breathed the rancid air of the city and she thought about her parents and grandparents and about her great grandparents. What was an appropriate answer for her son? Maybe this was the most important question he would ever ask, or maybe it was nothing. The Lord knows what would have been the easiest answer, but she knew her son would not accept it. Nature came to her rescue —Martin wanted to urinate.

—You have to wait until we get over the line. We are close. On the other side we can sit down and have a soda and you can go to the rest room.

—I don't want soda, I want to pee.

—Wait, boy. Give me a break. We're close to the line.

—Mama, why do I have to pee at the line? Why can't I just pee here?

—What do you mean, here? Here on the street?

—No I mean... look, there is a hotel over there. They'll let me use the bathroom.

She was becoming angry over a situation she could not handle.

—No, they won't. So you are going to have to wait. You can't pee this side of the city.

Martin was totally confused. On this side there are no restrooms, he thought for a moment, maybe White people on this side of the city don't pee. Any how, he could not stand the urge any longer, so he broke away from his mother and ran towards the hotel. He didn't give her time to react. He ran directly through the door and on up to the counter.

—Ma'am —he asked the receptionist— would you please lend me your restroom so that I can pee? —he asked politely.

—Get him out of this place —the woman shouted to the bellboy who was already making his way to the counter. He was Black, and there was anguish all over his face.

—Come on boy, you have to leave.

—All I want is to pee.

—Well you can't pee here. Come.

He took Martin by the arm and escorted him out of the hotel, where his mother stood in desperation.

—Is this your child?

—Yes sir.

—Well Lady, take him and educate him. You know your place. Teach him.

—Yes sir.

Mrs. King nagged at her son severely.

—You see: you almost got us into trouble.

—You should come on into the place. The lady would lend you the restroom so that I could pee.

The boy was furious, resentful, claiming out loud that he did not like to sit at the back of the bus and he did not want to go to the line to pee.

After a while, he calmed down.

—Mom, he said, you are a good person. You are a good person.

—Well, thank you...

—My father says that you can convince anybody. Why didn't you help me out?

—I could not enter there son, it is prohibited

—Why?

—Because I am Black. Black people cannot go into those places.

—But mom, the bellboy is Black.

She heard voices in her head. Like God was speaking to her. But they were not English words. It had to do with a person whose name was Nsinga, and it had to do with the Yayah people, and there was

something about a town called Acompong, and another thing about the region of Santo Tomé. And oh, that is it. It is about Brother Garvey, "Please Lord, she whispered, help me with this one."

To use the name of the Lord was a big mistake, because now young Martin had another question. It was about never seeing White people in our Church.

She felt like dying.

—But Jesus is White.

—No he was not White. He was Jewish.

By now she was sobbing. There was not a place in history for her son, no place in theology. And she went totally pale when her son could not help himself any more and wet his pants.

The boy was crying now. "Mama —he said, some one has to change this. Some one has to."

"Precious Lord", Mrs. King murmured to herself with all the force she could muster, "have mercy upon us."

The German Doctor

I heard the story from my grandmother. Both men were sitting in the canteen, with a jar of beer before them and a mug for each.

—But Francois, it is not worth it...

—I just can't take it.

—But I mean, you are in a good position now. A good marriage. A good job. You are all ok. Why throw every thing away? I mean, it's stupid.

—You don't understand. As long as I didn't know the guy he was never really real to me. But now I know him, that damn conceited bastard! I hate his guts. You have no idea how it is not being able to have a child.

—Come on, Francois, you can have a child.

—She can't.

—Well, but, I mean...

—I want her to be my child's mother.

—Oh come on, for God's sake, you were well aware of the situation before you married Abby. She told you. How come you suddenly want to have it out on him over something that took place such a long time ago? Instead of helping her get over it, you are sprinkling salt into the wounds.

—You just don't get it. I knew she couldn't have a child. Of course I knew that. But I had not met Peter. Now I know the guy, the monster finally has blood and flesh. I hate his guts.

Francois was not a direct witness of his mother in law's tears that morning, when Peter came to get Abby along with his thugs. Francois was then in the French army, fighting against the ominous regime that classified them as subhuman. First, they revoked grandfather's German citizenship, because it was against the law for any Yayah to be considered German. Then came the exclusion of Abby: she was not to march behind the German flag any more. Soon after the old man died, frustrated, not withstanding his reputation as a kind and compassionate person, and a good Lutheran.

The old man came to Europe to study in his early twenties, but the colonial regime changed and his family was accused of conspiracy. He finally found love, adopted citizenship and made Germany home. So once they took his citizenship away, he just sat on his bed and died, for you cannot live if you loose that much after a life of loyalty. And Abby, after loosing her father, who she loved dearly, was later excluded from her best friend's wedding on racial grounds. A friend lost –including the dreams dreamt together, and the illusions they had shared.

Francois was not there when the town's Jewish family disappeared. The father just banished. The other members, hidden by the community for a while, fled to Poland. Another lost: her father's very best client and good friend, respected even by the Lutheran pastor.

None of us was a direct witness of what happen, but knowing Abby, one can perceive the solemn Yayah dignity with which she faced her adversity. Yes, that ancestral dignity that she herself cannot explain.

The order came directly from higher ranks, so there was no possible way to appeal: "all Blacks in Germany must be sterilized". For that reason, that dreadful morning when Peter came to get her, Abby followed in apathy, all the way to Peter's clinic. This was her brother in Christ, her pew-partner, the same very young boy with whom she shared her first kiss. She just went along, avoiding eye contact, not a word said, and closed her eyes just before chloroform.

But Francois had witnessed Abby's pain. And he would have kept his wits if it had not been for the incident the night before. While attempting to drown his frustration in beer, he met Peter. He had just

got a letter explaining why, for the third time, his petition to adopt an African child had been rejected by the government. It was then that someone signaled out to Peter, one of the town's medical doctors. Rather unexpectedly, Peter came to his table, sat down and for no reason started explaining that during the Nazi regime they had "sterilized" Black women. To Francois it was a display of unbearable arrogance.

Froylan, his friend and comrade was trying hard to mitigate his rage.

—It was not an intentional offense. In fact, he just came over and was talking. You didn't let him speak. And the truth is that all that his friends did was to protect him from you. You wanted to kill him right there and then.

—So whose side are you on?

—I am on your side. You know I love you both. I mean, Abby has been my best friend. And I have come to call you brother. So, back off!

—But I mean, you saw what happen. He was trying to impress me with his adventures, the damn red mackerel. I mean, he didn't even show a bit of remorse. I mean, he... he...

He had to stop. He had not been there, then, but he was here now. His wife's pain was now his. His mother-in-law's pain, as she saw her husband die. Her pain, as she saw her dream to watch little brown-skin German children, calling her "Granny", slipping away. Those were all his pain now.

—Please... Froylan begged for the last time.

—Just leave me alone. I'll wait for the beast to come out of it's cave.

Froylan went running desperately across the streets of their small town. Francois's home was not far away and he was convinced that Abby could get her husband to take hold of himself.

As he approached the house, Abby came rushing out in glee and hung on to his neck.

—Froylan —she said— I am pregnant.

—What?

—I am pregnant.

—But... how? You mean... Oh, Jesus, Jesus—he began dragging her and she ran behind him—we have to hurry. Run, I'll explain, but run, run...

They made it just in time to see Peter emerging from his office and Francois coming out of the canteen. Abby ran toward Peter to use her body as a shield. Francois would have placed his shot on the mark as a good soldier would yet he hesitated when he saw his wife standing before Peter. But Peter pushed her away and step towards Francois.

—You son of a... How many Black women did you fixed up?

—Francois, I am pregnant! I am pregnant! —Abby was shouting.

But Francois could not stop his rage. He was deft; he was blind except for the image of a medical doctor he hated. He just was not there. He aimed and pulled the trigger at the very moment when Froylan managed to trip him over.

The doctor fell; his wounded feet could not hold his body in its upright position.

No charges were pressed. I know that. My name is Pete. Francois and Abby's only son.

Rosa

Rosa crossed the street almost dragging her feet. Stopping at the bus terminal, she looked toward the end of the street. In any moment a bus would bend that same corner and stop here, exactly where we are. Her heart was beating briskly. It was a strong, unusual beat.

She had been thinking about the passive resistance lecture. It was an interesting strategy, she thought. It had worked for Mahatma Gandhi, but one had to be prepared for sacrifice and bravery. The same pluck it took the Black soldiers of the battle of Milliken's Bend to run toward the canyons and use even their bodies to stop the shootings. Passive resistance, a great thing, so widely preached, so seldom practiced,

The bus came around the corner and, advancing at half speed, stopped abruptly a few steps ahead. The line advanced in an orderly way as usual. But Rosa saw a nice seat. She rushed toward it as if it were a pool of fresh water. It was like going to grandmother's house, and sitting at the table and watching her serve a bowl of gumbo. It was like sitting down in grandfather's lap, listening to the old trickster stories. It was the same sensation of delight that came with jazz flowing from Satchmo's sax. It was like being in Church on a bright Sunday, and while listening to the song of the choir, feeling the Plenitude of the Spirit, and slowly, to become another voice in the choir, intoning a deep song, a song of the soul, a song of a thousand years. It was a nice seat and she was very tired. So she sat down.

The bus continued as usual. Nobody noticed, except Sam, that old liar who went around telling people that he was born before the Civil War and had fought next to Lincoln in the Battle of Gumbo Valley. Sam was almost always drunk. Every day he followed the same routine: he would go downtown, hang out at whatever corner he could, dodging from the police to beg for a living. Then, at this hour as usual, he would make it back to the Black zone to spend his money on a good soup at Mrs. Heather's restaurant, and cheap whiskey from the corner bar.

He was well acquainted with Rosa and for that reason recovered total sobriety. He could not believe that she would be sitting in the White area of the bus. He blinked his eyes several times, just to be sure it was not another one of his typical hallucinations. This was definitely real. What was wrong with her? Wasn't she the same lady that he remember taking quilting lessons at —what was that lady from Trinidad's name? Oh, was it Miss Amy Yahman? She was heading for a night in jail or begging to be lynched by the K. K. K. So when the bus stopped and a White man came on the bus, Sam's heart went wild.

As expected, the White man went directly to her and told her in a firm voice to get up. But Rosa did not move. Sam knew that the order was as of Divine Will, that it came directly from the Bible through the mouth of the pastors and the priests, because no Black pastor could ever preach at a White Church and there were neither Black nuns nor bishops. Even the most progressive churches only accepted Blacks seated on the back pews.

—Get up, I want to sit down.

But Rosa did not move.

—Nigger, he said —are you deaf? Get up; I want to sit there.

—No, she said —I am tired.

So she's tired. Sam murmured to himself. That is a damn good reason!

The White man was outraged.

—Now, let me put this very clear: get your ass out of my way.

But Rosa did not move.

—I am tired. Sit over there.

Rosa looked through the window and suddenly it occurred to her that this was passive resistance. She became aware that without doubt they would arrest her. God knows she had always been a peaceful woman. No big ideas, beyond being a very good worker, a good Christian, a good taxpayer, and not much more than that.

This personal act of rebellion was only that—a very personal act of protest. She was just expressing what she felt. Rosa herself, like dozens of thousands of Blacks before her, had gotten up from the seat and taken their place in the back of the bus. So it was easy; no big deal. All she had to do was to get up and put an end to this senseless bravado. But she did not move. She was very tired.

The man called to the bus driver who, at the next stop came with a true hoodlum attitude.

—Didn't you hear what this man told you? In fact, you should have known. Stay in your place and keep yourself out of trouble. Just get behind the line.

—I would have done exactly that, sir, but I am very tired today.

—Well let me put it this way: I'm not going to argue with you. I am going to have you arrested.

The bus driver returned to his seat and continued his way a couple of blocks and then stopped the bus and got off. A couple of minutes later he returned with two police officers. At the back of the bus, Sam wanted to shout to her, "Lady, for God's sake, move over to the back." He wanted to say, "Miss Rosa, please, it is not worthwhile. It is not worthwhile.

Sam knew that Black men and women fought against slavery and took part in the Civil War, and were brave soldiers in the World Wars. He knew that in all these wars they conducted themselves with discipline, with heroism, and still they return home to humiliation, to being boys as usual. So he doubted that a woman's individual act of rebellion could change the world. So Sam did what he had not done since he was a child: he prayed to God and he proposed a deal:

—Please Lord, save Miss Rosa, please, please save her, and I promise not to drink again. I promise to go to church. I swear God, I swear.

The officials repeated the order, but she did not move, so they arrested her for contempt.

Old Sam wanted to get off the bus, but he could not move from his seat. He sank into apathy thinking that God had failed him. In retaliation, he took out a small bottle of whiskey, which he carried around for emergencies, and sipped generously. But when he arrived at his area of the City, something in his interior drove him to the Pastor's home. It was as simple as that. He informed the Minister about Miss Rosa's heroic act.

That night, he had no time for whiskey. Old Sam was among the Blacks that took to the streets and began stirring up the city. Days later, in his clean suit donated by the Pastor's wife, he had the opportunity to listen to one of Reverend Martin Luther King's sermons. They were to boycott the buses. Right through the sermon he thought about Rosa. It was like Mary and Jesus. She had given birth to a new him.

The United Colors of Benito

There he stood, proudly, on the deck, with all his pride behind him, looking at the imposing entrance to the city. He was about to carry out the dream cherished from boyhood. A dream he built up bit by bit listening to the stories told by his mammy, the woman who reared him. She never stopped speaking about his roots.

And in that regard there was not much to learn from his parents. His mother was a faithful *Ebony Magazine* reader and that was as “cultural” as her agenda got. Every time the new edition came from the United States with her name labeled on the package, she would lay down forever in the patio hammock with a good selection of cocktails and demanded that nobody interrupted her.

One day he finally confronted his father about his thirst for knowledge only to receive a very simple and direct answer, “the past is gone and you don’t need to know about it, because he who dwells in the past is condemned to be stuck in it. And to be stuck in the past, to go on remembering is a damned habit of the Muslims, Jews and worthless Black people, and certainly not a worthwhile occupation.”

So it had nothing to do with us. We are the rightful descendants of La Rochelle merchants and for that reason we should look to our French heritage. His father established the distance between himself and his mammy forever.

In the neighborhood, at primary school and later at high school, he had had no problems. In fact, everybody else was like him. Many of the girls from his circle were models of straight nose, cinnamon

skin, with an uncontrollable admiration for everything French. Truly enough, there were some couples in which the men were of darker complexion but the women, with two exceptions he could recall, were light skinned. And all of them, including the blackest, took a lot of pride in the great Mother Country, even when they had to conform to the honorary condition of overseas citizens.

It was a curious thing that amid that circle of frivolity, with all the money at their disposal, those women were not in charge of their children. The children were reared at the feet and in the laps of the domestic Black employees, which inculcated in their minds, along with respect and affection for the French, many ideas about ancestral roots.

His mammy made no discrimination against his French part. So it was through her that he discovered that on his father's side there was a grandfather from La Rochelle.

—Your grandfather was a member of one of the most distinguished families of France—she would tell him all the time—a trader.

Later he discovered that the people of La Rochelle made their riches by means of the Triangle Commerce, but in vain he tried to get his father to speak.

—Son, forget about the tales of the past. I have told you already that you should get rid of this damn foolish Black oral tradition. That is what keeps them down.

His father said “them” not “us.” But he needed to know. It was not a matter of believing that he had the right to suddenly present himself to La Rochelle authorities with a letter of inheritance and a “ces’t moi” smile. But maybe he could just walk through the city, take a look at the Museum or the files and search for data that could confirm that one of his ancestors had a place in history; that one of them had been rich, and all of that was genetic and had been handed down from one generation to the other. Because... well, he was prepared to concede that it was a very remote possibility but it was a possibility. His mammy could have been right and all of his father's small fortune was in fact the product of a family inheritance that they should forget, a fortune built on the base of slave trade.

The other side was also there. Those nights when, with the support of his faithful mammy, he escaped from home, to participate in the carnival or in the ceremonies that the Blacks held on certain occasions. He could then feel the blood boiling in his body. Those were his moments of grandeur and freedom. There it was –transfiguration, the recovery of the so called bohemian spirit “de la negritude Yayah.” In fact he didn’t understand what went on in his mind and definitely could not have defined “Negritude Yayah.”

What was clear to him is that at those moments he was liberated from all the tensions and pressure of being an overseas Frenchman. But now, he is the owner of his own life; his yacht approaching the city. He put on a white shirt, his elegant Bermuda shorts; he tied an elegant sweater loosely over his shoulders. He went through his wallet to make sure he had all the necessary documents, including the U.S. American cards, Dinner’s Club, Visa, Master Card, American Express, the gold ones, the ones that gave him the distinction that a refined and wealthy person should have at all times. The final line was the unmistakable odor of the very best cologne on the market. He then stepped out on the deck to face the city.

He slowly approached the “doors” of the city, painstakingly conserved over the centuries. It was a lovely, sunny day, clear sky and blue warm waters. He looked at the two imposing cylindrical structures, located on both sides, as his yacht passed amid them at the exact same moment. He felt a sudden and intense sickness that almost knocked him down on the deck, and forced him to ask for a couple of pills. But the strange feeling continued to grow as his feet stepped on the pier.

Behind him, the water; above, the sky, the sunbeams and below the stones that have been there from time immemorial. He advanced, with the growing conviction that he knew the city street by street; with his telescopic lens camera hanging from his neck. He entered a narrow passage, with the total awareness that if he opened the gate that was halfway down the way –and he did –there would be a garden –and there was –a breath-taking sight, with every single thing familiar, as if

he had been there before, as if he had been a part of it at some remote time, as if they had kept it as it was so that he could remember.

He followed the narrow trail that led through the garden and went towards the other gate, only to find himself on the narrow street again, in this cute little outfit, and the children hollering "ces't le Haitian, ces't le Haitian" as he plunged down the street, trying to get away from them.

The voice of the leader hauntingly urging the children to prevent his escape, and they caught him and tore off his clothes, but he managed to flee again, in the cold winter morning. Suddenly, as he ran around a curve exactly at the corner, a White boy signaled him to get into a small cave-like hole that led to the interior of a large patio. He was trembling, his lips blue, his nostrils frozen, his eyes wide open in terror. Out on the street he could hear his persecutors' footsteps and screams as they ran frenetically from one end of the street to another looking for him. His unexpected protector looked at him.

—You are naked—he said, laughing— that's cute.

He was pathetic in his nakedness, with his frozen body trembling, his eyes open, so open that he believed he would never again be able to close them, with his eardrums hurting, with his hands numb and every part of his body trembling, seized by terror. His protector went over to the dog-house and brought a small blanket.

—Tenne—he said— I am going to fetch you clothing, and something to drink. Hide there.

Wrapped in the blanket, with the pain of his eardrums mounting and his footwear as his only clothing, trembling, he recurred to prayer. He was far away from his beloved Caribbean, trapped in the freezing winter of La Rochelle, close to dying and it was his mother's fault, because it was she who wanted education for her son. It was she who said that he should acquire the characteristic refinement of the European. That is what she said.

—The idea is to demonstrate to your father that, given the proper chance and the corresponding education, you could acquire such brilliance that would surpass your White brother, the legitimate

son of your father, that TB stricken, soft, silly boy who in time will put shame on the family.

Those were his mother's words.

Now, the boy returned with a cup full of tea. As he sipped life back into his body, he could still hear the voices; desperate cries they were, since the boys could not explain the sudden disappearance of their prey. And if it were not for the clothes they had managed to tear off his body, they would have thought that they had encountered the devil.

His host went away again, this time to fetch clothes "because you cannot run around naked or you are you going to die." But as he went into the Big House, he left the door open, and out came this huge dog, barking furiously and heading directly toward the intruder.

The Caribbean boy ran for his life, making his way back into the street. He fled, and the boys said "there he is, he will not get away this time." The dog came running after him, as he fled towards the dim light that he saw at the end of the street. Towards the end of the street, there was a different light, and he knew that there was no other way out, because the dog and the boys were coming faster. He ran towards the light, feeling the blood warming up his cheek, and went out into the small plaza, full of people. He stopped abruptly in the middle of the plaza, panicking because of his nakedness, lifting his face to read the strange street signs.

To his left, the Pharmacie Rochelaise offered a promotion of fine perfumes. To his right, on the corner of le Rue St. Sauveur, the Hotel Henri IV, it's shining facade mocking time. He closed his eyes, with the perspiration running from his face, and when he dared to open them again he looked directly in front into a picturesque collection of photographs announcing the United Colors of Benito. Out of nowhere a voice asked kindly.

—Monsieur, is something wrong with you? Are you OK?

He did not answer. He just continued to walk. He passed the corner of Heyrand, and went out to the square, where the workers of the CGT were picketing over some Charante Maritime problem. The square was full of people with banners and over the loud speaker their leaders harangued them.

—Monsieur—a new voice said— you are going to lose your camera.

He looked at his white shirt shining immaculately in the sun. His Bermuda shorts, all too fitting with his slacks from Sack's Fifth Avenue, New York. His telescopic lens camera from Japan. His lovely sweater, also from Sack's Fifth Avenue.

The water behind him; above, the sunbeams and below the stones that have been there from time immemorial. He advanced, with his telescopic lens camera hanging from his neck and with the growing conviction that he knew the city, step by step. He entered a narrow street, with the total awareness that if he opened the gate that was halfway down the street—and he did—there would be a garden—and there was—a breath-taking sight. He lifted his camera and took several shots, so he would remember.

A Message From Rosa

The strange look on Aba's face had gradually given way over the past weeks. She wanted to rest. She had said so once, and although I had convinced her to let me use a month to find out about them, it was very clear to me that there was a strong resolution in her attitude that was not to be changed. At any rate, the truth is that we have been around for a very long time.

She had been seen standing at the window several times over the last week or so. All of us at home had been commenting on this new mania. She just stood there at the window, murmuring strange things about the tree and Timbuctu.

—The tree —she said— should have flourished, but it never did.

Our last great-great granddaughter, Aba Nzinga, who had devoted her entire life keeping our home in the best possible condition, sat down to have breakfast.

We sat by her side, watching her have fish soup and a slice of bread fruit. This we did not have in the old days, but by now we consider ours. As Nzinga ate what I guessed could be our last meal together —the month was over— I looked at Aba and smiled.

Honestly, I had done all that I could to solve the mystery, but my efforts were all in vain. How could sixteen members of our family just disappear forever? I had had long sessions with an old Oxford professor of history that lived among us. But it was like tracing the origins and whereabouts of nobody, he said, because the files were not reliable.

Aba caught me smiling at her and smiled back. Aba Nzinga also smiled. That might be the last Yayah smile, I taught; the end of the story. Because, it is true, the tree never flourished. Her father's premonition—that blooming would signal better times, while serving as fuel to survival, had had no other practical consequence.

There was no plenitude in our lives. The supreme dignity of the Samamfo was gone.

All we wanted to know was whether or not the Ancestral Spirit of our clans had survived, creating new life in our Nation. It would have been nice to find out if they had kept our Spirit alive, building their homes as we did, living as living people should, without a mask to disguise emptiness.

The sun was shining that morning as never before. It was as if the entire world would celebrate the end of this defiance of natural laws.

So it was the end, the ironic finale of the Yayah illusion. All these years of vigil was over. But yet, I did not feel the sting of twenty bees. I knew that the whole memory of the Yayah was here, right here in our room, Aba and myself, and our devoted but now childless descendant.

It was then that we heard someone knocking on the door. A few seconds later, a little girl came running into the living room, asking for Aba.

—Are you Mama Aba? —she asked our great-granddaughter.

—Well... hmm. Aba Nzinga —she said— and... and who are you?

—Miss Rosa asked me to tell Mama Aba that she will never again sit at the back of the bus.

—Who asked you to tell who?

—Miss Rosa, to tell Mama Aba.

Aba Nzinga stood for a moment, with a look on her face that was at the same time astonishment and incredulity. A message from someone named Rosa to someone who she could not have known.

—And how did you get here? I mean, to our town.

—We came by bus.

—We?

—Yes all of us.

—All of you? Who you?

—We came with the African Diaspora League.

—The African Diaspora League, hey.

Kwame and I looked at each other. Her face seemed familiar to us, but before we could react or assimilate the message, another child came into our home, this time unannounced.

Aba stood up, trembling. The boy's face was an exact replica of her father's.

—You is Mama Aba? —he asked Aba Nzinga.

—Well, uh...

—Me glad to see you. Well mek a tell you. Rosa will neva neva agen sit a the back a the bus. She done wid the back a the bus.

Aba stumbled to the window and braced herself against the wall while holding on to the window frame. Another child came through the door.

—Mama Aba —he said, adding something about Garífuna people from Central America, and spoke in a language that we could not quiet understand.

“Ounahatu Rosa dimurei, luwagu mañurudügarula anagugiou tidan ugunei” or something of the sort.

We were absolutely amazed and did not know what to do. More and more children came into the house.

“Rosa dire qui elle n’assez pas au derrière au bus.”

“Rosa disse que jamais vai sentar na parte de trás do ömnibus”.

“Roza tubizi: me lya mpanda mu manga dwe kwendila mu maxitombo ku mbusa.”

And, in the midst of the linguistic bombardment we heard Aba Nzinga shouting. It was an ancestral bellow, shaking the earth and imposing immediate silence.

—It's the tree —she said, Mama Aba's tree bloomed. It bloomed! Aba was smiling and crying, both at the same time.

—Kwame —she said, we should pour a little liquor at the root.

With great effort but renewed affection, Aba Nzinga went out to fulfill what resulted to be Mama Aba's last wish, surrounded by smiling and giggling children. As they gathered under the shadow of the blooming tree, I could see on their faces a million Yayah smiles.

LUANDA, ANGOLA 1997-NEW LAFAYETTE, INDIANA, 2004.

	<i>Content</i>
	45
	50
	57
	61
	69
VII	<i>Acknowledgements</i>
IX	<i>Afrorealism</i>
1	PART ONE Roots
3	Dreaming
11	The Battle
15	Last Defense
19	Rescue
23	Where the Sky Dies
27	PART TWO The Middle Passage
29	First Route of the Body
37	Second Route of the Body
41	The first Route to Mutiny
47	Second Route to Mutiny
49	The Half-Breed on His Way to Havana

57	PART THREE
	The Diaspora
59	Scataration
65	The Brown Lady
71	Saints from the Congo
77	Yangá
89	Juan Bautista's Story
97	Little Antonio from Palmares
111	Nat
121	Madison
125	Cudjoe
131	Ladies in Bed
143	Mariana
149	The Panther
157	Young Martin
161	The German Doctor
165	Rosa
169	The United Colors of Benito
175	A Message From Rosa

About the autor

Quince Duncan's unceasing activity as a writer, follows a pattern with two streams –hand a solid literary vocation, and, his research and ongoing interest to create awareness about the situation of people of African descent over time and space, with emphasis on Costa Rica.

His numerous fiction –novel, short stories, children stories, are as abundant as his essays, research reports, articles, papers presented in academic events, and other texts of a variety of genre, classified as non fictional literary production.

He has received important awards, honors, and multiple recognitions, in and out of the country (United States, Mexico).

Professionally, Duncan is a retired professor of Universidad Nacional in Heredia, where he also studied English, Literature, Linguistics and Latin American themes.

Quince Duncan has forged a place for himself in Costa Rican literature, but also as and activist, -a direct result of his efforts to bring about awareness on the part of “the other” and contribute solutions to problems of labor, education and culture.

MYRIAM BUSTOS ARRATIA

Books
Quince Duncan

- Una Canción en la Madrugada*, 1970.
Hombres Curtidos, 1971.
El Negro en Costa Rica (Co-Author Carlos Meléndez), 1972.
Los Cuatro Espejos, 1973.
La Rebelión Pocomía y Otros Relatos, 1974.
Los Cuentos del Hermano Araña, 1975.
El Negro en la Literatura Costarricense, 1975.
Los Cuentos de Jack Mantorra, 1977.
La Paz del Pueblo, 1978.
Final de Calle, 1980.
Teoría y Práctica del Racismo (Co-Author Lorein Powell), 1984.
Kimbo, 1990.
Historia Crítica de la Narrativa Costarricense (Co-Authors), 1993.
El Trepasolo, 1995.
The Best Short Stories of Quince Duncan, 1996.
Un Señor de Chocolate, 1997.
Contra el Silencio, 2001.
Cuentos Escogidos, 2004.



A message from Rosa
se terminó de imprimir en el mes de julio del 2007,
en los Talleres gráficos de la Editorial EUNED.
Su edición consta de 500 ejemplares
impresos en papel bond 75 gramos,
con forro de cartulina barnizable
y acabados en barniz ultravioleta.

Estuvo al cuidado
de la Dirección Editorial de la UNED.

Artes finales:
Hubert Gómez Sanabria

Revisión filológica:
Miriam Bustos Arratia y Delia Mc Donald Woolery

Digitalización y retoque de imágenes:
Ely Fabricio Marín Hernández

Coordinador de producción editorial:
Daniel Villalobos Gamboa

Imposición digital:
Ana Tricia Calvo Alfaro



EUNED
EDITORIAL
UNIVERSIDAD
ESTATAL
A DISTANCIA



A message from
Rosa
Quince Duncan



ISBN 978-9968-31-487-9



9 789968 314879